

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
Departamento de Historia Antigua



TESIS DOCTORAL

**Los orígenes del ejército romano : estudios de las formas pre-
militares en su relación con las estructuras sociales de la
Roma más primitiva**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Jorge Martínez-Pinna

Madrid, 2015

Jorge Martínez-Pinna Nieto

7. TP
1981
094



v. 03 - 0012 - 1

LOS ORIGENES DEL EJERCITO ROMANO:

Estudio de las formas pre-militares en su relación
con las estructuras sociales de la Roma más primitiva.



ARCHIVO

Departamento de Historia Antigua
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Complutense de Madrid
1981

© Jorge Martínez-Pinna Nieto
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1981
Xerox 9200 XB 480
Depósito Legal: M-11170-1981



Jorge MARTINEZ-PINNA NIETO

LOS ORIGENES DEL EJERCITO ROMANO:

Estudio de las formas pre-militares en su relación con
las estructuras sociales de la Roma más primitiva.

Tesis Doctoral elaborada bajo la dirección
del prof. Dr. Santiago Montero Díaz.

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
Facultad de Geografía e Historia
Departamento de Historia Antigua
1980

II

INDICE GENERAL.

Introducción	IV
Agradecimiento	IX
Lista de abreviaturas	
a) Autores antiguos	X
b) Obras modernas	XVIII
Capítulo I: El entorno geográfico	1
1. El Lacio	2
2. El Tíber	11
3. Roma	15
Notas	29
Capítulo II: Los orígenes de Roma a través del material arqueológico	39
Notas	74
Capítulo III: Epoca pre-urbana	92
1. El ordenamiento gentilicio	93
2. La <u>gens</u> en el marco arqueológico	102
3. La estructura política de las primeras aldeas	107
4. La organización militar	122
A. La curia	122
B. La jefatura militar. La leva	142
C. Las milicias gentilicias	151
Apéndice: Los Fabios en el Cremera	155
Notas	160
Capítulo IV: Epoca proto-urbana	207
1. Situación del Lacio en los siglos VIII-VII	208
2. Roma en el Lacio	219

III

3. Cambios sociales	227
A. La clientela	229
B. La "plebe"	232
4. Del <u>rex</u> -sacerdote al <u>rex</u> -guerrero	234
5. El "ritmo sacral de la guerra"	245
6. La organización militar	254
A. El armamento	254
B. Las curias. La infantería	264
C. Las tribus. La caballería	280
Apéndice: El carro de guerra	298
D. La jefatura militar	301
a. El rey	301
b. Los <u>tribuni celerum</u>	304
c. Los curiones	308
Notas	312
Conclusiones	363
Bibliografía	368
Indice de figuras	388
Indice analítico	390

IV

INTRODUCCION.

El propósito general del presente trabajo es estudiar aquellas formaciones guerreras anteriores a la creación del propio ejército romano, momento este último representado por las reformas militares llevadas a efecto por la realeza etrusca entronizada en Roma. Nos movemos por lo tanto dentro de unas formas pre-militares, caracterizadas por la prevalencia en su organización de los lazos parentales.

La base de nuestro estudio se encuentra entonces en el análisis del ordenamiento gentilicio y de la evolución de la estructura social que produce, ya que el ejército es el reflejo de esa estructura social. Nuestro propósito es mostrar cómo desde el momento en que los primeros latinos tomaron un arma para su defensa hasta la creación del ejército centuriado, existe una clara línea evolutiva marcada por unas fases cada una de las cuales se apoya en la anterior, donde encuentra además su razón de ser así.

El esquema que hemos adoptado sigue entonces un orden cronológico en razón a las distintas etapas de la vida romana primitiva. Como preámbulo distinguimos dos aspectos que creemos de singular importancia para nuestros fines: la exposición del medio físico - tradicional ya en todos los estudios sobre este tema - y el análisis del material arqueológico en orden a estable-

cer los puntos básicos sobre los que nos moveremos a continuación.

Conscientes de que el trabajo que realizamos es esencialmente de interpretación y reconstrucción históricas, hemos huido a propósito de las complicadas periodizaciones arqueológicas, escogiendo la más simple - y también la más evidente - que nos proporciona esta fuente fundamental, a saber, la división en fases caracterizadas por el grado de desarrollo urbano, de influencia decisiva en cuanto a las estructuras sociales que albergan.

De singular importancia para nuestros fines es la naturaleza de las fuentes de que disponemos, destacando en ellas su carácter enormemente fragmentario. Su interpretación es por ello sumamente difícil, tanto por lo que se refiere a las literarias - contradictorias y falsas en muchísimas ocasiones -, como a las arqueológicas, cuyo análisis sitúa a los especialistas en posiciones a veces diametralmente opuestas.

Se equivoca quien crea que el tema de los orígenes de Roma no se encuentra respaldado por una amplia documentación. Los autores latinos dedicaron muchas páginas de sus obras a este asunto, tanto en forma poética, ensayista o de narrativa histórica; asimismo los griegos que escribieron sobre Roma se sintieron muy atraídos por su pasado más lejano. Sin embargo, por la misma naturaleza del tema, las informaciones no son siempre lo precisas que deseáramos, por lo que su comprensión e interpretación han de ser extremadamente cautas.

Algo similar ocurre con la documentación arqueológica, aun-

VI

que con ésta parece ser que se ha entrado recientemente en una fase de interpretación más segura. Los descubrimientos de los últimos años, que han afectado mucho más al contexto general latino que a la propia Roma, han incrementado de manera notable las fuentes de nuestros conocimientos, dándose además perspectivas nuevas de interpretación mucho más acertadas que las antiguas.

La historia de Roma primitiva ha de comprenderse forzosamente dentro de la historia del pueblo latino, de la que la propia Roma participaba como una de tantas, aunque sería injusto no reconocerle cierta preminencia en su desarrollo. Esta es la razón por la que dedicamos unas páginas, aunque ciertamente escasas, y continuas referencias a la región latina. El Lacio marca las líneas generales y Roma no es más que el ejemplo más conocido y característico.

A juicio de un brillante historiador contemporáneo, el renombrado P. Fraccaro, la historia militar de Roma comienza con las primeras subdivisiones genéticas y políticas, esto es, con las tribus y las curias, mientras que la fase anterior pertenece más bien, en cuanto al arte de la guerra se refiere, al ámbito de estudio de la antropología (Dalla guerra presso i Romani, pág. 11).

La aceptación de esta idea - que no es originaria ni exclusiva de Fraccaro, sino que recoge el sentir general de los autores antiguos - está tan extendida que puede decirse, casi sin

VII

temor a equivocarse, que todavía no se ha tomado en cuenta de manera sistemática la historia guerrera de la Roma más primitiva. Nuestro trabajo se propone entonces analizar esto último en su relación con las estructuras sociales y políticas, deteniéndonos allí precisamente donde Fraccaro, por sólo citar un ejemplo, comienza, esto es, en el ejército de tres mil infantes y trescientos jinetes.

Con esto no queremos decir que la bibliografía moderna sobre el caso sea escasa. Todo al contrario. Utilizando palabras de A. Momigliano, por la naturaleza de las fuentes el estudio de la Roma primitiva "remains an ideal school of historical method" ("An Interim Report on the Origins of Rome", pág. 571), y en consecuencia los trabajos sobre esta fase de la historia romana abundan, apareciendo sin cesar nuevos estudios que amplían nuestra esfera de conocimientos. Estos trabajos abordan el tema desde diferentes aspectos y apoyándose en todas las disciplinas que nos proporciona la Historia; pero repetimos que sigue faltando un estudio de conjunto .

Un motivo principal que nos ha impulsado a realizar el presente trabajo es la casi total despreocupación que existe en España por los orígenes de Roma y la Italia primitiva en general. Aparte el conocido estudio del prof. Rodríguez Adrados (El sistema gentilicio decimal de los indoeuropeos occidentales y los orígenes de Roma) aparecido en Madrid en 1948 y ya envejecido en gran parte, el panorama científico español en este tema se agota en unos cuantos artículos, meritorios pero insuficientes, de di-

VIII

versos estudiosos (Blázquez, Balil, Aubet, Pena, Montenegro).

El trabajo que presentamos es novedoso en España y esperamos contribuir con él a un mejor conocimiento de estos temas tan en boga en otros países y tan olvidados en el nuestro.

IX

AGRADECIMIENTO.

La realización completa de este apartado supondría una larga lista de todas aquellas personas que tan desinteresadamente me han apoyado. Por no citar más que las más próximas, quiero ante todo expresar mi más profundo agradecimiento al prof. Montero Díaz, maestro de muchos años y director de este trabajo, que con sus consejos y observaciones ha propiciado extraordinariamente el desarrollo del mismo. También al prof. Blázquez, que puso a mi entera disposición el Instituto de Arqueología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y que me orientó en momentos de duda. En último lugar, quiero hacer extensible este agradecimiento a todos mis compañeros y amigos del Departamento de Historia Antigua de la Universidad Complutense y del Instituto de Arqueología del CSIC, que no sólo han soportado, sino que tan paciente y lúcidamente han escuchado mis consultas. A todos ellos, maestros y amigos, quiero testimoniar mi más sincero agradecimiento.

X

LISTA DE ABREVIATURAS.

a) Autores antiguos.

App.	Apiano
Samn.	Bella Samnitica
Arist.	Aristóteles
Pol.	Politica
Ath.	Ateheo (Deipnosophistae)
Auct. de praen.	Auctor de praenominibus
Auct. de vir. ill.	Auctor de viris illustribus urbis Roma.
Aug.	Agustín Aurelio
Civ. Dei	De civitate Dei
Caes.	C. Julio César
Bell. Gall.	De bello Gallico
Cas. Dio	Dión Casio (Historia Romanorum)
Cat.	M. Porcio Catón
Agr.	De agricultura
Orig.	Origines
Catul.	C. Valerio Catulo (Carmina)

XI

Cens.	Censorino
De die nat.	De die natali
Cic.	M. Tulio Cicerón
Ad fam.	Epistulae ad familiares
De div.	De divinatione
De dom.	De domo sua ad pontifices oratio
De fin.	De finibus bonorum et malorum
De har. resp.	De haruspicum responso
De leg.	De legibus
De nat. deo.	De natura deorum
De off.	De officiis
De r.p.	De re publica
De senect.	De senectute
Leg. agr.	De lege agraria
Planc.	Pro Plancio
Phil.	In M. Antonium oratio Philippica
Claud.	Claudio Claudiano
Stil.	In Stilichonem
Clem. Alex.	Clemente Alejandrino
Paedag.	Paedagogus
Colum.	L. Junio Moderato Columela (De rerustica)
Diod.	Diodoro Sículo (Bibliotheca Historica)
Dion.	Dionisio de Halicarnaso (Antiquitates Romanae)
Enn.	Q. Ennio
Ann.	Annales
Epich.	Epicarmo

XII

Eutr.	Eutropio (Breviarium ab Urbe condita)
Fest.	S. Pompeyo Festo (De verborum significatu)
Flor.	L. Anneo Floro (Rerum Romanorum epitome)
Front.	S. Julio Frontino
De aq.	De aquis urbis Romae
Gai.	Gayo
Inst.	Institutiones
Gell.	Aulo Gelio
Noct. At.	Noctes Atticae
Her.	Heródoto (Historiae)
Hes.	Hesíodo
Theog.	Theogonia
Hom.	Homero
Il.	Ilyas
Hor.	Q. Horacio Flaco
Carm.	Carmina
Sat.	Saturae
Hyg.	C. Julio Higinio
Fab.	Fabulae
Isid.	Isidoro Hispalense
Diff.	Differentiae
Etym.	Etymologiae sive Origines
Iuu.	D. Junio Juvenal (Saturae)

XIII

Lact.	Lactancio
Inst.	Divinarum institutionum
Licinian.	Granio Liciniano
Liv.	T. Livio (Ab Urbe condita)
Luc.	Luciano de Samosata
Danz.	Peri êrchéseos
Lucan.	M. Anneo Lucano
Phars.	Belli civili libri sive Pharsalia
Lucil.	C. Lucilio (Saturae)
Lyd.	Joannes Lucrecio Lido
De mag.	De magistratibus populi Romani
De mens.	De mensibus
Macr.	Aurelio Macrobio
Sat.	Saturnalia
Mart.	M. Valerio Marcial (Epigrammaton)
Oros.	Paulo Orosio
Adv.pag.	Historiae adversus paganus
Ovid.	P. Ovidio Nasón
Ars am.	Ars amatoria
Fast.	Fasti
Metam.	Metamorphoseis
Paus.	Pausanias
Petr.	T. Petronio Arbiter (Satyricon)

XIV

Plat.	Platón
Leg.	Leges
Plaut.	T. Maccio Plauto
Am.	Amphitruo
Plin.	C. Plinio Secundo
Nat. Hist.	Naturalis Historia
Plin. Caec.	C. Plinio Cecilio Secundo
Paneg.	Panegyricus Traiano Imperatori dictu
Plut.	Plutarco de Queronea
Inst.Lac.	Instituta Laconica
Q.Rom.	Quaestiones Romanae
	VitaeParallelae:
Caes.	Caesar
Cam.	Camillus
Cor.	Coriolanus
Lyc.	Lycurgus
Num.	Numa
Oth.	Otho
Popl.	Poplicola
Rom.	Romulus
Thes.	Theseus
Pol.	Polibio de Megalópolis (Historia)
Pomp.	Sexto Pomponio
Dig.	Digesta
Prisc.	Prisciano (Institutio grammatica)
Prop.	S. Propercio (Elegiae)

XV

Quint.	M. Fabio Quintiliano
Inst.	Institutio oratoria
Sen.	L. Anneo Séneca
Epist.	Epistulae ad Lucilium
Troad.	Troades
Senec.	L. Anneo Séneca (el Viejo)
Contr.	Controversiae
Serv.	Servio Daniel
Ad Aen.	Commentarii in Vergilii Aeneida
Ad Ecl.	Commentarii in Vergilii Eclocas
SHA	Scriptores Historiae Augustae
Capitol.	Julio Capitolino
Clod.Alb.	Vita Clodii Albini
Marc.	Vita M. Antonini Philosophi
Lampr.	Elio Lampridio
Alex.Sev.	Vita Alexandri Severi
Treb.	Trebelio Polión
Gall.	Vita Gallieni duo
Sil. Ital.	C. Silio Itálico (Punica)
Sol.	C. Julio Solino (Polyhistor)
Stat.	P. Papinio Estacio
Silv.	Silvae
Theb.	Thebais
Str.	Estrabón (Geographia)

XVI

Suet.	C. Suetonio Tranquilo
Caes.	Divus Iulius
Cal.	C. Caligula
Claud.	Divus Claudius
Ner.	Nero
Tib.	Tiberius
Sym.	Q. Aurelio Symmaco
Epist.	Epituluslae
Tac.	C. Cornelio Tácito
Ann.	Annales
Germ.	Germania
Hist.	Historiae
(Teofrasto)	
Hist. Plant.	Historia plantarum
Tert.	Q. Septimio Tertuliano
De cor.	De corona
De spect.	De spectaculis
Theoph	Teófilo
Tib.	Q. Albio Tibulo (Elegiae)
Tuc.	Tucídides (Historiae)
Ulp.	Domicio Ulpiano (Digesta)
Val. Flac.	C. Valerio Flaco (Argonautica)
Val. Max.	Valerio Máximo (Factadictaque memorabilia)

XVII

Var.	M. Terencio Varrón
De l.l.	De lingua latina
De r.r.	De re rustica
Veget.	Flavio Vegecio Renato
Epit.	Epitoma rei militaris
Verg.	P. Virgilio Marón
Aen.	Aeneis
Vitr.	M. Vitruvio Polión (De architectura)
Xen.	Jenofonte
An.	Anabasis
Cyr.	Cyropaedia
Lac.	Respublica Lacedaemoniorum
Zon.	Zonaras Joannes (Epitome)

XVIII

b) Obras modernas.

AA	Archäologischer Anzeiger.
AAnt	Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae.
AArch	Acta Archaeologica.
AB	Annali della Facoltà di Giurisprudenza dell'Università di Bari.
ABAW	Abhandlungen der Bayerischen Akademie der Wissenschaften.
ABSA	The Annual of the British School at Athens.
AC	L'Antiquité Classique.
AEArq	Archivo Español de Arqueología.
AESC	Annales. Economies, Sociétés, Civilisations.
AG	Archivio Giuridico "Filippo Serafini".
AHAM	Anuario de Historia Antigua y Medieval.
AHDE	Anuario de Historia del Derecho Español.
AHDO	Archives d'Histoire du Droit Oriental.
AJA	American Journal of Archaeology.
AK	Antike Kunst.
AKGWG	Abhandlungen der Königl. Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen. Philologisch-Historische Klasse.
ALL	Archiv für Lateinisches Lexicographie und Grammatik.
AMTA	Archaeologia or Miscellaneous Tracts relating to Antiquity.
ANRW	Aufstieg und Niedergang der römischen Welt. Festschrift Joseph Vogt.
APAW	Abhandlungen der Preussischen Akademie der Wissenschaften. Philologisch-Historische Klasse.
ArCl	Archeologia Classica.
ARIV	Atti del Reale Istituto Veneto di Scienze, Lettere e Arte.
ARw	Archiv für Religionswissenschaft.

XIX

AS	Ancient Society.
ASPR	American School of Prehistoric Research.
AT	Annali Triestini di diritto, economia e politica.
BA	Bellas Artes.
BAGB	Bulletin de l'Association Guillaume Budé.
BCAR	Bollettino della Commissione Archeologica Comunale di Roma.
BCH	Bulletin de Correspondance Hellénique.
BEFAR	Bibliothèque des Ecoles Françaises d'Athènes et Rome.
BIBR	Bulletin de l'Institut Historique Belge de Rome.
BIDR	Bollettino dell'Istituto di Diritto Romano.
BJb	Bonner Jahrbücher.
BMIR	Bollettino del Museo dell'Impero Romano.
BPhW	Berliner Philologische Wochenschrift.
BPI	Bollettino di Paletnologia Italiana.
BRGK	Berichte der Römisch-Germanischen Kommission.
BSER	Bulletin de la Société Ernest Renan.
BSGI	Bollettino della Società Geografica Italiana.
BSL	Bulletin de la Société de Linguistique de Paris.
CAF	Comicorum Atticorum Fragmenta.
CAH	Cambridge Ancient History.
CC	Cahiers de Clio.
CEA	Cahiers d'Etudes Africaines.
CEG	Cuadernos de Estudios Gallegos.
CGF	Comicorum Graecorum Fragmenta.
CIE	Corpus Inscriptionum Etruscarum.
CIL	Corpus Inscriptionum Latinarum.
CIS	Cahiers Internationaux de Sociologie.
CJ	Classical Journal.
Coll.Lat.	Collection Latomus.
CPh	Classical Philology.
CQ	Classical Quaterly.
CR	The Classical Review.

XX

CRAI	Académie des Inscriptions et Belles-Lettres. Comptes rendues des Séances.
CrSt	Critica Storica.
CS	Cultura e Scuola.
CVA	Corpus Vasorum Antiquorum.
DA	Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines.
DBAw	Deutsche Beiträge zur Altertumswissenschaft.
Dd'A	Dialoghi di Archeologia.
EAC	Entretiens sur l'Antiquité Classique.
EC	Estudios Clásicos.
EphArch	Ephemeris Archæologiké
EphEp	Ephemeris Epigraphica
EtArCl	Etudes d'Archéologie Classique.
GGA	Göttingische Gelehrte Anzeigen.
HAnt	Hispania Antiqua.
HRR	Historicorum Romanorum Reliquiae.
HSCPh	Harvard Studies in Classical Philology.
IF	Indogermanische Forschungen.
ILLRP	Inscriptiones Latinae liberae rei publicae.
ILS	Inscriptiones Latinae Selectae.
JbPh	Jahrbücher für classische Philologie.
JHS	The Journal of Hellenic Studies.
JPh	Journal of Philology.
JRS	The Journal of Roman Studies.
JS	Journal des Savants.
LEC	Les Etudes Classiques.
LH	Lettres d'Humanité.
MAAR	Memmoirs of the American Academy in Rome.
MAI	Mémoires de l'Institut National de France. Académie des Inscriptions et Belles-Lettres.
MAL	Monumenti Antichi pubblicati per cura dell'Accademia Nazionale dei Lincei.
MDAI(R)	Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts (Römische Abteilung).

XXI

MEFR	Mélanges d'Archéologie et d'Histoire de l'Ecole Française de Rome.
MH	Museum Helveticum.
MPAA	Atti della Pontificia Accademia Romana di Archeologia. Memorie.
MSR	Mélanges de Science Religieuse des Facultés Catholiques de Lille.
NAnt	Nuova Antologia.
NC	La Nouvelle Clio.
NGWG	Nachrichten von der Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen (Fachgruppe Altertumswissenschaft).
NJb	Neue Jahrbücher für das Klassische Altertum Geschichte.
NNDI	Novissimo Digesto Italiano.
NS	Notizie degli Scavi dell'Antichità.
OArch	Opuscula Archaeologica.
ORom	Opuscula Romana.
PBf	Prähistorische Bronzefunde.
PBSR	Papers of the British School at Rome.
PMAAR	American Academy in Rome. Papers and Monographs.
PP	La Parola del Passato.
PandP	Past and Present.
PSQ	Political Science Quarterly.
QAL	Quaderni di Archeologia della Libia.
QITUR	Quaderni dell'Istituto di Topografia dell'Università di Roma.
QUrb	Quaderni Urbinati di Cultura Classica.
RA	Revue Archéologique.
RAL	Atti dell'Accademia Nazionale dei Lincei. Rendiconti. Classe di Scienze Morale, Storiche e Filologiche.
RBPPh	Revue Belge de Philologie et d'Histoire.
RdM	Revue des deux Mondes.
RE	Real Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft.
REA	Revue des Etudes Anciennes.

XXII

REL	Revue des Etudes Latines.
RevGuim	Revista de Guimaraes.
RFIC	Rivista di Filologia e Istruzione Classica.
RGVV	Religionsgeschichtliche Versuche und Vorarbeiten.
RH	Revue Historique.
RHD	Revue Historique du Droit Français et Etrangère.
RhM	Rheinisches Museum für Philologie.
RHR	Revue de l'Histoire des Religions.
RIASA	Rivista dell'Istituto Nazionale d'Archeologia e Storia dell'Arte.
RIDA	Revue Internationale des Droits de l'Antiquité.
RIFD	Rivista Internazionale di Filosofia del Diritto.
RIGI	Rivista Indo-Greca-Italica.
RIL	Rendiconti dell'Istituto Lombardo di Scienze e Lettere.
RIS	Revista Internacional de Sociología.
RISG	Rivista Italiana per le Scienze Giuridiche.
RPA A	Atti della Pontificia Accademia Romana di Archeologia. Rendiconti.
RSI	Rivista Storica Italiana.
RSP	Rivista di Scienze Preistoriche.
SBAW	Schweizerische Beiträge zur Altertumswissenschaft.
SDHI	Studia et Documenta Historiae et Iuris.
SE	Studi Etruschi.
SHAW	Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie der Wissenschaften.
SM	Studi Medievali.
SMEA	Studi Micenei ed Egeo-Anatolici.
SMSR	Studi e Materiali di Storia delle Religioni.
SR	Studi Romani.
SSen	Studi Senesi.
TAPhA	Transactions and Proceedings of the American Philological Association.
TLE ²	Testimonia Linguae Etruscae. Editio altera.

XXIII

UCPCA	University of California. Publications on Classical Archaeology.
WG	Die Welt als Geschichte.
WSt	Wiener Studien.
ZSS	Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte. Romanistische Abteilung.

Capítulo I:

EL ENTORNO GEOGRAFICO

1. EL LACIO.

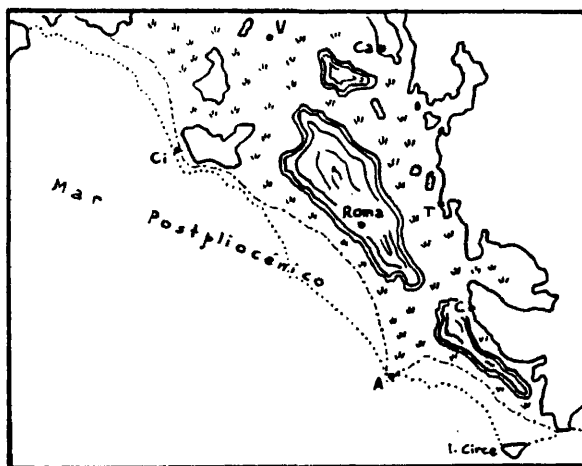
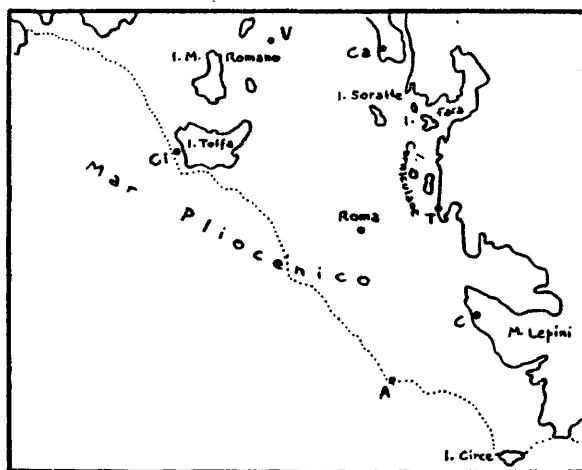
Lo que actualmente se entiende por Lacio varía sensiblemente respecto a la antigüedad, ya que ni la Sabina ni la Etruria meridional estaban comprendidas en sus límites. Los antiguos denominaban Latium al territorio que se extiende al sur del bajo curso del Tíber, teniendo como límite occidental el mar y las estribaciones del Apenino al este. Por el sur la separación de los territorios fue a lo largo de los años objeto de un cambio, de ahí que se distinguiese entre un Latium Vetus o Antiquus y un Latium Adiectum o Novum. El primero, según el testimonio de Plinio (1), llegaba hasta el promontorio Circeo, con una longitud de costa de cincuenta millas, esto es unos setenta y cinco kilómetros, mientras que el Latium Novum (2) comprendía las regiones del Sacco y del Liri y la línea costera hasta la desembocadura del Gariigliano, es decir, los territorios históricamente ocupados por los volscos, los hérnicos y los auruncos y que fueron añadidos posteriormente al Latium Vetus como consecuencia del dominio de Roma sobre estos pueblos.

El Lacio que nos interesa, el propio de la Roma arcaica, es el Vetus. El territorio consistía fundamentalmente en una vasta llanura, como parece indicarlo su nombre - si es que Latium está en relación con el adjetivo latus, ancho (3) -, formada por la Campagna di Roma y por el Agro Pontino, aunque toda su mitad septentrional era de naturaleza montañosa, constituida por los montes de Palombara, Tivoli, Palestrina, Albanos

y Lepini, que lo separaban de los territorios donde habitaban en época histórica los sabinos, los ecuos y los hérnicos. El corazón de la región estaba constituido por las colinas Albanas, donde, según la tradición (4), habían encontrado morada los más antiguos establecimientos y la cuna de la cultura latina, simbolizada por el mito de Alba Longa, ciudad madre de todos los pueblos del Lacio y por los santuarios federales de Júpiter sobre el monte Cavo y de Diana junto al lago de Nemi.

Ahora bien, si la tradición no acierta del todo al considerar a los montes Albanos como origen del Lacio, geológicamente ya es otra cosa, pues bien puede decirse que fueron estos montes los que, a través de sus potentes manifestaciones volcánicas, configuraron el aspecto morfológico del Lacio, sobreponiéndose en última instancia a las complejas vicisitudes de la historia geológica latina (5).

Se puede decir que la morfología del Lacio, tal como la vemos hoy día, es reciente, pues su formación tuvo lugar principalmente en el cuaternario (6). Durante el plioceno superior el Lacio estaba cubierto por el mar, coincidiendo tal vez con la llamada transgresión siciliana (7). La línea de costa se encontraba entonces en los escarpados declives de los Apeninos, y el Soratte, los montes Cornicolani y el Circeo no eran más que islas en medio de aquellas aguas (fig. 1). En los tiempos subsiguientes del plioceno fueron depositándose en el fondo de este mar potentes estratos sedimentarios, formando un basamento sobre el zócalo mesozoico que a su vez constituyó la plataforma sobre



— Línea de costa del plioceno.
 - - - " " " postplioceno.
 " " " actual.

Fig. 1.- Mapa paleogeográfico de la región romana durante el plioceno y el postplioceno (según G. De Angelis d'Ossat, "Storia geologica della regione dei Fori Romani sino all'insediamento dei primitivi", SR, II, 1954, pág.626).

la cual fueron después depositándose todos los estratos superiores.

Con el transcurrir del tiempo, durante esta misma edad terciaria, el aspecto de la región no permaneció igual, sino que los relieves montañosos o bien se levantaron, como ocurrió con los Lepini, o bien se hundieron, como sucedió con los relieves más meridionales. Al mismo tiempo, la plataforma submarina era afectada por ajustes diversos, fisurándose en un conjunto de fallas cuyo distinto levantamiento determinó posteriormente la configuración de la red hidrográfica sobre la superficie del territorio. Así, por ejemplo, el levantamiento de la región de la derecha del Tíber enderezó el curso de este río hacia el mar, como aproximadamente lo vemos hoy; el descendimiento de los bloques a uno y otro lado de la cadena de los Lepini provocó por un lado la constitución del valle del Sacco y del Liri y por otro la formación de la depresión ocupada con posterioridad por los pantanos Pontinos.

Con esto entramos ya en el período cuaternario, que fue cuando el Lacio adquirió su aspecto definitivo. Fue en esta edad geológica cuando, debido principalmente al continuo levantarse de los fondos marinos y a los materiales depositados en el mar por las aportaciones derivadas de los diluvios del pleistoceno, se produjo la emersión de vastas extensiones.

Pero lo que más contribuyó a la constitución del Lacio fue sin duda el activísimo vulcanismo que tuvo lugar durante el cuaternario y que afectó en gran medida a toda la costa tirrena de la península Itálica.

La actividad volcánica de los cráteres Albanos se enmarca dentro del contexto general del gran alineamiento sísmico del arco de los Apeninos, esto es desde los Volsini y los Cimini en Etruria hasta los Campi Flegrei y el Vesuvio en Campania y los volcanes de Lipari y Sicilia (8). A las manifestaciones volcánicas de los montes Sabatini, en Etruria, cuyos aportes eruptivos afectaron a la derecha del curso del Tíber y a las primeras franjas de la izquierda, siguieron las de los propios montes Albanos, cuyas potentes erupciones crearon nuevas colinas y cubrieron de cenizas regiones enteras, cambiando radicalmente la configuración morfológica y el paisaje del Lacio. La violenta actividad de los volcanes Albanos concluyó hace aproximadamente unos treinta o veinticinco mil años, y de los últimos conatos esporádicos fue ya testigo el hombre en la vigilia de los tiempos históricos (9).

Las explosiones de los volcanes proyectaron a su alrededor, a veces a grandes distancias, enormes cantidades de ceniza que luego se soldificaron formando las llamadas "pozzolane" y las tobas. Las primeras, menos coherentes, sufrieron pronto la acción modeladora ejercida por los agentes de erosión, ofreciendo un paisaje dulce y ondulado, tal como se puede apreciar en la Campagna di Roma. Las tobas, por el contrario, constituyeron impresionantes riscos, cuyos ejemplos más característicos se localizan en Ardea y, sobre todo, en el famoso y clásico paisaje de las colinas de Roma.

Así pues, como decíamos al principio de esta exposición, los montes Albanos configuraron merced a su actividad volcánica y de

manera casi definitiva el aspecto morfológico del Lacio, y así, cuando se distingue el paso del último período del bronce al primero del hierro, el aspecto de la región latina aparecía prácticamente como se presenta en la actualidad.

En contraste es de destacar la mayor abundancia de agua en los tiempos antiguos, pues los lagos y pantanos, actualmente tan escasos, prodigaban por todo el país. Posteriormente tendremos ocasión de comprobar la riqueza acuífera del sitio de Roma. Por otra parte, el clima era entonces más rígido, debido no tanto a un cambio en las condiciones meteorológicas como a la modificación por parte del hombre de determinados aspectos que contribuyen a determinarlo, especialmente la desecación y la deforestación (10). Este último ha sido sin lugar a dudas uno de los fenómenos que más ha contribuido a cambiar el aspecto del paisaje latino de la antigüedad a nuestros días. La vegetación del antiguo Lacio era frondosísima; bosques de árboles gigantescos crecían en vastas extensiones tanto en las colinas como en toda la llanura, descendiendo casi ininterrumpidamente desde las cimas de los montes hasta el mar. La toponimia - conservada maravillosamente en el sitio de Roma -, las noticias literarias y los residuos de una religión naturalista (11) testimonian este ambiente arbóreo del Lacio.

Abierto al mundo exterior por la presencia del mar, el pueblo latino no encontró sin embargo, debido a las características geográficas de su país, unas condiciones favorables para iniciar una brillante carrera marítima. Esto no obstante, la carencia de

buenos puertos naturales se vió ampliamente compensada por la situación del Lacio en el mapa de las comunicaciones de la península Itálica. Utilizando palabras de R. Bloch, bien podemos decir que el Lacio se presenta como una encrucijada de caminos, lo que en una Italia dividida y compartimentada en exceso constituía un precioso factor de progreso (12).

Así, ya desde la edad del bronce, el Lacio era lugar de paso o meta de las principales rutas comerciales centrotirrenicas. Por una parte la llanura costera era el objetivo de los ganados transhumantes que bajaban del Apenino y por otra era lugar obligado de paso de las vías que enlazaban Etruria con Campania. Fue precisamente en torno a estas importantísimas vías de comunicación donde se alzaron, con todas sus consecuencias, los principales núcleos latinos (13).

Además de la ruta proporcionada por el valle del Anio y que posteriormente daría lugar a la vía Valeria, el camino de penetración hacia el interior más importante era la llamada vía Salaria, que arrancando de la desembocadura del Tíber, corría paralela al río, lo atravesaba en Roma y en Eretum se internaba en las montañas sabinas. Esta vía era utilizada tanto por los ganados transhumantes sabinos como para el comercio de la sal - y de ahí su nombre -, producto indispensable para la vida del que se veían totalmente faltos los pueblos del interior.

Uniendo Etruria con Campania existían tres rutas principales. La más septentrional, convertida posteriormente en la vía Latina, atravesaba el Tíber en Fidenas y siguiendo los valles del Anio y del Sacco comunicaba a Capua y la Campania interior con

Veyes y la región falisco-capenate (14). La segunda, que con el tiempo serviría de base a la vía Appia, cruzaba el Tíber en Roma y enlazaba Caere y la Etruria marítima con Cumas y la Campania costera. Finalmente, y menos importante que las anteriores, estaba la ruta costera que teniendo los mismos extremos que la anterior, se unía con ella en Terracina; esta vía atravesaba el Tíber bien en Ficana o bien en Roma, juntándose los dos ramales en Politorium.

Finalmente, y para terminar ya con el Lacio, veamos rápidamente cuál era su situación en época prehistórica (15), para así acabar de encuadrar en su ambiente a la Roma primitiva.

Aunque parte de los restos humanos más antiguos de Italia han sido encontrados en la región latina (16), la época neolítica no ha dejado sin embargo huella en esta parte de Italia (17). Con el calcolítico continúa la documentación arqueológica, apareciendo hallazgos aislados pertenecientes a la cultura de Rinaldone (18). Es en este momento cuando el sitio de Roma comienza a ofrecer su material arqueológico (19), documentándose a partir de entonces un lugar de habitación que, aunque con cambios, ya no cesará de desarrollarse en el transcurso de toda la historia. Durante los dos primeros períodos del bronce los hallazgos arqueológicos siguen teniendo este carácter esporádico y aislado, y sólo a partir del bronce reciente comienza a presentarse con mayor frecuencia el material documental.

La sustancial unidad cultural que encontramos en la península Itálica a partir del bronce medio, cuando la cultura Apení-

nica se extiende desde la Romagna hasta la Calabria, desaparece en el transcurso del bronce reciente y sobre todo en los comienzos de la edad del hierro, surgiendo entonces una diversificación cultural en razón a las distintas regiones (20). En el Lacio se configura en consecuencia una facies cultural autónoma que manifiesta, en contraste con las de los territorios limítrofes, el primer signo perceptible de la conciencia nacional conseguida por los latinos (21).

2. EL TÍBER.

Uno de los elementos que más contribuyen a configurar el paisaje del Lacio, y más concretamente el de Roma, es el Tíber. Quitando al Po, es éste el río más largo de Italia, con 403 kilómetros de recorrido. Nace a 1167 metros de altitud, al pie del monte Fumaiolo, en la cadena que separa la Emilia de la Umbria actuales. Cerca de su nacimiento comenzaba ya en la antigüedad a servir de límite entre el territorio de los etruscos y el de los umbros, para a continuación separar a etruscos nuevamente de sabinos y latinos (22). Después de ir encajonado en grandes trechos de su recorrido por las estribaciones del Apenino, el Tíber, una vez cruzados los montes sabinos, entra por fin en la Campagna di Roma, desde donde, tras describir un curso muy sinuoso, se precipita en el mar formando un delta.

De todos los aspectos referidos al Tíber, dos son los que aquí nos conviene destacar: la navegabilidad y las inundaciones.

Según la tradición, el Tíber era navegable prácticamente en todo su recorrido, aunque cambiando el tipo de embarcación según se remontaba (23). Algunos de sus afluentes, como el Anio, el Nera y el Timia, también lo eran en su último tramo y por pequeñas embarcaciones (σκιφον) (24). De ello tenemos testimonios tanto directos como simples alusiones. Ante todo conviene decir que el Tíber era una de las vías comerciales más importantes de la Italia central, siendo ya utilizado por los griegos en los

primeros momentos de su expansión colonial por Occidente en el siglo VIII (25). También en fecha temprana todos los productos de la Etruria septentrional y de la Italia interior se canalizaban al exterior a través del Tíber: Estrabón así nos lo dice con respecto a la madera (26) y los convoyes de trigo que continuamente bajaban por el Tíber con destino a Roma nos son mencionados por las fuentes a partir sobre todo del siglo V a.C. (27). Cuando Plinio habla de un obelisco que en época de Claudio fue llevado a Roma, compara al Tíber con el Nilo por la facilidad de la navegación (28), lo que contrasta con lo que nos dice Estrabón de que los barcos apenas podían penetrar en el Tíber, teniendo que realizar el transporte entre el mar y Roma embarcaciones más propicias para la navegación fluvial (29). Ante estas dos posiciones preferimos inclinarnos por la de Estrabón, pues bien conocido es el aporte aluvial que deposita el Tíber anualmente. Sin embargo, seiscientos o setecientos años antes las condiciones no eran las mismas, así como las características técnicas de las embarcaciones, por lo que la navegación era menos dificultosa. En este aspecto toma plenamente sentido la afirmación de Dionisio de que en los tiempos primitivos podían llegar hasta Roma embarcaciones marítimas de gran tonelaje (30). Así se comprende que Roma, sin estar a orillas del mar, gozase de una privilegiada situación marítima como "cabeza de estuario", utilizando una expresión de J. Le Gall (31), convirtiéndose de este modo en el árbitro del comercio exterior de la Italia central.

Las inundaciones del Tíber han sido para Roma una de las mayores calamidades sufridas hasta fecha muy reciente: en diciembre de 1598 el agua llegó a elevarse veinte metros sobre el nivel del estiaje. En la antigüedad estas crecidas eran particularmente desastrosas y las obras que el poder público llevaba a cabo para contenerlas (32) no siempre ofrecieron el resultado requerido (33): las aguas llegaron a cubrir todo el Campo de Marte, el valle del Foro y la vallis Murcia (fig. 2).

Las causas de las inundaciones radican en el régimen del río. El Tíber es un río de tipo mediterráneo, pero muy particular; generalmente presenta un máximo de aguas en abril y un mínimo en agosto (34) que se prolonga hasta el otoño. En la antigüedad las crecidas se situaban preferentemente en primavera, sobre todo en sus comienzos (35), aunque no faltaron violentos desbordamientos invernales debido a las aguas altas que el río lleva en esta época del año (36).

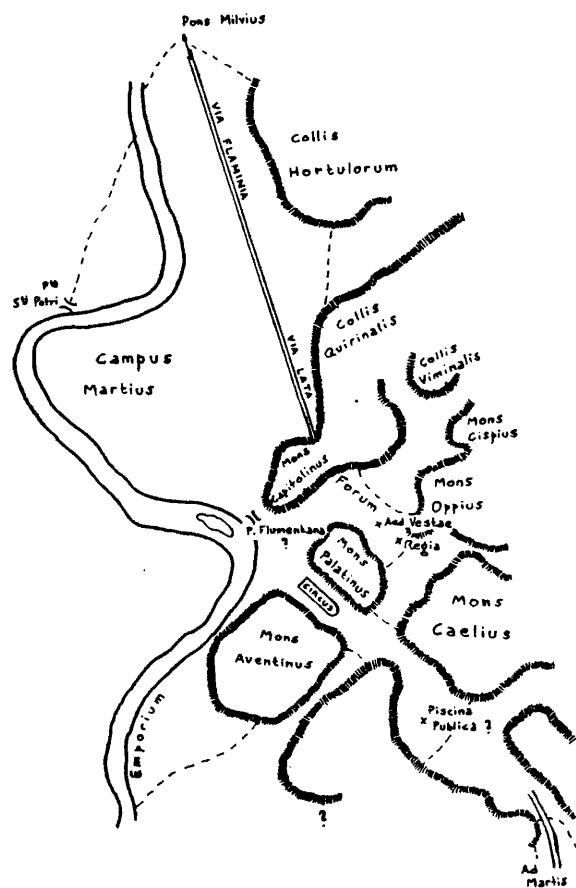


Fig. 2.- Partes de Roma alcanzadas por las inundaciones del Tíber en la antigüedad (a partir de los datos de los textos) (según J. Le Gall, Le Tibre, fleuve de Rome, dans l'Antiquité, Paris, 1954, pág. 34).

3. ROMA.

Como de sobra es conocido, el sitio de Roma lo constituyen unas colinas de mediana altura situadas en la orilla izquierda del Tíber, a unos treinta kilómetros de su desembocadura. Los autores antiguos (37) ya reconocieron las ventajas que ofrecía esta situación, tanto desde el punto de vista del clima - así Vitruvio (38) - como comprendiéndola dentro del plano de las comunicaciones del Lacio y de toda Italia en general, relacionando así las condiciones geográficas que la rodeaban con su admirable grandeza (39).

Roma se encontraba, en efecto, en una situación óptima para el comercio (40), con todas las concomitancias culturales que esto lleva consigo. En este aspecto destaca en primer lugar el Tíber, cuyo valor comercial acabamos de señalar, que junto a la vía Salaria constituía uno de los ejes principales de la vida de la Italia central. No debemos olvidar que fue precisamente el dominio de este eje comercial el motivo principal de las guerras sostenidas entre Roma y la ciudad etrusca de Veyes en el siglo V a.C. Por otra parte, y como ciudad de primer puente sobre el Tíber (41), Roma controlaba gran parte del tráfico entre Etruria y Campania.

La ciudad fue fundada a una distancia del mar un poco excesiva en relación a otros núcleos, que dejaron un espacio corto pero todavía suficiente para evitar los peligros propios de la costa (42), como Ardea, Caere y Tarquinia. Este alejamiento del

mar era considerado por Cicerón (43), y siguiéndole a él también por Livio (44), según la doctrina platónica (45), como uno de los aciertos de Rómulo, dado los peligros tanto políticos como morales que supone la vecindad del mar; en cambio, el haberla situado a orillas del Tíber le supuso a Roma gozar las ventajas de una situación marítima sin tener que sufrir sus inconvenientes.

Además de estas, los autores antiguos señalan otras ventajas del sitio de Roma, aunque más bien de tipo topográfico: tales son las defensas naturales de las colinas, su abundancia de agua potable y lo saludable de su situación en medio de una comarca tan insalubre (46), aspectos que consideraremos a continuación.

Las colinas de Roma son en definitiva la última expresión de las coladas volcánicas provenientes de los montes Albanos. Estos proporcionaron el material que, junto a la acción erosiva del Tíber y de sus pequeños afluentes romanos, configuraron en última instancia el paisaje del lugar. Su génesis, encuadrada en la historia geológica del Lacio que vimos anteriormente, puede resumirse como sigue:

El fondo está constituido por materiales típicos de marisma, que a su vez reposan sobre profundos sedimentos marinos. El rescate total del dominio del mar fue debido a la llegada de los primeros materiales volcánicos, las tobas antiguas, con las cuales terminó el período llamado por los geólogos italianos "Maremmano". Estas, sin embargo, junto a las añadidas "pozzolane",

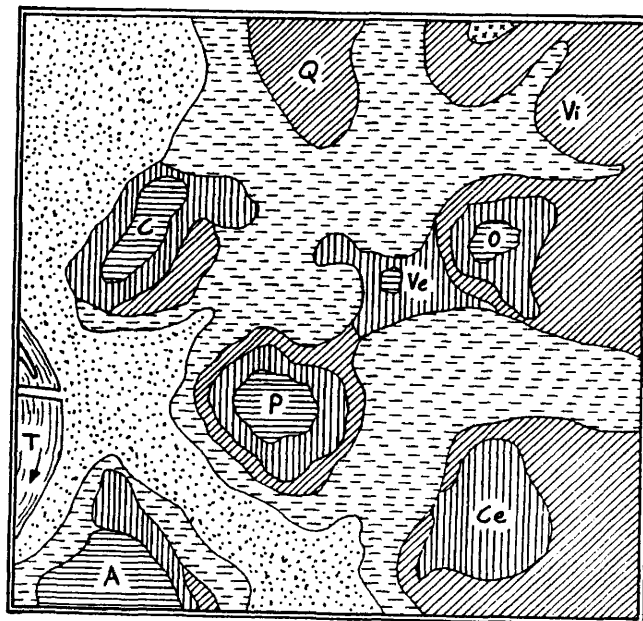


Fig. 3.- Mapa geológico del núcleo de Roma, según G. De Angelis d'Ossat (apud G. Lugli, Roma antica. Il centro monumentale, Roma, 1946, pág.4).

no tardaron en ser erosionadas por las aguas y cuando ya este proceso se encontraba muy avanzado, las tobas litoides recubrieron la región con una espesa costra, sobre la cual - debido a un fenómeno de subsidencia - se depositaron en último lugar materiales fluvio-lacustres (fig. 3) (47).

Topográficamente Roma se componía de las colinas y de los valles intermedios. Empecemos por las primeras y para ello seguiremos la sistematización tradicional de las siete colinas clásicas: Palatino, Capitolio, Quirinal, Viminal, Esquilino, Celio y Aventino, dejando aparte el Pincio y el Janículo (48).

El Palatino (49) ocupa en relación a las restantes colinas romanas una posición central. Se encuentra limitado al norte por el Foro Romano, al este por el valle que lo separa del Celio, al sur por el vallis Murcia y al oeste por el Foro Boario. La colina presenta un aspecto macizo, con una forma característica de un gran dado, de planta aproximadamente trapezoidal y con sus caras cortadas casi a pico.

El aspecto más o menos llano que ofrece su superficie en la actualidad es muy distinto al que se podía contemplar en la antigüedad, ya que por entonces, y sobre todo en los tiempos primitivos, se podían distinguir en el Palatino dos cumbres opuestas: al oeste, volcado sobre el Foro, el Germalus (50), o Cermalus según la grafía más antigua, con su punto culminante en los modernos jardines Farnesio (51 metros); en la parte este se encontraba el Palatium, de altura casi igual al anterior (51,2 metros en la iglesia de San Bonaventura). Actualmente aislado por sus cuatro lados, en los tiempos antiguos el Palatino estaba unido al Esquilino a través de una cresta rocosa, la Velia, muy aplanada con el transcurso del tiempo y en cuya cumbre se alza el arco de Tito (altitud actual 30 metros).

Al noroeste del Palatino y separado de él por la depresión cenagosa del Velabro, se alzaba el Capitolio, colina que habría de convertirse en el centro del mundo romano (51). Es éste el más pequeño de los montes romanos, con unos 1200 metros de perímetro, y sólo era accesible desde el valle del Foro a través del clivus Capitolinus. Sus pendientes eran muy escarpadas, lo que unido a su situación dominante frente al Tíber hizo que pronto se constituyera en la acrópolis de la ciudad.

El Capitolio estaba compuesto de tres partes bien diferenciadas: el Arx (52) o ciudadela al norte (49,2 metros en la iglesia de Santa Maria in Aracoeli), el Capitolium propiamente dicho al sur (46 metros en el antiguo palacio Caffarelli) y una depresión intermedia llamada Asylum o inter duos lucos (36,5 metros en la plaza del Campidoglio) (53). Parece ser que originalmente el Capitolio estaba unido al Quirinal, formando como una estribación o apéndice de él. La ruptura definitiva del pequeño relieve que servía de nexo a ambos montes tuvo lugar bajo el reinado del emperador Trajano, cuando Apolodoro de Damasco construyó el foro y los mercados de este emperador (54).

Siguiendo nuestro recorrido alrededor del Palatino, el siguiente monte que nos encontramos es el Quirinal, que forma un conjunto inseparable con su vecino el Viminal (55), del que está distanciado por la depresión actualmente atravesada por la via Nazionale.

El Quirinal, con su punto culminante en la moderna via Venti Settembre (61 metros), se encontraba dividido en cuatro par-

tes bien delimitadas: al sur la cresta Latiaris; a continuación la Mucialis (desde la via di Magnanápoli hasta monte Cavallo); después la Salutaris (hasta la iglesia de San Andrea), y finalmente y más al norte la Quirinalis, que posteriormente extendió su nombre a toda la colina (56).

El Viminal, que toma su nombre de los mimbres (vimina) que crecían en él (57), tiene su cota culminante - 56 metros - al nordeste de la iglesia de San Lorenzo in Panisperna.

Al nordeste del Palatino se levanta el mons Esquilinus (58), cuyo nombre primitivo parece haber sido Esquiliae (59). Este monte estaba constituido por dos crestas principales que se proyectaban hacia el exterior: el Cispius al norte (54 metros en la iglesia de Santa Maria Maggiore), separado del Viminal por la depresión por la que corría el vicus Patricius (60), y al sur el Oppius (53 metros en la iglesia de San Martino ai Monti), que comprendía además el Fagutalis (46 metros en la iglesia de San Pietro in Vincoli). Vinculada al Esquilino estaba la Subura, que comprendía la ladera y el valle al norte del Oppio; se unía al Foro por medio del Argileto y las primae fauces (61) y al Esquilino a través del clivus Suburanus.

En la parte suroeste de Roma y proyectándose hacia el Palatino en forma de lengua se alza el Caelius (62), llamado en los tiempos más antiguos, según la tradición, Querquetulanus mons debido a las encinas que lo poblaban (63). El vicus Capitis dividía la colina en dos secciones, la hipotética Succusa al oeste y la

Cerotia o Caeliolus al este. Al sur del Celio corre el valle atravesado por el arroyo llamado modernamente Marrana, parte del cual era el vallis Camenae (64).

Finalmente, y en la parte más meridional de la ciudad, se encuentra el Aventinus (65), colina maciza de forma cuadrada que se levanta bruscamente desde la misma orilla del Tíber. Su punto culminante se encuentra en la parte norte, cerca de la iglesia de San Alessio (46 metros). A lo largo de su lado sudeste existe una depresión, seguida antiguamente por el vicus Portae Raudusculanae (actual viale di Porta San Paolo), al otro lado de la cual corre otra elevación que gradualmente se inclina hacia el río Almo más allá de la línea de los muros Aurelianos. Esta parte del Aventino, aunque algunas veces es llamada pseudo-Aventino, normalmente se incluye en él (66).

Entre estos montículos se extendían unas depresiones de carácter pantanoso atravesadas por pequeños cursos de agua tributarios del Tíber. Las principales de estas depresiones son las siguientes (67): el Velabro y el Foro Boario entre el Palatino y el Capitolio (11 metros en el arco de Jano Cuadrifonte); el Foro Romano entre el Palatino, el Capitolio y el Quirinal (12 metros en el cruce de la Via Sacra y de la Cloaca Máxima); el Argileto y la parte baja de la Subura entre el Quirinal, el Viminal y el Esquilino (20 metros en el cruce de la via Cavour y de la via Tor de' Conti); el vallis Murcia entre el Palatino y el Aventino (18 metros en la via dei Cerchi); la depresión de la vía Ap-

pia entre el Celio y el Aventino (22 metros delante de las termas de Caracalla), y rodeando al Celio la depresión del Coliseo al norte y el vallis Camenae al sur.

A estas depresiones hay que añadir la existencia de una importante llanura situada en la parte norte, entre el Capitolio, el Quirinal, el Pincio y el Tíber, y que recibía el nombre de Campus Martius (68). En realidad, el Campo de Marte estaba formado por dos llanuras adyacentes separadas por el Petronia amnis: el Campus Flaminius al sur y el Campus Martius propiamente dicho al norte. En total cubría una extensión aproximada de 250 hectáreas y se encontraba a una altitud de 8-12 metros sobre el nivel del mar y de 3-8 metros sobre el del Tíber, lo que le exponía constantemente a las inundaciones del río. En el sur, entre el Aventino y el Tíber, estaba la llanura del Testaccio, menos importante que la anterior.

Un último elemento de la topografía romana, y de gran relevancia, lo constituye la insula Tiberina (69), situada en el mismo centro de la futura ciudad, frente al Capitolio y a la parte meridional del Campo de Marte, y que facilitaba enormemente el paso del río.

Como zona rescatada en fecha relativamente reciente del dominio del mar y dada además su vecindad al Tíber, el sitio de Roma se caracterizaba en los tiempos primitivos por su enorme abundancia en agua (fig. 4). No debemos olvidar, además, que esta zona fue de las últimas recubiertas por tierra firme y que un

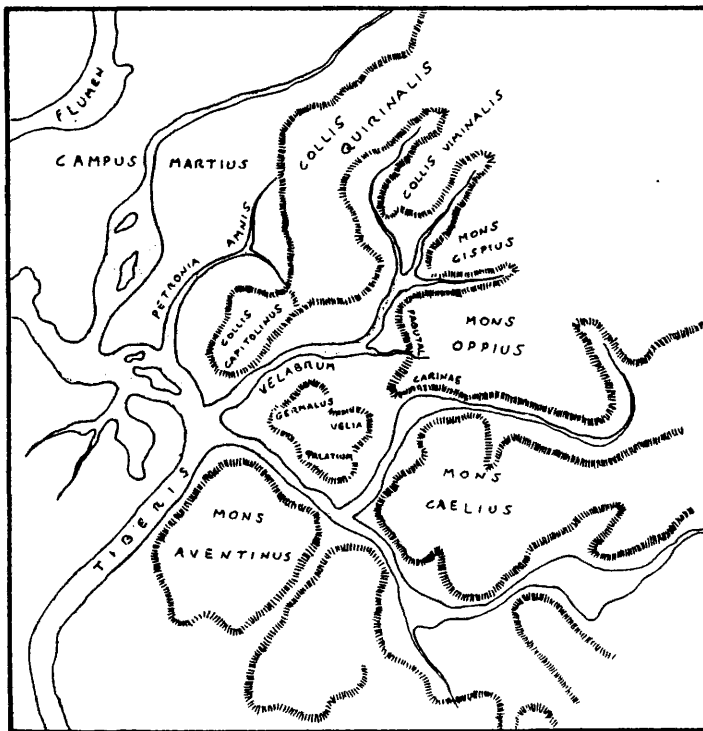


Fig. 4.- Mapa hidrográfico de Roma (según L.A. Holland, *Janus and the Bridge*, FMAAR, XXI, Roma, 1961, lám. III).

lago ocupaba el lugar hasta mucho tiempo después de que la línea de costa se hubiese retirado aproximadamente hasta su situación actual. Así, bien pudo decir Frontino que "durante cuatrocientos cuarenta y un años después de la fundación de la ciudad - esto es, hasta la construcción del primer acueducto romano, el Aqua Appia, en el año 312 a.C. (70) - los romanos se contentaron con el agua que cogían en el Tíber y en los pozos y fuentes" (71).

Por los vallecillos intermedios y procedentes de las numerosas fuentes que manaban en las fañdas de las colinas (72), corrían diversos arroyos tributarios del Tíber (73). De ellos hay tres especialmente importantes desde el punto de vista topográfico. Primeramente el arroyo del Circo Máximo, que tenía dos ramales, uno por el valle entre el Oppio, el Celio y el Palatino y otro por el valle al sur del Celio (moderno Marrana); ambas ramificaciones se reunían en la esquina sur del Palatino, formando la corriente más gruesa que a través del corredor del vallis Murcia desembocaba en el Tíber al sur del Foro Boario.

En segundo lugar tenemos el arroyo del Foro, con tributarios que descienden por los barrancos entre el Quirinal y el Viminal por un lado y del Cispio, del Oppio y de la Velia por otro; a través del Velabro este arroyo continuaba hacia el Tíber, teniendo su desembocadura un poco más arriba de la del arroyo del Circo Máximo.

Finalmente, el Petronia amnis, el único de los tres arroyos con nombre antiguo conocido, que naciendo en la fons Cati, en la ladera del Quirinal, pasaba por las partes más bajas del Campo de Marte y desembocaba en el Tíber enfrente de la isla Tiberina.

Por lo general estos arroyos se empantanaban en determinados momentos de su recorrido, siendo además estos pantanos alimentados por los no infrecuentes desbordamientos del Tíber (74). El arroyo del Foro se estancaba ya en el Argileto y a continuación en el propio Foro y en el Velabro (75). Otro pequeño lago ocupaba el lugar donde posteriormente se levantó el Coliseo, mientras que la otra rama de este mismo arroyo del Circo Máximo

formaba amplios pantanos al sur del Celio, más allá de la puerta Metrovia. Finalmente, en el Campo de Marte se localizaba una de las zonas pantanosas más grandes de Roma, el Lacus Caprae, al parecer un antiguo meandro del Tíber.

Entre las colinas y las partes bajas existía un claro contraste paisajístico, predominando en las primeras las formaciones boscosas y en las segundas los pantanos y marismas, aunque, claro está, en estas últimas no había una ausencia total de bosques (76).

Diversas menciones en las fuentes nos recuerdan el carácter boscoso en general de la antigua Roma (77) (fig. 5) y la toponimia nos ha conservado memoria de ello: así, el Querquetulanus, el Fagutalis y el Viminalis, que nos hablan de que estos montes estaban respectivamente cubiertos de encinas, hayas y mimbres.

La parte oriental romana, concretamente el Esquilino, era la que más fama tenía por sus bosques (78): en su territorio se recuerdan el lucus Esquilinus (79), el Libitinae (80), el Mefitis, el Poetelius (81) y el Lucinae (82), aparte del ya recordado Fagutal. Respecto a otras colinas, se tienen noticias de bosques en las dos crestas del Capitolio (83) y en el Aventino (84), donde crecía el laurel.

También en las zonas bajas se conocen bosques, como ya hemos dicho. Así, en el Campo de Marte se recuerdan el lucus Aesculetum (85), el Petelinus (86) y el Feroniae (87); en el Foro Romano dos, uno a los pies del Palatino (88) y el segundo debajo del Capitolio (89); en el valle del Coliseo, el lucus Strem-

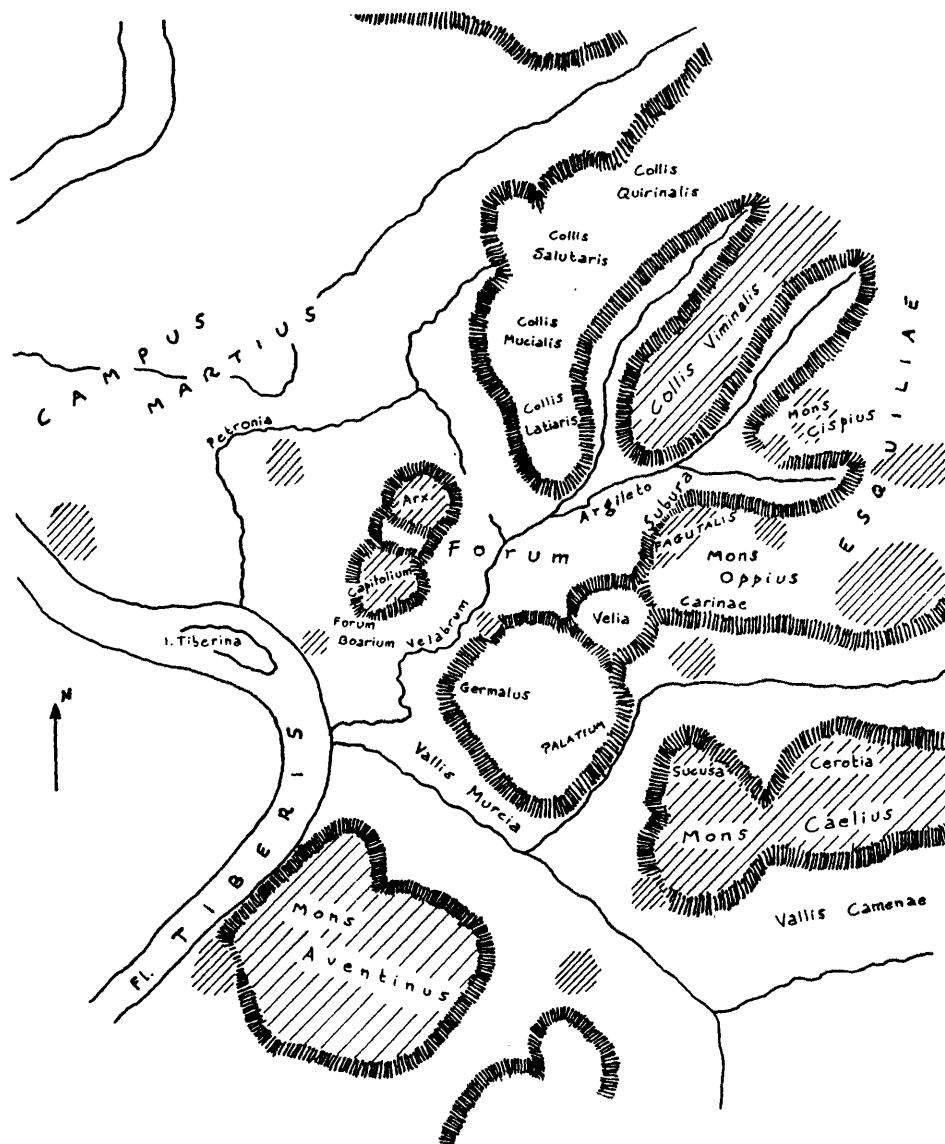


Fig. 5.- Mapa de las zonas boscosas de Roma, según los datos de las fuentes.

nia (90), y en el vallis Camenae, en torno a la fuente, el lucus Camenae o Egeriae (91); al pie del Aventino, junto al Tíber, se encontraba el lucus Stimulae (92), célebre por las Bacanales del año 186 a.C.; finalmente en el vallis Murcia crecían los mirtos, a juzgar por su antiguo nombre de vallis Myrtea (93).

En resumen, tenemos pues en Roma un ambiente topográfico caracterizado por un conjunto de colinas escarpadas y de una superficie irregular con grandes extensiones boscosas y cuyas depresiones intermedias aparecen surcadas por arroyos y ocupadas en ocasiones por grandes superficies de aguas estancadas.

Veamos ahora rápidamente cuáles eran las relaciones topográficas existentes entre los diferentes elementos que componen el lugar.

En el conjunto de las colinas se pueden distinguir cinco grupos: Aventino, Celio, Palatino, Esquilino y el conjunto del Viminal, Quirinal y Capitolio. Especial importancia tienen los tres últimos mencionados, y no sólo porque sea en ellos donde la arqueología protohistórica romana haya dado frutos, sino por una simple razón de tipo topográfico. Más de una vez hemos tenido ocasión de señalar la importancia de las colinas romanas en el mapa de las comunicaciones del Lacio, y en este sentido el solar del futuro Foro Romano se constituye en una encrucijada de caminos de excepcional significación, ya que en él confluían las rutas que atravesaban el Tíber y la de la sal, ya mencionadas, y de ahí también que las colinas que se asoman al Foro sean las

principales: en efecto, mientras que el Palatino se yergue como guardián del paso del río, el Quirinal sirve de paso a la vía Salaria y el Esquilino recibe, a través del clivus Suburanus, la que se dirige al interior del Lacio.

El aspecto cenagoso del Foro no fue suficiente para impedir que se utilizase como lugar de tránsito, pero sí para evitar que el hombre se estableciese en él de forma permanente, por lo que los primeros y definitivos poblados tuvieron que acogerse en las cumbres de las colinas, como la misma tradición lo recoge (94).

NOTAS al Capítulo I

- (1). Plin., Nat. Hist., III,56-59.
- (2). Plin., Nat. Hist., III,56-59. Sobre el Latium Adiectum, M. L. Scevola, "Anzio pre-volsca e il Lazio", RIL, XCVIII, 1964, 89-105; P. Sommella, "Per uno studio degli insediamenti nelle valli del Sacco e del Liri in età pre-romana", SE, XXXIX, 1971, 393-407.
- (3). Nada dicen A. Ernout y A. Meillet sobre el origen de esta palabra (Dictionnaire étymologique de la langue latine, 5ª ed., Paris, 1967). Th. Mommsen parece inclinarse por esta etimología: "Latium, con la a breve, puede, sin duda, derivarse de la misma raíz que $\lambda\alpha\tau\acute{\upsilon}\varsigma$, latus (lado); pero puede también derivarse de latus, ancho (con la a larga)" (cf. Historia de Roma, trad. esp., 6ª ed., Madrid, 1965, pág. 60 y n.1). En sentido similar se manifiesta G. Giannelli, en G. Giannelli y S. Mazzarino, Trattato di storia romana, 4ª ed., Roma, 1970, vol. I, pág. 95.
- (4). Liv., I,52,2: "omnes Latini ab Alba oriundi sint".
- (5). L. Quilici, en Civiltà del Lazio primitivo, Roma, 1976, pág. 3. Las siguientes palabras siguen en general la exposición de este autor. Cf. A.M. Radmilli, La preistoria d'Italia alla luce delle ultime scoperte, Firenze, 1963, págs. 212 y sigs.
- (6). Una última creación de la época geológica ("a late creation in geological time") es como H.H. Scullard define a la llanura costera del Lacio (A History of the Roman World from 753 to 146 B.C., 3ª ed., London, 1970, pág. 20).

- (7). Cf. P. Bergounioux, La Prehistoria y sus problemas, trad. esp., 2ª ed., Madrid, 1966, págs. 62 y sigs.
- (8). J.P. Rothé, Sismos y volcanes, trad. esp., Barcelona, 1972, págs. 69 y 104.
- (9). L. Quilici, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 5.
- (10). J. Le Gall, Le Tibre, fleuve de Rome, dans l'Antiquité, Paris, 1953, págs. 26 y sigs.; H. Philipp, "Tiberis", RE, 2ª r., XI,2, 1936, col. 798-799; 802-804; S. Gsell, Histoire ancienne de l'Afrique du Nord, Paris, 1913, vol. I, pág. 88, n.1; T. Frank, An Economic History of Rome to the End of the Republic, Baltimore, 1927, pág. 6; H.H. Scullard, A History of the Roman World from 753 to 146 B.C., pág. 20.
- (11). Las fuentes literarias sobre la vegetación en el antiguo Lacio son muy numerosas. A modo de ejemplo citamos: Liv., I,30,9; III,25,8; Plin., Nat. Hist., XII,3; XVI,237; 242; Hor., Carm., III,23. Todavía en el siglo III a.C. cantaba Teofrasto la riqueza maderera del Lacio (Hist. Plant., V, 8).
- (12). R. Bloch, Tite-Live et les premiers siècles de Rome, Paris, 1965, pág. 19.
- (13). G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", en Popoli e civiltà dell'Italia antica, vol. III, Roma, 1974, págs. 276 y sigs.; L. Quilici, en Civiltà del Lazio primitivo, págs. 11 y sigs.
- (14). S. Quilici Gigli, "La valle del Sacco nel quadro delle comunicazioni tra Etruria e Magna Grecia", SE, XXXVIII, 1970, 363-366.

- (15). S. Antonielli, "Appunti di paletnologia laziale", BPI, XLIV, 1924, 154-192.
- (16). Nos referimos principalmente a los cráneos neanderthelien-
ses de Circeo: cf. U. Rellini, "La stirpe di Neanderthal
nel Lazio", BPI, I, 1936/1937, 5-64; P. De Francisci, Ar-
cana Imperii, Roma, 1970, vol. III,1, pág. 6.
- (17). Véanse A.M. Radmilli, La preistoria d'Italia alla luce
delle ultime scoperte, pág. 228; G. Colonna, "Preistoria e
protostoria di Roma e del Lazio", pág. 277; L. Quilici, en
Civiltà del Lazio primitivo, pág. 7. En contra, L. Homo,
quien siguiendo a B. Modestov (Introduction à l'histoire
romaine, trad. franc., Paris, 1907), O. Montelius (La ci-
vilisation primitive en Italie, Stockholm, 1910), T.E.
Peet (The Stone and Bronze Ages in Italy and Sicily, Ox-
ford, 1909) y G. Pinza ("Monumenti primitivi di Roma e del
Lazio", MAI, XV, 1905, col. 5-844), atribuye a esta época
los restos pertenecientes, según las últimas investigacio-
nes, al período calcolítico (L. Homo, La Italia primitiva
y los comienzos del imperialismo romano, trad. esp., 2ª ed.,
México, 1960, pág. 57).
- (18). F. Rittatore, "Scoperte di età eneolitica e del Bronzo nel-
la Maremma Tosco-Laziale", RSP, VI, 1951, 3-33.
- (19). E. Gjerstad, "Chalcolithic and Bronze Ages Finds in Rome",
AArch, XXXII, 1961, 215-218.
- (20). M. Pallottino, Etruscologia, 6ª ed., Milano, 1975, pág. 43.
- (21). G. Colonna, "Preistoria e protoistoria di Roma e del Lazio",
pág. 283.
- (22). Plin., Nat. Hist., III,53; Str., V,2,1 (C. 218).

- (23). Dion., III,44,2; Plin., Nat. Hist., III,54.
- (24). Plin., Nat. Hist., III,54; Str., V,2,10 (C. 222).
- (25). G. Colonna, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 29.
- (26). Str., V,2,5 (C. 222).
- (27). Liv., II,34,3; IV,12,9; Dion., VII,12,3; XII,1,2; véase J. Le Gall, Le Tibre, fleuve de Rome, dans l'Antiquité, pág. 23.
- (28). Plin., Nat. Hist., XXXVI,70.
- (29). Str., V,3,5 (C. 231-232).
- (30). Dion., III,44,2; F. Castagnoli, Topografia e urbanistica di Roma, Bologna, 1958, pág. 5.
- (31). J. Le Gall, Le Tibre, fleuve de Rome, dans l'Antiquité, pág. 41. Sobre los puertos de Roma, G. Cressedi, "I porti fluviali in Roma antica", RPAA, XXV/XXVI, 1949/1951, 53-65.
- (32). L. Homo, Rome impériale et l'urbanisme dans l'antiquité, 2ª ed., Paris, 1971, págs. 24 y sigs.
- (33). J. Le Gall da una lista cronológica de las inundaciones del Tíber conocidas por las fuentes (cf. Le Tibre, fleuve de Rome, dans l'Antiquité, pág. 29).
- (34). Liv., II,5,3.
- (35). Plut., Oth., 4,5.

- (36). Hor., Carm., I,2,13-20. Fue debido a una de estas crecidas de invierno el que la barquilla que conducía a Rómulo y a Remo niños se detuviera al pie del Palatino (Var., De l.l., V,54; Ovid., Fast., II,389-390).
- (37). Una lista completa de las fuentes antiguas sobre la situación de Roma puede verse en G. Lugli, Fontes ad topographiam ueteris Urbis Romae pertinentes, Roma, 1952, vol. I, págs. 3 y sigs.
- (38). Vitr., VI,1,11.
- (39). P. Fraccaro, "I fattori geografici della grandezza di Roma", La Geografia, XIV, 1926, 84-100.
- (40). J. Vogt, La Repubblica romana, trad. ital., Bari, 1975, pág. 9; E. Pais, Storia critica di Roma durante i primi cinqui secoli, Roma, 1913, vol. I, pte. 2ª, págs. 621-622.
- (41). J. Le Gall, Le Tibre, fleuve de Rome, dans l'Antiquité, págs. 40 y sigs.; R. Bloch, Tite-Live et les premiers siècles de Rome, pág. 20.
- (42). F. Castagnoli, Topografia e urbanistica di Roma, pág. 3.
- (43). Cic., De r. p., II,3,5-6; 5-6,10-11. Véase J. Santa Cruz, "De optimo rei publicae statu", EC, XXIII, 1979, pág. 181.
- (44). Liv., V,54,4.
- (45). Plat., Leg., 705a. Véase L. Cervera, Sobre las ciudades ideales de Platón, Madrid, 1976, pág. 41.
- (46). Cic., De r.p., II,6, 11; Liv., V,54,4.

- (47). G. De Angelis d'Ossat, "Storia geologica della regione dei Fori Romani sino all'insediamento dei primitivi", SR, II, 1954, 625-648.
- (48). La siguiente exposición viene a ser una síntesis de los principales manuales de topografía romana, especialmente O. Richter, Topographie der Stadt Rom, München, 1901; S.B. Platner, A Topographical Dictionary of Ancient Rome, London, 1929, y G. Lugli, Roma antica. Il centro monumentale, Roma, 1946.
- (49). G. De Angelis d'Ossat, Geologia del colle Palatino in Roma, Roma, 1956.
- (50). F. Castagnoli, "Cermalò", RFIC, CV, 1977, 15-19.
- (51). Véase G. Wissowa, "Capitolium. 2", RE, VI, 1899, col. 1538-1540.
- (52). G. Giannelli, "La leggenda dei 'Mirabilia' e l'antica topografía dell'arce capitolina", SR, XXVI, 1978, 60-71.
- (53). Sobre la topografía de este lugar véase K. Wellesley, "Livvy I.8.5", Latomus, XXXIII, 1974, 912-915.
- (54). G. Lugli, Roma antica. Il centro monumentale, pág. 5.
- (55). G. De Angelis d'Ossat, "L'antica topografía del colle Quirinale", BCAR, LXVI, 1938 (1939), 5-17; M. Santangelo, "Il Quirinale nell'antichità classica", MPAA, V, 1941, 77-214.
- (56). J. Poucet, "L'importance du terme collis pour l'étude du développement urbain de la Rome archaïque", AC, XXXVI, 1967, 99-115.

- (57). Var., De l.l., V,51; Iuu., III,71.
- (58). G. Pinza, "Le vicende dell'Esquilino", BCAR, XLII, 1914 (1915), 117-175.
- (59). S.B. Platner, A Topographical Dictionary of Ancient Rome, pág. 202.
- (60). Var., De l.l., V,50; Gell., Noct. Att., XV,1,2.
- (61). Mart., II,17,1.
- (62). A.M. Colini, "Storia e topografia del Celio nell'antichità", MPAA, VII, 1944.
- (63). Tac., Ann., IV,65,1.
- (64). Iuu., III,13.
- (65). A. Merlin, L'Aventin dans l'Antiquité, BEFAR, fasc. 97, Paris, 1906.
- (66). S.B. Platner, A Topographical Dictionary of Ancient Rome, págs. 65-67.
- (67). L. Homo, Rome impériale et l'urbanisme dans l'antiquité, pág. 34.
- (68). F. Castagnoli, Il Campo Marzio nell'antichità, Roma, 1947; F. Coarelli, "Navalia, Tarentum e la topografia del Campo Marzio meridionale", QITUR, V,1968, 27-37; idem, "Il Campo Marzio occidentale. Storia e topografia", MEFR, LXXXIX, 1977, 807-846.
- (69). M. Besnier, L'île Tiberine dans l'Antiquité, BEFAR, fasc.

- 87, Paris, 1902; G. De Angelis d'Ossat, "L'isola Tiberina è di origine alluviale?", BSGI, IX, 1944, 73-88.
- (70). T. Ashby, The Aqueducts of Ancient Rome, Oxford, 1935, pág. 10.
- (71). Front., De ag., IV,1.
- (72). Una lista más o menos completa de las fuentes de la antigua Roma la proporciona S.B. Platner, A Topographical Dictionary of Ancient Rome, págs. 210-211 y 310-314 (v. fons y lacus).
- (73). Sobre la hidrografía de Roma, L.A. Holland, Janus and the Bridge, PMAAR, XXI, Roma 1961, págs. 343 y sigs.
- (74). J. Le Gall, Le Tibre, fleuve de Rome, dans l'Antiquité, págs. 23 y sigs.; L. Quilici, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 8.
- (75). Los poetas de edad augustea cantan aquella época en que se podía ir en barca sobre el Foro sumergido: Tib., II,5,53; Prop., IV,2,7; 9,5.
- (76). Sobre la vegetación de la Roma primitiva véase en general I. Stada-Tedde, "I boschi sacri dell'antica Roma", BCAR, 1905 (1906), págs. 189 y sigs.
- (77). Dion., IV,15,5; Liv., V,53,9; Str., V,3,7 (C. 235); Plin., Nat. Hist., XVI,37.
- (78). Var., De l.l., V,49.
- (79). Var., De l.l., V,50.

- (80). Dion., IV,15,5; Plut., Q.Rom., 23.
- (81). Var., De l.l., V,50.
- (82). Ovid., Fast., II,435-436; 449; Plin., Nat. Hist., XVI,235.
- (83). La depresión intermedia era denominada Asylum o inter duos lucos (Liv., I,8,5).
- (84). Dos partes del Aventino se denominaban Laurentum (Var., De l.l., V,152; Dion., III,43,1; Plin., Nat. Hist., XV,138).
- (85). Var., De l.l., V,152.
- (86). Liv., VI,20,11; Plut., Cam., 36,5-7.
- (87). Su conocimiento nos ha llegado por una inscripción publicada por G. Gatti, "Nuove scoperte nella città e nel suburbio", NS, 1905, pág. 15.
- (88). Lucus Vestae: Cic., De diu., I,45,101.
- (89). Dion., II,50,2.
- (90). Sym., Epist., X,35.
- (91). Iuu., III,13; Liv., I,21,3.
- (92). Ovid., Fast., VI,503; 518; Liv., XXXIX,12,13; CIL, VI, 9897.
- (93). Var., De l.l., V,154.
- (94). Recuérdese la legendaria ciudad de Evandro, Palantea, situada en el Palatium. Posteriormente Rómulo estableció la

suya igualmente en el Palatino (la tradicional Roma Quadrata) y Tito Tacio en el Quirinal (cf. J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, trad. esp., Barcelona, 1971, pág. 26).

Las recientes prospecciones arqueológicas llevadas a cabo en el área de la Regia y templo de César, en el Foro, parecen haber detectado unos fondos de cabañas del período protolacial (aproximadamente datables en el s. X): la vida de este habitat parece haber sido sin embargo muy breve, siendo pronto reemplazado por lugar de enterramiento (véanse J. Poucet, "Le Latium protohistorique et archaïque à la lumière des découvertes archéologiques récentes", AC, XLVII, 1978, pág. 574; idem, "Archéologie, tradition et histoire: les origines et les premiers siècles de Rome", LEC, XLVII, 1979, pág. 205).

Capítulo II:

LOS ORIGENES DE ROMA A TRAVES DEL MATERIAL ARQUEOLOGICO

Fue aproximadamente en este cuadro geográfico que esquemáticamente acabamos de reseñar donde se desarrollaron las primeras fases de la comunidad romana, comunidad que no nació de golpe por obra y gracia de un fundador heroico, como recoge la tradición analística (95), o de un fundador anónimo y colectivo, como pretende cierta parte de la investigación moderna, sino que hasta llegar a constituirse en ciudad, tal y como este concepto se entiende en relación al mundo antiguo occidental, hubo de pasar por diferentes etapas marcadas por un largo espacio de tiempo.

Los descubrimientos arqueológicos efectuados en el presente siglo en el suelo de Roma han sentado la base para el esclarecimiento de las más antigua historia romana. Su confrontación con los datos transmitidos por las fuentes escritas, unas veces confirmándolas y matizándolas y otras desechándolas, ha tenido como resultado la formación de un rico corpus de datos que ha ampliado de manera notabilísima el campo de la investigación. Sin embargo, la interpretación de estos materiales dista mucho de ser unánime y segura y no dudamos en afirmar, con M. Pallottino, que los propios descubrimientos han contribuido poderosamente a alimentar la problemática histórica de los orígenes de Roma más que a aclararla (96).

El material arqueológico encontrado en Roma prueba la existencia en el lugar de una continuidad de poblamiento al menos desde el período inicial del bronce medio hasta los tiempos plenamente históricos. Los hallazgos más antiguos se elevan sin em-

bargo al calcolítico, con esos objetos pertenecientes a la colección Nardoni descubiertos sin excavación en el Esquilino en 1870 (97). La existencia en esta colección de dos objetos de bronce ha llevado a E. Gjerstad a afirmar, un poco aventuradamente en nuestra opinión, la continuidad de habitación en el Esquilino desde el calcolítico hasta la edad del hierro (98).

En el Foro Boario es donde perfectamente se documenta la edad del bronce en Roma. Las prospecciones estratigráficas llevadas a cabo junto a la moderna iglesia de Sant'Omobono pusieron a la luz fragmentos cerámicos pertenecientes a las culturas apenínica y subapenínica; estos fragmentos no aparecieron en situación originaria, sino que en el momento de su descubrimiento se alojaban en una tierra de relleno llevada allí antiguamente desde una de las colinas circundantes (99). Nuevos e importantes documentos de la misma edad del bronce han aparecido en el área de la Regia, en el valle del Foro (100).

Los hallazgos de la edad del hierro son ya más abundantes y de mayor importancia por lo que toca a los orígenes de Roma. Estos hallazgos se reparten por diferentes áreas de la ciudad, cubriendo una extensión que abarca desde el Capitolio hasta la meseta del Esquilino y desde el Palatino hasta el Quirinal (fig. 6), y una cronología que abraza toda la edad del hierro. En síntesis se reducen a unos fondos de cabañas en el Palatino y en el Foro Romano; a unas tumbas en estos dos lugares, en el Esquilino y en el Quirinal, y a unos cuantos depósitos votivos (favis-sae) pertenecientes en su mayoría a las postrimerías de la época protohistórica.



Fig. 6.- Mapa de los hallazgos protohistóricos en Roma (según L. Quilici, en Civiltà del Lazio primitivo, Roma, 1976, lám. XII).

Aparte algunas cuestiones de detalle, dos son los principales temas que dividen a los investigadores: la cronología y el proceso de formación de la ciudad, concentrándose ambos grupos en torno sobre todo a dos grandes arqueólogos e investigadores: el sueco Einar Gjerstad y el alemán Hermann Müller-Karpe, aunque no debemos olvidar, y aquí las reseñaremos, las posturas intermedias de otros investigadores.

El primer intento sistemático por establecer una cronología de la cultura lacial en Roma en base al material arqueológico lo llevó a cabo G. Pinza (101) en el primer cuarto de siglo, quien, en razón al todavía no abundante número de hallazgos y englobando los testimonios romanos dentro del contexto de toda el área latina, fijó la existencia de dos fases, una primera que abarca desde el siglo IX hasta los comienzos del VII y una segunda que comprende hasta la mitad del siglo VI. La cronología de Pinza permaneció vigente hasta la década de los cincuenta, siendo aceptada por U. Antonielli (102) y apenas modificada por S.M. Puglisi (103), quien tan sólo rebaja en un siglo el comienzo de la primera fase, dejando intactos los restantes términos.

La periodización de Pinza pecaba por su simpleza y los criterios empleados eran ya ampliamente rebasados por la magnitud de los nuevos descubrimientos. En consecuencia, en los años cincuenta apareció una nueva cronología de la Roma primitiva gracias a los estudios de E. Gjerstad (104), quien, tras algunas modificaciones, estableció finalmente una división en dos grandes épocas, una pre-urbana y otra urbana, separadas por el año 575. La primera de estas épocas fue a su vez dividida en cuatro perío-

dos caracterizados por la forma de los vasos típicos:

período I	:	<u>Expansive Impasto</u>	(800-750)
" II	:	<u>Normal</u>	" (750-700)
" III	:	<u>Contracted</u>	" (700-625)
" IV	:	<u>Advanced</u>	" (625-575).

Esta cronología influyó de manera notable en la escuela sueca de arqueólogos, que determinó, gracias sobre todo a las investigaciones de P.G. Gierow (105), la llamada cronología "corta" del Lacio, fijada recientemente en cuatro períodos que abarcan desde el año 850 hasta el 575 basados en los mismos criterios estilísticos.

Esta secuencia cronológica de Roma, que hasta aquí puede ser discutible, pasa a ser inadmisibile cuando se refiere a la segunda de las épocas establecidas, la urbana, sobre todo en relación al comienzo del período republicano. Fascinado por las investigaciones de K. Hanell (106), Gjerstad lleva el final de la monarquía etrusca y el comienzo de la República a la mitad del siglo V (107), intentando revolucionar toda la historia de la primera Roma republicana.

La sistematización de Gjerstad ha levantado lógicamente gran número de críticas, la mayoría adversas, con la consiguiente fijación de nuevos sistemas cronológicos.

Entre estos destaca el configurado por H. Müller-Karpe, el más seguido por la investigación actual (108). La cronología de este investigador alemán, ampliada al Lacio constituyendo la llamada cronología "larga" (siglo X-675), se basa sobre todo en lo

que se denomina "estratigrafía horizontal", esto es, el estudio de cómo aparecen asociados los diversos objetos funerarios en distintos grupos de tumbas. Refiriéndose a Roma, Müller-Karpe establece cuatro fases o "Stufen" (I, II, III, IV), dividiendo a continuación la segunda de ellas en dos subperíodos, IIA y IIB. El nuevo cuadro cronológico queda determinado aproximadamente como sigue:

período I	:	siglo X	
" II	:	" IX	{ IIA: primera mitad del siglo IIB: segunda " " "
" III	:	" VIII	
" IV	:	" VII	

La cronología de Müller-Karpe adolece en su primer período del intento de su autor por relacionar los primeros hallazgos romanos con las postrimerías de la cultura micénica, interpretando en esta dirección las leyendas sobre la llegada al Lacio de Eneas y Evandro (109).

Fijándose en las concomitancias con las culturas del hierro de la Italia septentrional (protovillanoviano y villanoviano) y con las de la Italia meridional (cultura de las tumbas de fosa) que se extendieron hasta el Lacio, R. Peroni (110) idea una nueva periodización que comprende tan sólo dos períodos grandemente subdivididos. Este arqueólogo estudia los diferentes grupos de hallazgos por separado, incluyendo luego cada uno de ellos dentro del estadio correspondiente. Aunque no da fechas absolutas, Peroni parece admitir en líneas generales las de Müller-Karpe.

A partir de los últimos años hay que señalar la importancia

creciente adquirida por la arqueología local, lo que ha provocado que el caso de Roma se encuadre plenamente dentro de la problemática latina. Su inmediata consecuencia por lo que a la cronología se refiere ha sido la revitalización del sistema cronológico de Müller-Karpe por obra de G. Colonna (111), sistema que con variantes es actualmente admitido por la casi generalidad de los investigadores (112). Este es el nuevo cuadro:

fase I	(protolacial)	1000-900
" II	{ A	900-850
	{ B	850-770
" III		770-730
" IV	{ A	730-630
	{ B	630-580

Otro intento a señalar respecto a toda esta problemática lo hallamos en la postura intermedia entre la cronología alta de Müller-Karpe y la baja de Gjerstad adoptada por algunos investigadores, destacando en este sentido la expuesta por H. Riemann en su recensión a la obra capital de Gjerstad Early Rome (113). Señala este investigador la existencia de cuatro períodos cuya secuencia es como sigue: I, el siglo IX; II y III, siglo VIII; IV, siglo VII. Sin embargo, Riemann se basa en ciertos criterios (datación de las tumbas del Cerámico de Atenas y de Cumas en Ischia; fecha de la llegada a Italia del vaso firmado por el faraón Bokhchoris) cuya seguridad es discutible (114).

En esta última situación intermedia se sitúa M. Pallottino (115), quien distingue cinco fases en el desarrollo protohistó-

rico de Roma. El primer período ocuparía con toda probabilidad el siglo IX, ya que corresponde a los sepulcros protovillanovianos de los montes della Tolfa y a los grupos más antiguos de los montes Albanos; el segundo comprende desde el final del siglo IX hasta la mitad de la centuria siguiente, correspondiendo al villanoviano típico; la tercera fase viene a concordar con la segunda mitad del siglo VIII, en correspondencia con el villanoviano II; la cuarta equivale al período de difusión de la cultura orientalizante en Etruria y el Lacio y se fecha en el siglo VII; finalmente la quinta y última fase viene a ocupar los últimos decenios del siglo VII y los primeros del VI, correspondiendo con el orientalizante reciente. A partir de entonces comienza ya el período de la ciudad arcaica bajo el signo dominante de la influencia etrusca

Recogiendo todos estos sistemas, podemos formar un cuadro aproximado que resuma las opiniones más entendidas y hacernos así una idea de la maraña de fechas y períodos con que se enfrentaba - y todavía se enfrenta - el historiador de la Roma primitiva:

	Pinza	Gjerstad	M.-Karpe	Peroni	Riemann	Pallottino	Colonna
s.X			I	IA			I
				IB			
900	I		IIA	IIA1	I	I	IIA
850			IIB	IIA2			IIB
800		I	III	IIA3	II	II	III
750		II		IIB1	III	III	IVA
700	II	III	IV	IIB2	IV	IV	
625		IV				V	IVB

El segundo de los problemas señalados, el proceso de formación de la ciudad, radica en un enfrentamiento entre dos posturas personalizadas especialmente en torno a estos dos investigadores citados: E. Gjerstad y H. Müller-Karpe, defensores respectivamente de la teoría sinecista y de la teoría unitaria. Aunque ambas posturas tienen claros antecedentes, es sin embargo en estos dos autores donde mejor y más claramente se exponen.

Según Gjerstad, para el período más antiguo de Roma el material arqueológico atestigua la existencia de diversos poblamientos en el Palatino, en el Esquilino y en el Quirinal. Respecto a la Velia, el Viminal y el Celio, dice Gjerstad que es probable que en esta época primitiva (períodos I y II) estuvieran también habitados, como se deduce a partir de los testimonios literarios, ya que la arqueología permanece prácticamente muda en estas zonas. Por lo que se refiere al Capitolio, sí se puede afirmar que estaba deshabitado, aunque cabe dentro de lo posible que al estar dentro del área de influencia del Quirinal, lo usasen sus habitantes como lugar de culto o como plaza fuerte.

El carácter aislado de las distintas aldeas fue paulatinamente desapareciendo en los siguientes períodos III y IV, llegando a alcanzar en las postrimerías de esta última fase el aspecto de una comunidad unida a la que el dominio etrusco vino finalmente a dar, en el transcurso del siglo VI, la forma típica de una ciudad-Estado con todos sus requisitos.

La otra postura, definida inicialmente por Müller-Karpe,

parte también del análisis de los restos arqueológicos, pero llega a conclusiones totalmente diferentes.

Según los seguidores de esta teoría, los restos referibles al primer período de Roma se documentan exclusivamente en la zona Palatino-Foro Romano, que constituye "el núcleo originario desde el cual, sin interrupciones ni pausas, se desarrollará la ciudad histórica"(116). En el período II se inician las necrópolis del Esquilino y del Quirinal, testimoniando un crecimiento de Roma en esas direcciones que prefigura la ciudad de las cuatro regiones de época arcaica. Urbanísticamente no puede hablarse de "ciudad", ya que se caracteriza por un sistema de aldeas complementarias, limitadas preferentemente a las alturas, alternando con áreas no construidas, según la accidentada morfología del terreno; pero bajo los aspectos económico, social y político ya es otra cosa, pues en esta época Roma posee ya instituciones perfectamente establecidas. La conquista etrusca completó finalmente todo el proceso de urbanización.

A nuestro juicio, el problema principal se encuentra en la necrópolis del Esquilino, las características de sus ajuares funerarios y su cronología en relación al Palatino. Las soluciones de Gjerstad y Müller-Karpe a este respecto pecan un poco de simples, ya que, según la generalidad de la investigación actual, el material más antiguo del Palatino es anterior al del Esquilino (en contra de la opinión de Gjerstad), pero el de este último lugar no deriva del primero (contrario a la afirmación de Müller-Karpe).

En el estado actual de la investigación se tiene como indiscutible lo siguiente: en un primer momento el Palatino aparece habitado por gentes que entierran a sus muertos preferentemente en el contiguo valle del Foro, y un cierto tiempo después el Esquilino comienza a poblarse, verosímilmente en las cumbres del Oppio, Fagutal y Cispio, estableciendo estas gentes sus necrópolis en la propia meseta del Esquilino en la dirección de oeste a este. ¿Cómo explicar este fenómeno?

A pesar de seguir la teoría de la ciudad palatina de Müller-Karpe, M. Pallottino se hace eco del problema y piensa que la llegada de estos "forasteros" al Esquilino debe tenerse como una ocupación pacífica que responde al atractivo que sobre las regiones vecinas ejercía el crecimiento y la prosperidad económicas de la naciente ciudad sobre el Palatino; de ahí que esta nueva población ocupase los suburbios, esto es, las Esquiliae (117). Ahora bien, la necrópolis del Esquilino ¿pertenece a estos nuevos pobladores del sitio de Roma, o por el contrario ha de extenderse su ocupación a los habitantes originarios del Palatino, como se ha llegado a afirmar (118)?

Si adoptamos esta última postura, debemos basarnos ante todo en un hecho atestiguado: la necrópolis del Esquilino coincide en sus momentos iniciales con un abandono progresivo por parte de las tumbas del valle del Foro, que se ve reducido como necrópolis a sepulturas de niños, comenzando tiempo después a ser área habitada (119).

Por otra parte, el Foro empezaba a ser ya en la primera mitad del siglo VIII un lugar poco a propósito para enterramientos

debido a la creciente importancia del Tíber como vía de penetración comercial (120). La influencia euboica en Roma comienza a notarse inmediatamente a la fundación de la primera colonia griega en Italia, Phithekoussai, hecho que tuvo lugar hacia el año 775 aproximadamente (121). En la cerámica del Esquilino se nota esta influencia euboica, pero es sobre todo en el área sagrada de Sant'Omobono donde mayor importancia tiene, estableciéndose en sus inmediaciones un emporium griego ya en el segundo cuarto del siglo VIII (122).

El valor económico que comenzaban a adquirir las partes bajas de Roma sin duda influyó notablemente en la expulsión de los muertos de ese lugar por parte de los vivos, siendo necesario entonces buscar otros lugares de enterramiento.

¿Hemos de concluir necesariamente de estos presupuestos que faltándoles el Foro los habitantes del Palatino recurrieron a las lejanas mesetas del Esquilino para enterrar allí a sus difuntos, por ser quizás éste, junto al Quirinal, el otro lugar de Roma donde se ha documentado una necrópolis? Creemos que no. Caso de que la comunidad palatina se hubiera extendido por las otras colinas romanas, lo lógico sería pensar que en el Esquilino se enterrasen los que habitaban allí mismo, lo que también hay que pensar respecto al Quirinal, mientras que los que vivían en el Palatino no tendrían por qué desplazarse hasta esos lugares para depositar a sus muertos, sino que buscarían otro sitio más cercano que supliese al Foro, quizás el vallis Murcia.

Por otra parte, el abandono del valle del Foro por los muertos y su ocupación por los vivos no se produjo de repente, sino

que necesitó unos intentos previos contemporáneos a la necrópolis del Esquilino, como lo prueba el hallazgo de fondos de cabañas entre dos estratos de tumbas (123).

Así pues, en el Esquilino se enterraban gentes que habitaban allí mismo. La pregunta que cabe hacernos entonces es la siguiente: ¿perteneían estas gentes a una comunidad "romana", es- to es, extendida a partir del Palatino, o bien eran completamente independientes? Un primer punto a favor de la última proposición se encuentra en las diferencias tipológicas existentes entre los objetos cerámicos de las necrópolis del Esquilino y del Foro (124).

Sin embargo, en el Esquilino nos encontramos ante un hecho sorprendente, como es la existencia de armas y de material bélico en general (125), hallazgo único en todo el solar de Roma. De todas las tumbas de estas características destaca la XCIV, asig- nable al período III, donde aparte su estructura arquitectónica particular, el difunto fue sepultado con yelmo, escudo y hasta un carro de dos ruedas (126). Dejando a un lado las caracterís- ticas sociales que pueda denunciar esta tumba en particular (127), la existencia de armas en el Esquilino, y más concreta- mente esta tumba XCIV, lleva a plantearnos dos preguntas. En primer lugar, si aceptamos la tesis de Pallottino, ¿cómo expli- car que estos recién llegados, "hermanos pobres" de la comunidad romano-palatina, hayan podido alcanzar el desarrollo militar que proporciona tal armamento e incluso un estrato social superior capaz de soportarlo? (128). En segundo lugar, si admitimos que la necrópolis del Esquilino no es sino la expresión en esa zona

de la expansión natural de la comunidad palatina, ¿podemos aceptar que un individuo perteneciente al más alto nivel social haya podido vivir y ser enterrado en los suburbios olvidando el originario solar patrio? (129).

Ante la respuesta negativa a estas dos cuestiones, nosotros preferimos inclinarnos, con E. Gjerstad, por la existencia de tres comunidades independientes en el Esquilino, situadas sobre sus tres crestas del Oppio, Fagutal y Cispio.

Respecto al Palatino, queda por resolver si efectivamente el conjunto formaba una única comunidad o si por el contrario hay que distinguir en él tres aldeas independientes, ubicadas respectivamente en el Germal, el Palatium y la Velia.

La base arqueológica más importante para resolver este problema se encuentra en la tumba de incineración hallada no hace muchos años bajo la llamada Casa de Livia, en la depresión que separa las cumbres principales del Germal y del Palatium (130). Si en esta época tan antigua ya regía aquel principio recogido en la ley de las XII Tablas según el cual se prohibía enterrar y quemar a los adultos dentro de los límites habitados (131) - y así parece confirmarlo el hecho de que en ningún momento han aparecido mezclados lugares de enterramiento y lugares de habitación -, esta tumba marcaría la separación entre los poblamientos de una y otra cima, o al menos - pues no debemos olvidar que esta sepultura se eleva a los primeros momentos de la edad del hierro en Roma - la existencia de una aldea en una de las dos alturas, probablemente la del Germal (132).

Pero si aceptamos que en el conjunto del Palatino existían tres aldeas diferentes, hemos de reconocer también que había otros tantos cementerios. Respecto al Germal, el arqueólogo italiano P. Romanelli ha creído encontrar restos de una necrópolis antigua en la proximidad de los fondos de cabaña descubiertos en esta cumbre, junto a las scalae Caci, hallazgo que podría documentar la existencia de la primitiva necrópolis de esta poblado (133). Respecto a las tumbas más antiguas del Foro, estas son once: cuatro en el arco de Augusto, una en la Regia y seis en el templo de Antonino y Faustina (134), todas ellas bastante alejadas del poblamiento del Palatium y, por otra parte, muy próximas a la Velia, donde por diferentes rastros se puede presumir con cierta seguridad la existencia de cabañas que se elevan a esta época (135). La necrópolis primitiva del Palatium habría entonces que buscarla por otro lado, quizás en las laderas de la colina que caen hacia el valle del Circo Máximo o hacia la depresión ocupada actualmente por la vía San Gregorio, entre el Palatino y el Celio (136).

En cuanto a las otras colinas romanas, el Quirinal destaca entre todas por la problemática suscitada sobre su hipotético poblamiento sabino (137), opuesto al poblamiento latino del Palatino.

A las discusiones habidas en el siglo pasado basadas en consideraciones puramente históricas (138), y vigentes todavía hoy (139), siguió a comienzos del siglo actual otras nuevas apoyadas esta vez en el material arqueológico (140), discusión que

todavía no ha cesado en la actualidad.

Pero sabino o no, lo que a nosotros nos interesa más directamente es si en verdad hubo o no un poblamiento en esta colina. La arqueología es aquí, en relación a los restantes montículos romanos, muy poco explícita, pues sabemos que el Quirinal sufrió como ninguno los avatares de la urbanística moderna (141), y de ahí que los hallazgos sean más bien escasos. En realidad, los únicos restos de la edad del hierro encontrados en el Quirinal y que se eleven a una época tan primitiva se reducen a tres tumbas de inhumación excavadas en la parte norte de la colina, en la zona en torno a piazza Sallustio, y pertenecientes a un período inmediatamente posterior a la necrópolis del Esquilino (142). Además, estas tumbas presentan en sus ajuares una afinidad tipológica con la necrópolis esquilina (143).

Aparte esta tres, Gjerstad se empaña en afirmar que las dos tumbas de incineración halladas en el foro de Augusto pertenecen asimismo al ámbito del Quirinal y más concretamente al poblamiento de la cima Latiaris (144), basándose en que estas sepulturas se encuentran debajo del Quirinal y separadas del resto de la necrópolis del valle del Foro por un arroyo, lo que, según la teoría de L.A. Holland (145), añade al propio valor físico del agua como frontera un poder religioso que reafirma este carácter. Aunque esta opinión de Gjerstad cuenta con defensores (146), hay sin embargo una mayor tendencia a negarla, afirmando que esta zona del foro de Augusto se encuentra mucho más vinculada topográficamente al valle del Foro y a la necrópolis perteneciente a él (147).

En consecuencia, la base más amplia para sostener la existencia de un poblamiento en el Quirinal se encuentra en esas tres tumbas de inhumación de que hablábamos hace un momento, cuya afinidad tipológica con la necrópolis del Esquilino prueba claramente que el poblamiento no se llevó a cabo desde el Palatino, como pretenden Müller-Karpe (148) y Colonna (149), sino en todo caso según una relación directa con el Esquilino, lo que es apoyado por las condiciones topográficas.

La escasez de datos proporcionados por la arqueología en el Quirinal no nos autoriza desde luego, basándonos en esta prueba ex silentio, a pronunciarnos definitivamente sobre el problema, por lo que preferiríamos, en vez de adoptar una postura extrema (150), detenernos aquí y dejar abierta una puerta a la espera de que nuevos hallazgos puedan dar más luz a la cuestión.

No obstante, otros indicios nos llevan a contemplar la situación desde perspectivas diferentes: nos referimos a la topografía.

Según ha puesto de relieve J. Poucet (151), la denominación de las colinas Quirinal y Viminal ha pasado por varias fases. En un principio ambas colinas eran llamadas conjuntamente Collis; en un segundo momento se individualizaron los diferentes montículos, surgiendo entonces los nombres de collis Viminalis, collis Quirinalis, collis Salutaris, collis Mucialis y collis Latiaris; finalmente, el último estadio viene representado por la extensión de uno de estos términos, el Quirinalis, a toda su colina (152).

Confrontando los nombres de mons y collis, Poucet llega a

la conclusión de que mientras el primero no sólo tiene un mero significado topográfico, sino que también y principalmente indica una comunidad instalada y organizada sobre él, por el contrario collis sólo goza de un valor estrictamente topográfico, sin designar la existencia de una comunidad. Reuniendo todos los datos, concluye Poucet diciendo que tanto el Quirinal como el Viminal fueron zonas poco pobladas e integradas relativamente tarde - cuando la "revolución serviana" - en la comunidad política romana.

Como podemos observar, el cuadro descrito por Poucet se adapta perfectamente al mapa arqueológico de la zona: la diseminación de las tumbas en el "hinterland" del Quirinal y del Viminal, con su afinidad tipológica con el Esquilino, parece mostrar que estas sepulturas pertenecen a núcleos aislados de población, quizás de carácter familiar, un tanto desvinculados de su foco originario del Esquilino y unidos económicamente a la vía Salaria que los atravesaba.

El Capitolio es otra de las colinas problemáticas, sobre todo a partir de la afirmación de Gjerstad de que esta colina no entró a formar parte de la comunidad romana hasta el siglo VI (153).

La tradición supone en el Capitolio un poblamiento legendario tan antiguo casi como el del Palatino: en efecto, poco después de que Evandro se estableciera con sus arcadios en el Palatino, unos compañeros de Hércules, a su regreso de la península Ibérica, hicieron lo propio en el Capitolio (154). Algunos in-

vestigadores relacionan incluso estos relatos legendarios con los hallazgos de época apenínica encontrados en el Foro Boario (155); pero lo cierto es que hasta los últimos momentos de la edad del hierro no comienza el Capitolio a ofrecer in situ una documentación arqueológica firme. Esta se refiere a una favissa que atestigua una ocupación religiosa del lugar (156).

El Capitolio se encuentra más vinculado topográficamente al Quirinal, del que venía a ser como un apéndice; sin embargo, el acceso a él era más fácil desde el Foro a través del clivus Capitolinus, prácticamente su única entrada natural, por lo que la colonización de la colina hubo de hacerse a partir de este último lugar. Aceptamos con Gjerstad la idea de que el Capitolio no se convirtió en lugar de habitación sino hasta muy tarde (157), pero desde luego no el que fuese ignorado hasta el momento de la pavimentación del Foro (según Gjerstad en el año 575), lo que permitiría, según el arqueólogo sueco, el acceso a la colina (158).

La tradición recoge el poblamiento religioso que ocupaba el Capitolio antes del establecimiento en él del templo de la tríada llamada capitolina: en la depresión intermedia se encontraba el santuario del Asylum, dedicado a una divinidad anónima (159); pero la parte religiosa por excelencia era la propia cumbre del Capitolio, donde ya Rómulo edificó un templo a Júpiter Feretrio (160) y que en el último cuarto del siglo VI albergaba a varios dioses cuyos sacella fue preciso exaugurar para la construcción del gran templo de Júpiter, Juno y Minerva, exauguración a la que sólo se resistieron dos de ellos, Iuventas y Terminus (161).

Así pues, tanto las fuentes arqueológicas como las literarias nos atestiguan la existencia de un antiquísimo lugar de culto en el Capitolio, anterior a la presencia etrusca en Roma. (162).

Sin embargo, la constitución de la otra cumbre capitolina, el Arx, en acrópolis creemos que no tiene la antigüedad de estos cultos, sino que debió adquirir este carácter en un momento evolucionado del proceso de formación de la ciudad, cuando entre las distintas comunidades existía ya cierta unión, ya que a cada una de estas su propio montículo le servía a tales fines (163).

Nos quedan ya tan sólo por ver los problemas relativos a la historia primitiva del Celio y del Aventino, con especial significación en los referentes al primero, colinas ambas en las que la arqueología se ha mantenido muda hasta ahora, por lo que hemos de guiarnos por las indicaciones de la tradición escrita.

Respecto al Celio tenemos su posible mención en la lista que da Plinio de los populi Albenses, donde aparece el nombre de Querquetulani (164). Acordándose de la noticia de Tácito, ya mencionada, de que en los tiempos más antiguos esta colina se denominaba Querquetulanus mons (165), muchos autores modernos piensan que el pueblo de Plinio debe identificarse con el Celio (166), lo que no es compartido por todos (167). En efecto, algunos datos nos inducen a creer que los Querquetulani no corresponden a los habitantes de un posible poblamiento en el Celio, como son la existencia de una antigua comunidad latina llamada Querquetulum, situada en la orilla izquierda del Anio y dentro de los límites de la Liga Albana (168), y sobre todo la apari-

ción de este mismo nombre en su forma griega - Κορχοτουλανοί - en la relación de Dionisio de Halicarnaso de las ciudades federadas contra Roma en la batalla del lago Régilo (169).

Sin embargo, otras noticias nos llevan a suponer que en el Celio hubo un antiguo asentamiento. Livio nos cuenta que mientras el Quirinal fue poblado por sabinos, el Celio lo fue a su vez por gentes albanas (170); sin embargo, el relato más extendido sobre el antiguo poblamiento del Celio es el que se refiere a su héroe epónimo, el etrusco Caile Vipinas (Celio Vibenna en las fuentes romanas) (171). Según esta leyenda el Celio fue ocupado por las tropas etruscas de este personaje, cuya localización cronológica varía según las versiones, siendo datada en la época de Rómulo (172) o bien en la de Servio Tulio (173).

Además de esta unanimidad de la tradición, cuya fiabilidad no podemos tomarla tampoco aquí como segura, el apoyo más firme para sostener la existencia de un poblamiento en el Celio es la tradición referente al Septimontium, festividad celebrada por unos cuantos montes o comunidades de Roma y en cuya lista aparece el Celio (174). Esta mención del Celio entre las comunidades septimontiales nos indica su existencia previamente a la formación de esta federación, aunque desconocemos el tipo y características del asentamiento; no obstante, creemos que se encontraba situado en la extremidad occidental de la colina, en la Sucusa, como luego veremos.

El Aventino es quizás el montículo romano de más fácil acceso, por lo que, a pesar de ser considerado como una de las siete colinas clásicas, su colonización fue más bien tardía; de

hecho, su inclusión dentro de los límites sacros del pomerium no tuvo lugar sino hasta comienzos del Imperio (175). Sin embargo, la crítica de comienzos de siglo admitía que el Aventino fue la primera entre las colinas romanas que albergó un núcleo de población, compuesto por gentes neolíticas ligures denominadas casci, que tenían en Caco, el desgraciado rival de Hércules (176), su héroe epónimo; esta pequeña comunidad permaneció viva hasta que fue anexionada por la liga septimontial, convirtiéndose entonces en ager publicus (177).

En realidad nada hay de esto. Al igual que el Quirinal y el Capitolio, el Aventino hubo de sufrir antes una colonización religiosa que la propiamente humana. La fundación del santuario de Diana, que la tradición hace elevar a la época de Servio Tulio (178), no tuvo lugar sino hasta más tarde, probablemente a continuación de la batalla del lago Régilo (179), y en el 456 fue cuando el Aventino se consedió a la plebe en virtud de la lex Icilia de Aventino publicando (180).

A pesar de todo, durante la monarquía etrusca el Aventino no permaneció ignorado, ya que quedó dentro de los límites amurallados, aunque con el carácter de ager publicus y fuera del pomerium. En favor de una antigüedad todavía mayor aboga la festividad del Armilustrum del 19 de octubre, que se celebraba en la cumbre del Aventino y de la que ya hablaremos más extensamente en otro capítulo.

Tras analizar todos los datos expuestos, vemos cómo la realidad de la formación de Roma no es tan simple como la ven Müller-Karpe y Gjerstad, sino que han de buscarse soluciones más complejas, y creemos que estas han de basarse paradójicamente en el sinecismo de Gjerstad y en la preponderancia del Palatino de Müller-Karpe (181).

Nosotros pensamos que en su desarrollo desde los orígenes hasta convertirse en una verdadera ciudad, Roma atravesó por cuatro fases principales (fig. 7):

- 1ª. Aldeas independientes.
- 2ª. Pequeñas federaciones entre aldeas próximas.
- 3ª. Federación septimontial.
- 4ª. Monarquía etrusca y fundación de la ciudad-Estado.

La primera de estas fases es la que hasta aquí hemos comentado. El Palatino es sin duda el decano de las colinas pobladas, siguiendo con ello probablemente la tradición de la edad del bronce testimoniada en el Foro Boario. Ahora bien, resulta difícil determinar a cuál de las cumbres cupo tal privilegio; quizás el Germal por su situación más extrema, pero no existen pruebas directas. Respecto a las gentes que lo poblaron, las conjeturas hechas ya gozan de mayor verosimilitud. Siendo el suelo del Lacio en general poco apto para la agricultura, que necesita aquí un trabajo constante e intensivo (182), la ganadería fue la actividad económica principal de los primeros latinos. Los lugares que estos buscaban para asentarse tenían que ofrecer buenos pastos y agua abundante para los rebaños y características morfoló-

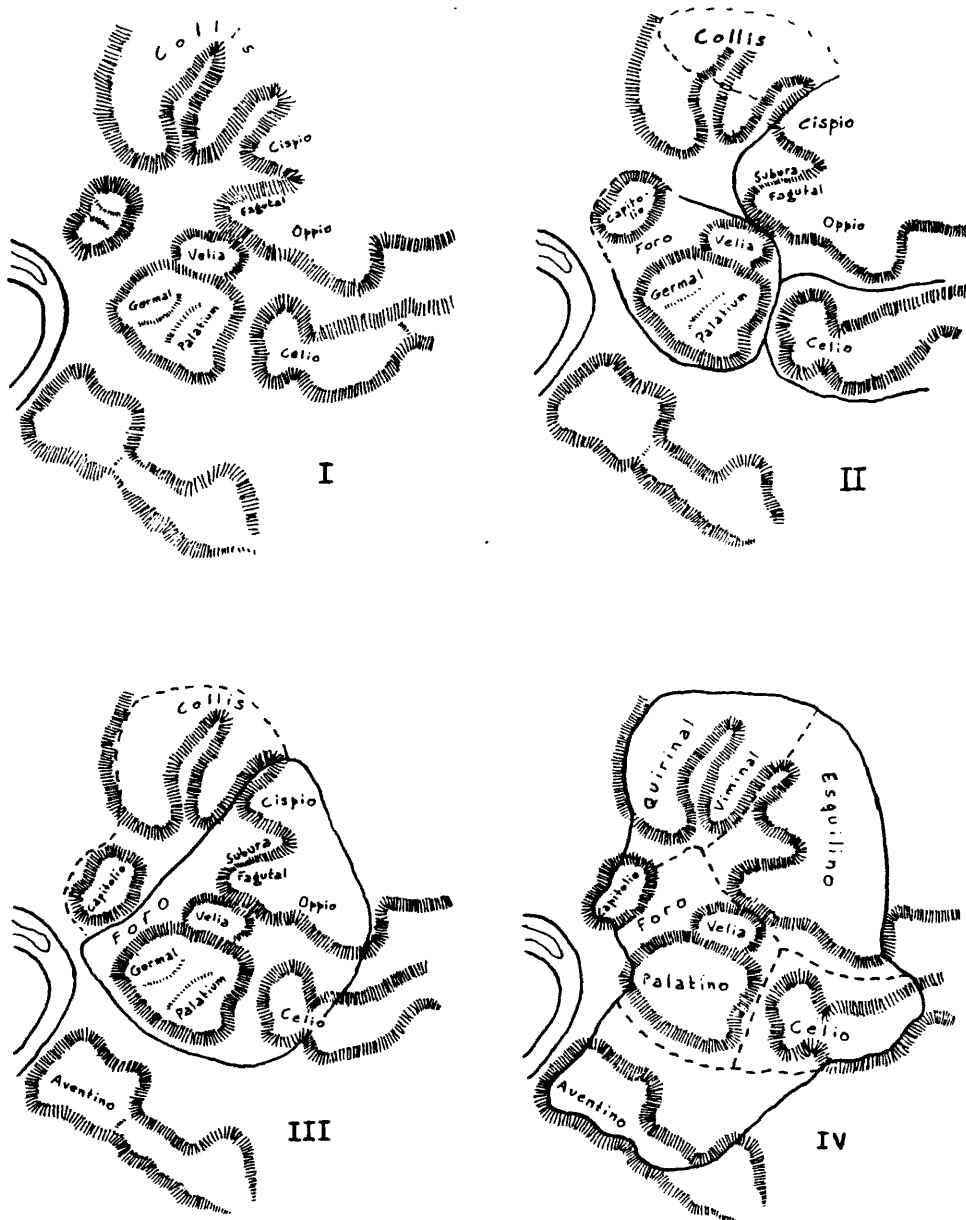


Fig. 7.- Fases del desarrollo de Roma.

gicas apropiadas para defenderse de las bestias depredadoras. El lugar de Roma presentaba estas condiciones de forma magnífica (183), y de ahí que fuese de los primeros en ocuparse. Paulatinamente fueron poblándose de esta forma las tres cumbres del Palatino, formando otras tantas aldeas independientes entre sí, aunque las condiciones de proximidad, la coincidencia de intereses y la identidad de etnia y religión estableciesen lazos sin duda muy estrechos entre ellas.

Un fenómeno similar ocurrió posteriormente en las cumbres del Esquilino, donde probablemente se formaron otras tres aldeas en las crestas del Oppio, Fagutal y Cispio, ya que la insuficiencia arqueológica no ha mostrado todavía restos de cabañas y la necrópolis esquilina no tiene un aspecto topográficamente tan claro como la del Foro. Por otra parte, este poblamiento del Esquilino no debió presentar el mismo aspecto concentrado como el del Palatino, ya que tenía tras sí toda la anchura de la meseta y muy fácil comunicación con el Quirinal y el Viminal, que debieron recibir determinados elementos separados del núcleo principal del Esquilino. La etnia de estos nuevos pobladores de la futura Roma debemos considerarla idéntica a la de los antiguos pobladores del Palatino, esto es, latina, aunque marcados ambos por influencias diferentes: villanoviana en el Palatino y de la cultura de fosas en el Esquilino (184).

Respecto al tercer núcleo de poblamiento, el Celio, es poco lo que podemos decir. Suponemos que imitando el natural anhelo de las otras aldeas romanas por asomarse lo más posible al valle del Foro, verdadero centro de la vida en el lugar, el estableci-

miento humano en el Celio debió realizarse en la Sucusa, pero desconocemos en absoluto el lugar donde se encontraba su necrópolis. Por la ausencia de datos suponemos asimismo que hubo una aldea únicamente, ya que el poblamiento debió realizarse de golpe y no por etapas, como en los casos anteriores, o que pronto se estabilizó sin producirse en su seno ningún fenómeno de disgregación interna.

En definitiva, vemos pues cómo el poblamiento de Roma se llevó a cabo según un proceso general en el Lacio, por cuyo territorio aparecen diseminados grupos de cabañas desde los tiempos más primitivos (185) formando aldeas autónomas, autonomía que no se veía restringida por la vecindad, pues incluso ocupando una misma unidad geográfica, dos aldeas eran independientes entre sí, manteniendo cada una un entorno propio que dedicaba a las más variadas ocupaciones: cementerio, huerto, bosques, pastos, etc. (186).

El segundo de los períodos señalados, caracterizado por una primera unión entre las aldeas de distintas zonas, no es en definitiva sino una consecuencia inmediata de la fase anterior y el preludio de la posterior septimontial.

Las causas de su formación son fáciles de ver. En esencia se reducen a la comunidad de intereses y de cultura, viéndose extraordinariamente favorecida por la proximidad de los elementos constitutivos, paulatinamente acortada por la dilatación de la habitación. No debemos olvidar que nos encontramos en el período III (de Riemann y de Pallottino) del poblamiento de Roma, momen-

to en que suceden dos fenómenos de capital importancia: comienza a poblarse el valle del Foro (187) y el comercio griego se establece en las orillas del Tíber (188).

En torno al poblamiento del Foro surgen dudas referibles a su procedencia y características cuyas respuestas se nos escapan. De lo que estamos seguros es que estas gentes procedían del Palatino - pero sin especificar el origen exacto - y que su establecimiento allí está en función del comercio griego.

En el Esquilino ocurre algo similar produciéndose también una extensión de la población por las laderas y las partes bajas: nace así la comunidad de la Subura, situada favorablemente en relación al comercio y a las vías de comunicación y que, a diferencia del poblamiento del valle del Foro, supo ganarse una autonomía propia equiparándose a las restantes comunidades de la zona.

Junto a la del Palatino y a la del Esquilino, la tercera asociación que surge en Roma es la del Celio, y las tres servirán de base para la constitución de la gran federación septimontial encuadrando a las tres tribus primitivas, como más adelante tendremos ocasión de comprobar.

Un fenómeno a resaltar en esta segunda fase es la aparición de lugares de culto, cuyos depósitos votivos denotan una frecuente concurrencia de devotos. Entre ellos destaca el hallazgo de Santa Maria della Vittoria, en la meseta del Quirinal, junto al actual Ministerio de Agricultura. Es éste sin duda el lugar de culto más antiguo conocido hasta ahora en Roma (189), pues según Müller-Karpe sus primeros objetos se elevan a la "Stufe" IIB, es

decir, a la segunda mitad del siglo IX; sin embargo, sólo comienza a ser frecuentado con asiduidad a partir de la segunda mitad del siglo VIII, lo que quizás pueda interpretarse como el paso de un culto gentilicio a un nivel superior, como ha ocurrido con otros casos más documentados (190).

En el área del Foro también se conocen lugares de estas características, destacando el ya mencionado del Capitolio. Sin embargo, éste pertenece a un período posterior, aunque cabe la posibilidad de que en esta época fuese ya utilizado para funciones sacras. No obstante, en la plaza del Comitium, bajo la Lapis Niger, sí se ha documentado la existencia de un lugar de culto anterior arqueológicamente al del Capitolio que se eleva al siglo VIII, lo que atestigua un aspecto religioso de las gentes del Foro (191). En los períodos sucesivos estos lugares de culto se prodigaron, a juzgar por los datos arqueológicos, pues se conocen otros situados en el Esquilino, el Quirinal (Villa Hüffer), el Foro Romano (templo de Vesta) y el Foro Boario (zona de Sant' Omobono) (192).

En tercer lugar aparece la fase que hemos denominado septimontial y que corresponde aproximadamente al siglo VII a.C. El nombre le viene dado por una festividad, llamada Septimontium, que se eleva a tiempos antiquísimos. En la época histórica, según se desprende del testimonio de Festo y de Varrón, la fiesta no era celebrada por todo el pueblo, sino tan sólo y separadamente por los habitantes de determinados montes (193), cuyo número ha sido hasta hace poco objeto de discusión y que parece haberse

fijado definitivamente en los ocho especificados por Festo (194), a saber: Palatium, Velia, Fagutal, Subura, Germal, Celio, Oppio. y Cispio.

La tendencia a la unión que hemos observado en la fase anterior provoca en la presente un nuevo paso hacia la total unificación. La fiesta del Septimontium no hace sino indicarnos la existencia de una federación de naturaleza militar y religiosa entre todas las comunidades o montes que poblaban las colinas romanas, como lo reconocen la casi totalidad de la investigación actual (195): no se trata en efecto de una "ciudad" (196), pero tampoco hay que negar la existencia de este estadio intermedio (197). Arqueológicamente también se documenta esta fase, probándolo la paulatina homogeneidad entre los objetos pertenecientes a las distintas áreas (198).

En realidad la Roma septimontial no supuso una ruptura de la fase anterior, sino más bien una amplificación, en el sentido de que las aldeas no perdieron su identidad completa, así como tampoco las tres grandes unidades formadas por ellas en la segunda fase, ya que la liga septimontial se formó a partir de una federación de las aldeas, sirviendo como base administrativa las tres pequeñas asociaciones, que pasaron a ser las tres tribus primitivas de los Ramnes, los Luceres y los Tities.

Con la federación del Septimontium se produce ya la total ocupación del Foro, que pasa a ser el centro indiscutido de toda la comunidad romana gracias a su conversión en un importante mercado como punto central de una encrucijada de caminos. Como consecuencia inmediata también el Capitolio comenzó a adquirir una

posición dominante, tanto desde el punto de vista religioso como político, siendo la realización práctica más importante de la extensión de los lugares de culto, que prueba una nacionalización cada vez más avanzada de la vida religiosa en detrimento de los cultos privados gentilicios.

Asimismo, esta nueva fase en el proceso de formación de Roma trajo consigo importantes novedades en el aspecto institucional, de las que trataremos más adelante.

Vamos a hacer mención aquí de la hipotética inclusión de Roma en la lista pliniana de los triginta populi Albenses (199), cuya constitución se eleva a un momento anterior a la destrucción de Alba, esto es, antes de la mitad del siglo VII, pero necesariamente en fecha no muy alejada de esta última (200), pese a que algunos autores traten de llevarla a la época de las primeras aldeas (201).

De los nombres que figuran en la lista de Plinio son referibles al lugar de Roma seis de ellos: Foreti, Latinienses, Querquetulani, Tutienses, Vimitellari y Velienses (202), de los que en realidad sólo dos tienen probabilidad de certeza: Querquetulani y Velienses (203). Respecto a los primeros ya hemos expresado con anterioridad nuestras dudas sobre su correspondencia con los habitantes del antiguo Celio. Quedan pues tan sólo los Velienses, cuya íntima relación con la Velia romana ha sido aceptada por la práctica generalidad de los investigadores.

Dando prueba de gran ingenio y de profundos conocimientos, M. Pallottino trata de identificar a los Velienses de Plinio con la Roma correspondiente al período septimontial e incluir así a

esta comunidad dentro de los populi Albenses (204); pero a nuestro juicio no aporta suficientes pruebas, quedándose en una hipótesis tentadora pero sin muchos visos de probabilidad (205).

Nosotros creemos que Roma no entró dentro de esta primera liga Latina, al igual que nunca lo hizo con otras posteriores conocidas (206). Existe un hecho a valorar sobre todos: el levantamiento de Roma como potencia local y su enfrentamiento con las pequeñas comunidades de la liga Albana, fenómeno que no se da aisladamente en Roma, sino que también otras muchas ciudades latinas (Praeneste, Ardea, Lavinium, Tusculum, entre otras) al margen de los populi Albenses (207), y que en el caso particular de Roma condujo al notable acontecimiento de la destrucción de la propia Alba, hecho que la tradición sitúa a mediados del siglo VII, bajo el reinado de Tulo Hostilio (208).

Este surgir de Roma junto a otras comunidades latinas tiene su origen en el creciente desarrollo económico producido por la cada vez mayor influencia etrusca y por los efectos del comercio griego. En efecto, casi todas ellas se encuentran jalonando las principales vías de comunicación. El enriquecimiento de estas localidades queda bien patente con las tumbas de Praeneste (209), que demuestran no sólo su avance económico, sino también su ya compleja estructura social y política.

La influencia etrusca sobre Roma alcanza su punto culminante en el período siguiente, en el cual, y gracias a este pueblo de la otra orilla del Tíber, Roma se convierte en una ciudad en el sentido más estricto del término, abarcando los aspectos ur-

banístico, social, económico y político.

Como importante nudo de comunicaciones, Roma atrajo la atención de los etruscos con vistas a sus relaciones con Campania (210). Y así, a finales del siglo VII una realeza toscana, probablemente de procedencia tarquiniese (211), se instala en Roma, convirtiéndose ésta en una de tantas ciudades etruscas (212), aunque sin perder su esencia latina (213). Realmente no puede hablarse de una conquista, sino más bien de una ocupación pacífica por parte de los etruscos, ya que estos nunca llegaron a ser el elemento dominante.

El período etrusco de Roma puede subdividirse a su vez en tres fases, marcada cada una de ellas por el reinado respectivo de los otros tantos tradicionales monarcas etruscos, cuyas fechas según los antiguos, y de significada concordancia con las arqueológicas, son: Tarquino Prisco (616-579), Servio Tulio (578-535) y Tarquino el Soberbio (534-509).

La primera de ellas viene a corresponder con el período V de Pallottino y el IV de Gjerstad, y culturalmente no significa un cambio muy sustancial respecto al anterior estadio septimontial (214), aunque la tradición atribuye al rey Tarquino Prisco - confundiéndole muchas veces con el otro Tarquino - importantes obras urbanísticas (215); es, pues, un período de transición. La segunda fase, representada legendariamente por Servio Tulio, es la que conoce la eclosión económica de Roma y su elevación definitiva al rango de ciudad, a la que el rey dotó de su primera muralla (216), con inclusión de las Colles (217), y de una constitución política que superaba en parte las antiguas

tradiciones de gobierno gentilicias. La tercera y última fase del dominio etrusco en Roma viene representada por el reinado de Tarquino el Soberbio y se caracteriza por la ruptura del anterior régimen monárquico en favor de una tiranía fundada en la fuerza y en el terror (218), situación que provocará el hundimiento de la monarquía romana y el nacimiento de una nueva era bajo el signo de la República a finales del siglo VI.

Nosotros vamos a adoptar en el presente estudio un esquema más histórico que arqueológico, olvidando en lo posible las complejas periodizaciones que han sido expuestas con anterioridad. Seguiremos en consecuencia una división en períodos que toma como criterio básico el grado de urbanización, apreciable tanto por la evidencia arqueológica como en los testimonios literarios. Distinguimos entonces, según una corriente muy en boga en la actualidad, tres etapas: preurbana (= primeras aldeas), proto-urbana (= época de las federaciones) y urbana (= monarquía etrusca).

NOTAS al Capítulo II

- (95). Los intentos por conceder a la leyenda de Rómulo un carácter histórico tienen un representante en T. Dorn ("Des Romulus Gründung Roms", MDAI(R), LXXI, 1964, 1-18), quien afirma que el año tradicional de la fundación de Roma, 754/753, representa el momento histórico en que un individuo poderoso hizo de una aglomeración primitiva una unidad cultural y política. En sentido similar se manifiesta J. N. Lambert, "Les origines de Rome à la lumière du droit comparé. Romulus", en Studi in onore di Pietro De Francisci, Milano, 1956, vol. I. pág. 353. Cf. H. Strasburger, Zur Sage von der Gründung Roms, SHAW, 5, Heidelberg, 1968; K. Lukan, Romulus oder auf den Spuren der Gründer Roms, Berlin, 1970.
- (96). M. Pallottino, "Le origini di Roma", ArCl, XII, 1960, pág. 3.
- (97). E. Gjerstad, "Chalcolithic and Bronze Age Finds in Rome", cit.; idem, Early Rome, Lund, vol. IV, 1, 1966, págs. 25 y sigs.; G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 278.
- (98). E. Gjerstad, Early Rome, vol. IV, 1, pág. 35.
- (99). Sobre todo, R. Peroni, "Materiali dell'età del bronzo e degli inizi dell'età del ferro", BCAR, LXXVII, 1959/1960 (1962), 7-32.
- (100). Cf. J. Poucet, "Archéologie, tradition et histoire: les origines et les premiers siècles de Rome", pág. 205.

- (101). G. Pinza, "Monumenti primitivi di Roma e del Lazio", MAL, XV, 1905, col. 5-844.
- (102). U. Antonielli, "Le origini di Roma alla luce delle moderne scoperte archeologiche", BPI, XLVII, 1927, 166-180.
- (103). S.M. Puglisi, "Gli abitatori primitivi del Palatino attraverso le testimonianze archeologiche e le nuove indagini stratigrafiche sul Germalo", MAL, XLI, 1951, col. 1-98.
- (104). Una bibliografía completa de E. Gjerstad hasta 1961, publicada por Maj Callmer, apareció en ORom, IV, 1962, 243-248; desde entonces Gjerstad ha publicado importantes estudios referentes al tema que tratamos, destacando: Legends and Facts of Early Roman History, Lund, 1962; "The Etruscans and Rome in Archaic Times", en Etruscan Culture. Land and People, Malmö, 1962, págs. 145-161; "Discussions concerning Early Rome, 2", ORom, V, 1965, 1-74; "Cultural History of Early Rome. Summary of Archaeological Evidence", AArch, XXXVI, 1965, 1-41; Discussions concerning Early Rome, 3", Historia, XVI, 1967, 257-278.
- (105). P.G. Gierow, "Notes on the Iron Age Chronology in the Latium", ORom, III, 1960, 103-122 (en que ataca la postura de R. Peroni); The Iron Age Culture of Latium, Lund, 1964-1966; Relative and Absolute Chronology of the Iron Age Culture of Latium in the Light of Recent Discoveries, Lund, 1977.
- (106). K. Hanell, Das altrömische eponyme Amt, Lund, 1946. Una excelente discusión de las teorías de Hanell puede verse en Ernst Meyer, "Zur Frühgeschichte Roms", MH, IX, 1952, 176-181.

- (107). Entre los seguidores más fervientes de la fecha propuesta por Gjerstad para el inicio de la República está R. Bloch, según lo expone en sus obras: "Rome de 509 à 475 environ av. J.-C.", REL, XXXVII, 1959, 118-131; "Le départ des Étrusques de Rome selon l'annalistique et la dédicace du temple de Jupiter Capitolin", RHR, CXLIX, 1961, 141-156; Tite-Live et les premiers siècles de Rome, págs. 62 y sigs. También J. Heurgon pareció en un principio inclinarse por esta tesis (Vita quotidiana degli Etruschi, trad. ital., 3ª ed., Milano, 1974, pág. 28), pero luego volvió a la fecha tradicional (Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, págs. 184 y sigs.).
- (108). H. Müller-Karpe, Beiträge zur Chronologie der Urnenfelderzeit, nördlich und südlich der Alpen, Berlin, 1959; Vom Anfang Roms, MDAI(R), 5, 1959; Zur Stadtwerdung Roms, MDAI(R), 8, 1963.
- (109). H. Müller-Karpe, Vom Anfang Roms, págs. 29 y sigs. y 43 y sigs.
- (110). R. Peroni, "Per una nuova cronologia del sepolcreto arcaico del Foro. Sequenze culturale e significato storico", en Civiltà del Ferro, Bologna, 1960, págs. 461-499.
- (111). G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", cit.; Civiltà del Lazio primitivo, págs. 25 y sigs.
- (112). Cf. J. Poucet, "Le Latium protohistorique et archaïque à la lumière des découvertes archéologiques récentes", págs. 574 y sigs.
- (113). H. Riemann, en GGA, CCXIII, 1960, 116-138; CCXIV, 1960, 16-42; CCXXII, 1970, 25-66; CCXXIII, 1971, 33-86.

- (114). Cf. A. Momigliano, "La questione delle origini di Roma", en Terzo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico, Roma, 1966, t. II, pág. 107.
- (115). M. Pallottino, "Le origini di Roma: considerazioni critiche sulle scoperte e sulle discussioni più recenti", ANRW, I,1, 1972, págs. 26 y 31. Este autor es también partidario de esta postura intermedia respecto a la cronología de la protohistoria italiana: cf. "Sulla cronologia dell'età del bronzo finale e dell'età del ferro in Italia", SE, XXVIII, 1960, 11-47.
- (116). G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 295.
- (117). M. Pallottino, "Le origini di Roma", pág. 31.
- (118). H. Müller-Karpe, Vom Anfang Roms, pág. 37; G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 302.
- (119). M. Pallottino, "Le origini di Roma", pág. 17; F. Delpino, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 105.
- (120). G. Colonna, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 29.
- (121). J. Boardman, Los griegos en ultramar: comercio y expansión colonial antes de la era clásica, trad. esp., Madrid, 1975, págs. 175 y sigs.
- (122). E. La Rocca, "Due tombe dell'Esquilino. Alcune novità sul comercio euboico in Italia centrale nell'VIII sec. a.C.", Dd'A, VIII, 1974/1975, págs. 94 y sigs.; idem, en Civiltà del Lazio primitivo, págs. 367 y sigs.
- (123). E. Gjerstad, Early Rome, vol. I, 1953, pág. 118; vol. II,

1956, pág. 111; vol. IV,1, pág. 41; P. Romanelli, "Problemi archeologici del Foro Romano e del Palatino", SR, I, 1953, pág. 7; J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 27.

- (124). E. Gjerstad, "Discussions concerning 'Early Rome, 2'", págs. 29 y sigs.
- (125). Una selección de estas tumbas con existencia de armas (diecisiete en total) puede verse en Civiltà del Lazio primitivo, págs. 132 y sigs. Müller-Karpe les dedica un capítulo en Zur Stadtwerdung Roms, págs. 53 y sigs, pero no se fija en el aspecto que tratamos aquí.
- (126). H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, pág. 89; E. Gjerstad, Early Rome, vol. II, págs. 232 y sigs.; G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 306; Civiltà del Lazio primitivo, pág. 136.
- (127). Véase sobre el tema, C. Ampolo, "Su alcuni mutamenti sociali nel Lazio tra l'VIII e il V secolo", Dd'A, IV-V, 1970/1971, pág. 47.
- (128). En la exposición de su teoría ("Le origini di Roma", pág. 31) dice Pallottino textualmente: "... progressiva attrazione di gente in cerca di lavoro, di contadini, di mercenari ecc."; quizás trate el autor con este último término de explicar la existencia de armas, que por lo demás no menciona en su exposición.
- (129). Livio recoge una tradición según la cual el rey Servio Tulio eligió el Esquilino para vivir (I,44,3); pero, a lo que parece, Livio se inventó la anécdota atribuyendo a este rey un hecho realizado por su contemporáneo Mecenas (cf. Hor., Sat., I,8,14-15).

- (130). G. Carettoni, "Tomba arcaica a cremazione scoperta sul Palatino", BPI, LXIV, 1954/1955, 261-276; E. Gjerstad, Early Rome, vol. III, 1960, págs. 72 y sigs.; H. Müller-Karpe, Vom Anfang Roms, pág. 101; Civiltà del Lazio primitivo, pág. 121.
- (131). Tab. X,1: "Hominem mortuum in urbe ne sepelito neve urito". Transmitida por Cicerón (De leg., II,23,58), quien explica la prohibición de incinerar por el peligro de posibles incendios; por su parte, san Isidoro de Sevilla (Etym., XV,11,1) alega razones de tipo higiénico respecto a la prohibición de inhumar.
- (132). P. Romanelli, "Certezze e ipotesi sulle origini di Roma", SR, XIII, 1965, pág. 161; E. Gjerstad, Legends and Facts of Early Roman History, págs. 14-15; F. Delpino, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 121; J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 28.
- (133). P. Romanelli, "Certezze e ipotesi sulle origini di Roma", págs. 160-161.
- (134). G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 283.
- (135). A.M. Colini, "Scoperte tra il Foro della Pace e l'Anfiteatro", BCAR, LXI, 1933, págs. 79 y sigs.; E. Gjerstad, Early Rome, vol. II, pág. 280; vol. IV,1, pág. 38; P. Romanelli, "Certezze e ipotesi sulle origini di Roma", pág. 160; J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 28.
- (136). Es en esta zona donde L. Homo supone también la localización de una posible necrópolis perteneciente a la aldea

del Palatium (La Italia primitiva y los comienzos del imperialismo romano, pág. 67).

- (137). Planteamiento reciente del problema se puede ver en L. Causo, "Il problema dei rapporti tra Sabini e Roma primitiva", en Civiltà arcaica dei Sabini, Roma, 1973, págs. 15-21; J. Poucet, "Les Sabins aux origines de Rome: légende ou histoire?", LEC, XXXIX, 1971, 129-151; 293-310. Sobre el valor de las tradiciones historiográficas acerca del poblamiento sabino del Quirinal, cf. D. Musti, "Tendenze nella storiografia romana e greca su Roma arcaica", QUrb, X, 1970, 5-158. Sobre la "administración sabina" de Numa Pompilio, véase E. Peruzzi, "Il catasto di Numa Pompilio", SMEA, XIII, 1971, 188-194.
- (138). Véanse a este respecto las obras de Th. Mommsen, Historia de Roma, vol. I, pág. 132, y sobre todo, "Tatiuslegende", en Gesammelte Schriften, IV, 1906, 22-35, donde afirma que la leyenda de los sabinos en la Roma primitiva fue una creación del siglo III a.C., consecuencia directa de la concesión de la ciudadanía romana a los sabinos. Defensores de un poblamiento sabino en el Quirinal anterior incluso al del Palatino eran H. Degering (recensión a la obra de O. Richter, Topographie der Stadt Rom, en BPhW, XXIII, 1903, col. 1645/1646) y E. Kornemann ("Polis und Urbs", Klio, V, 1905, pág. 89, n.2). Más recientemente y basándose sobre todo en datos proporcionados por las fuentes, A. von Gerkan defiende una oposición originaria entre una ciudad latina en el Palatino y otra sabina en el Quirinal ("Zur Frühgeschichte Roms", RhM, C, 1957, especialmente págs. 86-87).
- (139). Destacan en este sentido los trabajos de J. Poucet: Recherches sur la légende sabine des origines de Rome, Louvain, 1967; "Les Sabines aux origines de Rome", ANRW, I,

1, 1972, 48-135.

- (140). I.G. Scott, "Early Roman Traditions in the Light of Archaeology", MAAR, VII, 1929, págs. 45 y sigs.; F. von Duhn, Italische Gräberkunde, Heidelberg, vol.I, 1924, págs. 431 y sigs., para quien los sabinos son ese pueblo inhumante reconocido en la necrópolis del Esquilino. Peroni parece aceptar esta tesis de von Duhn ("Per una nuova cronologia del sepolcreto arcaico del Foro", págs. 487 y 497), y lo mismo, aunque modificándola, Pallottino ("Le origini di Roma", págs 25 y sigs.). En contra están sobre todo H. Müller-Karpe (Vom Anfang Roms, págs. 35 y sigs.) y G. Colonna ("Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 302).
- (141). El paisaje del Quirinal se transformó por completo en el siglo XVII, cuando el papa Urbano VIII niveló dos cerros y rellenó la depresión intermedia para formar la planicie de los jardines del Quirinal.
- (142). E. Gjerstad, Early Rome, vol. II, págs. 267 y sigs.; H. Müller-Karpe, Vom Anfang Roms, pág. 38; P. Romanelli, "Certezze e ipotesi sulle origini di Roma", pág. 163; G. Colonna fecha esta necrópolis en un momento anterior o todo lo más simultáneo a la del Esquilino ("Preistoria e protostoria de Roma e del Lazio", pág. 302).
- (143). E. La Rocca, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 142; E. Gjerstad, Legends and Facts of Early Roman History, pág. 16; idem, "Discussions concerning Early Rome,2", pág. 48.
- (144). E. Gjerstad, Early Rome, vol. II, págs. 269 y sigs.; Legends and Facts of Early Roman History, pág. 15.
- (145). L.A. Holland, Janus and the Bridge, págs. 8 y sigs.; "Sep-

timontium or Saeptimontium?", TAPhA, LXXXIV, 1953, págs. 28 y sigs.

- (146). J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 28; R. Peroni, "Per una nuova cronologia del sepolcreto arcaico del Foro", págs. 478 y sigs. y 496.
- (147). Sobre todo H. Müller-Karpe, Vom Anfang Roms, pág. 38; en último lugar, L.F. Janssen, "The Chronology of Early Rome", Mnemosyne, XXIII, 1970, pág. 76.
- (148). H. Müller-Karpe, Vom Anfang Roms, pág. 37.
- (149). G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 302.
- (150). Tal como hace, por ejemplo, L.F. Janssen, para quien no hay una clara distinción arqueológica de un poblamiento en el Quirinal ("The Chronology of Early Rome", pág. 77). Por el contrario, E. Gjerstad admite que el Quirinal albergaba hasta cuatro poblamientos distintos en cada una de sus cumbres respectivamente (Early Rome, vol. IV,1, pág. 39).
- (151). J. Poucet, "L'importance du terme collis pour l'étude du développement urbain de la Rome archaïque", AC, XXXVI, 1967, 99-115.
- (152). Esta sistematización toponímica fue expuesta por vez primera por S.B. Platner, "Mons and Collis", CPh, II, 1907, pág. 463.
- (153). E. Gjerstad, Early Rome, vol. III, págs. 190 y sigs.; vol. IV,1, págs. 38 y 52; Legends and Facts of Early Roman His-

tory, pág. 14.

(154). Dion., II,1,3-4.

(155). P. Romanelli, "Certezze e ipotesi sulle origini di Roma", pág. 158; M. Pallottino, "Fatti e leggende (moderne) sulla più antica storia di Roma", SE, XXXI, 1963, pág. 17.

(156). E. Gjerstad, Early Rome, vol. III, págs. 190-201; Civiltà del Lazio primitivo, págs. 145-146.

(157). Según S.B. Platner, la construcción de viviendas privadas en el Capitolio se inició a comienzos del siglo V a.C. (A Topographical Dictionary of Ancient Rome, pág. 67). Desde luego, a principios del siglo IV la población ya estaba firmemente establecida allí (cf. Liv., V,50; VI,20).

(158). Obsérvense las justas críticas hechas a esta teoría de E. Gjerstad por parte de H. Müller-Karpe (Vom Anfang Roms, pág. 39), M. Pallottino ("Le origini di Roma", pág. 24; "Fatti e leggende (moderne) sulla più antica storia di Roma", págs. 16 y sigs.; "Le origini di Roma: considerazioni critiche", pág. 27) y H. Riemann (en GGA, CCXXII, 1970, págs. 61 y sigs.).

(159). Plut., Rom., 9,3; el analista Pisón la llama sin embargo Lucoris (fr. 5, HRR, ed. de H. Peter). Cf. J. Bayet, Histoire politique et psychologique de la religion romaine, 2ª ed., Paris, 1969, pág. 27.

(160). Liv., I,10,5; Dion., II,34,4; Flor., I,1,12.

(161). Liv., I,55,3; Dion., III,69,5; Flor., I,7,9; ovid., Fast., II,665; Serv., Ad Aen., IX,446; Aug., Civ. Dei., IV,23; Lact., Inst., I,20,38.

- (162). G. Dumézil, La religion romaine archaïque, Paris, 1966, pág. 26.
- (163). Murus erant montes, dice Propertio cantando a la Roma primitiva (IV,4,13).
- (164). Plin., Nat. Hist., III,69.
- (165). Tac., Ann., IV,65,1.
- (166). Así, L. Pareti, Storia di Roma e del mondo romano, Torino, vol. I, 1952, pág. 232; M. Pallottino, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 42; idem, "Le origini di Roma", pág. 27; J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 30.
- (167). Como, por ejemplo, A. Alföldi, Early Rome and the Latins, Ann Arbor, 1963, pág. 14; A.M. Colini supone que el nombre puro del monte no es Querquetulanus, sino Caelius ("Storia e topografia del Celio nell'antichità", pág.17).
- (168). A. Montenegro, La onomástica de Virgilio y la antigüedad preitalica, Salamanca, 1949, vol. I, pág. 122.
- (169). Dion., V,61,5.
- (170). Liv., I,32,2; cf. Dion., II,49,1.
- (171). Tácito (Ann., IV,65,1-2) se hace eco de esta diversificación de la leyenda de Celio Vibenna.
- (172). Dion., II,32,6; Var., De l.l., V,46.
- (173). Esta otra leyenda es de origen etrusco y tiene a su vez dos versiones, una recogida por el emperador Claudio (CIL,

XIII,1668) y otra en los frescos de la tumba François en Vulci (cf. M. Pallottino, La peinture étrusque, Genève, 1952, págs. 115 y sigs.; las inscripciones han sido publicadas en CIE, 5250 y sigs., y en M. Pallottino, TLE², 293 y sigs.).

(174). Fest., 458L, 476L.

(175). Tac., Ann., XII,24. Cf. J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 171.

(176). Véase Liv., I,7,4-8.

(177). A. Merlin, L'Aventin dans l'Antiquité, págs. 26 y sigs.; A. Piganiol, Essai sur les origines de Rome, BEFAR, fasc. 110, Paris, 1917, págs. 287-288; L. Homo, La Italia primitiva y los comienzos del imperialismo romano, págs. 64 y sigs.

(178). Liv., I,45,3.

(179). A. Alföldi, "Diana Nemorensis", AJA, LXIV, 1960, pág.144; idem, "Il santuario federale latino di Diana sull'Aventino e il tempio di Ceres", SMSR, XXXII, 1961, 21-39; idem, Early Rome and the Latins, págs. 265 y sigs. Discutido por A. Momigliano, "Sul dies natalis del santuario federale di Diana sull'Aventino", RAL, XVII, 1962, 387-392.

(180). Liv., III,31,1; Dion., X,31-32.

(181). P. Romanelli, "Certezze e ipotesi sulle origini di Roma", pág. 167; M. Pallottino, "Le origini di Roma: considerazioni critiche", pág. 36.

(182). R. Bloch, Tite-Live et les premiers siècles de Rome, pág.

- 18; J.Gaudement, Institutions de l'antiquité, Paris, 1967, pág. 259.
- (183). A.K. Michels, "The Topography and Interpretation of the Lupercalia", TAPhA, LXXXIV, 1953, pág. 47.
- (184). P.G. Gierow, The Iron Age Culture of Latium, vol.I, págs. 476 y sigs.; R. Peroni, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 24; J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, págs. 22-23.
- (185). Este sistema de establecimiento recibe según la terminología latina el nombre de vicatim y tiene su correspondencia en los κατὰ κῶμας griegos: cf. M. Pallottino, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 41. Según este autor, las aldeas no eran autónomas, sino que la unidad elemental latina era el populus.
- (186). L. Quilici, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 14. En Ardea, por ejemplo, también existía una dispersión del poblamiento: cf. L. Crescenzi, L. Quilici y S. Quilici Gigli, "Carta archeologica del Comune di Ardea", RIASA, XVIII, 1971, 5-46. Véase en general, M. Guaitoli, "Considerazioni su alcune città ed insediamenti del Lazio in età protostorica ed arcaica", MDAI(R), LXXXIV, 1977, 5-25.
- (187). E. Gjerstad, Legends and Facts of Early Roman History, pág. 18; M. Pallottino, "Le origini di Roma", págs. 17 y 29-30.
- (188). Véase nota (122).
- (189). H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, pág. 45; H. Riemann, en GGA, CCXXII, 1970, págs. 52-55; G. Colonna,

"Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 308; G. Pinza, "Monumenti primitivi di Roma e del Lazio", col. 510 y sigs.; E. Gjerstad, Early Rome, vol. III, págs. 145 y sigs.

(190). G. Dumézil, La religion romaine archaïque, pág. 419. Cf. Ch. Lécrivain, "Gens", DA, II,2, 1896, pág. 1507.

(191). H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, pág. 16.

(192). H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, págs. 15 y sigs.; M. Pallottino, "Le origini di Roma: considerazioni critiche", pág. 27; A. Sommella Mura, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 146; G. Pinza, "Monumenti primitivi di Roma e del Lazio", col. 295, 562 y sigs., 643 y sigs.; E. Gjerstad, Early Rome, vol. III, págs. 160 y sigs.

(193). Fest., 458L, 476L; Var., De l.l., V,41. "Feriae non populi, sed montanorum", dice Varrón. Cf. CIL, VI,32455.

(194). La antigua y errónea etimología de Varrón según la cual la palabra Septimontium significa "fiesta de los siete montes" (De l.l., V,41; VI,24), ha profundizado con éxito en la historiografía moderna, que ha eliminado uno de los ocho nombres que nos transmite la tradición - generalmente Subura - para hacer que cuadre con esta etimología (G. Wis-sowa, "Septimontium und Subura" en Gesammelte Abhandlungen zur römischen Religions- und Stadtgeschichte, München, 1904, págs. 230-252; idem, Religion und Kultus der Römer, 2ª ed., München, 1912, págs. 439 y sigs.; A. von Gerkan, "Zum Suburaproblem", RhM, XCVI, 1953, 20-30; E. Gjerstad, Legends and Facts of Early Roman History, pág. 23, n. 2).

Sin embargo, cierta parte de la crítica actual ha rechazado esta reconstrucción forzosa alegando que Septimontium no significa otra cosa que "fiesta de los saepti mon-

- tes", a causa de las cercas que garantizaban su defensa (L. A. Holland, "Septimontium or Saepimontium?", TAPhA, LXXXIV, 1953, 16-34; J. Poucet, "Le Septimontium et la Sucusa chez Festus et Varron: un problème d'histoire et de topographie romaines", BIBR, XXXII, 1960, 25-73; J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág.30).
- (195). Así, por ejemplo, P. De Francisci, Síntesis histórica del derecho romano, trad. esp., Madrid, 1954, pág. 36; F. De Martino, Storia della costituzione romana, 2ª ed., Napoli, 1972, vol. I, pág. 51; L. Homo, Les institutions politiques romaines, Paris, 1970, pág. 14; J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 31.
- (196). Contra la ciudad septimontial se han alzado muy justas críticas, sobre todo por parte de G. De Sanctis, Storia dei Romani, Torino, 1907, vol. I; págs. 186 y sigs.; P. De Francisci, Storia del diritto romano, 2ª ed., Milano, 1943, vol. I, págs. 122 y sigs.
- (197). Así lo hacen los defensores de la "Stadtwerdung": H. Müller-Karpe, M. Pallottino, etc. Véase A. von Gerkan, "Zur Frühgeschichte Roms", pág. 87.
- (198). E. Gjerstad, Legends and Facts of Early Roman History, págs. 18-19. Esta es la época además de cierta unificación cultural con motivo de la difusión de la cultura orientalizante: M. Pallottino, "Le origini di Roma: considerazioni critiche", pág. 26; G. Colonna, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 35.
- (199). Plin., Nat. Hist., III,69.
- (200). M. Pallottino, "Le origini di Roma", págs. 27 y sigs.; F. Ribezzo, "Fatti, fonti e metodi di studio per la topono-

mastica di Roma e Lazio delle origini", Onomastica, II, 1948, págs. 34 y sigs. Algunos autores niegan todo valor histórico a esta lista: A. Rosenberg, "Zur Geschichte des Latinerbundes", Hermes, LIV, 1919, 113-117; J. Beloch, Römische Geschichte bis zum Beginn der punischen Kriege, Berlin, 1926, pág. 149.

- (201). Así, J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 30.
- (202). Véase en general, L. Pareti, Storia di Roma e del mondo romano, vol. I, pág. 232.
- (203). A. Bernardi, "Dai populi Albenses ai Prisci Latini nel Lazio arcaico", Athenaeum, XLII, 1964, pág. 233; M. Pallottino, "Le origini di Roma", pág. 27. Cf. V. Bellini, "Sulla genesi e la struttura delle leghe nell'Italia arcaica. III: Le leghe Laziali", RIDA, VIII, 1961, págs. 172 y sigs. quien no se inclina muy favorablemente por estas identificaciones ya clásicas.
- (204). M. Pallottino, "Le origini di Roma", págs. 29 y sigs.
- (205). Cf. A. Momigliano, "La questione degli origini di Roma", pág. 608.
- (206). Nos referimos a las listas proporcionadas por Catón (en Prisc., IV,2,21 y VII,12,12) y Dionisio de Halicarnaso (V, 61). Cf. G. De Sanctis, Storia dei Romani, vol. I, pág. 379, n.l.
- (207). M. Pallottino, en Civiltà del Lazio primitivo, págs. 51 y sigs., donde se puede observar el engrandecimiento de estas ciudades latinas.

- (208). Liv., I,29; Dion., III,31,2.
- (209). Civiltà del Lazio primitivo, págs. 213 y sigs., con la última bibliografía.
- (210). M. Pallottino, Etruscologia, págs. 149 y sigs.; R. Bloch, Les Étrusques, 5ª ed., Paris, 1968, pág. 29; idem, Tite-Live et les premiers siècles de Rome, pág. 45; J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 156.
- (211). La tradición recogida por Livio (I,34,10) hace a los Tarquinos procedentes de Tarquinia, y así es aceptado por diversos autores (J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 160; idem, Vita quotidiana degli Etruschi, pág. 67; M. Cristofani, La tomba delle iscrizioni a Cerveteri, Firenze, 1965). El reciente hallazgo en Roma de una inscripción etrusca con la mención de un conocido personaje tarquiniense, confirma la hipótesis (cf. M. Pallottino, "Lo sviluppo socio-istituzionale di Roma arcaica alla luce di nuovi documenti epigrafici", SR, XXVII, 1979, pág. 11).
- (212). En su Etruscologia (pág. 175), no duda M. Pallottino en comenzar la descripción de las ciudades etruscas precisamente por Roma.
- (213). J. Bayet, "Étrusques et Italiques: position de quelques problèmes", SE, XXIV, 1955/1956, pág. 13.
- (214). Tumbas de inhumación en el Palatino y el Esquilino: cf. M. Pallottino, "Le origini di Roma: considerazioni critiche", pág. 26.
- (215). Liv., I,38,6; Dion., III,67,5; Plin., Nat. Hist., III,70.

- (216). Liv., I,44,3. La atribución de un circuito amurallado en Roma a la época etrusca ha sido atacada por cierto sector de la crítica moderna: A. von Gerkan, "Der Lauf der römischen Stadtmauer von Kapitol zum Aventin", MDAI(R), XLVI, 1931, 153-188; G. Sjöflund, Le mura di Roma repubblicana, Uppsala, 1932. Sin embargo, el origen etrusco del "muro serviano" ha sido justamente restituido por la investigación más reciente: P. Quoniam, "A propos du mur dit de Servius Tullius", MEFR, LIX, 1947, 41-64; E. Gjerstad, "The Fortifications of Early Rome", ORom, I, 1954, 50-65; J. Le Gall, "A propos de la muraille servienne et du Pommerium", EtArCl, II, 1959, 43-54.
- (217). Véase el estudio de J. Poucet, "L'importance du terme col-lis pour l'étude du développement urbain de la Rome archaïque", cit.
- (218). "Cum illo simul iusta ac legitima regna occiderunt", dice Livio a la muerte de Servio Tulio (I,48,8). Cf. L. Homo, Les institutions politiques romaines, págs. 32 y sigs.

Capítulo III:
EPOCA PRE-URBANA

1. EL ORDENAMIENTO GENTILICIO.

Al igual que sucede respecto al γένος griego (219), casi todos los investigadores modernos desde hace unas décadas coinciden en atribuir a la gens la característica de primer sistema de organización que tuvieron los romanos y latinos en general (220). Apoyándose en un discutible pasaje de Dionisio (221), M. B.G. Niebuhr (222), y tras él y más modernamente otros brillantes historiadores (223), sostiene que la gens es una creación artificial consecuente a la formación de la ciudad-Estado. Pero las pruebas que aportan estos investigadores no aparecen suficientes para apagar esa luz que se transparenta en las fuentes sobre la originalidad y antigüedad del ordenamiento gentilicio. En resumen, bien puede decirse que el concepto que estos autores tienen de la gens va en contra de todo lo que conocemos sobre ella y de las definiciones de los autores antiguos (224).

Como dice F. De Martino, en época histórica la gens no era más que ruinas de lo que había sido en tiempos más primitivos (225), y es precisamente a partir de estas ruinas que debemos reconstruir el edificio. Las causas y el proceso de formación de la gens constituyen un tema que no deja de plantear problemas, pero su solución nos cae un tanto de lado, ya que lo que a nosotros nos preocupa es su constitución en el momento de su establecimiento como grupo parental en el sitio de Roma, aunque somos conscientes de que no todas las gentes conocidas fueron cofundadoras de la comunidad romana (226).

Ante todo, la gens significa una relación de parentesco, como viene implícito en su propia denominación (227): se define por lo tanto como el conjunto de todas aquellas personas (gentiles) que reconocen descender de un antepasado común, generalmente mítico, por línea masculina, y esta consanguinidad se expresa en el uso de un mismo nombre, el gentilicio (228). Como consecuencia inmediata se desprende el carácter de organismo cerrado que tiene la gens, esto es, que al igual que ocurre con la ciudadanía, la pertenencia a una de ellas implica necesariamente la condición de extranjero para todas las demás (229). Se entra a formar parte de la gens por nacimiento dentro de su seno, por un voto de los gentiles (forma más primitiva de la cooptatio) o por admisión en una familia perteneciente a la gens en cuestión (adrogatio). Pero un organismo cerrado no quiere decir aislado, y así vemos cómo el matrimonio era exogámico (230) y no endogámico, como se ha pretendido en alguna ocasión (231).

Además de en la comunidad de nombre, la solidaridad gentilicia se manifiesta en el aspecto religioso, siendo éste sin duda uno de los elementos vinculantes de mayor importancia (232). Este elemento religioso viene representado por el culto a una divinidad particular, en cuyo honor se realizaban los sacra gentilicia (233), siendo algunos de estos cultos asumidos por el Estado conforme avanzaba el desarrollo de la ciudad y la formación de la religión estatal (234).

Los cultos gentilicios eran exclusivos a los miembros de la gens y cuando una familia pasaba a depender de una gens distinta

a la suya de origen, era imprescindible que renegara sus cultos anteriores (detestatio sacrorum). La existencia de una sepultura común para todos los gentiles (sepulchra gentilicia) es otro de los elementos principales religiosos de la gens (235), aunque su introducción se eleva a épocas posteriores, al momento en que las gentes se constituyeron como clase dominante sobre el resto de la población romana; frente a estos panteones familiares se realizaban probablemente los cultos a los miembros difuntos.

No creemos probable que los cultos gentilicios tengan su origen en una delegación por parte del Estado en algunas gentes (236), sino que, como dice De Martino (237), la existencia de estos cultos gentilicios es una prueba irrefutable de la originalidad de la gens, ya que la religión romana más primitiva no es comprensible fuera del marco gentilicio.

A partir de la teoría desarrollada por el jurista italiano P. Bonfante defendiendo la función política de la gens (238), se ha venido discutiendo activamente sobre el carácter de las primitivas organizaciones gentilicias (239).

Tal como se produjo el poblamiento de las ciudades latinas a partir de pequeños núcleos de tipo parental, de economía esencialmente pastoril, en un medio hostil a merced de las bestias y de otros grupos humanos, las necesidades de orden y de defensa se imponen como imperativo de supervivencia, y es precisamente en estas necesidades donde radican las causas de la conformación política de la gens (240). El poder coercitivo que respalda a todo poder político se encontraba ya en funcionamiento, y no es

necesario, como pretende De Martino (241), esperar a la inclusión de la clientela en el seno de la gens, pues ésta, con su propio territorio, asamblea y jefe, se constituye desde el principio como un pequeño Estado con unas normas aplicables a todos sus miembros.

Dentro del marco de la gens la propiedad de la tierra era colectiva; ahora bien, esto no debe tomarse como un simple derecho de propiedad, sino más bien como la afirmación del poder soberano del grupo sobre el suelo, al objeto de asegurarse la subsistencia y el ejercicio del culto; este régimen no estaba dirigido a satisfacer fines meramente individuales, sino que servía a los intereses del grupo (242). En consecuencia, y al decir de algunos autores (243), el territorio de la gens estaba protegido por unos núcleos fortificados (244).

Junto a la tierra en régimen de colectividad existía al parecer otra que, según algunos autores (245), se organizaba a partir de un rudimentario sistema de propiedad privada: nos referimos al heredium, llamado en la ley de las XII Tablas hortus (246).

Según la tradición (247), en tiempos de los primeros reyes de Roma se distribuyó a cada pater familias una extensión de tierra equivalente a dos yugadas (bina iugera) y transmisible a los herederos. Ahora bien, la propiedad individual del heredium se encontraba limitada por una disposición, recogida posteriormente en la legislación decenviral de las XII Tablas (248), que establece la prohibición de transmitir esa tierra fuera de la gens, lo que acorta en parte ese carácter de privado de que go-

za el heredium, al tiempo que nos muestra cómo la propiedad individual se hallaba todavía en sus primeros momentos.

Así pues, existían dos tipos de señorío sobre la tierra, pero su definición jurídica a partir de los términos del derecho romano clásico es difícil precisar. Respecto al heredium, su situación es aproximada por algunos autores al dominium (249), pero en lo referente a las tierras en régimen de colectividad la solución se complica, por cuanto se desconoce el uso exacto a que se destinaban estas tierras y las fuentes poco nos indican al respecto.

En diversas ocasiones se ha subrayado que la cría de ganado era la base de la economía de la edad del bronce itálica, siendo la importancia de la ganadería en la primitiva edad del hierro herencia directa de la cultura apenínica (250). Sin embargo, también se ha puesto en evidencia la importancia que, junto a la economía pastoril, tenía la agricultura para una población sedentaria (251). La vida económica de los primitivos latinos seguiría pues estas directrices, alternando la ganadería con la agricultura y con un no despreciable complemento pesquero en las zonas ribereñas (252).

La ganadería latina no era trashumante, pues su territorio era abundante en agua y los pastos no escaseaban; es más, a las llanuras del Lacio bajaban en invierno los montañeses sabinos para llevar sus ganados a pastar (253). Evidentemente parte del territorio comunal de las gentes se dedicaba a fines ganaderos como pastizales, ya que la ganadería estabulada era todavía desconocida. La cría de ganado no perdió su importancia a lo largo de

los siglos, pues sabido es que era en la ganadería donde las gentes basaban su poder económico hasta bien entrada la República.

Sin embargo, la importancia de los ganados no debe llevarnos a menospreciar las actividades agrícolas y pensar, como De Martino (254), que la ganadería constituía la base de la vida económica y que la agricultura se limitaba al cultivo familiar del heredium. Es evidente que las dos yugadas (= 0,504 hectáreas) de que disponía cada familia no son suficientes para cubrir las necesidades alimenticias más perentorias de sus cultivadores. Si añadimos a esto los indudables adelantos que el uso del hierro reportó a las técnicas de cultivo y la explosión agrícola que se produjo en el siglo VIII (255) - cuyos antecedentes inmediatos se sitúan en esta época que tratamos -, forzosamente hemos de reconocer que la agricultura debió desempeñar, ya con las primeras aldeas, un papel muy importante, y para explicar su desarrollo hemos de acudir necesariamente a las tierras comunales, en las que entonces alternarían las prácticas agrícolas con las ganaderas.

Así pues, las tierras regidas en régimen de colectividad disponían tanto de pastos como de campos cultivables. El problema radica ahora en determinar cómo se cultivaban estos últimos, si en común (256), si por cesión de parcelas a las familias en régimen de possessio (257), si por sorteo periódico de las parcelas entre las familias según un sistema no extraño entre los pueblos indoeuropeos (258), o de cualquier otra manera. Llegados a este punto la solución es prácticamente imposible, por lo que

como dice G. Diósdí (259), ahondar más detalladamente en esto no es más que simple conjetura.

De todas maneras, lo que más nos interesa es resaltar que esta comunidad de tierras, y en definitiva de vida económica, salvaguardaba la solidaridad de grupo que caracteriza a la gens, formando así la base económica sobre la cual se elevó la estructura social de las primitivas aldeas latinas (260).

Una de las cuestiones más debatidas sobre la constitución de la gens se refiere a que si verdaderamente ésta tenía o no un jefe, un pater o princeps gentis, y la línea que divide a los investigadores al respecto se puede hacer coincidir grosso modo con la que separa a los seguidores y opositores de la teoría política de Bonfante. Se basan estos últimos (261) en que la gens no es sino un agregado de familias en régimen de igualdad, que aunque unidas religiosa y económicamente, eran sin embargo independientes entre sí. La gens se presenta como una comunidad acéfala y anárquica que, todo lo más, en determinados momentos, por causas militares o migratorias, se ve obligada a recurrir a un jefe que reviste las características de excepcional y transitorio, no yendo su poder más allá del tiempo que tarde en realizar el objetivo para el que ha sido designado (262).

Contra estas opiniones se han alzado las voces de otros investigadores (263) que por el contrario admiten que el princeps gentis no era una figura extraordinaria, sino que su actuación era constante, aunque su poder, funciones y forma de elección son difíciles de precisar. En primer lugar está el testimonio de

las fuentes, en las cuales aparece mencionado el jefe de la gens en sus distintas variedades terminológicas (264).

Para afirmar su existencia se han aducido pruebas de diferente tipo, como la que proporcionan los dos colegios religiosos de los lupercos, el de los Fabiani y el de los Quinctiani, que en origen no eran sino asociaciones gentilicias y que estaban dirigidas por un magister, esto es, el jefe de la gens que en el momento de celebrar los cultos gentilicios se constituye en sacerdote director de los mismos (265). Los casos de Atta Clausus, que condujo a toda su gens a Roma (266), y de Kaesón Fabio, que dirigió la empresa fatídica del Cremera contra Veyes (267), han sido repetidamente aportados como prueba irrefutable de la existencia del princeps gentis. En realidad, si se acepta la teoría política de la gens el problema se soluciona afirmativamente, y por esto último optamos nosotros.

La vida de la gens no se realizaba al azar, sino que se regía por unas normas, en parte heredadas del pasado (mores) y en parte instauradas por común acuerdo (decreta).

Cada gens tenía sus propias costumbres (268) que se elevaban a un lejanísimo pasado y que con el transcurso del tiempo se convirtieron en pautas de comportamiento. Idéntica función desempeñaban los decreta gentis (269), de los que sólo han llegado hasta nosotros algunos que se refieren al uso de determinados praenomina (270).

Estos decreta se tomaban por acuerdo - consensus es el término que aparece en Suetonio (271) -, lo que ha llevado a pensar

en la existencia de un organismo colegiado (272), aunque ya no se puede precisar si en él intervenían sólo los patres de las diferentes familias que componían la gens (273), o si por el contrario la asamblea estaba abierta a todos los gentiles. Nosotros somos partidarios de esta última opción, llegando incluso a admitir que los patres formaban una especie de consejo con grandes poderes.

La vigilancia para el cumplimiento de todas estas normas, así como la imposición de las penas pertinentes a los infractores, hace sospechar la existencia de un organismo con poderes judiciales (274), que quizás sea el mismo que la asamblea anterior o bien el consejo de los patres. Quien contravenía las normas de su gens podía ser expulsado de ella o cuanto menos ser advertido con una nota gentilicia. Podía prohibírsele la participación en los sacra gentilicia (275) e incluso negarle el culto que la gens practicaba a sus miembros difuntos (276).



2. LA "GENS" EN EL MARCO ARQUEOLOGICO.

Como ya hemos puesto de relieve con anterioridad, la unidad de poblamiento de los latinos, y de los itálicos en general, la constituye la aldea o vicus, y dentro de esta última como unidad celular la casa o domus.

Las prospecciones arqueológicas han sacado a la luz, en toda el área latina (277), restos de cabañas cuya cronología se remonta a los antiguos tiempos de la cultura del hierro. Los romanos conservaban el recuerdo de su primitiva vivienda en la cabaña atribuida a Rómulo y continuamente conservada (278); asimismo se decía que la curia Hostilia, sede del Senado, no fue en antiguo sino una cabaña (279). Confirmando estas noticias, en el suelo de Roma se han documentado fondos de cabañas, unos más antiguos en el Palatino (280) y otros de época posterior en diversos puntos del valle del Foro (281). Prestemos nuestra atención a las primeras, en la seguridad de que su estructura no varió desde los mismos orígenes del poblamiento.

Hasta el momento se ha atestiguado la existencia de cabañas sobre las dos crestas principales del Palatino: en el Germal, tres fondos junto a las scalae Caci (282), y en el Palatium uno bajo la Domus Augustana (283). Estos restos nos proporcionan una idea general de cómo vivían los primitivos habitantes de las colinas romanas.

La planta de las cabañas es uniforme: rectangular, con las

esquinas curvilíneas y con la puerta porticada; alrededor de la cabaña la roca fue cortada formando unos surcos para canalizar el agua de la lluvia (284). Los autores antiguos nos informan de los materiales con se construían estas primitivas viviendas: palii, frondes, virgulta, harundines, calami, stramenta, scirpi, todos ellos utilizados hasta hace poco en la llanura latina (285), y no faltan en la actualidad intentos de reconstrucción de su estructura (286).

Las aldeas que cubrían los montes romanos estaban compuestas por cabañas de este tipo. Formarnos sin embargo una idea de cómo se distribuían es difícil, puesto que los testimonios son escasos. Aun así, se han hecho intentos de reconstrucción de una aldea, para lo cual remitimos a una maqueta realizada por A. Davico y publicada por E. Gjerstad (287): en ella puede verse un conjunto de cabañas de diferentes tamaños y situadas en distintos niveles, según la morfología accidentada del terreno, distribuidas de forma más o menos circular en torno a una explanada central. Este grabado no debemos alejarlo de la mente a lo largo de toda la exposición, pues para conocer al hombre que aquí vivía, debemos ante todo entender su entorno.

A este tipo de establecimiento no dudamos que se le deba aplicar la denominación de vicus, pero con ciertas precisiones, ya que en época histórica el vicus tenía un significado muy distinto (288). En su evolución podemos distinguir tres fases principales, siendo la primera la que ahora nos ocupa, es decir, una aldea o agregación de cabañas, sistema que se encuentra entre

los diferentes pueblos itálicos (289); la segunda fase es cuando el vicus se transforma en un grupo de casas donde viven y desarrollan su actividad uno o varios gremios artesanales (290); la última fase viene marcada por el significado de vicus como un barrio o calle de la ciudad (291).

En su primer estadio podemos entonces definir al vicus como un conjunto de cabañas, dispuestas en torno a una explanada que pudiera servir de lugar de reunión y rodeado por una estructura defensiva que bien pudiera ser una empalizada (292) o un muro de tierra pisada (293).

Un tercer elemento de los primitivos establecimientos latinos es el pagus (294). El pagus se define como el territorio en el que los habitantes del vicus ejercen sus actividades agrícolas y ganaderas. Por lo tanto, a cada vicus correspondería un pagus y en él se encontrarían los territorios de las gentes pertenecientes a la aldea.

Veamos ahora qué grupo de personas corresponde a cada tipo de establecimiento, a la domus y al vicus.

A primera vista parece normal, y así lo mantenemos, vincular la cabaña con la familia. La familia es un grupo parental doméstico constituido por los descendientes vivos de un pater y por todos aquellos otros que se encuentran bajo su jurisdicción (295). El pater es considerado no sólo en su calidad de progenitor, sino también en la de señor del grupo y de la casa, de ahí que reciba asimismo la denominación de dominus, jefe de

la domus (296), lo que establece una relación lingüística entre la familia y su vivienda (297).

El jurista italiano P. De Francisci quiere limitar este grupo familiar a la tercera generación, para lo cual se apoya en que el culto a los antepasados se circunscribía al proavus: éste ejercía entonces su poder sobre tres generaciones (298). Esta afirmación nos parece un tanto gratuita (299), ya que los primitivos romanos no pensaban seguramente en términos de generaciones, sino de personas vivas, y hasta cuando no muriese el antepasado directo más antiguo no se producía la escisión de la familia y, en consecuencia, la liberación de sus miembros de la autoridad paterna.

El vicus se forma mediante la agregación de diversas gentes y en diferentes momentos (300). Cada aldea se constituye entonces como una federación de gentes, comunidad por lo tanto muy distante de la civitas, aunque ya con sus principales instituciones en estado embrionario.

La población de estas primitivas aldeas la calcula L. Homo en apenas unos centenares de habitantes para las más pobladas (301). Sin ninguna reserva se puede admitir que cada aldea la constituía un número muy pequeño de gentes, de las que la más poderosa alcanzaría a tener como mucho cincuenta miembros, pensando que a comienzos de la República y tras la explosión demográfica iniciada en el siglo VII (302), la gens entonces más

poderosa de Roma y una de las de mayor antigüedad, los Fabios, movilizó trescientos seis guerreros (303), lo que nos lleva a estimar una población total de aproximadamente setecientos miembros para dicha gens.

3. LA CONSTITUCION POLITICA DE LAS PRIMITIVAS ALDEAS.

Al federarse para constituir una comunidad de mayor amplitud, las gentes adoptaron una supraestructura política copiada de la suya interna, aunque predominando el nuevo aspecto federativo, y preludiando los órganos fundamentales de la constitución política de la ciudad antigua. Esto es, la comunidad se componía de un jefe, un consejo de ancianos y una asamblea popular, pero desdoblando la hipotética función rectora en dos vertientes: la religiosa y la militar.

Ahora bien, las gentes no tuvieron que renunciar a su propio ordenamiento y apenas si perdieron parte de su individualismo. Tan sólo en aquellos acontecimientos que podían afectar a toda la aldea, el interés común se sobreponía al particular de la gens. El sistema de reclutamiento empleado en esta época, como después tendremos ocasión de ver, no obedece sino a un intento de sujetar el individualismo de los gentiles, que por un motivo superior se ven obligados a obedecer al jefe militar de la comunidad antes que al suyo propio gentilicio.

Las gentes continuaron siendo soberanas, cada una en su propio territorio y en su conjunto en la aldea. La representación de las gentes en la dirección política de la comunidad se realiza a través de los padres familias (304), últimos poseedores de la conformidad divina respecto al ordenamiento político, como queda bien patente por la institución del interregnum, me-

dante la cual los senadores, descendientes directos de los primeros patres, recrean en cada una de sus personas el rito de los auspicios (305).

En su totalidad los patres constituían un organismo colegiado cuyas características y poderes son difíciles de determinar, aunque su función rebasaba el mero carácter consultivo y entraba en el campo de lo decisorio, siendo este colegio quien realmente gobernaba la aldea (306). El consejo tenía el ius pacis et belli y la facultad de establecer tratados, facultades que luego heredará el Senado (307).

Institución esencial para nuestros fines es la relativa al hipotético jefe de la comunidad. Toda la tradición antigua concuerda en poner un rey, desde los tiempos más remotos, a la cabeza del Estado romano (308).

El término utilizado para designar a este jefe era rex, derivado de una raíz indoeuropea rēg-, al igual que ocurre en la sociedad de la India védica [rāj-(an)] y en las culturas célticas (irlandés: ri; galo: -rix) (309). Entre los pueblos que habitaban Italia, también los etruscos tenían reyes, los llamados lucumones (310), pero su influencia sobre la primitiva realeza latina es nula. Los pueblos itálicos umbro-sabélicos, por el contrario, parece ser que renunciaron a esta institución antes de irrumpir en la Historia (311). Por otra parte, el pueblo sículo, que formó parte junto al latino y al véneto de la primera ola migratoria indoeuropea en Italia (312), todavía se regía en el siglo V por reyes, cuyo título conocemos por un fragmento del

escritor siciliano Epicarmo (313).

El rey indoeuropeo, rex, se mantuvo, pues, tan sólo en las extremidades del mundo ario y perdió toda huella en el centro del mismo; como dice G. Devoto, una revolución "democrática" expulsó a la realeza de esta última área y la sustituyó por una magistratura de representación popular (314).

Normalmente es reconocido por todos (315) que la antigua monarquía romana pasó por dos fases sucesivas, una primera de predominio latino y otra segunda en que prevalece el elemento etrusco. Sin embargo, cuando se trata de determinar sus características el resultado dista mucho de ser unánime, sobre todo en lo que se refiere a la fase latina (316). Ante todo debemos distinguir dentro de esta última el rex correspondiente a las primitivas aldeas del de la comunidad septimontial.

A este respecto, examinaremos aquellas teorías principales que pueden elevarse a este primitivo estadio que ahora estudiamos, a saber, la teoría del ductor, la del dominus y la del magistratus.

1. La teoría del ductor ha sido expuesta y defendida con mayor vigor en los últimos años por P. De Francisci (317), aunque cuenta con antecedentes muy claros (318). Aplicando una idea de M. Weber (319), trata De Francisci de mostrar que las formaciones políticas en la antigüedad pueden clasificarse según dos esquemas principales (320): el primero es el ductus, el "Führertum" de los alemanes, en el cual el poder del jefe se fundamenta en su propia potencia personal, en su carisma; el segundo esque-

ma es aquel en que, por el contrario, el poder del jefe, o de los órganos directivos del grupo, deriva de la autoridad reconocida a un ordenamiento ("Führeramt").

Las primitivas comunidades latinas habrían sido gobernadas entonces según un régimen que responde al primer esquema. De Francisci busca en la religión, en las prácticas jurídicas más antiguas, en el calendario, todos aquellos elementos que puedan denotar unas creencias mágico-animísticas. Los primitivos latinos concebían pues el mundo como dominado por un conjunto de potencias que se incorporaban en ciertos objetos y en determinadas personas (321). Una de estas es el rey, el ductor, y esta idea de poder inherente a una persona concreta es el punto de partida tomado por los romanos para elaborar el concepto del poder, del imperium.

El rex hizo su aparición en suelo romano cuando se organizaron las primeras comunidades y adoptó la fórmula del ductor: razones de expansión y de defensa habrían aconsejado su instauración, recurriendo a una institución propia de la época prehistórica de las migraciones. El proceso de unificación de las distintas comunidades no se realiza a través de una federación de las gentes o de las aldeas, sino, utilizando palabras del autor, "inseguito alla comune subordinazione volontaria al capo delle gentes e soprattutto dei patres" (322). De Francisci trata de confirmar su hipótesis indagando en la tradición de los reyes de Roma, concluyendo en dos pruebas:

- a. Puesto que el ductor se afirma mediante su propia fuerza personal, esto explica cómo para alcanzar la realeza

no es condición "sine qua non" pertenecer a la propia comunidad, para lo cual trae a colación el pretendido origen extranjero de diferentes reyes (323).

- b. Cuando en el ductor comienzan a manifestarse los primeros síntomas de debilidad y pérdida de su vis, está destinado a desaparecer y a dejar el poder a uno más fuerte que él. A este respecto, es para De Francisci de gran importancia la tradición (324) referente al rex Nemorensis y todas aquellas relativas (325) a una muerte violenta de determinados reyes romanos (326).

2. La principal exposición del primitivo rey romano como dominus se encuentra en las obras de U. Coli (327). Para este autor el punto de partida está en la contraposición entre las dos fases de la historia constitucional de Roma, el regnum y la civitas, comportando la primera la unificación de la masa bajo el poder absorbente del rex, mientras que la civitas representa, por el contrario, una pluralidad de ciudadanos iure sociati. El rex se presenta como titular de la soberanía; es entonces concebido como jefe, no como representante del grupo, cuyos miembros pasan a ser considerados como súbditos: en la frase de Coli, "regnum... è la sua res del rex" (328).

La situación del rex respecto al Estado se ilumina mediante el paralelo con la familia. Esta no constituye un ente capaz de derecho, ni una pluralidad de personas jurídicamente capaces. La personalidad de sus miembros está completamente absorbida por la del pater familias, quien representa en su persona, unificando-

lo, al grupo entero. El rex es para el Estado lo que el pater es para la familia, aunque su poder - y aquí creemos que Coli se contradice - no puede identificarse al dominium, por ser éste un término propio del ámbito de la domus, sino que debe definirse como potestas (329).

El carácter de las antiguas monarquías ha de entenderse pues como "la signoria di uno solo sopra una massa indifferenziata di sudditi" (330), y Roma no constituye una excepción a esta regla general. El poder del rey romano podía ser menos despótico que el de los monarcas orientales, pero la relación entre el rey y el pueblo era en todas partes jurídicamente la misma: el pueblo era objeto, no sujeto (331).

3. La última de las opiniones aquí consideradas es quizás la que cuenta con mayor tradición, aunque a lo largo de los años ha sido continuamente remodelada y enfocada desde diferentes puntos de vista, pero sin perder su esencia originaria (332). Sostiene esta teoría el principio contractual de la realeza y presenta al monarca como un magistrado. El rey era el jefe religioso y político a quien la asamblea de los patres, único órgano que tenían poderes soberanos, investía de su poder. En opinión de F. De Martino, las facultades del rey eran sustancialmente las del jefe de una liga, esto es, dependientes de unas condiciones concretas y por lo tanto variables (333). En definitiva, en una comunidad constituida por iguales, el rey no podía por naturaleza ser superior a los demás, sino que era considerado como un primus inter pares (334), como el primero entre los

padres, quienes delegaban en él su soberanía..

En su estudio sobre las instituciones indoeuropeas, E. Benveniste llega respecto al rex a conclusiones completamente distintas a las hasta aquí expuestas. En opinión de Benveniste, el rex indoeuropeo es mucho más religioso que político. La raíz reg- indica en el fondo una operación de fuerte carácter mágico-religioso: se trata de trazar la línea, la vía a seguir. En este sentido la misión del rex indoeuropeo no es mandar, ejercer un poder, sino más bien fijar unas reglas, determinar lo que es, en sentido propio, "derecho" (335).

A la hora de aplicar estos principios a la realidad práctica de los distintos pueblos indoeuropeos que mantuvieron esta institución, nos encontramos sin embargo con serias dificultades, ya que testimonios que se eleven a una época tan lejana son prácticamente inexistentes. No obstante, en ocasiones quedó un residuo en las más antiguas tradiciones, y es allí donde se trata de confirmar esta hipótesis.

Así, entre los celtas, los antiguos reyes de Irlanda, tal como se describen en las más viejas leyendas, aparecen ante todo como personas sagradas, dotadas de poderes místicos que rebasan en mucho su potencia política real. Según una afirmación de H. Hubert, el rey es un jefe que encarna los poderes místicos de los clanes (336).

Desgraciadamente respecto a la India védica no podemos profundizar, pues cuando los invasores arios entraron en su nueva tierra ya estaban organizados según el complejo sistema social

de las castas y el Veda no nos proporciona ninguna noticia directa al respecto (337).

A pesar de todas las lagunas, de este primer análisis conviene que retengamos un hecho esencial: el fuerte carácter religioso del rex indoeuropeo. Luego trataremos de relacionarlo con los testimonios latinos.

Anteriormente se ha dicho que la institución monárquica entre los pueblos indoeuropeos de Italia sólo se conservó en dos de ellos: el latino y el sículo, ambos muy emparentados entre sí.

De la realeza sícula poco es en verdad lo que se conoce, ya que los testimonios que tenemos sobre ella se reducen a escasísimas noticias perdidas en los escritos de los autores griegos. Por Epicarmo, comediógrafo siracusano del siglo V a.C., sabemos que entre los sículos había un ῥησός, transcripción griega de un término indígena que indudablemente lleva la misma raíz que rex. El fragmento de Epicarmo dice textualmente: ῥησός, ἀρχὸς ὃς ᾠκᾷ τὰ δέσφρα (338), esto es, se trata de un rey augur, que interpreta los oráculos, y este es el aspecto más importante del ῥησός, a juzgar por las investigaciones de S. Mazzarino (339).

Por Tucídides sabemos el nombre de un sículo al que este historiador llama rey, Arconide, que murió en 414 y cuyas funciones no especifica (340); pero más importante para nuestros fines es la existencia de otro jefe sículo, que conocemos por Diodoro (341), y cuyo nombre, Ducetio, puede ser el epónimo de una magistratura que posiblemente lleve implícita en su propio

nombre y que habría que relacionar con la jefatura militar (duc-) (342).

De ser cierta esta hipótesis, encontraríamos entonces que la monarquía sícula se desdoblaba en dos instituciones distintas: una que realizaría las funciones sagradas (el ἐφησός), con la raíz de rex) y otra las militares (hipotético doukhetios, con la raíz duc-).

Quitando todas las tradiciones romanas y las menciones conocidas del rex sacrorum en otras ciudades latinas (343), la única noticia referente a la realeza más antigua en el Lacio la tenemos en la tradición del rex Nemoensis (344).

En época histórica era éste un sacerdote de Diana en el santuario de Nemi, cercano a Aricia, y la sucesión en el cargo se hacía de una manera tan extraña y bárbara, que autores tan alejados de las antigüedades itálicas como Pausanias, no dejaron de mencionarlo en sus escritos.

Lo poco que se conoce de esta singular institución se reduce casi exclusivamente al ritual de la sucesión. El sacerdocio nemoense estaba reservado únicamente a los esclavos fugitivos y se accedía a él después de haber matado, en combate singular, al hasta entonces rex; el nuevo sacerdote desempeñaba lógicamente su cargo hasta que uno más fuerte que él consiguiese su muerte. El combate ritual debía celebrarse en un sitio especialmente destinado a ello (345) y estar sometido a determinadas reglas ya desde sus orígenes (346). El carácter tan extraño de este sacerdocio llamó la atención de los antiguos, que trataron de rela-

cionarlo con otras prácticas culturales semibárbaras, especialmente con el culto de la Artemis Taurópola (347).

Es opinión muy extendida que la institución del rex Nemorensis no es sino un residuo de la arcaica monarquía latina (348). En este sentido, los defensores de la teoría del ductor la consideran como prueba irrefutable de la historicidad de sus hipótesis, ya que considerando que el vigor físico que caracteriza al ductor desaparece con la edad, la sucesión en el cargo ha de hacerse de forma violenta, mediante la muerte en combate del antiguo titular, de modo que la vis del jefe muerto pasase a su sucesor (349). A este respecto se trae entonces a colación las tradiciones sobre la muerte violenta de algunos reyes romanos (350).

Pero examinemos esto último. De los monarcas a los que parte de la tradición antigua atribuye una muerte violenta, tan sólo es válido e históricamente aceptable a los efectos que tratamos el caso de Servio Tulio (351), y la muerte de este rey romano, tal como nos la cuenta la analística, no nos debe sorprender si encuadramos al personaje dentro de su contexto histórico: inserto entre dos monarcas de la misma familia y opuesto violentamente a ellos, la figura de Servio Tulio rompe el lógico devenir histórico de la Roma etrusca (352). Así pues, la comparación entre la sucesión a la monarquía romana, tal como aparece en nuestras fuentes, y la del rex Nemorensis no nos parece apropiada en ningún sentido por falta de elementos sólidos.

Por otra parte, en la institución del sacerdocio de Nemi se perciben ciertas peculiaridades que se acoplan mal con el clási-

co concepto de la realeza (353). En primer lugar está el hecho de que el cargo sacerdotal estuviese reservado a esclavos fugitivos; este fenómeno está documentado en época histórica, pero ¿cómo era durante los tiempos primitivos? F. Altheim ha tratado de mostrar que el carácter servil del rex Nemorensis se remonta a sus mismos orígenes (354); por el contrario, H.J. Rose piensa que el sacerdocio nemorense no es sino la última degradación de un rex sacrorum (355). Un dato a tener en cuenta es que cuando Diana pasó a ocupar el Aventino romano, la fiesta en su honor recibía el nombre de dies servorum (356). En segundo lugar, el poder del rex Nemorensis se limitaba exclusivamente al bosque sagrado de Diana - de ahí su nombre -, mientras que, por otra parte, cuando se constituyó la liga Latina en torno al santuario de Aricia, la jefatyría la detentaba un magistrado de Tusculum, sin mencionar para nada al rex Nemorensis (357).

Por todo esto, vemos que no hay el menor rastro, salvo en el nombre, de hipotéticas funciones políticas desempeñadas por el rex Nemorensis, lo que nos lleva a pensar, como G. Dumézil, que nada permite suponer que este rex de Nemi haya sido alguna vez un "rey" real (358); esto es que siempre ha sido un sacerdote cuya extraña ceremonia de sucesión ha de ponerse en relación con particularidades determinadas del culto que regenta y cuyo recuerdo se nos ha perdido (359).

Un último testimonio a tener en cuenta sobre la primitiva realeza lo tenemos en una inscripción, de fecha indeterminada, hallada en el Palatino romano. En ella se lee (360):

Fert [o]r Resius
 rex Aequeiculus.
 Is preimus
 ius fetiale paravit;
 inde p(opulus) R(omanus)
 disciplineinam excepit.

La inscripción sigue la línea de toda la tradición en torno al origen y a su posterior adaptación por los romanos del ius fetiale (361). Nuestro interés se centra sin embargo en las dos primeras líneas, donde se habla de un Fertor Resius que es rey de los ecuícolas. El nombre de este rey no encuentra confrontaciones precisas en la documentación epigráfica itálica (362). Por el contrario, el praenomen Fertor se asemeja bastante al título umbro arsfertur, que designa a un magistrado con funciones sagradas (363), mientras que el nomen Resius lleva la misma raíz que ῥῆσος, y en definitiva de rex. No parece sino que Fertor Resius es una titulación religiosa interpretada como nombre propio como sucedió con otros personajes conocidos (364).

Recapitulando sobre lo hasta aquí expuesto a propósito de la primitiva realeza romana, tanto por su herencia indoeuropea como por la comparación con los escasos paralelos itálicos, vemos que el más antiguo rex que hubo en Roma se presenta más como un sacerdote que como un verdadero jefe político, aunque reconociendo naturalmente las importantes consecuencias que para la vida política de una comunidad primitiva tenían las creencias religiosas.

Una confirmación a esta hipótesis creemos encontrarla en el

más antiguo calendario romano conocido (365).

El 23 de febrero tenía lugar en Roma la fiesta de los Terminalia y al día siguiente la del Regifugium, festividad esta última de la que los romanos de época histórica habían olvidado ya su significado original y que celebraba equívocamente la expulsión de los monarcas y el nacimiento de la libertad republicana: en ese señalado día, tras celebrar un sacrificio en el Comitium, el rex sacrorum huía precipitadamente del lugar.

Inmediatamente después venía el mes dedicado a Marte, Martius, en el que se celebraban diferentes festividades de naturaleza claramente militar: Equirria (27 de febrero y 14 de marzo), Quinquatrus (19 de marzo) y Tubilustrium (23 de marzo). En el calendario aparecen a continuación (día 24 de marzo) las siglas Q.R.C.F. ("quando rex comitiavit, fas"), que designan la convocatoria del rex a los ciudadanos (366).

Durante los Terminalia se cumplía la lustratio de los mojones que señalaban los límites de las propiedades rústicas (36); pero es muy posible que en los tiempos más primitivos se festejase el término del año, cuando todavía éste acababa en febrero (368). La siguiente festividad del Regifugium se ha interpretado, y creemos que con razón, de acuerdo con el calendario, como la huida ritual del rey celebrando el final del año; como bien dice J. Heurgon, el rey no solamente anunciaba el calendario, sino que también lo vivía (369). Ahora bien, es muy significativo que a partir de ese momento el rey desaparezca sin volver a figurar en el calendario hasta el 24 de marzo, cuando convoca el comicio (Q.R.C.F.) (370), como si su huida hubiese sido real; y

esta ausencia del rex coincide precisamente con la preparación ritual del ejército antes de salir a campaña. Algo similar sucede en octubre, cuando el regreso del ejército: el rex se ausenta en las fiestas del tigillum sororium (1 de octubre), del Equus October (15 de octubre) y del Armilustrum (19 de octubre), todas ellas de marcado carácter militar.

Intentemos sacar consecuencias:

1. El primitivo rex latino era exclusivamente un sacerdote, conclusión a la que llegamos tras comparar los escasos paralelos existentes y confirmarlo con el calendario, en el que el rex se encuentra ausente en todas las ceremonias de naturaleza militar. Respecto a la posibilidad de que el rex detentase ciertos poderes de tipo político, nuestra opinión es contraria, aunque sí ejercía sin duda una influencia notable.

2. La opinión que defiende al ductor como forma de la monarquía romana más primitiva nos parece que no tiene suficiente apoyo (371) y que no encuentra en la tradición argumentos decisivos: ya lo hemos visto respecto a la muerte violenta de los reyes romanos y lo dicho vale para la pretendida procedencia extranjera de algunos de ellos, otro de los argumentos de los defensores de esta opinión (372).

3. A similares conclusiones llegamos al considerar al primitivo rey romano como un dominus, ya que su concepción es incompatible con una organización gentilicia tan potente como la existente entonces.

4. En las primitivas comunidades latinas se percibe enton-

ces un reparto de funciones, según el cual el consejo de los patres, embrión del futuro Senado, tendría a su cargo la dirección política y el rex todo lo referente a la vida religiosa de la comunidad. Respecto a la función militar, ésta debía ser ejercida por un "magistrado" elegido probablemente por el consejo de los patres y con la confirmación divina transmitida por el rex. Más adelante hablaremos de este personaje.

Por lo que se refiere a la asamblea popular, último de los órganos políticos citados al comienzo de esta exposición, su existencia en esta época tan temprana no la ponemos en duda (373) y no creemos, como De Martino (374), que esta institución cuadre mal dentro de la estructura federativa de las primitivas aldeas romanas.

La asamblea popular es la manifestación más significativa de la unión de las gentes para formar la aldea, unión que no se llevó a cabo exclusivamente por el deseo de los patres que compusieron el consejo, sino que todos los gentiles expresaron asimismo su voluntad de unión, deseosos de liberarse en parte de la fuerte presión a que se veían sometidos en el cerrado ambiente gentilicio. El nacimiento de la asamblea popular, por muy pocas funciones que pudiera desempeñar, constituye el primer golpe dado a la organización gentilicia a lo largo de toda la historia de Roma.

El nombre que recibía la asamblea era curia (375), y de ella hablaremos más ampliamente a continuación.

4. LA ORGANIZACION MILITAR.

A. La Curia. La comunidad de los armados.

La etimología de la palabra curia no ha dejado de plantear problemas a la moderna investigación. La tradición antigua concuerda en relacionar este término con cura, "cuidado, administración" (376). Actualmente se siguen otros derroteros y casi la generalidad de los autores admiten una derivación del indoeuropeo ko-wiriyā, en latín co-uiria, expresión que indica el conjunto de todos aquellos pertenecientes a la comunidad, o más concretamente "reunión de hombres" (377).

El significado de curia se precisa todavía más a partir de su segundo elemento, uir. Este término expresa al hombre destacando sus particularidades viriles, y en este sentido se opone a homo, que designa al individuo considerado como perteneciente al género humano (378). Así pues, uir viene a designar principalmente soldado (379) y más concretamente infante, oponiéndose entonces a jinete (380). La curia viene a ser por lo tanto la reunión de todos aquellos capaces de llevar armas (381), y a partir de aquí también el lugar donde se llevaba a cabo tal efecto recibió el nombre de curia.

Por lo que respecta a la antigüedad de esta institución, por distintos caminos se ha llegado a la conclusión de que el origen

de la curia en Italia debe retrotraerse a la edad del bronce.

Tenemos en primer lugar el testimonio proporcionado por el yacimiento arqueológico de Belverde di Cetona, en la actual provincia de Siena, donde ha aparecido una estructura de piedra rodeada por un triple graderío y cuya utilización, según ciertos investigadores, ha de relacionarse con lugares de reunión con fines principalmente religiosos y políticos (382).

Otros hallazgos similares son conocidos en la región entre Siena y Perugia (383), y aunque es peligroso generalizar, creemos que este dato ha de tenerse en cuenta a la hora de explicarnos los orígenes de las curias romanas (384), esto es, la existencia ya en la edad del bronce de lugares de reunión en las distintas comunidades itálicas (385).

Basándose en distintas consideraciones, otros investigadores pregonan asimismo un origen muy antiguo de la curia. Así, A. Brelich, estudiando la festividad curial de las Fornacalia, en la que todos los curiales se reunían para la tostadura del grano de espelta en el horno comunal (386), llega a la conclusión de que esta fiesta, y por lo tanto las curias, es anterior a la introducción del triticum durum en la agricultura de la península Itálica, conocido ya, aunque esporádicamente, en el último período del bronce (387).

La tradición romana se hace eco también del antiquísimo origen de las curias y por lo general atribuye su creación a Rómulo (388), al igual que sucede con otras instituciones arcaicas. A este respecto es interesante recordar lo ya dicho de que la curia Hostilia, según apunta Ovidio (389), no fue en origen sino

una cabaña.

La curia no es una institución típica romana (390), sino que aparece en todo el ámbito latino (391), en el más general itálico (392) y quizás también en Etruria (393). A la hora de establecer paralelos, la asamblea de los hombres de la aldea surge prácticamente en todas las culturas proto-históricas de pueblos de tradición ganadera (394).

Cada aldea tenía en consecuencia su propia curia y ésta incluía únicamente a los habitantes de la aldea en cuestión, de aquí la razón de que en época histórica cada curia tuviese gentes específicas (395). Por el contrario, R.E.A. Palmer piensa que los ciudadanos se distribuían en las curias según un criterio étnico, conclusión a la que llega tras analizar un pasaje del jurista Lelio Félix, donde se dice que en los comicios curiales la votación se hacía en base a los genera hominum (396); Palmer opina, equivocadamente creemos, que estos genera hominum deben interpretarse no según un criterio gentilicio (397), sino de proveniencia geográfica (398).

Una confirmación a esta opinión de curia por aldea la tenemos en la existencia del territorio curial. En efecto, en la etapa posterior de las treinta curias clásicas cada una de ellas tenía su propio territorio (399): Dionisio lo dice explícitamente (400) y parece ser que las Fornacalia incluían entre sus ritos una purificación de los términos del territorio (401).

Palmer ha intentado establecer, siguiendo diferentes caminos, las posibles curias cuyo nombre ha callado la tradición.

El resultado lo expone en un cuadro final que podemos aceptar en principio (402). En él se puede observar cómo el Celio, el Germal, el Cispio, el Oppio, el Palatium y la Velia eran sede de sendas curias. Sin embargo, ni el Fagutal ni la Subura participan, según Palmer de esta característica. Sin embargo, ambos eran montes (403), cualidad que ha servido de guía al autor para establecer su cuadro. Nosotros creemos que en ambos lugares deben situarse sendas curias, con lo que tendríamos que los territorios de las aldeas primitivas no perdieron su identidad con el paso del tiempo, sino que permanecieron como territorios curiales.

Desde un punto de vista funcional, la primitiva curia romana aparece fundamentalmente como la representación militar de la aldea, como el pueblo en armas. Alejar a la curia de la organización militar, como hace Palmer (404), nos parece carente de todo sentido, ya que en su favor abogan diferentes consideraciones. En primer lugar tenemos la etimología; la palabra co-uiria nos sugiere, como ya vimos, una reunión de hombres entre los que no existen diferencias reconocidas como pertenecientes al grupo; la igualdad se impone como norma y los lazos gentilicios pasan a un plano secundario ante la cualidad de uir que caracteriza a los miembros de la curia, y esta cualidad viril se manifiesta ante todo en su aspecto militar: la curia es, en última instancia, la asamblea de los guerreros.

El término que los romanos utilizaban primitivamente para designar a los miembros de las curias era quirites (405). En

época histórica el vocablo pasó a significar el conjunto de todos los romanos indistintamente considerados en sus actividades civiles, y así se oponen a milites como a los mismos romanos movilizados como soldados (406). Algunos autores elevan esta situación a la primitiva época romana y pretenden que quirites nunca tuvo un significado militar (407). Sin embargo, una antigua etimología - que actualmente y con razón se tiene como falsa - hacía derivar el nombre de quirites de la palabra sabina curis, lanza (408). Retengamos entonces este hecho: los romanos tenían recuerdo de que antiguamente los quirites eran los soldados, los lanceros, carácter que posteriormente se perdió a la par que las funciones militares de la curia y que los anticuarios de la época clásica trataron de reconstruir equivocadamente. Nosotros aceptamos sin reservas que con el término de quirites se designaban en este momento que tratamos a los hombres armados, a los soldados (409), y a este respecto un interesante paralelo lo encontramos entre otros pueblos de la antigüedad que tenían la costumbre de comparecer en la asamblea popular armados con la lanza (410).

La curia es por lo tanto la asamblea de los quirites, la reunión de los hombres de la comunidad en tanto que guerreros, y así Tito Livio hace decir al gran Camilo: "comitia curiata, quae rem militarem continent" (411). Su estructura debía articularse según el ordenamiento táctico empleado. El investigador francés L.-R. Ménager quiere que éste sea en base a grupos de diez hombres (412), según un tipo de formación de combate practicado muy a menudo entre pueblos guerreros sometidos a una or-

ganización tribal (413). Por el contrario, en esta época tan antigua nosotros preferimos inclinarnos por una división familiar en el interior de la curia, estructura mucho más sencilla y que cuadra mejor dentro del denso ambiente gentilicio de las primitivas aldeas romanas. Más adelante volveremos sobre el tema.

La entrada en la curia estaba lógicamente reservada a los habitantes de la aldea respectiva: todos los hombres al llegar al estado adulto podían ser aceptados, salvo quizás los disminuidos físicos (414), ya que su servicio en el ejército es prácticamente nulo. Para la admisión de los nuevos miembros debían sin embargo cumplirse ciertos ritos y ceremonias.

Respecto a los ritos de integración en la curia, de su existencia estamos seguros, aunque no tengamos noticias fidedignas. El historiador alemán K. Latte señala una probable asimilación de la curia a la institución griega de la *φρατρία* (415). Por su parte, J. Gagé trata de encontrar en las tradiciones relativas a las *arae Tatiae* y al "asesinato ritual" del rey romano-sabino Tito Tacio el recuerdo de determinadas operaciones religiosas que los jóvenes tenían que realizar para entrar en las curias; estas operaciones tenían un carácter guerrero, aunque sus particularidades se nos escapan (416). En otro estudio analiza Gagé un tipo distinto de integración en la curia, mostrando que no todas seguían el mismo ritual, aunque éste era siempre de carácter guerrero. Esta vez se fija Gagé en la leyenda del dictador albano Metio Fufetio y de los tres Curiacios (417); en esta ocasión, según Gagé, se procedería a una selección entre los jóvenes aspirantes y los elegidos deberían pasar por unas pruebas riguro-

sas muy próximas al tipo de sacrificio conocido en las tradiciones itálicas como devotio (418). Otra opinión la encontramos en R. Schilling (419), quien cree también que la entrada en la curia necesitaba un ceremonial previo, aunque desconoce las particularidades del mismo. Sin embargo, el dios que presidía los ritos, en opinión de Schilling, era Jano.

Nosotros creemos que un recuerdo de los antiguos ritos de integración en la curia se encuentra en el sacerdocio de los salios y en su ritual.

Según cuenta la tradición, el rey Numa Pompilio creó la cofradía de los salios en el octavo año de su reinado, con ocasión de una epidemia que azotaba a la ciudad. Esta sodalitas constituía el sexto orden sacerdotal de la reforma religiosa del rey Numa y su misión era guardar en un edificio especialmente destinado a ello, la curia Saliorum sobre el Palatino, ciertos objetos religiosos: la estatua de Marte, los ancilia y el lituus de Rómulo (420).

Junto a estos Salii Palatini coloca la tradición otro colegio de idénticos sacerdotes, los Salii Agonenses o Collini, creado por un voto de Tulo Hostilio durante una guerra contra los sabinos. Su sede estaba en el Quirinal y allí guardaban otros objetos sagrados (421). Mientras los salios palatinos se dedicaban al culto de Marte, los otros por el contrario se consagraron al de Quirino.

Una parte de la tradición relaciona el origen de los salios

romanos con el mundo griego (422), bien con Samotracia (423), bien con Mantinea, en Arcadia (424); otros, por el contrario, apuntan hacia la etrusca Veyes (425); pero en cualquier caso, su introductor es siempre Eneas (426).

Algunos investigadores modernos mantienen la misma idea en base a estas tradiciones y al material arqueológico (427): en efecto, el principal atributo de los salios, el ancile, escudo

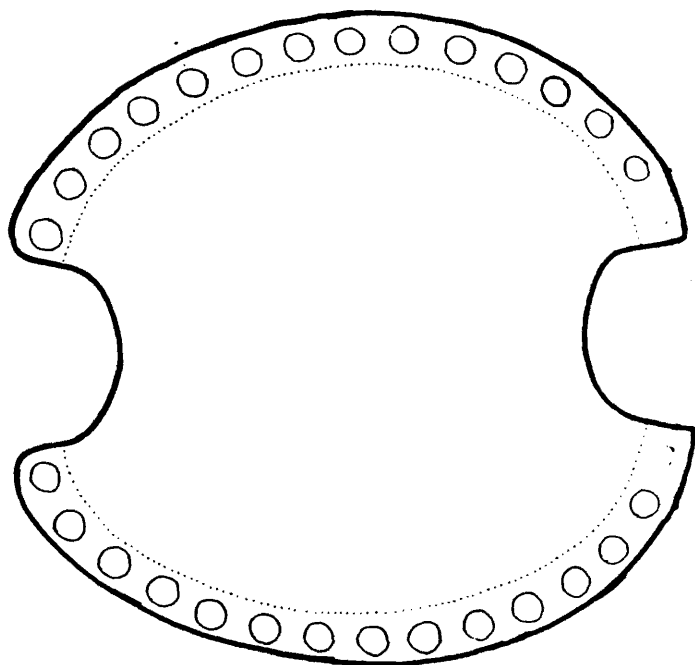


Fig. 8.- Escudo de bronce procedente de la necrópolis villanoviana de La Capriola (Bolsena). Hacia 700 a.C. (Según R. Bloch, "Une tombe villanovienne près de Bolsena et la danse guerrière dans l'Italie primitive", MEFR, LXX, 1958, pág. 21).

Fig. 9.- Figura incrustada en un puñal de bronce hallado en la tumba IV del Círculo A de Micenas. Siglo XIV a.C.

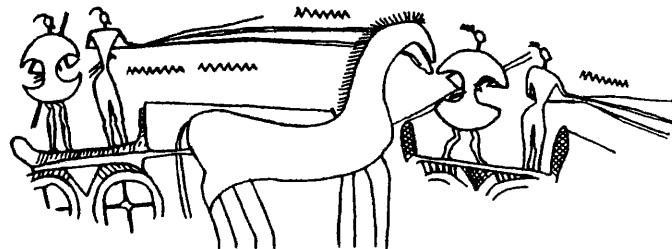


Fig. 10.- Guerreros pintados en una crátera geométrica ateniense. Hacia 750 a.C.

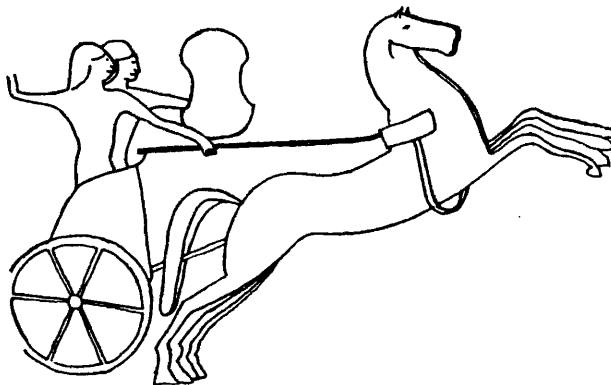


Fig. 11.- Guerreros hititas representados en unos relieves egipcios. Siglo XIV a.C.

ovalado en forma de ocho con dos escotaduras circulares en los lados (fig. 8), aparece en todo el Mediterráneo oriental, tanto en el mundo creto-micénico (fig. 9) (428) y el posterior geométrico (fig. 10) (429), como en el hitita (fig. 11) (430).

Asimismo, las danzas que ejecutaban los salios recuerdan la de los curetes de Creta (431) y otras en uso entre pueblos de la primitiva Grecia (432). Sin embargo, el carácter cultural de la cofradía saliar y el de las diversas asociaciones griegas (Curetes y Dactilos de Creta, Coribantes del Asia Menor, Cabiros de Samotracia, etc.) es distinto (433). Los cultos realizados por todas ellas, aunque tienen algunos puntos en común propios de todas las danzas armadas, deben considerarse más bien como expresión natural y espontánea de pueblos en similar fase de desarrollo cultural y religioso y la única influencia - si es que existe - del mundo egeo sobre el itálico en esta cuestión se reduce a un mero influjo plástico en la forma del escudo (434).

La cofradía saliar aparece extendida por toda Italia central a partir del siglo VIII y probablemente hunda sus raíces en el período plenamente villanoviano. Mención expresa de los salios se conoce en diferentes ciudades del Lacio, como Alba Longa (435), Lavinium (436), Aricia (437), Anagnia (438) y Tibur (439), y nada permite pensar, como sí sucede por ejemplo con la hispánica Sanguento (440), que hayan sido introducidos por los romanos, pues incluso algunos colegios, como es el caso de Tusculum (441), eran reputados como más antiguos que los propios romanos. También en Etruria se documenta esta institución religiosa, tanto por las tradiciones literarias como por las representaciones plásticas

(442). En el ritual iguvino aparecen sismismo mencionados los salios (443). La distribución del escudo tipo ancile por la Italia central abarca toda el area comprendida entre los mares (444) y según Peruzzi esta documentación asegura la existencia de ritos saliares en toda esta zona (445).

Originariamente (los Salii Palatini de Numa) la cofradía estaba compuesta por doce miembros, elegidos entre los jóvenes patricios de mejor apariencia (446); el colegio lo presidía un magister (447), junto al cual estaban un praesul (448), que dirigía la danza, y un yates (449), que entonaba el canto.

El atuendo de los salios era típico militar (450): una túnica corta de color rojo (451), una coraza metálica sobre ella y un yelmo también de metal con un apex recto vertical; el armamento estaba constituido por el ya mencionado ancile, una lanza corta y una espada sujeta por un tahalí de bronce (fig. 12).

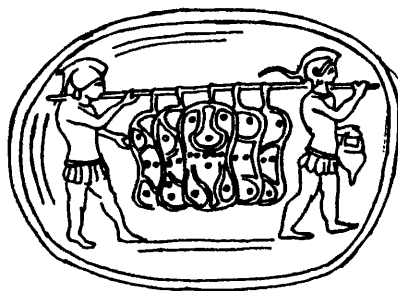


Fig. 12.- Gema romana representando la procesión de los salios. Siglo II a.C. (Según A. Furtwaengler, Die antiken Gemmen, Berlin, 1900, vol. I, lám. XXII, 62).

La actividad religiosa de los salios ocupaba principalmente el mes de marzo: el día primero sacaban los ancilia en procesión por las calles de Roma danzando y cantando sus himnos; nuevamente celebraban los salios sus ritos los días 9, 14, 19 y 23 del mismo mes de marzo y el 24 asistían al sacrificio realizado en el Comitium por el rex. En el otoño vuelven a aparecer los salios cumpliendo sacrificios el día 19 de octubre en el Aventino con motivo de la festividad del Armilustrum (452). El ritual terminaba con un sacrificio y un banquete, cuya abundancia era proverbial (453).

En los ritos saliares se pueden distinguir tres elementos principales: la danza, el canto y los sonidos rítmicos. De los términos empleados para designar a la danza de los salios, saltatium y tripudium, este último muestra cómo las evoluciones de estos sacerdotes seguían un ritmo ternario. Un verso del poeta Horacio parece confirmarlo (454). Semejante cadencia llevaban también los sonidos rítmicos que producían al golpear el escudo con determinado instrumento (lanza, espada o un bastón) y los himnos que cantaban.

Sin embargo, otras fuentes definen los movimientos de los salios en términos muy alejados de los conceptos de la danza: es la saltatio. Así, Séneca compara estos movimientos con los saltos que efectúan los bataneros dentro de sus cubas (455) y Catullo, dirigiéndose a su natal Verona, le desea un puente lo suficientemente sólido como para soportar los saltos de los salios (456); también Plutarco señala los movimientos rápidos y bruscos

de los salios tendentes a reflejar la fuerza y agilidad de los danzantes (457). Parece entonces como si existieran dos versiones de la danza saliar, una rítmica ya establecida al estilo de una danza coral (458) y otra brusca y de ejecución libre.

Al tiempo, pues, que ejecutaban el tripudium los salios entonaban un canto, el carmen saliare (459), tan arcaico que en la época clásica, a juzgar por Quintiliano (460), apenas se comprendía. El himno constaba de invocaciones en forma de letanías (461) dirigidas a distintos dioses, principalmente a Marte, Jano y Júpiter, así como a Mamurio Veturio, el legendario herrero que forjó los ancilia por encargo de Numa.

A la hora de interpretar el significado de estos ritos en su etapa primitiva, las teorías de la investigación moderna siguen las mismas directrices que con el culto de Marte más arcaico (462): ¿rito mágico de guerra o rito agrario de purificación? (463). Inclinar-se exclusivamente por una u otra postura cuando nos referimos a una época tan primitiva no nos parece oportuno, ya que ambas funciones, agraria y militar, cabalgaron juntas en sus orígenes (464). Sin embargo, aun reconociendo los evidentes elementos agrarios existentes en estos ritos, nosotros preferimos inclinarnos por lo militar, pues éste es el elemento predominante (465). Veamos ahora por qué.

Para P. De Francisci, los salios formaban en la Roma más antigua una especie de milicia sagrada, una compañía de sacerdotes armados, los cuales conocían los ritos necesarios para obtener la energía numinosa contenida en las armas (466).

Está fuera de duda, o al menos así lo creemos, que la religión y las creencias religiosas ejercían sobre todos los aspectos de la vida una influencia notable; pero lo que nos negamos a aceptar es que en las primitivas comunidades romanas existiesen ya colegios sacerdotales especializados en ritos muy concretos. Los salios pueden perfectamente representar, como se ha dicho en alguna ocasión (467), al más antiguo soldado romano, y algo nos puede decir el armamento al respecto.

Por lo que se refiere a las armas ofensivas, espada y lanza corta (468), su utilización está perfectamente documentada por la arqueología ya desde el calcolítico y el bronce itálicos (469) continuando luego durante el hierro primitivo (470). A propósito de la lanza, la tradición ha conservado el recuerdo de esta arma en su forma más primitiva: una simple asta de madera con la punta endurecida al fuego, llamada hasta sudens por Propertio (471). Su utilización pervivió, aunque con diferente signo: por una parte, entre los objetos sagrados utilizados por los feciales (hasta praeusta) (472), y por otra como honor militar (hasta pura o donatica) (473).

Respecto al yelmo, con el apex vertical, es propio de finales del bronce y principios del hierro (474), aunque posteriormente fue perdiendo su carácter originario hasta convertirse en prenda sacerdotal (475) (véase la evolución en las fig. 13-15).

Algo similar sucede con el escudo. El tipo ancile aparece documentado arqueológicamente a partir de finales del siglo VIII, pero entonces era utilizado más que nada como objeto de ritual, alejándose cada vez más de su primitivo uso hasta convertirse en

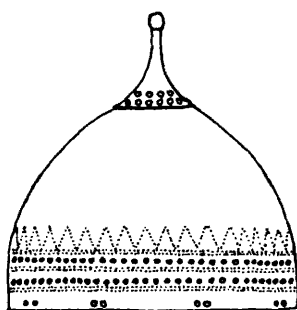


Fig. 13.- Yelmo de bronce procedente de Tarquinia. Siglo IX.

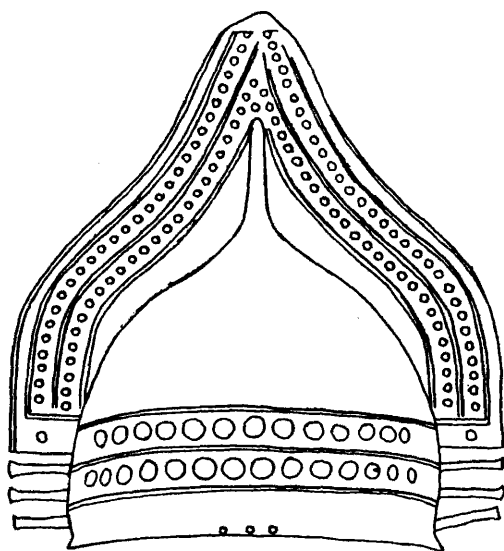


Fig. 14.- Yelmo de bronce procedente de Tarquinia. Siglo IX-VIII.

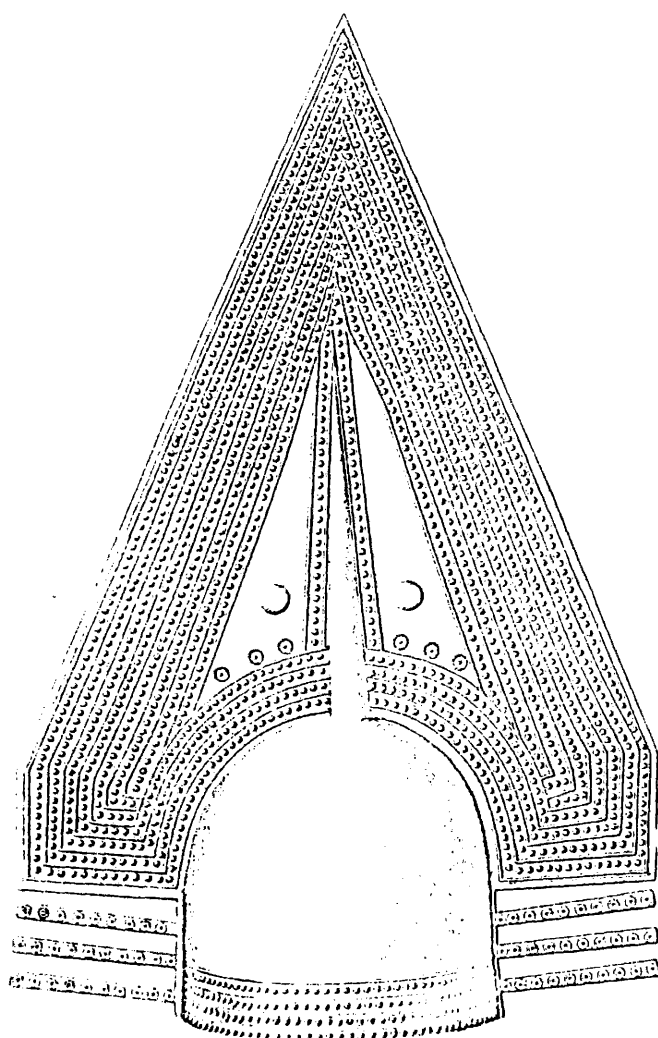


Fig. 15.- Yelmo de bronce procedente de la tumba 871 de Grotta Gramiccia (Veyes). Hacia 700 a.C. (Según H. Müller-Karpe, en Beiträge zu italienischen und griechischen Bronzefunden, PBf, XX,1, München, 1974, lám. 24,5).

un "instrumento musical" utilizado en las danzas de tipo saliar, ya que por entonces el escudo de guerra más extendido era el redondo (476). El tipo que tratamos debió ser empleado como arma defensiva desde muy antiguo, quizás por influencias del mundo egeo, donde si está documentado para estos fines, y no sería descabellado pensar que fue manejado por los primitivos latinos.

Así pues, en los salios se ha conservado un recuerdo del ejército romano más primitivo y en sus ritos, los ritos de iniciación y purificación militar. Veamos qué elementos del ritual de los salios, aparte del armamento, pueden aducirse a este respecto.

Según dice la tradición Numa escogió los doce primeros salios entre los jóvenes patricios de mejor presencia (477); con esto tenemos que los incapacitados físicamente no podían formar parte de los armados, y estos además tenían que ser habitantes de la aldea (así entendemos el término patricios). Por otra parte, los salios eran jóvenes, al menos en su origen, ya que sabemos que en tiempos históricos la dignidad era vitalicia (478). Estos jóvenes salios representan entonces a todos aquellos que, habiendo superado la adolescencia, entran en la etapa adulta de su vida, y con ello deben iniciarse en el arte de las armas.

Los ritos de iniciación no comprendían exclusivamente determinadas pruebas de aptitud bélica, sino que el aspecto religioso jugaba un papel igual de principal. Los neófitos tenían que ser enseñados y dirigidos en la danza y en el canto, y esta función docente y rectora la desempeñaban, respectivamente, el praesul y el vates; asimismo existían un "maestro de ceremonias", el ma-

gister. Los salios no ejecutaban sus movimientos libremente, sino que tenían que repetir los que efectuaba el praesul: amptuare y redemptuare eran los términos que se empleaban para designar respectivamente el paso del praesul y el de los salios (479).

Por otra parte, la danza saliar, como ya vimos, se componía de dos partes, una rítmica según una cadencia ternaria y otra más brusca para demostrar las aptitudes físicas del danzante: la primera correspondería entonces al rito religioso y en ese momento se entonarían las letanías a las divinidades, mientras que la segunda significaría las pruebas puramente militares. Sabemos que entre los etruscos había, ya en fecha muy antigua, una danza pírrica que consistía en un enfrentamiento entre dos guerreros y su característica técnica principal era algo similar a la saltatio (480). ¿Puede existir la posibilidad de que en Roma hubiera algo parecido? Ninguna noticia tenemos de ello, pero no sería descabellado pensar que cierta parte de la saltatio saliar consistiese en algo similar. Los sonidos que en época histórica efectuaban los salios golpeando el escudo, puede ser el reducto de una antigua escenificación del combate, bien con fines rituales, bien como examen de los neófitos para la lucha.

Como ya se ha mencionado, los salios realizaban al finalizar sus ritos un sacrificio y a continuación un banquete. La comida comunal de los hombres armados era una institución muy extendida por Grecia, pero donde alcanzó mayor significación fue entre los espartiatas (συσσιτίον) (481). Creemos que es en este sentido como debe verse el banquete de los salios, como una comida de camaradería y confraternización, y asimismo hay que re-

lacionarlo con las comidas curiales (482), pues aunque en época histórica fuesen cosas distintas, en los tiempos más primitivos coincidían por la identificación entre curia y la comunidad de los armados.

Muy importante para el objetivo que perseguimos es el testimonio del calendario más arcaico. En él observamos cómo los salios participaban sobre todo en las fiestas del mes de marzo, cuando se abría la campaña militar, mientras que por el contrario cuando ésta se cerraba en otoño su participación sólo era requerida en una de las fiestas, el Armilustrium del 19 de octubre, festividad simétrica a la del Quinquatrus del mismo día de marzo, y no en las otras dos celebraciones otoñales de naturaleza militar: el Stillicidium Solorium del primero de octubre y el Equus October del 15 del mismo mes. Como dice Bayet, parece como si "leur efficacité était moins requise au désarmement qu'à l'appel aux armes" (483).

Si los ritos saliares son el reducto de antiguos rituales de iniciación militar, cuadra perfectamente con los presupuestos que nosotros admitimos: los salios participan en todas las fiestas de marzo, pero tan sólo en una de octubre: ancilia mouere y ancilia condere.

El carácter militar de los salios siempre fue el prevalente en todas sus actividades. Y así, vemos cómo la dignidad de salio era incompatible con la de pontífice, augur y flámine, pero no con las de pretor y cónsul (484), y cuando posteriormente, a partir de la reforma "serviana", el ejército se articuló en las dos categorías de seniores e iuniores, idéntica organización adopta-

ron los salios (485).

Como acabamos de comprobar, las cofradías saliares son una institución común a toda la Italia central. Sin embargo, no creemos necesario admitir que en toda esta zona, así como en cada una de las comunidades romanas, los ritos seguidos fuesen idénticos al expuesto, aunque sí similares.

Tenemos, por ejemplo, el caso de Lanuvium, donde existía una corporación militar de iuvenes ligada estrechamente al culto de Juno Sospita, divinidad que reúne las características militar y agraria, como es el caso de Marte (486), y no debemos olvidar que fue una Juno la que desplazó a Marte en sus fiestas del primero de marzo (487). Esta Juno Sospita de Lanuvium tenía como atributos una lanza y el ancile de los salios (488).

Por lo que respecta a la propia Roma, los Salii Palatini no son comunes a todas las aldeas, sino sólo a las tres del Palatino, pues los Salii Collini se instituyeron directamente como un sacerdocio. El Palatino, como comunidad culturalmente dominante, impuso sus propias instituciones a la ciudad naciente y ésta es la razón de que desconozcamos totalmente lo que sucedía en las otras colinas. Sin embargo, no creemos, como piensa Gagé, que uno de los ritos de integración en las curias se aproxime en sus características a la devotio (489), ya que en tal caso se trataría de un cuerpo de élite al margen de la organización militar normal lo que no nos parece posible en estas circunstancias.

B. El jefe militar. La leva.

En la época que estamos tratando podemos considerar que existen tres tipos de acción bélica. Un primero es aquel en que interviene toda la comunidad, tanto aquellos capaces de llevar las armas y que salen a campaña, como el resto de los habitantes de la aldea, que mediante ritos propiciatorios tratan de incrementar la fuerza de los combatientes para lograr la victoria (490). En segundo lugar tenemos la guerra privada (bellum privatum), que es aquella que lleva a cabo una gens en defensa de sus intereses familiares; aquí la comunidad no interviene para nada, aunque lógicamente se beneficia o perjudica del resultado de la empresa. Finalmente hay un tercer tipo, que quizás fuese el más frecuente, cuya única finalidad era el saqueo y la recogida de botín (491); estos praedatores formarían bandas incontroladas y de composición muy heterogénea.

A estos tres tipos de acción bélica corresponden otros tantos de formación militar y de vinculación al jefe. Fijémonos en este último aspecto y según un orden inverso al anterior. Entre los praedatores es quizás donde la teoría del ductor-comitatus, expuesta como vimos por De Francisci, encuentre para su desarrollo un ambiente más propicio, ya que el carisma personal y la fuerza física del individuo debían ser criterios decisivos cuando la elección del jefe; la vinculación a éste se basa pues en el reconocimiento de su superioridad espiritual y física y se mantiene hasta la aparición de uno más fuerte que le dispute el li-

derazgo o hasta el cumplimiento del fin propuesto. Por el contrario, la dirección de la milicia gentilicia corresponde al jefe de la gens; es por lo tanto una jefatura natural, ya que el princeps gentis no solamente dirige la acción bélica del clan, sino que asimismo rige sus destinos prácticamente en todos los aspectos.

¿Pero qué sucedía con el jefe militar de la comunidad? En páginas anteriores ya dijimos que el título de rex significaba sobre todo el ejercicio de la función religiosa, mientras que la militar era desempeñada por un "magistrado" designado para el caso. Veamos ahora quién era este "magistrado".

Respecto al nombre de jefe militar nada seguro tenemos, aunque sobre todo se nos ofrecen dos posibilidades: ductor y praesul. La raíz duc- tiene un innegable valor militar, aunque oficialmente dux no se convierte en una dignidad militar hasta el Bajo Imperio (492); durante cierto tiempo gozó también de un especial significado político (493), pero en todo el período republicano fue empleado como término propio del ejército no en las fórmulas oficiales, sino por los mismos soldados dirigiéndose a su general (494). En la fase más antigua de la historia romana el título de duc-(tor) no aparece documentado, pero recordemos lo ya dicho sobre los siglos y el hipotético doukhetios.

Praesul lleva otra raíz (prae-) que a lo largo de todo el período republicano, y sobre todo en sus comienzos, mantuvo un fuerte carácter militar (495). La relación entre praesul y praetor es reconocida por algunos autores no sólo como correspondien-

tes uno a la esfera religiosa y otro a la profana (496), sino que incluso K. Hanell ha llegado a decir que "praetor y praesul son en cierto modo conceptos sinónimos" ("praetor und praesul sind gewissermassen synonyme Begriffe") (497), y así se ha mantenido que consul deriva de praesul, como indicando los dos momentos de la evolución de la magistratura, que de mando único (prae-) pasó a ser colegiada (cum) (498). Para Gjerstad, praesul era un título del rey como comandante en jefe antes de la entronización de la monarquía etrusca (499).

De las dos posibilidades nosotros preferimos inclinarnos por la segunda en base a dos razones principales. En primer lugar y siendo el praesul de los primitivos salios idéntico al jefe militar de la comunidad, con su actuación en la danza saliar demostraba dos cosas: primera, que conocía los ritos bélicos y que no estaba predispuesto contra la divinidad y, segunda, que poseía una forma física en todo su vigor. Por otra parte, algunos autores admiten que en los tiempos más antiguos las danzas sagradas eran dirigidas en algunas ocasiones por los propios dirigentes de la comunidad, como sucedía con los $\pi\rho\omicron\acute{o}\lambda\epsilon\sigma\tau\epsilon\varsigma$ tesa-
llos, que se identificaban a los magistrados y a los generales (500). De esta función primitiva sólo les quedó a los magistrados romanos de la República la presidencia de los juegos y la dirección de los cortejos (501).

En la elección del jefe militar debían seguirse ciertos criterios, cuya importancia variaba según las circunstancias. La pertenencia a la gens más poderosa en ese momento debía consti-

tuir un aval nada despreciable, pero no menos valor tendrían otras cualidades, como la predisposición religiosa y, sobre todo, la fuerza física, pues no pocos conflictos se resolverían en esta época mediante un combate singular entre los jefes (502). El consejo de los patres ser reservaría tal poder de elección. Algo similar ocurría entre los lucanos (503) y entre los galos (504), donde en tiempo de guerra se elegía a un jefe militar con amplios poderes.

Finalmente, el jefe militar necesita un refrendo de la asamblea de los armados, siendo ésta quizás la única función de alcance político que realice la curia. La aprobación se lleva a efecto mediante un juramento de los armados al jefe.

Desde hace años está bastante extendida entre la investigación moderna la idea de que en la época pre-urbana de Roma, y en general de todos los pueblos itálicos, el procedimiento normal de reclutamiento y de vinculación al jefe era la coniuratio (505).

Como ha demostrado K. Latte, el significado de coniuratio como conspiración contra el Estado o las autoridades establecidas legítimamente no es sino una última fase en la evolución del término (506). Originariamente, y como su mismo nombre lo indica, coniuratio designaba un juramento común hecho por un grupo de personas mediante el cual se obligan a seguir hasta la muerte al jefe en una expedición militar.

Tanto Latte como Mommsen, los dos más fervientes defensores de esta opinión, admiten que la coniuratio se basa en la volun-

tariedad de los conjurados, ya que por aquel entonces la comunidad como tal no disponía del poder coercitivo para garantizar el llamamiento a las armas (507). Consecuentemente, en los tiempos más primitivos tales expediciones no tenían necesariamente que ser dirigidas por los magistrados ordinarios de la comunidad, sino que cualquier individuo podía hacerlo, y como caso particular se menciona la expedición famosa de los Fabios contra Veyes (508), de la que más adelante tendremos ocasión de hablar más extensamente.

Nosotros no aceptamos esta opinión por una razón fundamental, y es que creemos que el gobierno de la comunidad sí disponía de resortes para controlar a los hombres de la aldea. En temas militares el individuo no tenía plena libertad de decisión, ya que le sujetaban dos vínculos, uno con su familia y su gens y otro con la comunidad.

La primera convocatoria de la curia no la hacía el jefe militar - todavía no reconocido como tal por los hombres armados - sino el consejo de los patres, órgano que en definitiva decidía, como ya hemos comprobado, sobre la guerra o la paz. Cada pater se encargaría entonces de procurar que los afectados bajo su poder acudiesen al llamamiento, y caso de que cualquiera de estos no obedeciese a la convocatoria, la falta cometida no sería contra una orden del gobierno de la aldea, sino de desobediencia al mandato del pater, lo que en esta época en la que derecho privado y derecho público son coincidentes, constituye una falta de mucha mayor responsabilidad, ya que el ius vita necisque sobre sus sometidos es uno de los derechos fundamentales del pater.

Resumiendo, se puede decir que a través de los patres el gobierno de la comunidad dispone de un poder coercitivo sobre los miembros de la misma.

Con esto creemos que la voluntariedad de los armados en el llamamiento a las armas debe ser rechazada, y para reforzar esta idea podemos aducir unos párrafos de F. Altheim (509) en los que basándose en un pasaje de Livio referido a los samnitas (510) - por otra parte también utilizado por Latte -, muestra cómo a aquéllos que rechazaban prestar el juramento militar eran instantáneamente condenados a muerte, pudiendo incluso afectar esta medida tan drástica a toda su familia.

En definitiva, la coniuratio no intenta sino crear dentro del conjunto de los armados un cuerpo de élite que incluso se comprometa a una devotio, lo que no creemos posible en esta época. Como dice E. Sereni, en las formas de organización pre-estatales la fuerza militar se identifica y se agota en el pueblo en armas (511).

La vinculación de los armados al jefe se efectuaba mediante un juramento de los primeros por el cual se comprometían a seguirle. Nos encontramos, pues, ante la forma más primitiva del sacramentum militiae (512), en el cual se tomaba como garantía de su efectividad a la propia divinidad.

El sacramentum, y en general cualquier otro tipo de juramento militar, se ajusta a las normas de una lex sacrata, pues quien faltare a su palabra era declarado sacer, y a este respecto es definitiva una frase de Livio: "La ley sagrada, el más poderoso medio entre estos pueblos para convocar a las tropas, ha-

bía asegurado la leva" (513). El mismo término de sacramentum, derivado de sacrare (514), indica por sí solo el denso ambiente religioso en que se desenvuelve la leva militar (515). El conservadurismo ritual de los romanos apenas si modificó el procedimiento, pues cuando el Imperio se cristianizó, las nuevas divinidades sirvieron igualmente como garantía perpetua del juramento militar, según nos enseña una fórmula transmitida por Vegetio: "... juran por Dios, por Cristo y por el Espíritu Santo" (516).

El sacramentum vinculaba, pues, a la curia con la persona del jefe militar, no con la institución (517). En el acto del juramento la comunidad de armados reconocía el poder del "magistrado", al tiempo que le investía del mando militar. Nos encontramos entonces ante una forma embrionaria de lo que luego será la lex curiata de imperio, que en esta época toma la apariencia de una lex sacrata y que tan sólo se refiere al mando militar (518), aspecto éste que consideramos como la significación más antigua del imperium, de acuerdo con la doctrina más extendida desde hace años (519).

La finalidad del juramento militar creemos que es doble. Por un lado trata de crear un pleno entendimiento entre la voluntad inapelable del jefe y los armados y procurar así al conjunto una mayor efectividad en las operaciones sin peligro de deserciones ni desobediencias. Pero por otra, como ya se ha mencionado aquí en alguna ocasión, pretende superponer al particularismo de las gentes una institución fuera de su alcance, y en este sentido se puede afirmar que la primitiva estructura mili-

tar fue la primera concesión de las gentes para constituir una unidad política de mayor amplitud.

Si para dar mayor cohesión a la formación militar era necesario un segundo juramento de mutua solidaridad entre los armados (iusiurandum), como admite Mommsen elevando el origen de esta institución a un pasado indoeuropeo (520), nosotros no lo creemos preciso, pues con sus ritos de iniciación, la curia, o lo que es lo mismo, la comunidad de los armados, se constituye como una sodalitas en la que precisamente la solidaridad de grupo se presenta como norma fundamental.

En alguna ocasión se ha dicho (521) que la organización militar más primitiva de los romanos adoptaba más o menos la forma de un tumultus (522). En la época clásica la palabra tumultus designaba, limitando sus significados a la esfera político-militar que nos interesa aquí, bien la leva en masa, la movilización general (523), o bien todo aquello que no es la guerra regular, tal como la rebelión o la guerra civil (524). El tumultus es propio, por definición, de una situación de emergencia (525) y provoca en consecuencia la suspensión de todos los negocios públicos y privados y el concurso de toda la población ante el peligro inminente, hasta el punto de que incluso los exentos del servicio militar son llamados a las armas formando un cuerpo denominado tumultuarii milites.

No creemos que esto ocurriese en las aldeas romanas, salvo claro está en hipotéticos momentos de gran peligro, pero nunca que fuese la práctica normal. La organización militar que estu-

diamos no dudamos en definirla como legitima militia, el primero de los genera militia distinguidos por Servio (526). La leva, como hemos podido observar, se limitaba normalmente a la curia y todos los años se renovaba con la primavera, de acuerdo con el calendario.

C. Las milicias gentilicias.

Anteriormente ya tuvimos ocasión de comprobar cómo las distintas comunidades que poblaban las colinas romanas se formaron mediante una federación de gentes y cómo en su organización política predominaba asimismo un espíritu federal. Hablando del ordenamiento gentilicio vimos también que originariamente la gens se constituye como un pequeño Estado.

Las formas militares de la aldea tienen que responder pues a estos presupuestos. Se trata por lo tanto de un ejército federal: el jefe es elegido entre los representantes y cada miembro se compromete a acudir a la llamada a las armas con las tropas que le corresponden, esto es, que la leva se realiza, como acabamos de comprobar, a través de las gentes y, dentro de estas, de las familias.

Con anterioridad decíamos que la división en el interior de la curia y la unidad táctica de combate no se constituía en grupos de diez hombres, como intenta demostrar Ménager (527), sino que más bien se basa en los lazos parentales. Las subdivisiones militares de carácter familiar aparecen perfectamente documentadas en la literatura sagrada védica (528), en los poemas homéricos (529), entre los germanos (530) y en pueblos alto-medievales de la Europa central (531). El ejército comunal se articula entonces en los privados, en los gentilicios.

Pero por otra parte, las milicias gentilicias son perfectamente comprensibles fuera del marco de la aldea, ya que la gens

tiene su propia personalidad política autónoma. Ahora bien, aparte su perfecto acoplamiento a la estructura socio-política expuesta, apenas se pueden aportar pruebas directas de la existencia de estas milicias gentilicias, aunque nadie dude de su historicidad.

Poco nos dicen las fuentes sobre casos específicos romanos, ya que dada la antigüedad de la institución su recuerdo apenas llegó a los primeros analistas. Respecto a la expedición de los Fabios contra Veyes en el primer cuarto del siglo V, episodio que la casi generalidad de la investigación moderna toma como ejemplo característico de operaciones militares exclusivamente gentilicias, nosotros tenemos ideas particulares que expondremos a continuación.

Sin embargo, al referirse a pueblos contemporáneos pero en un estadio de desarrollo inferior, como el caso de los sabinos, la tradición nos transmite noticias más directas, como la aventura semilegendaria del jefe sabino Apio Herdonio, que con un ejército privado se apoderó del Capitolio romano en el año 460 (532), y el episodio ciertamente histórico del también sabino Atta Clausus, quien con toda su gente bajó de las montañas a Roma buscando tierras donde establecerse (533).

Según De Francisci (534), un resto de las antiguas costumbres militares gentilicias se conservó en el hecho de que en la época histórica los enemigos vencidos pasaban a entablar una cierta relación de dependencia hacia la gens del general vencedor (535).

Los objetivos del ejército gentilicio son prácticamente los

mismos que los del comunal, esto es, defensa de su territorio y protección de sus miembros. Respecto a esto último tiene singular relevancia la venganza de sangre, obligación moral determinada por la solidaridad religiosa y social de la gens (536).

También es evidente la finalidad del ejército gentilicio cuando se trata de proteger una expedición, como es el caso significativo de la gens Claudia cuando su establecimiento en Roma. Este episodio es una clara expresión de la situación de un pueblo todavía no estabilizado que cuando llega a su destino buscando acomodo se disgrega a continuación en grandes grupos parentales: así es como debemos imaginarnos el paulatino poblamiento de los distintos núcleos latinos, Roma incluida, y así es como en ocasiones presionaban los pueblos de la montaña sobre los más desarrollados de la llanura (537). En esta última etapa de migración es cuando nace propiamente el ejército gentilicio: los aptos para llevar las armas protegen al resto del grupo en su desplazamiento conjunto.

La organización de las milicias gentilicias es prácticamente igual a la del ejército de la aldea, salvo en dos importantes aspectos:

En primer lugar, por las características de la jefatura, que en un caso es natural y en el otro impuesta, por lo que al ser el princeps gentis el jefe civil, político y religioso de la gens, los gentiles sujetos al servicio armado no deben prestar ningún juramento de fidelidad, sino que la obediencia se encuentra directamente sancionada por la justicia divina.

El segundo aspecto es que siendo la gens un grupo solidario

por naturaleza, tampoco es necesario un rito de iniciación militar para pasar un gentil a ser considerado como "armado", sino tan sólo la voluntad de su pater o del princeps gentis.

Por lo demás, podemos decir que ambas formaciones militares se guían por idénticos principios. La unidad táctica es la familia tanto en una como en otra, como ya hemos tenido ocasión de señalar, y el poder militar del princeps gentis puede sin duda definirse como imperium (538).

Asimismo, las milicias gentilicias no estarían exentas del cumplimiento de determinados ritos de purificación. Si no hemos hablado de este tema con anterioridad es porque, como dice R. Schilling, las "fuentes no nos permiten más que hipótesis" (539). Sin embargo, de los ritos de salida realizados por las gentes romanas tenemos un testimonio directo en la festividad del tigillum sororium, celebrada todos los años el día primero de octubre (540) y cuyo ritual era originariamente exclusivo de la gens Horacia antes de ser convertido en festividad pública (541): la ceremonia consistía en determinados ritos tendentes a purificar al guerrero por el derramamiento de sangre que ha efectuado en las luchas estivales (542).

APENDICE: Sobre la expedición de los Fabios al Cremera.

Según cuenta la tradición (543), en el año 479 a.C., en el transcurso de la primera guerra que la naciente República romana sostuvo contra la ciudad etrusca de Veyes, la gens de los Fabios, haciendo suya la guerra pretendió resolverla con sus propios y exclusivos medios; la aventura terminó en desastre con la muerte de trescientos seis miembros de esta gens a orillas del río Cremera y sólo se salvó uno de ellos para perpetuar el linaje de la familia (544).

El episodio ha atraído la atención de los investigadores modernos, unos negándole toda historicidad (545) y otros por el contrario aceptando la verosimilitud del hecho. Muchos de estos últimos autores piensan - y éste es el motivo de tratar nosotros el tema, pese a que cronológicamente rebase los límites propuestos - que la expedición de los Fabios no es sino la última expresión de las "guerras gentilicias, en que un clan asumía la responsabilidad de las mismas por entero, solo y al margen del Estado " (546); en otras palabras, que constituye un claro ejemplo de un ejército gentilicio que mantiene todos sus usos y costumbres arcaicas (547).

Sin embargo, no deja de ser extraño que en pleno siglo V las gentes gozasen todavía de una independencia que, como hemos visto ya, es indiscutible cuando nos referimos a sus orígenes. Aun admitiendo que la expedición de los Fabios encierra un fondo histórico, diversos autores han tratado de dar una interpreta-

ción más de acuerdo con la realidad socio-política de la primera Roma republicana. Así, se ha pensado que no fue la gens Fabia la que llevó a efecto tal aventura, sino la curia Fabia (548) o la tribu Fabia (549), opiniones ambas que rechazamos por una razón simple, y es que tanto la curia como la tribu rústica no tenían en esta época carácter militar.

Mucho más acertada nos parece la opinión de A. Bernardi (550), para quien el episodio refleja una situación común en la Roma del siglo V: ante la negativa de la masa plebeya a enrolarse bajo los mandos constitucionales patricios, el ejército ha de componerse en esos casos exclusivamente de elementos del estrato nobiliario. Un fuerte argumento a su favor es el hecho de que el conductor de tal expedición, Kaesón Fabio, no actúa como jefe de su gens (551), sino como cónsul y jefe del ejército romano (552). Hay un punto, sin embargo, que no explica Bernardi y es que cómo formando un ejército patricio sólo estaba compuesto por miembros del clan fabiano.

A nuestro juicio, el principal texto sobre el problema se encuentra en un pasaje de los comentarios de Servio a la Eneida de Virgilio, que reproducimos a continuación: "Fabii... trecenti sex fuerat de una familia, qui cum coniurati cum seruis et clientibus suis contra Veientes dimicarent, insidiis apud Cremeram fluuium interempti sunt" (553). Este texto es de singular importancia, pues nos lleva directamente al fondo del asunto, ya que nos dice que trescientos seis Fabios se conjuraron, esto es, hicieron una coniuratio, y junto a sus siervos y clientes marcharon contra los veyenses.

Este párrafo de Servio nos obliga a oponernos a la opinión compartida por Th. Mommsen (554), K. Latte (555) y P. Frezza (556), de que la coniuratio servía para la leva de los armados tanto entre los pueblos itálicos como entre las antiguas gentes romanas, y nuestra oposición se funda en dos razones fundamentales: en primer lugar, que los gentiles armados no necesitan prestar ningún tipo de juramento, pues los lazos familiares son suficientemente fuertes para mantener la unión, como ya se ha dicho; y en segundo lugar, si admitimos en último extremo que en el ejército gentilicio era necesario un juramento, éste debería afectar exclusivamente a los miembros de la gens que no son gentiles, es decir, a los clientes y a los esclavos, cuando ambos estamentos aparecieron, y haciendo además caso omiso de los estrechos lazos sagrados que les mantenían vinculados a su propia gens. Y esto es precisamente lo contrario de lo que nos dice Servio, autor, por otra parte, en el que también se apoyan los tres autores arriba citados.

Hablando de las guerras samnitas, nos relata Livio un interesante paralelo de este pueblo sabélico. Estando la guerra contra los romanos en un momento sumamente difícil, los samnitas decidieron realizar un esfuerzo supremo y convocaron a todos los armados. De entre ellos se llamaron aparte a los nobles y se les obligó a prestar un segundo juramento, encargándoles la creación de un cuerpo especial de tropas, la legio linteata (557).

Analizando detenidamente este texto, D. Briquel ha puesto de manifiesto, entre otros, los siguientes puntos: que el segundo juramento sólo afecta a los nobles y no a los restantes miembros

de la legio linteata; que este segundo juramento se aproxima bastante a una devotio; y, finalmente, que la legio linteata es un cuerpo escogido de tropas al margen del ejército regular y que solamente se constituye en casos muy especiales (558).

Las situaciones samnita y romana que tratamos no son idénticas, pero indudablemente sí existen entre ellas varios puntos de semejanza, justamente los que acabamos de destacar de Briquel. Veamoslos.

En el año 479 Roma se encontraba en guerra contra Veyes. La contienda duraba ya seis años y la suerte no estaba echada de ninguna manera a favor de cualquiera de los beligerantes. Los romanos decidieron atacar entonces el punto clave de la ofensiva veyense: la ciudad de Fidenas, situada en la orilla izquierda del Tíber, cuyo dominio permitía a esta ciudad etrusca controlar dos de las principales vías de comunicación de la región: la futura vía Latina, ya mencionada, y el propio río (559). La expedición de los Fabios iba dirigida a establecer una posición fuerte en la desembocadura del Cremera, en la orilla derecha del Tíber, justo enfrente de Fidenas (560).

La gran importancia de la operación y su duración indefinida (comenzó en el 479 y terminó dos años después) exigían la formación de un ejército escogido que se consagrara exclusivamente a la empresa. El que esta fuerza especial la formasen solamente nobles se debe a dos razones fundamentales: en primer lugar, porque sólo la clase nobiliaria tenía una formación militar adecuada, y en segundo lugar porque disponían, al contrario de la plebe, de todo el tiempo necesario para cumplir la misión.

A los elegidos se les obligó a prestar un segundo juramento, la coniuratio, además del ya hecho cuando se procedió a la leva general, el sacramentum militiae. Como ya hemos dicho, la coniuratio es un juramento muy especial que puede asimilarse a la devotio, en el sentido de que puede incluso obligar al sacrificio a los que lo han prestado. La muerte de los Fabios defendiendo una posición que ya se hacía insostenible creemos que es consecuencia de este juramento. Los clientes y esclavos, si es que en verdad participaron en la campaña (561), no estaban obligados por ninguna coniuratio y hubieran podido abandonar la posición.

La pregunta inmediata que debemos hacernos es por qué solamente constituían este ejército miembros de la gens Fabia. La respuesta la creemos hallar en los Fastos, donde desde el año 485 los Fabios aparecen monopolizando el consulado hasta el año 479 inclusive; es decir, que durante siete años fueron los verdaderos dirigentes de Roma y si su empresa hubiese triunfado, no dudamos que hubiese sido necesaria una segunda revolución "república" para expulsarles del poder. La primera guerra contra Veyes no fue la guerra de los Fabios (562), sino la guerra de Roma contra Veyes por la defensa e imposición de unos intereses opuestos, aunque posiblemente no es una casualidad que el inicio de las hostilidades coincida con el primer consulado de los Fabios. Para esta familia la guerra contra Veyes fue la prueba de fuego a que se vio sometido su poder, pero el enemigo que les tocó en suerte era demasiado poderoso para vencerlo ellos solos.

NOTAS al Capítulo III

- (219). Véanse G. Glotz, La cité grecque, Paris, 1968, pág. 14; P. De Francisci, Arcana Imperii, vol. I, pág. 276; V. Ehrenberg, Lo Stato dei Greci, trad. ital., Firenze, 1967, pág. 18. Contrario a la primacía cronológica del γένος es G. De Sanctis, Storia dei Greci, Firenze, 1975, vol. I, págs. 101 y sigs.
- (220). Véanse, por todos, Th. Mommsen, Le droit public romain, trad. frac., Paris, vol. VI,1, 1889, págs. 1-58; A. Guarino, "Concetto dell'ordinamento giuridico", AG, CXLII, 1955, págs. 10-11; P. De Francisci, "La comunità sociale e politica romana primitiva", en Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche, Firenze, vol. II, 1955, págs. 126 y sigs.; F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, págs. 11 y sigs.
- (221). Dion., II,7,3.
- (222). M.B.G. Niebuhr, Histoire romaine, trad. franc., Paris, vol. II, 1830, págs. 1 y sigs. (especialmente págs. 19 y sigs.).
- (223). G. De Sanctis, Storia dei Romani, vol. I, págs. 229 y sigs.; idem, Per la scienza dell'Antichità, Torino, 1909, págs. 405 y sigs., y 459 y sigs.; E. Meyer, Geschichte des Altertums, 3ª ed., Stuttgart, vol. I, 1910, págs. 1 y sigs.; V. Arangio-Ruiz, "Le genti e la città", en Scritti Centenario Jovene, Napoli, 1954, 109-158; F. Rodríguez Adrados, El sistema gentilicio decimal de los indoeuropeos occidentales y los orígenes de Roma, Madrid, 1948; E. Gjerstad, "Innenpolitische und militärische Organisa-

tion in frühromischer Zeit", ANRW, I,1, 1972, pág. 149.

- (224). Fest., 214L: "Gentilis dicitur et eodem genere ortus"; Var., De l.l., VIII,4 : "ut enim ab Aemilio homine Aemilii ac gentilis".
- (225). F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol.I, pág. 13.
- (226). Sobre estos problemas pueden verse las obras de P. De Francisci, Primordia Civitatis, Roma, 1959, págs. 162 y sigs.; C. Castello, Studi sul diritto familiare e gentilizio romano, Milano, 1942, págs. 10 y sigs.; J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, págs. 127, y 262 y sigs. Sobre todo respecto a la época republicana, F. Münzer, Römische Adelsparteien und Adelsfamilien, 2ª ed., Stuttgart, 1963; P.-Ch. Ranouil, Recherches sur le "patriciat", Paris, 1975.
- (227). A. Ernout y A. Meillet, Dictionnaire étymologique de la langue latine, pág. 270, v. "geno"; M. Bréal y A. Bailly, Dictionnaire étymologique latine, Paris, 1891, pág. 116; B. Kübler, "Gens", RE, XIII, 1910, col. 1176; cf. Isid., Etym., IX,2,1: "Gens appellata propter generationes familiarum, id est a gignendo, sicut natio a nascendo".
- (228). Sobre el nomen gentilicium, C. Castello, Studi sul diritto familiare e gentilizio romano, págs. 21 y sigs.
- (229). F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, pág. 14.
- (230). F. Engels, El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, trad. esp., Madrid, 1970, pág. 152; J. Ellul, Historia de las instituciones de la Antigüedad,

trad. esp., Madrid, 1970, pág. 179; F. De Martino, "La gens, lo stato e le classi in Roma antica", en Studi in onore di Vincenzo Arangio-Ruiz, Napoli, 1953, vol. IV, págs. 30 y sigs., con la discusión de las distintas opiniones.

- (231). Th. Mommsen, "Die römischen Patriciergeschlechter", en Römische Forschungen, Berlin, 1864, vol. I, 69-127; P. De Francisci, Arcana Imperii, vol. III,1, pág. 20; P. Bonfante, Storia del diritto romano, 4ª ed., Roma, 1934, vol. I, pág. 65.
- (232). Véase a este respecto la obra de N.D. Fustel de Coulanges, La ciudad antigua, trad. esp., Barcelona, 1970, en donde se expone la idea de que las gentes no son sino unidades de carácter religioso.
- (233). Liv., V, 52,4; Dion., II, 65,1; Cic., De har. resp., 15,32; Fest., 284L; Plin. Caec., Paneg., 37,2. Cf. B. Kübler, "Gens", col. 1184; F. Altheim, Römische Religionsgeschichte, Baden-Baden, 1951, vol. I, págs. 71 y sigs.; C. Castello, Studi sul diritto familiare e gentilizio romano, págs. 28 y sigs.; P. De Francisci, Primordia Civitatis, págs. 169 y sigs.; G. Dumézil, La religion romaine archaïque, pág. 591; Ch. Lécivain, "Gens", pág. 1504.
- (234). P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 170. Sobre la "nacionalización" del culto de Hércules véase R.E.A. Palmer, "The Censors of 312 and the State Religion", Historia, XIV, 1961, 294-324.
- (235). Cic., De leg., 2,22; 55,56; Plut., Popl., 23,5; Liv., V, 46,2-3; Suet., Tib., 1,1. Véase C. Castello, Studi sul diritto familiare e gentilizio romano, págs. 31-32; E. Albertario, "Sepulchra familiaria e sepulchra heredita-

ria", Il Filangieri, XXXV, 1910, 492-506.

- (236). Véase P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 170 y n.341.
- (237). F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, págs. 12-13.
- (238). P. Bonfante, Storia del diritto romano, vol. I, págs. 60 y sigs.; idem, "La gens e la familia", en Scritti giuridici varii, Torino, 1926, vol. I, 1-17 (= BIDR, I, 1888, 236-251); idem, "Teorie vecchie e nuove sulle formazioni sociali primitivi", en Scritti giuridici varii, vol. I, 18-63 (= RISG, LV, 1915, 123-165). La primera exposición de esta teoría fue presentada por E. De Ruggiero, La gens in Roma avanti la formazione del comune, Napoli, 1872.
- (239). Véanse, J. Ellul, Historia de las instituciones de la Antigüedad, pág. 204; P. De Francisci, "La comunità sociale e politica romana primitiva", págs. 67 y sigs.; F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, págs. 5 y sigs.
- (240). P. Bonfante, Storia del diritto romano, vol. I, pág. 60.
- (241). F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, pág. 17, y siguiéndole a él M. Torelli, "Tre studi di storia etrusca", Dd'A, VIII, 1974/1975, pág. 33.
- (242). F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, págs. 24 y sigs.; G. Diódsi, Ownership in ancient and preclassical Roman law, Budapest, 1970, págs. 34 y sigs.; J. Ellul, Historia de las instituciones de la Antigüedad, pág. 186; J. Iglesias, Derecho romano, 5ª ed., Barcelona,

- 1965, pág. 232; P. Bonfante, "Forme primitive ed evoluzione della proprietà romana", en Scritti giuridici vari, vol. II, 1-326; G. Marchi, "Le res Mancipi e la proprietà della gens", AG, CIX, 1921, págs. 60 y sigs.; B. Kübler, "Gens", col. 1183; Th. Mommsen, Historia de Roma, vol. I, págs. 241 y sigs.; C.W. Westrup, Introduction to Early Roman Law, Copenhagen, vol. II, 1934, págs. 47 y sigs.; Ch. Lécivain, "Gens", pág. 1511.
- (243). P. De Francisci, "La comunità sociale e politica romana primitiva", pág. 141; F. Altheim, Römische Religionsgeschichte, vol. I, pág. 82.
- (244). La turris Mamilia (Fest., 190L; ILS, 7242), la casa de los Valerios sobre la Velia (Liv., II,7,6-12; Dion., V, 19,21; Plut., Popl., 10,3; Cic., De har. resp., 16), los loca munita del Celio (Var., De l.l., V,46).
- (245). P. De Francisci, Síntesis histórica del derecho romano, pág. 28; Ch. Lécivain, "Gens", pág. 1511; F. Gutiérrez-Alviz, Diccionario de derecho romano, 2ª ed., Madrid, 1976, pág. 276, v. "heredium". G. Diósdí no cree que el heredium se eleve a una época tan temprana (Ownership in ancient and preclassical Roman law, pág. 35).
- (246). Tab. VII,4a (conocida por Plin., Nat. Hist., XIX,50).
- (247). Plin., Nat. Hist., XVIII,2; Var., De r.r., I,10,2; Cic., De r.p., II,14,26; Plut., Num., 16,1.
- (248). Tab., V,5 (transmitida por Gai., Inst., III,17).
- (249). Así, P. De Francisci, Síntesis histórica del derecho romano, pág. 28.

- (250). S.M. Puglisi, La civiltà appenninica, Firenze, 1959, págs. 23 y sigs.; P.G. Gierow, "Da Alba Longa a Lavinio", ORom, VII, 1969, pág. 141.
- (251). C.E. Östenberg, Luni sul Mignone e problemi della preistoria d'Italia, Lund, 1967, págs. 180 y sigs., 239; D.H. Trump, Central and South Italy before Rome, London, 1966, págs. 110 y sigs.
- (252). G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 327; sobre la economía de los primitivos latinos, P. De Francisci, Primordia Civitatis, págs. 118 y sigs.
- (253). F. Melis y S. Quilici Gigli, "Proposta per l'ubicazione di Pometia", ArCl, XXIV, 1972, pág. 241, fig. 8; L. Quilici, Collatia, Roma, 1974, págs. 31-33; A. Piganiol, La conquête romaine, 5ª ed., Paris, 1967, pág. 121.
- (254). F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, págs. 25 y sigs.
- (255). L. Quilici, en Civiltà del Lazio primitivo, págs. 11 y sigs.; E. Hermon, "Réflexions sur la propriété à l'époque royale", MEFR, XC, 1978, págs. 8 y sigs.
- (256). G. Diósdí, Ownership in ancient and preclassical Roman law, pág. 38, no lo cree probable, ya que las condiciones naturales de Italia no necesitaban estas prácticas en común.
- (257). Así piensan, P. De Francisci, Síntesis histórica del derecho romano, pág. 28; C.W. Westrup, Introduction to Early Roman Law, vol. II, págs. 47 y sigs.; G. Diósdí, Ownership in ancient and preclassical Roman law, pág. 38,

quien se basa en la relativamente temprana disolución de la propiedad comunal.

- (258). Este sistema está documentado entre los vacceos (Diod., V,34,3), los dálmatas (Str., VII,5,5 = C. 484), los getas (Hor., Carm., III,24,11-16), los indios (Str., XV,1,66 = C. 716), los germanos (Caes., Bel. Gal., VI,22,1-2; Tac., Germ., 26,1-4) y los griegos del segundo milenio (véase M.S. Ruipérez, "Notes on Mycenaean Land-Divission and Livestock-Grazing", Minos, V, 1957, págs. 147 y sigs.).

Véanse sobre el tema, J. Costa, Colectivismo agrario en España, Madrid, 1915, págs. 419 y sigs.; C. Vinigradoff, Principes historiques du droit, Paris, 1924, págs. 327 y sigs.; M. Rostovtzeff, Historia social y económica del Imperio romano, trad. esp., 3ª ed., Madrid, 1972, vol. I, págs. 484 y 492; J. Ramos Loscertales, "La devotio ibérica. Los soldurios", AHDE, XI, 1942, pág. 16; J. Caro Baroja, Los pueblos de España, 2ª ed., Madrid, 1976, vol. I, págs. 170 y sigs.; idem, "Regímenes sociales y económicos de la España prerromana", RIS, I, 1943, págs. 177 y sigs.; J. Maluquer de Motes, "Los pueblos de la España céltica", en Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal, Madrid, vol. I,3, 1954, págs. 170 y sigs.; J.M. Blázquez, "Economía de los pueblos prerromanos del área no ibérica hasta la época de Augusto", en Estudios de Economía antigua de la Península Ibérica, Barcelona, 1968, pág. 230; idem, La Romanización, Madrid, 1974, vol. I, pág. 45. En el caso romano que nos ocupa ahora, esta repartición periódica nos parece poco probable, aunque hay quien la mantiene (F. Rodríguez Adrados, El sistema gentilicio decimal de los indoeuropeos occidentales y los orígenes de Roma, pág. 151).

- (259). G. Diódsi, Ownership in ancient and preclassical Roman law, pág. 38.

- (260). M. Kaser, Römische Rechtsgeschichte, Göttingen, 1950, págs. 27 y sigs.
- (261). No admiten la existencia de un jefe permanente de la gens entre otros, U. Coli, "Sul paralelismo del diritto pubblico e del diritto privato nel periodo arcaico di Roma", SDHI, IV, 1938, págs. 73 y sigs.; idem, "Regnum", SDHI, XVII, 1951, págs. 68 y sigs.; G.I. Luzzatto, Le organizzazioni preciviche e lo stato, Modena, 1948, págs. 22 y sigs.; B. Kübler, "Gens", col. 1188; G. De Sanctis, Per la scienza dell'Antichità, pág. 415.
- (262). P. Frezza, "La costituzione cittadina di Roma e il problema degli ordinamenti giuridici preesistenti", en Scritti in onore di Contardo Ferrini, Milano, 1947, vol. I, págs. 292 y sigs.
- (263). Están a favor del princeps gentis P. Bonfante, Storia del diritto romano, vol. I, pág. 81; P. De Francisci, Storia del diritto romano, vol. I, pág. 143; idem, Arcana Imperii, vol. III, 1, pág. 20; idem, Síntesis histórica del derecho romano, págs. 29-30; idem, Primordia Civitatis, págs. 180 y sigs.; A. Biscardi, "Auctoritas patrum", BIDR, XLVIII 1941, pág. 405; A. Magdelain, "Auspicia ad patres redeunt", en Hommages à Jean Bayet, Coll. Lat., LXX, Bruxelles, 1964, págs. 466-467; J. Ellul, Historia de las instituciones de la Antigüedad, pág. 178; F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, págs. 15 y sigs.
- (264). Cic., Ad fam., IX, 21, 2; Suet., Tib., 1, 1 (princeps gentis); Fest., 76L (dux et princeps generis); Dion., VI, 69, 1 (ὁ ἡγεμὼν τοῦ γένους).
- (265). P. De Francisci, Síntesis histórica del derecho romano, pág. 29. Por el contrario, G. Dumézil piensa que los co-

legios de los lupercos estaban dirigidos en su conjunto por un magister único y no uno por cada colegio (La religion romaine archaïque, pág. 471).

- (266). Liv., II,16,4. Según Festo (11; 13L) Atta equivale a pater, por lo que Atta Clausus quiere decir "padre Claudius".
- (267). Liv., II,48,5-50,11.
- (268). Cic., De leg., II,22,56; Dion., IX,22,2; Lucan., Phars., II,543; VI,794; Suet., Cal., 35,1; Ner., 1,2; Val. Max., VIII,15,1; Plin., Nat. Hist., VII,187; XIX,8; XXXIII,31; SHA, Capitol., Clod. Alb., 5,3. Sobre las mores gentilicias, E. Volterra, "Sui mores della famiglia romana", RAL, IV, 1950, 516-534; P. De Francisci, Primordia Civitatis, págs. 171 y sigs.
- (269). P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 175; F. De Martino, "La gens, lo stato e le classi in Roma antica", págs. 35-36.
- (270). Liv., VI,10,14; Cic., Phil., I,32; Fest., 112L; Plut., Q. Rom., 91; Gell., Noct. At., IX,2,11.
- (271). Suet., Tib., 1,1.
- (272). B. Kübler, "Gens", col. 1182; P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 175.
- (273). Esta es la opinión de los autores citados en la nota anterior.
- (274). E. Peruzzi (Origini di Roma. I, Firenze, 1970, pág. 157) no reconoce huellas de órganos jurisdiccionales gentili-

cios. Sin embargo, estos aparecen documentados en el mundo etrusco, a juzgar por el liber terrae iuris Etruriae (cf. S. Mazzarino, "Sociologia del mondo etrusco e problemi della tarda etruscità", Historia, VI, 1957, págs. 108 y sigs.; idem, "Le droit des Étrusques", Iura, XII, 1961, págs. 24 y sigs.).

(275). Liv., X,23,4.

(276). En época posterior esta pena se completaba con la exclusión del individuo de la tumba común a la gens (Cic., De off., I,55).

(277). G. Pinza, "Monumenti primitivi di Roma e del Lazio", col. 477-487; P.G. Gierow, The Iron Age Culture of Latium, vol. I, págs. 12 y sigs.

(278). Vitr., II,1,5; Senec., Contr., II,1,4; Dion., I,79,11.

(279). Ovid., Ars am., III,3.

(280). S.M. Puglisi, "Gli abitatori primitivi del Palatino attraverso le testimonianze archeologiche e le nuove indagini stratifiche sul Germalo", col. 17, 34, 45 y sigs.; A.Davico, idem, col. 125 y sigs.; E. Gjerstad, Early Rome, vol. III, págs. 48 y sigs.; S.M. Puglisi, "Huts on the Palatine Hill, Rome", Antiquity, XXIV, 1950, 119-121.

(281). En la Regia, F.E. Brown, "New Soundings in the Regia: the Evidence for the Early Republic", EAC, XIII, 1966, págs. 47 y sigs. En otros lugares del valle del Foro, E. Gjerstad, Early Rome, vol. III, págs. 270, 292, 357 y 385 y sigs.

(282). D. Vaglieri, en NS, IV, 1907, págs. 503 y sigs.

- (283). S.M. Puglisi, "Gli abitatori primitivi del Palatino attraverso le testimonianze archeologiche e le nuove indagini stratifiche sul Germalo", col. 16 y sigs.
- (284). S.M. Puglisi, "Gli abitatori primitivi del Palatino attraverso le testimonianze archeologiche e le nuove indagini stratifiche sul Germalo", col. 45 y sigs.
- (285). Ovid., Fast., III,527-529; Isid., Etym., XV,12,1-3; Dion., I,79,1; Liv., XXV,39,3; Vitr., II,1.
- (286). A. Davico, "Gli abitatori primitivi del Palatino attraverso le testimonianze archeologiche e le nuove indagini stratifiche sul Germalo", col. 126; R. Bloch, Tite-Live et les premiers siècles de Rome, pág. 36, fig. 1; Civiltà del Lazio primitivo, lám. XVI,A.
- (287). E. Gjerstad, Early Rome, vol. IV,1, lám. I.
- (288). Th. Mommsen, Le droit public romain, vol. VI,1, págs. 134-135; A. Grenier, "Vicus", DA, V, (s.a.), 854-863; A. W. Van Buren, "Vicus", RE, 2 R., XVI, 1958, col. 2090-2094; E. Kornemann, "Polis und Urbs", pág. 80.
- (289). Entre los sabinos, los marsos, los pelignos, los samnitas, los enotrios (Liv., II,62,4; IX,13,7; Fest., 502L; Dion., I,12,1).
- (290). Por ejemplo, el vicus Tuscus (Var., De l.l., V,46) y el vicus Iugarius (liv., XXIV,47,15-16; Oros., Ad. pag., VI, 14,4-5).
- (291). Así, el vicus de la porta Naevia, el de la porta Raudusculana y el de la porta Collina (CIL, VI,450; 975 * ILS, 6073).

- (292). En su favor está la etimología, ya mencionada, de Septimontium = montes vallados.
- (293). Recuérdesse el murus terreus Carinarum mencionado por Varro, De l.l., V,48.
- (294). E. Kornemann, "Pagus", RE, XXXVI, 1942, col. 2318-2339.
- (295). A. Burdese, Manuale di diritto romano privato, 3ª ed., Torino, 1975, págs. 221 y sigs.
- (296). Cic., De off., I,139; Ulp., Dig., L,16,195,2; cf. A. Ernout y A. Meillet, Dictionnaire étymologique de la langue latine, p. 183, v. "dominus".
- (297). P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 141.
- (298). P. De Francisci, Primordia Civitatis, págs. 142 y sigs.
- (299). Obsérvense las justas críticas de U. Coli, "Le origini della 'civitas' romana secondo De Francisci", SSen, LXXI, 1959, pág. 381.
- (300). F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, pág. 42.
- (301). L. Homo, Les institutions politiques romaines, pág. 15.
- (302). L. Quilici, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 14; E. Hermon, "Réflexions sur la propriété à l'époque royale", págs. 8-9.
- (303). Liv., II,49,4. Véase la opinión de L. Homo, Les institutions politiques romaines, págs. 17-18.

- (304). P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 430.
- (305). Cf. el interesante artículo de A. Magdelain, "Auspicia ad patres redeunt", en Hommages à Jean Bayet, Coll. Lat., LXX, Bruxelles, 1964, 427-473.
- (306). F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, pág. 42.
- (307). Liv., I,32,11; cf. J. Gaudement, Institutions de l'Antiquité, pág. 270.
- (308). P. De Francisci, Primordia Civitatis, págs. 491 y sigs.; U. Coli, "Monarchia", NNDI, X, 1964, 835-844; C.J. Classen, "Die Königszeit im Spiegel der Literatur der römischen Republik", Historia, XIV, 1965, 385-403; A. Rosenberg, "Rex", RE, IA, 1914, col. 703.
- (309). E. Benveniste, Le vocabulaire des institutions indo-européennes, Paris, 1969, vol. II, págs. 9 y sigs.
- (310). Serv., Ad. Aen., II,178: "Lucumones, qui sunt reges in lingua Tuscorum"; cf. J. Heurgon, "L'Etat étrusque", Historia, VI, 1957, págs. 67 y sigs.; M. Pallottino, Etruscologia, págs. 216 y sigs. Ver sobre el tema G. Camporeale, "Sull'organizzazione statuale degli Etruschi", PP, XIII, 1958, 5-25.
- (311). G. Devoto, Gli antichi Italici, 4ª ed., Firenze, 1969, pág. 214. En contra, S. Mazzarino, Dalla monarchia allo stato repubblicano, Catania, (s.a.), pág. 245, quien busca el equivalente umbro del rey.
- (312). R. Bloch, Tite-Live et les premiers siècles de Rome, pág. 22.

- (313). S. Mazzarino, Dalla monarchia allo stato repubblicano, pág. 32.
- (314). G. Devoto, Origini idoeuropee, Firenze, 1962, pág. 319; Gli antichi Italici, pág. 214.
- (315). P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 498; F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, págs. 95 y sigs.; F. Leifer, Studien zum antiken Amterwesen, Klio, Beiheft XXIII, Berlin, 1931, págs. 80 y sigs.; C.W. Westrup, "Sur la royauté primitive de Rome", AHDO, IV, 1949, págs. 85 y sigs.
- (316). Una exposición crítica de las diferentes posturas puede verse en J. Binder, Die Plebs, Roma, 1965, págs. 532 y sigs.; F. Leifer, Studien zum antiken Amterwesen, págs. 79 y sigs.; P. De Francisci, "La comunità sociale e politica romana primitiva", págs. 65 y sigs.; cf. J. Gaudement, Institutions de l'Antiquité, págs. 265 y sigs.
- (317). Arcana Imperii, vol. III,1, págs. 30 y sigs.; "La formazione della comunità politica romana primitiva", AT, XXI, 1951, 5-36; Primordia Civitatis, págs. 199 y sigs.
- (318). R. von Ihering, Vorgeschichte der Indoeuropäer, Leipzig, 1894, pág. 293; J. Binder, Die Plebs, págs. 552 y sigs.; F. Leifer, Studien zum antiken Amterwesen, págs. 11 y sigs.
- (319). M. Weber, Grundriss der Sozialökonomik. III Abteilung. Wirtschaft und Gesellschaft, 2ª ed., Berlin, 1925, págs. 124 y sigs. (tomo la referencia de P. De Francisci, Arcana Imperii, vol. I, pág. 49, n.4).
- (320). Este es precisamente el hilo conductor de su renombrada

obra Arcana Imperii.

- (321). Defensores del dinamismo en la religión romana son H.J. Rose, Religion and Greece and Rome, New York, 1959; idem, Primitive Culture in Italy, London, 1926; H. Wagevoort, Roman Dynamism, Westport, 1976; A. Grenier, "Observations sur l'un des éléments primordiaux de la religion romaine", Latomus, VI, 1947, 297-308. En contra, G. Dumézil, La religion romaine archaïque, págs. 33 y sigs.
- (322). Primordia Civitatis, pág. 505.
- (323). Numa era sabino (Liv., IV,3,10); Tulo Hostilio venía de Medulia (Dion., III,1,1-2); Tarquino provenía de la etrusca Tarquinia (Liv., I,34; Dion., III,72,5); Servio Tulio era hijo de una esclava corniculana (Liv., I,39,5-6; IV, 3,11; Dion., IV,1,1). Véase en general, Liv., I,34,6; Dion., III,10,5; Tac., Ann., XI,24,20; CIL, XIII,16 = IIS, 212.
- (324). Aquí De Francisci sigue a A. Bernardi, "L'interesse di Caligola per la successione del rex Nemorensis e l'arcaica regalità nel Lazio", Athenaeum, XXXI, 1953, 273-287. Bernardi admite las teorías de De Francisci referentes al ductor.
- (325). Así, de Rómulo (Dion., II,56,4; Val. Max., V,3,1; Plut., Rom., 27,6; Cic., De r p., II,10,20; Liv., I,16,4), de Tulo Hostilio (Liv., I,31,8; Dion., III,35,2; Val. Max., IX,12,1; Plin., Nat. Hist., II,140; Plut., Num., 22,9; Zon., VII,6), de Servio Tulio (Liv., I,48,2).
- (326). Críticas a esta teoría se encuentran en G. Grosso, "L'esame di coscienza di uno storico e i problemi del più antico sviluppo costituzionale romano", RISG, II, 1948, pág.

432; A. Guarino, en la recensión a Arcana Imperii aparecida en AG, CXXXV, 1948, 220-224; A. Heuss, "Zur Entwicklung des Imperiums des römischen Oberbeamten", ZSS, LXIV, 1944, 57-133; U. Coli, "Regnum", págs. 99 y sigs.; idem, "Le origini della 'civitas' romana secondo De Francisci", págs. 387 y sigs.; idem, "Sur la notion d'imperium en droit public romain", RIDA, VII, 1960, 361-387; P. Voci, "Per la definizione dell'imperium", en Studi in memoria di Emilio Albertario, Milano, 1953, vol. II, págs. 80 y sigs.; P. Catalano, Contributo allo studio del diritto augurale. I, Torino, 1960, págs. 541 y sigs.; F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, págs. 97 y sigs.

- (327). "Regnum", SDHI, XVII, 1951, 1-168; "Sur la notion d'imperium en droit public romain", RIDA, VII, 1960, 361-387. Seguidores de esta teoría son, entre otros, J. Ellul, Historia de las instituciones de la Antigüedad, págs. 188 y sigs.; J. Gaudement, Institutions de l'Antiquité, págs. 265 y sigs.
- (328). U. Coli, "Regnum", págs. 11 y 16. En el mismo sentido, F. Altheim, La religion romaine antique, trad. franc., Paris, 1955, pág. 171.
- (329). El término de dominus, a decir verdad, lo utilizamos impropiamente cuando lo referimos a las opiniones de Coli sobre la realeza, como el mismo autor lo advierte: "Dire che l'antico re era un dominus e la sovranità era concepita come dominium è frase a effetto, ma sostanzialmente impropria" ("Regnum", pág. 22). En efecto, dominus es un término perteneciente a la esfera jurídica doméstica, no a la pública, por lo que debe tomarse como un paralelo, no como una identidad, de la forma en que lo hace también Cicerón (De r.p., III, 34, 36). Sin embargo, Coli parece

olvidar que el poder del pater familias no era un dominium, sino una potestas.

- (330). U. Coli, "Regnum", pág. 23. La frase la toma el autor de V. Arangio-Ruiz (Historia del derecho romano, trad. esp., 3ªed., Madrid, 1974, pág. 142), quien sin embargo no admite esta concepción de la realeza romana.
- (331). A esta opinión tampoco le faltan opositores, como por ejemplo, G.I. Luzzatto, Organizzazioni preciviche e lo stato, págs. 23 y sigs.; F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, pág. 105.
- (332). Es en Th. Mommsen donde se encuentra perfectamente expuesta por vez primera (Historia de Roma, vol. I, págs. 96 y sigs.). Seguidores de esta teoría son, entre otros, V. Arangio-Ruiz, Historia del derecho romano, pág. 29, y sobre todo y más modernamente, F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, págs. 102 y sigs. Véanse las opiniones expresadas en contra por J. Gaudement, Institutions de l'Antiquité, pág. 265.
- (333). F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, pág. 105.
- (334). P. Voci, "Per la definizione dell'imperium", pág. 87; cf. del mismo, "Diritto sacro romano in età arcaica", SDHI, XIX, 1953, págs. 38 y sigs.
- (335). E. Benveniste, Le vocabulaire des institutions indo-européennes, vol. II, págs. 14-15.
- (336). H. Hubert, Les Celtes depuis l'époque de La Tène et la civilisation celtique, Paris, 1974, pág. 237; cf. J. Loth, "Lia Fáil ou pierre de Fal, pierre d'intronisation ou d'

épreuve des rois d'Irlande à Tata", REA, XIX, 1917, 35-38.

- (337). Cf. T. Ling, Las grandes religiones de Oriente y Occidente, trad. esp., Madrid, 1972, vol. I, pág. 75.
- (338). Epich., fr. 205 (CGF, ed. de G. Kaibel, vol. I, pág. 128).
- (339). S. Mazzarino, Dalla monarchia allo stato repubblicano, págs. 32 y sigs.
- (340). Tuc., VII,1,4.
- (341). Diod., XI,76; 78; 88; 90; XII,8; cf. G. De Sanctis, Storia dei Romani, vol. II, págs. 178 y sigs.
- (342). Sobre el problema, S. Mazzarino, Dalla monarchia allo stato repubblicano, pág. 33.
- (343). Tusculum (CIL, XIV,2634), Lanuvium (CIL, XIV,2089), Velitrae (CIL, XIV,8417).
- (344). Noticias sobre este personaje aparecen en Serv., Ad Aen., II,116; VI,136; Suet., Cal., 35,3; Paus., II,27,4; Str., V,3,12 (C.239); Ovid., Fast., III,263; Ars am., I,259; Metam., XV,489; Stat., Silv., III,1,55; Verg., Aen., VII, 761; Sil. Ital., VIII,362; Val. Flac., II,305; Lucan., Phars., III,399; Mart., IX,64,3.
- (345). Cf. L. Morpurgo, "Nemi. Teatro ed altri edifici romani in contrada 'La Valle'", NS, IX, 1931, págs. 300 y sigs.
- (346). Con evidente exageración y fantasía, relata Estrabón (V, 3,12 = C.239) que constantemente el sacerdote estaba armado con una espada, atento a los posibles ataques even-

tuales y dispuesto a defenderse en cualquier momento del misterioso agresor.

- (347). Str., V,3,12 (C.239); Hyg., Fab., 261; Solin., II,11; Ovid., Metam., XV,489; Serv., Ad Aen., II,116; VI,136. Véanse S. Reinach, "L'Artémisse Arcadienne et la déesse aux serpents de Cnossos", BCH, XXX, 1906, 150-160; J. Bayet, "Les origines de l'arcadisme romain", MEFR, XXXVIII, 1920, págs. 128 y sigs.
- (348). H. Jordan, Die Könige im alten Italien, Berlin, 1897, págs. 42 y sigs.; A. Rosenberg, "Rex", col. 718; H.J. Rose, Primitive Culture in Italy, págs. 119 y sigs.; A.E. Gordon, The Cults of Aricia, Berkeley, 1934, págs. 18-19; A. Bernardi, "L'interesse di Caligola per la successione del rex Nemorensis e l'arcaica regalità nel Lazio", págs. 278 y sigs.; P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 507; J.G. Frazer, Il ramo di oro, trad. ital., Torino, 1950, vol. I, págs. 31 y sigs. Cf. A.B. Cook, "The Golden Bough and the Rex Nemorensis", CR, XVI, 1902, 365-380.
- (349). A. Bernardi, "L'interesse di Caligola per la successione del rex Nemorensis e l'arcaica regalità nel Lazio", pág. 279; P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 506; J. Gagé, "La mort de Servius Tullius et le char de Tullia", RBPh, XLI, 1963, 25-62.
- (350). Véase la nota (325).
- (351). La muerte de Tulo Hostilio fue motivada por la venganza divina. Respecto a Rómulo, la leyenda de su ascensión a los cielos es más antigua y está más extendida - en contra de la opinión de De Francisci (Primordia Civitatis, pág. 508) - que la que cuenta su asesinato en la Curia por los senadores. Véanse al respecto W.H. Roscher, Aus-

führliches Lexikon der griechischen und römischen Mythologie, Hildesheim, 1965, vol. IV, col. 198 y sigs.; J.B. Carter, "The Death of Romulus", AJA, XIII, 1909, 19-29; J.F. Gardner, Leadership and the Cult of Personality, London, 1974, pág. 9.

- (352). J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, págs. 161 y sigs.; A. Alföldi, Early Rome and the Latins, págs. 212 y sigs.
- (353). R.E.A. Palmer, The King and the Comitium, Historia, Einzelschriften Heft 11, Wiesbaden, 1969, pág. 1.
- (354). F. Altheim, Griechischen Götter im alten Rom, RGVV, 22,1, Giessen, 1930, págs. 144 y sigs.
- (355). H.J. Rose, Primitive Culture in Italy, pág. 119.
- (356). Fest., 432L; Plut., Q.Rom., 100.
- (357). Cat., Orig., II,21.
- (358). G. Dumézil, La religion romaine archaïque, pág. 397.
- (359). Si consideramos que el bosque de Nemi era un lugar de asilo limitado, el rito sucesorio podría tener explicación, aunque quizás ésta fuese demasiado forzada.
- (360). CIL, I², pág. 202 = VI, 1302; ILS, 61; ILLRP, 447.
- (361). Liv., I,32,5; Auct. de vir. ill., 5; Auct. de praen., 1.
- (362). C. Ampolo, "Fertor Resius rex Aequicolus", PP, XXVII, 1972, 409-412.

- (363). Véanse J.W. Poultney, The Bronze Tables of Iguvium, Baltimore, 1959, pág. 297; R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, Cambridge, 1970, pág. 53.
- (364). Cf. J. Heurgon, "Magistratures étrusques et magistratures romaines", EAC, XIII, 1966, págs. 99 y sigs.
- (365). Nosotros utilizamos en el presente trabajo la edición de A. Degrassi, ILLRP, 9. Sobre el primitivo calendario romano, G. Mancini, "Scoperta di un calendario romano, anteriore a Giulio Cesare, e di un brano dei fasti consolari e censori, l'uno e gli altri dipinti sopra intonaco", MS, XVIII, 1921, 73-141; H.J. Rose, "The Pre-Caesarian Calendar", CJ, XL, 1944/1945, 65-76; A.K. Michels, "The Calendar of Numa and the Pre-Julian Calendar", TAPhA, LXXX, 1949, 320-346; idem, The Calendar of the Roman Republic, Princeton, 1967; E. Gjerstad, "Notes on the Early Roman Calendar", AArch, XXXII, 1961, 193-214; Ch. Guittard, "Le calendrier romain des origines au milieu du V^e siècle avant J.-C.", BAGB, 1973, 203-219.
- (366). J. Paoli, "La notion de temps faste et celle de temps comitial (Varron, De l.l., VI, 31 et 32)", REA, LVI, 1954, 121-149.
- (367). K. Latte, Römische Religionsgeschichte, München 1960, pág. 64; G. Wissowa, Religion und Kultus der Römer, pág. 136.
- (368). G. Mancini, "Scoperta di un calendario romano anteriore a Giulio Cesare ...", pág. 88. Cf. J. Loicq, "Mamurius Vesturius et l'ancienne représentation italique de l'année", en Hommages à Jean Bayet, Coll. Lat., LXX, Bruxelles, 1964, pág. 403.

- (369). Plut., Q. Rom., 63; F. Altheim, La religion romaine antique, pág. 172; K. Latte, Römische Religionsgeschichte, pág. 128; J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 134. Puntos de vista contrarios sobre el Regifugium son los de J.G. Frazer, Il ramo di oro, vol. I, págs. 265 y sigs., y A. Bernardi, "L'interesse di Caligola per la successione del rex Ne-morensis e l'arcaica regalità nel Lazio", págs. 280 y sigs.
- (370). R.E.A. Palmer, The King and the Comitium, pág. 5.
- (371). Véase la nota (326) una relación de autores que critican esta opinión.
- (372). Al margen de los tres últimos reyes, cuyo origen etrusco es perfectamente explicable, Numa es el único monarca romano que puede considerarse como extranjero. El abuelo de Tulo Hostilio, Hostio Hostilio, era compañero de Rómulo (Liv., I, 12, 2-3), lo que muestra que la familia llevaba viviendo en Roma tres generaciones; y lo mismo puede decirse de Anco Marcio, nieto de Numa por parte de madre (Cic., De r.p., II, 18, 33; Liv., I, 32, 1; 34, 6; Dion., II, 76, 5; III, 35, 3; 36, 2; Plut., Num., 21, 6; Cor., 1, 1). Respecto a este último monarca, la tradición conoce a un miembro de su misma gens, llamado Numa Marcio, hijo de un senador y nombrado pontífice por el propio rey Numa (Liv., I, 20, 5).
- (373). G. De Sanctis, Storia dei Romani, vol. I, págs. 244 y sigs.; P. De Francisci, Storia del diritto romano, vol. I, pág. 184.
- (374). F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, págs. 106 y sigs.

- (375). F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, pág. 147, no cree que la curia deba identificarse a ningún tipo de asamblea.
- (376). Var., De l.l., V,155; Pomp., Dig., I,2,2.
- (377). P. Kretschmer, "Lat. quirites und quiritare", Glotta, X, 1919, pág. 150; E. Täubler, "Die umbrisch-sabellische und die römische Tribus", SHAW, 1930, pág. 15, n.3; F. Leifer, "Zum Problem der Foruminschrift", Klio, XXV, 1932, pág. 41; P. De Francisci, Storia del diritto romano, vol. I, pág. 183; idem, Primordia Civitatis, pág. 484; C. W. Westrup, "Sur les gentes et les curiae de la royauté primitive de Rome", RIDA, I, 1954, pág. 463; A. Ernout y A. Meillet, Dictionnaire étymologique de la langue latine, pág. 160; G.B. Philipp, "Politische Wortstudien", Gymnasium, LXVI, 1959, pág. 106; A. Momigliano, "An Interim Report on the Origins of Rome", en Terzo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico, Roma, 1966, t. II, pág. 574; R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, pág. 67; A. Alföldi, Die Struktur des voretruskischen Römerstaates, Heidelberg, 1974, pág. 67. Otras etimologías en Th. Mommsen, Le droit public romain, vol. VI,1, pág. 99; E. Meyer, Geschichte des Altertums, vol. II, pág. 511; F. Altheim, Epochen der römische Geschichte, Frankfurt am Main, 1935, vol. I, págs. 81-82. Cf. F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, pág.146.
- (378). A. Ernout y A. Meillet, Dictionnaire étymologique de la langue latine, pág. 738.
- (379). Por ejemplo, Plaut., Am., I,1,65. Para designar la elección de un cuerpo de élite dentro del ejército etrusco, Livio emplea la fórmula "vir virum legere" (IX,39,5). Cf.

la frase augural "virov voca, proelium virosvque" que se recitaba previamente a la entrada en combate (escolios a Verg., Aen., X,241).

- (380). Liv., XXI,27,1 ("equites virique"; Sil. Ital., IX,559 ("magna voce trahens equitemque virosvque"); Petr., 123 ("turmaeque virique").
- (381). En este punto discrepamos de G. Dumézil, para quien el término uiro- designa al hombre considerado en la tercera función, esto es, tomado en sentido demográfico o económico; para significar al guerrero se utiliza, según Dumézil, el término ner- (véase "ner et uiro- dans les langues italiques", REL, XXI, 1953, 175-189; La religion romaine archaïque, pág. 210).
- (382). A. Minto, "Per le origini della 'curia'", SE, XIX, 1946/1947, 377-381; R. Bartoccini, "La curia di Sabratha", QAL, I, 1950, pág. 46. El descubrimiento de esta estructura fue hecho por U. Calzoni, "L'abitato preistorico di Belverde sulla Montagna di Cetona", NS, XI, 1933, 45-102, quien lo considera, erróneamente a nuestro juicio, resto de habitación.
- (383). D.H. Trump, Central and Southern Italy before Rome, pág. 119.
- (384). Cf. las observaciones de P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 486, y de A. Momigliano, "An Interim Report on the Origins of Rome", pág. 574.
- (385). Abogan por esta posibilidad en el sitio de Roma, G. Ormandi, "Curie, curiali", NNDI, V, 1960, págs. 56 y sigs.; L. Labruna, "Quirites", Labec, VIII, 1962, pág. 345; A. Minto piensa que las curiae veteres del Palatino tenían una estructura análoga.

una estructura análoga.

- (386). Ovid., Fast., II,512-531; Fest., 212L; Plin., Nat. Hist., XVIII,8.
- (387). A. Brelich, Tre variazioni romane sul tema delle origini, Roma, 1955, págs. 113 y sigs.; M. Torelli, "Tre studi di storia etrusca", págs. 29 y sigs.
- (388). Liv., I,13,6; Dion., II,7,2; Plut., Rom., 14,6; Cic., De r.p., II,8,14; Pomp., Dig., I,2,2.
- (389). Ovid., Ars am., III,3.
- (390). Sobre los paralelos antiguos de la curia, véase R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, págs. 35 y sigs.
- (391). Por ejemplo, en Lanuvium (CIL, XIV,2114, 2120, 2126 = ILS 6201, 6199, 6202), en Tibur (Serv., Ad Aen., I,17; cf. K. Latte, Römische Religionsgeschichte, pág. 105, n.2). Véase J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 140.
- (392). G. Devoto, Gli antichi Italici, págs. 225-226; A. Rosenberg, Der Staat der alten Italiker, Berlin, 1913, pág. 122.
- (393). Fest., 358L; Serv., Ad Aen., I,202; cf. A. Momigliano, "An Interim Report on the Origins of Rome", pág. 575.
- (394). F. Oelman, "Homerische Tempel und nordeurasische Opfermahlhäuser", BJb, CLVII, 1957, 11-52; A. Alföldi, Die Struktur des voretruskischen Römerstaates, pág. 67.

- (395). A. Momigliano, "An Interim Report on the Origins of Rome", pág. 578; P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 484; F. Rodríguez Adrados, El sistema gentilicio decimal, págs. 12 y sigs.
- (396). "Cum ex generibus hominum suffragium feratur curiata comitia esse...". El fragmento nos ha sido conservado en Gell., Noct. At., XV,27,1.
- (397). Tal opinión se encuentra en P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 484; F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, pág. 147.
- (398). R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, págs. 69 y sigs. y 132 y sigs. Opuesto también a la ecuación genera hominum = gentes es G. De Sanctis, Storia dei Romani, vol. I, pág. 241, n.1.
- (399). A. Momigliano, "An Interim Report on the Origins of Rome", pág. 579; R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, págs. 141 y sigs.; E. Gjerstad, "Innenpolitische und militärische Organisation in frühromischer Zeit", pág. 510; G. Humbert, "Curia", DA, I,2, 1887, pág. 1627.
- (400). Dion., II,7,4.
- (401). Plin., Nat. Hist., XVIII,8.
- (402). R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, págs. 172-173.
- (403). Ambas comunidades participaban en la federación y festividad del Septimontium, como es sabido.

- (404). R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, págs. 82 y sigs.
- (405). R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, pág. 157; P. Kretschmer, "Lat. quirites und quiritare", Glotta, X, 1919, 147-157; L. Labruna, "Quirites", pág. 345. En contra, A. Ernout y A. Meillet, Dictionnaire étymologique de la langue latine, pág. 559.
- (406). Lucan., Phars., V, 355-356; Suet., Caes., 70,2; Tac., Ann., I, 42,2; Plut., Caes., 51; Var., De l.l., VI, 88; Sil. Ital., XVII, 9; SHA, Lampr., Alex. Sev., 52-54; Claud., Stil., II, 391.
- (407). G. Dumézil, Juppiter, Mars, Quirinus. IV, Paris, 1948, pág. 162; R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, págs. 156 y sigs.; P. Kretschmer, "Lat. quirites und quiritare", pág. 147.
- (408). Fest., 55L: "curis est sabine hasta"; Isid., Etym., IX, 2, 84; Ovid., Fast., II, 477; Macr., Sat., I, 9, 16; Plut., Rom., 29, 1; Serv., Ad Aen., I, 292. Cf. J. Gagé, "Les autels de Titus Tatius", en Mélanges offerts à Jacques Heurgon, Roma, 1976, vol. II, pág. 316.
- (409). Véanse, C.W. Westrup, "Sur les gentes et les curiae de la royauté primitive de Rome", págs. 471 y sigs.; L.-R. Ménager, "Les collèges sacerdotaux, les tribus et la formation primordiale de Rome", MEFR, LXXXVIII, 1976, pág. 468; F. Gutiérrez-Alviz, Diccionario de derecho romano, pág. 583.
- (410). Así, los galos (Caes., Bel. Gal., XI, 13), los germanos (Tac., Germ., 11, 3) y los iberos (Liv., XXI, 20, 2). Cf. F. Bozza, "Ius Quiritium", SSen, LXIV, 1952, pág. 27.

- (411). Liv., V, 52, 16.
- (412). L.-R. Ménager, "Les collèges sacerdotaux, les tribus et la formation primordiale de Rome", pág. 468.
- (413). Véanse sobre el particular, G. Vernadsky, "The eurasian nomads and their impact on medieval Europe", SM, IV, 1963 401-434; E.A. Thompson, "Early Germanic Warfare", PandP, XIV, 1958, 2-29.
- (414). Recuerdese el caso de aquel Horacio que no pudo por su cojera aspirar a los altos cargos del Estado (Dion., V, 25, 3). Cf. Th. Mommsen, Le droit public romain, vol. VI, I, pág. 115.
- (415). K. Latte, Römische Religionsgeschichte, pág. 133. Sobre la ἑταρεία griega, P. De Francisci, Arcana Imperii, vol. I, págs. 280 y sigs.
- (416). J. Gagé, "Les autels de Titus Tatius. Une variante sabine des rites d'intégration dans les curies?", en Mélanges offerts à Jacques Heurgon, Roma, 1976, vol. II, págs. 309-322.
- (417). Liv., I, 24 y sigs.
- (418). J. Gagé, "Mettius Fufetius: un nom ou un double titre? Remarques sur les structures de l'ancienne société albaine", RHD, LIII, 1975, 201-224 (especialmente págs. 222-224).
- (419). R. Schilling, "Janus. Le dieu introducteur. Le dieu des passages", MEFR, LXXII, 1960, págs. 109-110. Sobre esta divinidad y la Roma primitiva, P. Grimal, "Le dieu Janus et les origines de Rome", LH, IV, 1945, 15-121; L.A. Hol-

land, Janus and the Bridge, PMAAR, XXI, Roma, 1961.

- (420). Liv., I,20,4; Dion., II,70-71; Plut., Num., 13; Cam., 32, 6; Cic., De r.p., II,14,26; De div., I,17,30; Ovid., Fast., III,373; Flor., I,2,2; Lact., Inst., I,22,4; Fest., 117L; Lyd., Mens., 4,2; Auct. de vir. ill., 3,1; Val. Max., I, 8,11.
- (421). Liv., I,27,7; Dion., II,70,1; III,32,4; Serv., Ad Aen., VIII,285; Cas. Dio, fr.7,5.
- (422). Véanse Geiger, "Salii", RE, IA,2, 1920, col. 1877; E. Peruzzi, Aspetti culturali del Lazio primitivo, Firenze, 1978, pág. 54.
- (423). Serv., Ad Aen., II,325; Fest., 439L.
- (424). Serv., Ad Aen., VIII,285; Isid., Etym., XVIII,50.
- (425). Serv., Ad Aen., VIII,285. Partidarios de este origen son K.O. Müller y W. Deecke, Die Etrusker, 2ª ed., Stuttgart, 1877, vol. II, pág. 294, y A. Grenier, Le génie romain dans la religion, la pensée et l'art, Paris, 1969, pág. 117.
- (426). Cf. E. Peruzzi, Aspetti culturali del Lazio primitivo, pág. 55.
- (427). P. De Francisci, Primordia Civitatis, págs. 465 y sigs.
- (428). G. Glotz, La civilización egea, trad. esp., Barcelona, 1926, págs. 110 y 112; C.W. Blegen, "Excavations at Pylos, 1953", AJA, LVIII, 1954, pág. 32, fig. 14; A.J. Evans, "The Palace of Knossos. Provisional Report of the Excavations for the year 1902", ABSA, VIII, 1902, pág.

77, fig. 41; idem, "The 'Tomb of the Double Axes' and associated Group, and the Pillar Rooms and Ritual Vessels of the 'Little Palace' at Knossos", AMTA, LXV, 1914, pág. 27, fig. 37a.

- (429). Ch. Dugas, "Le sanctuaire d'Alea Athena à Tégée avant le IV^e siècle", BCH, XLV, 1921, pág. 365, fig. 9. Es el modelo denominado "Dipylon" por A.M. Snodgrass, Arms and Armour of the Greeks, London, 1967, págs. 44 y sigs.
- (430). O.R. Gurney, The Hittites, 2^a ed., London, 1976, lám. 3.
- (431). J.E. Harrison, "The Kouretes and Zeus Kouros", ABSA, XV, 1909, 308-338. Ambas dabzas eran ya relacionadas por Dionisio (II,70,4).
- (432). M. P. Nilsson, The minoan-mycenian religion and its survival in Greek religion, London, 1927, pág. 350.
- (433). Sobre estas cofradías griegas y el carácter de sus cultos puede verse L. Gernet y A. Boulanger, El genio griego en la religión, trad. esp., México, 1960, págs. 50 y sigs.; L.B. Lawler, "The Dance in Ancient Crete", en Studies presented to David M. Robinson, Saint Louis, 1951, vol. I, 23-50.
- (434). Cf. las observaciones de R. Bloch, "Une tombe villanovienne près de Bolsena et la danse guerrière dans l'Italie primitive", MEFR, LXX, 1958, págs. 50 y sigs.; K. Latte, Römische Religionsgeschichte, pág. 115; B. Andreae, "Archäologische Funde und Grabungen in Bereich der Soprintendenzen von Rom 1949-1956/57", AA, 1957, col. 246.
- (435). CIL, VI,2170. Cf. A. Strong, "A note on two Roman sepulchral reliefs. 1. Antistius and the College of the Alban

- Salii", JRS, IV, 1914, 147-152 y lám. XXIV.
- (436). CIL, XIV, 390.
- (437). CIL, XIV, 2171.
- (438). CIL, I, 5925, 5926.
- (439). Serv., Ad Aen., VIII, 285; Maér., Sat., III, 12, 7; CIL, XIV, 3601, 3609, 3612, 3673, 3674, 3689, 4258.
- (440). CIL, II, 3853, 3859, 3864, 3865, 6055.
- (441). Serv., Ad Aen., VIII, 285. En su interpretación del pasaje de Servio, R. Bloch cree que los salios de Tibur gozaban asimismo de una prioridad respecto a los de Roma ("Sur les danses armées des Saliens", AESC, XIII, 1958, pág. 708 y n.1).
- (442). Serv., Ad Aen., VIII, 285; A. Furtwaengler, Die antiken Gemmen, Berlin, 1900, vol. I, lám. XXII, 62-64, y vol. II, pág. 111; G.M.A. Richter, The engraved Gems of the Greeks, Etruscans and Romans, London, 1971, vol. II, lám. 16b. Cf. G.Q. Giglioli, "Due monumenti inediti del Museo Lateranense. 1. La processione dei Salii", RPAA, XXV/XXVI, 1949/1951, 95-101; A. Alföldi, Der frühromische Reiteradel und seine Ehrenabzeichen, DBAW, 2, Baden-Baden, 1952, pág. 38; idem, "Die Herrschaft der Reiterei in Griechenland und Rom nach dem Sturz der Könige", en Gestalt und Geschichte. Festschrift Karl Schefold, AK, 4 Beiheft, 1967, pág. 38 y lám. 13, 9; R. Bloch, "Sur les danses armées des Saliens", pág. 712, fig. 2; idem, "Une tombe villanovienne près de Bolsena et la danse guerrière dans l'Italie primitive", págs. 30 y sigs.

- (443). Tab. VIa,14: "tettome salier". Interpretación contraria es la de J.W. Poultney, The Bronze Tables of Iguvium, pág. 236.
- (444). G. Colonna, "Su una classe di dischi-corazza centro-italici", en Aspetti e problemi dell'Etruria interna, Firenze, 1974, 193-205. Este autor piensa que en vez de escudos, estos objetos son pectorales; pero aun así se ha de admitir, como mantiene Peruzzi (Aspetti culturali del Lazio primitivo, pág. 58), que se trata de imitaciones de escudos.
- (445). E. Peruzzi, Aspetti culturali del Lazio primitivo, pág. 58.
- (446). ... τοὺς εὐκρινεστάτους νέους, dice Dionisio (II,70,1); cf. Cic., De dom., 14,38; Lucan., Phars., IX,477; Iuv., VI,603; CIL, IX,1123.
- (447). Val. Max., I,1,9; SHA, Capitol., Marc., 4,4; CIL, VI,2170 (respecto a los salios de Alba).
- (448). Fest., 334L.
- (449). SHA, Capitol., Marc., 4,4.
- (450). Dion., II,70,2-3; Liv., I,20,4; Plut., Num., 13,7; W.Helbig, "Attributs des Saliens", CRAI, 1904, pág. 208; idem, "Sur les attributs des Saliens", MAI, XXXVII, 1906, 205-276.
- (451). El color rojo era considerado entre determinados pueblos antiguos como el más propio para la vestimenta militar: así, en Esparta (Jen., Lac, XI,3); entre los samnitas (Liv., IX,40). Sobre la significación funcional de los

colores en el mundo indoeuropeo, G. Dumézil, Les rituels indo-européens à Rome, Paris, 1954, págs. 44 y sigs.; L. Gerschel, "Couleur et teinture chez divers peuples indo-européens", AESC, XXI, 1966, 608-631.

- (452). Ovid., Fast., III,259; Lyd., Mens., III,15; IV,29; Pol., XXI,10,12; Liv., XXXVII,33; Var., De l.l., VI,14; 22.
- (453). Cf. Suet., Claud., 33.
- (454). Hor., Carm., IV,1,28: "In morem Saliorum ter quatiens humum". Cf. R. Bloch, "Sur les danses armées des Saliens", pág. 709; J. Bayet, Histoire politique et psychologique de la religion romaine, pág. 86.
- (455). Sen., Epist., XV,4.
- (456). Catul., 17,5-6.
- (457). Plut., Num., 13,8.
- (458). Cf. Dion., VII,72,6.
- (459). B. Maurenbrecher, "Carminum Saliarium Reliquiae", JCPH, Supplementband XXI, 1894, 313-352; G. Hempl, "The Salian Hymn to Janus", TAPhA, XXXI, 1900, 182-188; H. von Grienberger, "Die Fragmente Saliarische Verse", IF, XXVII, 1910, 199-234; E. Cocchia, "Saliare Numae Carmen", RIGI, I,2, 1917, 1-19; II,1, 1918, 1-16; A. Kapelmacher, "Die Axamenta der Salier", WSt, XLIV, 1924/1925, 224-236; L. Bayard, "Le chant des Saliens, essai de restitution", MSR, II, 1945, 45-58.
- (460). Quint., Inst., I,6,40.

- (461). Recuérdesse que según Servio (Ad Aen., III,287) la palabra carmen significaba en los tiempos primitivos no solamente "lo que está redactado en verso", sino en general todo lo que se expresaba mediante fórmulas: cf. L. Bieler, Historia de la literatura romana, trad. esp., Madrid, 1972, pág.34.
- (462). El culto de Marte aparece en su época más antigua rodeado de ciertos elementos agrarios que han hecho dudar de su carácter tradicionalmente guerrero (cf. Cat., De a.c., 141; Tert., De spect., 5; ILLRP, 4). Pueden verse diferentes planteamientos y opiniones en P. Boyancé, "Un rite de purification dans les Argonautiques de Valerius Flaccus", REL, XIII, 1935, págs. 110 y sigs.; P. Lambrechts, "Mars et les Saliens", Latomus, V, 1946, 111-119; J. Loicq, "Mamurius Veturius et l'ancienne représentation italique de l'année", pág. 403; G. Dumézil, La religion romaine archaïque, págs. 215 y sigs.; M.D. Petruševski, "L'évolution du Mars italique d'une divinité de la nature à un dieu de la guerre", AAnt, XV, 1967, 417-422.
- (463). Véanse el planteamiento del problema en A. Piganiol, Recherches sur les jeux romains, Strasbourg, 1923, pág.103; R. Bloch, "Sur les danses armées des Saliens", págs. 711 y sigs.; J. Loicq, "Mamurius Veturius et l'ancienne représentation italique de l'année", págs. 405 y sigs.
- (464). J. Loicq, "Mamurius Veturius et l'ancienne représentation italique de l'année", pág. 408, y lo dicho anteriormente sobre Marte.
- (465). L. Gerschel, "Saliens de Mars et Saliens de Quirinus", RHR, CXXXVIII, 1950, 145-151; G. Dumézil, La religion romaine archaïque, págs. 274-276.

- (466). P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 470.
- (467). K. Latte, Römische Religionsgeschichte, pág. 115.
- (468). La lanza de los salios debía tener una longitud moderada que permitiese manejarla con una sola mano y emplearla como bastón para golpear el escudo (cf. R. Cirilli, Les prêtres dahseurs de Rome, Paris, 1913, pág. 95).
- (469). H. Müller-Karpe, Handbuch der Vorgeschichte, München, 1974, vol. III,3, láms. 433-439; V. Bianco Peroni, Die Schwerter in Italien, PBf, IV,1, München, 1970; idem, Die Messer in Italien, PBf, VII,2, München, 1976; P. Schauer y V. Bianco Peroni, en Beiträge zu italienischen und griechischen Bronzefunden, PBf, XX,1, München, 1974, págs. 11-32.
- (470). K. Kilian, en Beiträge zu italienischen und griechischen Bronzefunden, págs. 33-80.
- (471). Prop., IV,1,28.
- (472). Liv., I,32,12. Véase P. De Francisci, "Appunti e considerazioni sulla columna bellica", RPAA, XXVII, 1952/1954, pág. 195, n.38.
- (473). J. Marquardt, De l'organisation militaire chez les Romains, trad. franc., Paris, 1891, pág. 14, n.3; W. Helbig, Zur Geschichte der hasta donatica, AKGWG, X,3, 1908; R. Cagnat y V. Chapot, Manuel d'archéologie romaine, Paris, 1920, vol. II, pág. 361; A. Alföldi, Der frühromische Reiteradel und seine Ehrenabzeichen, págs. 48-51; P. Fraccaro, Dalla guerra presso i Romani, Pavia, 1975, pág. 12.

- (474). H. Müller-Karpe, en Beiträge zu italienischen und griechischen Bronzefunden, pág. 95; H. Hencken, The Earliest European Helmets, ASPR, 28, Cambridge (Mass.), 1970, págs. 110 y sigs.
- (475). Lo llevaban, por ejemplo, los flámines (cf. E. Peruzzi, Aspetti culturali del Lazio primitivo, págs. 61 y sigs.; H. Hencken, The Earliest European Helmets, pág. 95).
- (476). R. Bloch, "Une tombe villanovienne près de Bolsena et la danse guerrière dans l'Italie primitive", págs. 20 y sigs.; cf. E. Peruzzi, Aspetti culturali del Lazio primitivo, pág. 58.
- (477). Véase Dion., II, 70, 1, y la anterior nota (446).
- (478). Como el caso del emperador Marco Aurelio (SHA, Capitol., Marc., 21, 5; cf. R. Bloch, "Sur les danses armées des Saliens", pág. 710).
- (479). Fest., 334L; Lucil., fr. 320 M. Cf. R. Bloch, "Sur les danses armées des Saliens", pág. 710; K. Latte, Römische Religionsgeschichte, pág. 115.
- (480). M.A. Johnstone, The dance in Etruria, Firenze, 1956, pág. 146.
- (481). Her., I, 65; Jen., Lac., V, 2-6; Plut., Lyc., 10, 12; Inst. Lac., 1-3; Arist., Pol., 1271a. Cf. H. Michell, Sparta et les Spartiates, trad. franc., Paris, 1953, pág. 216; A.H. M. Jones, Sparta, Oxford, 1967, pág. 36.
- (482). A. Alföldi, Die Struktur des voretruskischen Römerstaates, pág. 67.

- (483). J. Bayet, Histoire politique et psychologique de la religion romaine, pág. 87.
- (484). P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 465.
- (485). Verg., Aen., VIII, 287.
- (486). Cic., De nat. deo., I, 29, 83; A.E. Gordon, "The Cults of Lanuvium", UCPCA, II, 1938, pág. 52; R. Bloch, "Sur les danses armées des Saliens", pág. 709.
- (487). G. Mancini, "Scoperta di un calendario romano, anteriore a Giulio Cesare...", pág. 88.
- (488). G. Lippold, Die Skulpturen des Vaticanischen Museums, Berlin, 1936, vol. III, 1, pág. 142 y lám. 37, 552.
- (489). J. Gagé, "Mettius Fufetius: un nom ou un double titre?", pág. 222.
- (490). Recuérdesse a propósito de esto aquellos ceremoniales cumplidos por mujeres en los que usaban vestiduras militares y ejecutaban movimientos propios de una acción bélica (cf. K. Latte, Römische Religionsgeschichte, pág. 115). En Roma se conoce la existencia de unas saliae virgenes (Fest., 419L) y en Tusculum la de una praesula (CIL, VI, 2177).
- (491). Liv., I, 22, 3; Dion., II, 51, 1; III, 2, 2; 37, 2; 50, 1.
- (492). O. Seek, "Dux", RE, V, 2, 1905, col. 1869.
- (493). Véanse E. Knierim, Die Bezeichnung dux in der politischen Terminologie von Cicero bis Juvenal, Giessen, 1939; J. Béranger, Recherches sur l'aspect idéologique du principat, SBAw, 6, Basel, 1953, págs. 47 y sigs.

- (494). Cf. R. Combès, Imperator, Paris, 1966, págs. 11-12 y 145.
- (495). Véanse A. Bernardi, "Dagli auxiliari del rex ai magistrati della respublica", Athenaeum, XXX, 1952, págs. 9 y 18; J. Gagé, Huit recherches sur les origines italiques et romaines, Paris, 1950, pág. 165.
- (496). Por ejemplo, J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 190; E. Gjerstad, "Innenpolitische und militärische Organisation in frühromischer Zeit", pág. 145.
- (497). K. Hanell, Das altrömische eponyme Amt, pág. 204.
- (498). J. Heurgon, "Magistratures romaines et magistratures étrusques, págs. 122-123; Th. Mommsen, Le droit public romain, vol. III, 1893, pág. 28, n.1.
- (499). E. Gjerstad, "Innenpolitische und militärische Organisation in frühromische Zeit", pág. 145.
- (500). Luc., Dan., 14.
- (501). A. Piganiol, Recherches sur les jeux romains, pág. 104.
- (502). Cf. Dion., III,12,2-3; Liv., I,10,4 (institución de los spolia opima). El combate singular entre campeones de uno y otro bando, al estilo de los Horacios romanos y los Curiaños albanos, nos parece poco probable, pues exige la existencia de una dirección única cuya pérdida causara gran trastorno.
- (503). Str., VI,1,3 (C.254).
- (504). Caes., Bel. Gal., VI,23.

- (505). Th. Mommsen, "Fabius und Diodor", en Römische Forschungen, vol. II, especialmente págs. 246 y sigs.; K. Latte, "Zwei Exkurse zum römischen Staatsrecht. 1. Lex curiata und coniuratio", NGWG, I, 1934/1936, 59-73; P. Frezza, "Intorno alla leggenda dei Fabi al Cremera", en Scritti di diritto romano in onore di Contardo Ferrini, Milano, 1946, págs. 302 y sigs.; idem, "La costituzione cittadina di Roma ed il problema degli ordinamenti giuridici preesistenti", pág. 297.
- (506). K. Latte, "Zwei Exkurse zum römischen Staatsrecht", pág. 68.
- (507). Th. Mommsen, "Fabius und Diodor", pág. 247; K. Latte, "Zwei Exkurse zum römischen Staatsrecht", pág. 66.
- (508). Así lo expresa Servio, Ad Aen., VI, 846.
- (509). F. Altheim, Römische Religionsgeschichte, vol. I, págs. 223 y sigs.
- (510). Liv., X, 38, 2. Véase el comentario a este fragmento de Livio de D. Briquel, "Sur les aspects militaires du dieu ombrien Fesus Sancius", MEFR, XC, 1978, págs. 140 y sigs. También se documenta entre los etruscos (Liv., IX, 39, 5) y los ligures (Liv., XXXVI, 38, 1).
- (511). E. Sereni, Comunità rurali nell'Italia antica, Roma, 1971, pág. 155.
- (512). Sobre esta institución en el primitivo mundo itálico véase S. Tondo, "Il 'sacramentum militiae' nell'ambiente culturale romano-italico", SDHI, XXIX, 1963, 1-123; A. Millá Méndez, "Sacramentum militiae", HAnt, VI, 1976, 27-42, cu

yas conclusiones sobre que el sacramentum romano proviene del rito samnita, nosotros no aceptamos (cf. A. Momigliano, en la recensión al artículo de S. Tondo citado, en JRS, LVII, 1967, 253-254).

- (513). Liv., IV,26,3: "Lege sacrata, quae maxima apud eos uis cogendae militiae erat, dilectu habitu"; también, Liv., II,32,2; cf. F. Altheim, Römische Religionsgeschichte, vol. I, págs. 221-251.
- (514). E. Benveniste, Le vocabulaire des institutions indo-européennes, vol. II, pág. 172.
- (515). E. Sereni, Comunità rurali nell'Italia antica, pág. 157: "Certo è che un carattere di solemnità e di mistero - ispirato a preoccupazioni non solo militari, ma religiose - sembra accompagnare, come frequentemente avviene tra popoli barbari, le operazioni di leva e di mobilitazioni".
- (516). Veget., Epit., II,5: "iurant autem per Deum et Christum et Sanctum Spiritum et per maiestatem imperatoris, quae secundum Deum generi humano diligenda est et colenda... iurant autem milites omnia se strenue facturos quae praeceperit imperator, nunquam deserturos militiam nec mortem recusaturos pro Romana republica". Véase G.R. Watson, The Roman Soldier, London, 1969, pág. 49.
- (517). Cf. Liv., II,32,2; III,20,4.
- (518). K. Latte, "Zwei Exkurse zum römischen Staatsrecht", págs. 68 y sigs.
- (519). La opinión tradicional según la cual el imperium originariamente expresaba el poder supremo del rey en todos los aspectos, expuesta por H. Rubino (Untersuchungen über rö-

mische Verfassung und Geschichte, Berlin, 1839), Th. Mommsen (Le droit public romain, vol. I, 1887, págs. 142 y sigs.), A. Rosenberg ("Imperium", RE, IX,1, 1914, col. 1201) y F. Leifer (Die Einheit des Gewaltgedankens im römischen Staatsrecht, Leipzig, 1914), y todavía defendida por Ernst Meyer (Römische Staat und Staatsgedanke, 2ª ed., Stuttgart, 1961, pág. 117), fue contradicha, puede decirse que por vez primera, por A. Heuss ("Zur Entwicklung des Imperiums der römischen Oberbeamten", ZSS, LXIV, 1944, 57-133), quien opinaba que el significado más antiguo del imperium era el supremo mando militar. A partir de aquí esta interpretación fue la de mayor aquiescencia entre la investigación (por ejemplo, A. Alföldi, Der frühromische Reiteradel und seine Ehrenabzeichen, pág. 86; A. Bernardi, "Dagli auxiliari del rex ai magistrati della respublica", pág. 37, n.4; P. Catalano, Contributi allo studio del diritto augurale. I, pág. 534; A. Calonge, "El pontifex maximus y el problema de la distinción entre magistraturas y sacerdocios", AHDE, XXXVIII, 1968, pág. 14; J. Gaudement, Institutions de l'Antiquité, pág. 270; R. Combès, Imperator, págs. 30 y sigs.).

La unidad de opinión que en líneas generales encontramos en cuanto a la primitiva función del imperium, se rompe al considerar otros importantes aspectos de la institución, como por ejemplo su antigüedad. Basándose en las características de la monarquía etrusca y en su aparato externo, todo ello heredado por Roma (cf. Liv., I, 8,3; Diod., V,40; Dion., III,61,2; Str., V,2,2 = C.220; Sil. Ital., VIII,483-487; X,41; Zon., VII,8; Fest., 430L; Macr., Sat., I,6,7-8; Plin., Nat. Hist., I,11; XXI,6; XXXIII,10; Plut., Q. Rom. 16; 101; Eutr., I,6; Auct. de vir. ill., 6,9; Tert., De cor., 13; Verg., Aen., VIII, (505), diversos autores de las dos tendencias arriba expuestas atribuyen el origen del imperium al conquistador etrusco (así, A. Rosenberg, Der Staat der alten Italiker,

pág. 65; M. Vogel, "Imperium und Fasces", ZSS, LXVII, 1950, 62-111; A. Heuss, cit.; S. Mazzarino, cit.; P. Voci, "Per la definizione dell'imperium", págs. 87 y sigs.; V. Arangio-Ruiz, Historia del derecho romano, pág. 19; F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, págs. 118 y sigs.), opinión contra la que se han levantado las voces sobre todo de P. De Francisci y de U. Coli.

Las teorías dinamistas sobre la primitiva religión romana influyeron en la doctrina histórica jurídica y definieron el imperium a partir de las creencias mágicas (cf. A. Hägerström, Das magistratische Ius in seinem Zusammenhang mit dem römischen Sakralrechte, Uppsala, 1929; H. Wagenvoort, Roman Dynamism, págs. 65 y sigs.; U. von Lübtow, "Die lex curiata de imperio", ZSS, LXIX, 1952, págs. 154 y sigs.; J. Bayet, "L'imperium et les fluctuations de la magistrature patricienne", en Tite-Live. Tome III, Paris, 1969, pág. 120; E. Meyer, "Neuere Erkenntnisse und Forschungen auf dem Gebiete des römischen Staatsrecht", WG, XIII, 1953, págs. 138 y sigs.). Siguiendo esta línea, De Francisci define el imperium como "la potestà spettante naturalmente al capo per il fatto che egli era capo in forza delle sue qualità personali" (Arcana Imperii, vol. III, 1, pág. 31; cf. "Intorno all'origine etrusca del concetto di imperium", SE, XXIV, 1955/1956, 19-43; "Intorno alla natura e alla storia dell'auspicium imperiumque", en Studi in memoria di Emilio Albertario, Milano, 1953, vol. I, 399-432; Primordia Civitatis, págs. 361 y sigs.), aunque reconoce su primegenio valor militar (Síntesis histórica del derecho romano, pág. 44). Por su parte, U. Coli eleva la institución del imperium a la época de la monarquía latina ("Regnum", págs. 148-149; 156-158; "Sur la notion d'imperium en droit public romain", RIDA, VII, 1960, 361-387), pero sólo lo comprende en un marco internacional, definiéndolo como el mando supremo militar del jefe de la liga Latina (en sentido similar,

- M. Radin, "Imperium", en Studi in onore di S. Riccobono, Palermo, 1936, 21-45), mientras que rechaza el valor de poder originario que De Francisci quiere darle, mostrando que el imperium siempre es el efecto de una atribución ("La 'civitas' romana secondo De Francisci", pág. 388).
- (520). Th. Mommsen, en Römische Forschungen, vol. I, págs. 332 y sigs.
- (521). Por ejemplo, K. von Fritz, "Leges sacratae and plebei scita", en Schriften zur griechischen und römischen Verfassungsgeschichte und Verfassungstheorie, Berlin, 1976, pág. 378. Cf. F. Altheim, Römische Religionsgeschichte, vol. I, págs. 228 y sigs.
- (522). Véanse sobre esta institución J. Kromayer y G. Veith, Heerwesen und Kriegführung der Griechen und Römer, München, 1928, págs. 285 y sigs.; P. Treves, "Tumultus", en The Oxford Classical Dictionary, 2ª ed., Oxford, 1970, pág. 1099; P. Jal, "Tumultus et bellum ciuile dans les Philippiques de Cicéron", en Hommages à Jean Bayet, Coll. Lat., LXX, Bruxelles, 1964, 281-289.
- (523). Verg., Aen., VIII,3-4; Serv., Ad Aen., VIII,1.
- (524). Isid., Etym., XVIII,1,6: "bellum uocatur quod contra hostes agitur, ita tumultus quod ciuili seditione concitatur"; cf. Diff., I,56,3.
- (525). Cf. Cic., Phil., VIII,1,3.
- (526). Serv., Ad Aen., VIII,1.
- (527). L.-R. Ménager, "Les collèges sacerdotaux, les tribus et la formation primordiale de Rome", pág. 468.

- (528). RgV., X,42,10; E. Senart, "Les castes dans l'Inde", RdM, CXXV, 1894, págs. 333 y sigs.
- (529). Hom., Il., 362.
- (530). Tac., Germ., 7,3.
- (531). Cf. C.W. Westrup, "Sur les gentes et les curiae de la royauté primitive de Rome", pág. 450.
- (532). Liv., III,15-18; Dion., X,14.
- (533). Liv., II,16,4-5; Dion., V, 40,3-5; Plut., Popl., 21,4-9; Suet., Tib., 1,1; Serv., Ad Aen., VII,706.
- (534). P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 188.
- (535). Cic., De off., 1,11; Dion., II,11,1.
- (536). Serv., Ad Ecl., IV,43; cf. C.W. Westrup, "Alcune osservazioni circa le fonti e metodi nell'investigazione del primo diritto romano", RIFD, XVII, 1937, págs. 397 y sigs.
- (537). Véase J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 263.
- (538). Recuérdese la existencia, todavía en época histórica, de los virī privati cum imperio. Cf. R. Combès, Imperator, pág. 394; H.S. Versnel, Triumphus, pág. 319.
- (539). R. Schilling, "Janus. Le dieu des passages. Le dieu introducteur", pág. 110.
- (540). CIL, I², pág. 214. Cf. K. Latte, Römische Religionsge-

schichte, pág. 133.

- (541). G. Dumézil, La religion romaine archaïque, pág. 591.
- (542). Dion., III,22,7; Liv., I,26,13; Fest., 396L. Véanse las ideas al respecto de G. Dumézil expresadas en Horace et les Curiaces, Paris, 1942, págs. 110 y sigs., así como en El destino del guerrero, trad. esp., México, 1971, pág. 39.
- (543). Liv., II,48-50; Dion., IX,15-22; Ovid., Fast., II,196.
- (544). Sobre la historicidad del episodio, con una crítica aséptica del mismo, pueden verse G. De Sanctis, Storia dei Romani, vol. II, págs. 126 y sigs.; H. Bengtson, Römische Geschichte, 2ªed., München, 1970, pág. 50.
- (545). Entre otros, Th. Mommsen, "Fabius und Diodor", págs. 247 y sigs.; E. Pais y J. Bayet, Histoire romaine. T.I: Des origines à l'achèvement de la conquête, Paris, 1940, pág. 84.
- (546). J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 208.
- (547). F. Cornelius, Untersuchungen zur frühen römischen Geschichte, München, 1940, págs. 75-76 y 88-89; F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, pág.16; P. De Francisci, Síntesis histórica del derecho romano, pág. 29; K. Latte, "Zwei Exkurse zum römische Staatsrecht" pág. 66; P. Frezza, "Intorno alla leggenda dei Fabi al Cremera", págs. 298 y sigs.; A. Momigliano, "An Interim Report on the Origins of Rome", págs. 597-598; D. Kienast, "Die politische Emanzipation der Plebs und die Entwicklung des Heerwesens in frühen Rom", BJb, CLXXV, 1975,

- pág. 97; A. Alföldi, Early Rome and the Latins, pág. 315.
- (548). R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, pág. 235.
- (549). W. Kubitschek, De Romanorum tribuum origine ac propagatione, Wien, 1882, pág. 12; L. Ross Taylor, The Voting Districts of the Roman Republic, PMAAR, XX, Roma, 1960, págs. 40 y sigs.
- (550). A. Bernardi, "Dagli auxiliari del rex ai magistrati della respublica", págs. 33-34.
- (551). Así lo expresa Dionisio, IX,15,3; 16,3.
- (552). Liv., II,49,3; cf. las agudas observaciones de G.I. Luzzatto, "Rilievi critici in tema di organizzazioni preciviche", en Scritti in onore di A. Cian, Milano, 1951, págs. 481 y sigs.
- (553). Serv., Ad Aen., VI,846; cf. VII,164; VIII,1.
- (554). Th. Mommsen, "Fabius und Diodor", págs. 247 y sigs.
- (555). K. Latte, "Zwei Exkurse zum römische Staatsrecht", págs. 66 y sigs.
- (556). P. Frezza, "La costituzione cittadina di Roma ed il problema degli ordinamenti giuridici preesistenti", pág. 297; Intorno alla leggenda dei Fabi al Cremera", pág. 302.
- (557). Liv., X,38.
- (558). D. Briquel, "Sur les aspects militaires du dieu ombrien

Fisus Sancius", págs. 138 y sigs.

- (559). Sobre la importancia estratégica de Fidenas en la guerra romano-veyense, véase G. De Sanctis, Storia dei Romani, vol. II, págs. 128 y sigs. Cuarenta años después Fidenas fue destruida por los romanos durante la segunda guerra que sostuvieron contra Veyes.
- (560). Véase O. Richter, "Die Fabier am Cremera", Hermes, XVII, 1882, págs. 425 y sigs.
- (561). Dionisio (IX,15,3) y Servio (Ad Aen., VI,846) sí lo admiten; Livio, por el contrario, sólo menciona a los trescientos seis Fabios.
- (562). Véase en sentido afirmativo, J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 208.

Capítulo IV:
EPOCA PROTO-URBANA

1. SITUACION DEL LACIO EN LOS SIGLOS VIII-VII.

A partir de mediados del siglo VIII aproximadamente comenzó a producirse en el Lacio un proceso de crecimiento demográfico que en las dos centurias siguientes - y especialmente en el siglo VI - alcanzará proporciones inusitadas. Sin embargo, sería una equivocación creer que esta nueva situación afectó a la totalidad del territorio latino, ya que solamente las comunidades de llanura experimentaron tal incremento de población, mientras que las de montaña, por el contrario, sufrieron un serio descenso en la curva demográfica.

Durante la primera fase del hierro latino se asiste a un predominio claro de la región de los montes Albanos (563). La abundancia de los yacimientos nos muestra la gran densidad de población que tenía la zona y la riqueza de los objetos nos demuestra un desarrollo cultural bastante notable. Centros como Villa Cavalletti, monte Crescenzo y sobre todo Castelgandolfo, sede de la antigua Alba Longa (564), destacan sobre el resto del Lacio. La arqueología ha venido a confirmar pues este predominio de la región de los montes Albanos que ya antiguamente mencionaba la tradición.

El declinar de los montes Albanos comenzó pronto, puesto que en plena fase II - en la IIB, según la terminología de la escuela arqueológica italiana - empiezan a sufrir un paulatino desdoblamiento que culminará en la siguiente fase III (segunda mitad del siglo VIII aproximadamente). En las zonas de llanura,

por el contrario, este proceso se realiza a la inversa, documentándose en diferentes centros del Lacio (Roma, Tibur, Praeneste, Ardea, Satricum, Lavinium) un crecimiento demográfico bastante notable que lógicamente no puede dejar de ser puesto en relación con el contemporáneo despoblamiento que sufrían los montes Albanos (565).

Pero al margen de este desplazamiento, dentro del propio territorio latino, de la montaña a la llanura, se dieron otras causas del crecimiento de la población en el Lacio. En primer lugar está el propio crecimiento natural de la población, determinado por una mejora en las condiciones alimenticias que se deriva del desarrollo de la técnica agrícola y de la introducción de nuevos cultivos.

No menos importante es este segundo factor de poblamiento: la infiltración, ya en el siglo VIII, de pueblos montañeses del Apenino central, especialmente sabinos, o proto-sabinos como les denomina Devoto (566), a lo largo del valle del Tíber y que afectaron a las comunidades situadas a orillas del río y del occidente latino en torno al Anio y al Trerus (567). Aunque arqueológicamente no se ha detectado la presencia de los sabinos en el Lacio, la tradición y la evidencia lingüística invitan a suponerlo (568). Ecuos y volsco adoptaron idéntica actitud de infiltración en el siglo VII (569).

Los movimientos migratorios de las zonas de montaña a las de llanura vienen determinados por una sustancial mejora en estas últimas de las condiciones económicas. El factor externo co-

mo determinante principal del crecimiento económico no afectó apenas a los pueblos de montaña, sino sólo a aquellos que se encontraban abiertos al mar o jalonando las principales vías de comunicación interiores.

La multiplicación y predominio de los establecimientos de llanura muestra cómo la agricultura ha desplazado al pastoreo como actividad económica predominante (570). El cultivo de los campos experimentó en los siglos VIII y VII un auge muy notable. Así lo testimonia la introducción de nuevas técnicas agrícolas, tales como la rotación de los cultivos, el abonado de los campos y el perfeccionamiento de los utensilios de labranza. Fue entonces cuando asimismo se introdujeron y difundieron semillas seleccionadas o completamente desconocidas hasta ese momento, como nuevas variantes de trigo, la vid cultivable, el olivo, el manzano y el peral (571).

Las actividades artesanales juegan también un interesante papel en el despegue económico del Lacio, pues fue en el siglo VIII cuando se produjo una especialización en el trabajo, lo que creó una interdependencia entre los diversos estamentos de producción favoreciendo los intercambios interiores y rompiendo la tradicional economía autártica de las gentes. Se destaca un artesanado especializado en el trabajo de determinados objetos metálicos y un nuevo estilo de cerámica pintada invade todo el ámbito tiberino (572).

Este desarrollo cultural y económico experimentado por el Lacio a partir del siglo VIII tiene en el comercio griego un em-

puje decisivo. El punto de arranque de este importantísimo acontecimiento ha de situarse en el establecimiento heleno de Pithekoussai, primer asentamiento euboico, y griego, en la península Itálica y cuya fundación se fecha en el año 775 aproximadamente, temprano foco de irradiación de la cultura griega por las orillas del Tirreno.

Pero con anterioridad a estas fechas los indígenas italianos ya tenían conocimiento de la civilización griega gracias a los viajes precoloniales, ya que el comercio precedió a la colonización (573): las copas cicládicas encontradas en la necrópolis veyense de Quattro Fontanili (574) nos documentan estos primeros contactos con la región tiberina, así como la gran importancia del Tíber como vía de penetración comercial. Estos viajes precoloniales tuvieron a su vez como prólogo la presencia mercantil micénica (575) y las "colonizaciones legendarias" que figuran en los mitos griegos (576).

Las ricas minas de Etruria constituyó el principal, si no único, motivo de la presencia griega en Italia (577), al igual que anteriormente lo fue de sus antepasados micénicos (578). Y por esta razón, los primeros y más fuertes contactos fueron con Etruria y el Lacio (579). La región tiberina se presenta en consecuencia como un territorio muy beneficiado por el comercio del metal al constituirse en intermediaria entre los centros productores del norte etrusco y los comerciantes griegos, merced sobre todo a la existencia de una vía interna que rendía en Antium sus productos al mar. Satricum, Roma y Veyes eran los principales jalones de esta ruta (580).

A partir de la fundación de Cumas, primer asentamiento estable griego, a mediados del siglo VIII, la presencia helena en las costas latinas se aceleró y con ella una masiva aparición de productos de su industria. Los centros situados en la proximidad del mar y en las principales vías de comunicación se unieron a la vorágine del comercio internacional y algunos de ellos recibieron incluso una pequeña colonia griega de comerciantes, como es el caso de Roma (581).

A la componente euboico-cicládica dominante en el siglo VIII se unió a partir de la centuria siguiente una componente corintia, y con ella el espíritu orientalizante penetró en la península Itálica con numerosos objetos procedentes de las culturas del otro extremo mediterráneo.

Si durante el siglo VIII la balanza de la cerámica griega parece inclinarse a favor del Lacio, en la primera mitad del VII las posiciones se equilibran, para después volcarse definitivamente a favor de Etruria a partir del año 650 aproximadamente (582). El puesto ocupado en el Lacio por las importaciones griegas viene progresivamente a ser llenado por las importaciones etruscas, iniciando un proceso que terminará con la casi total etrusquización del territorio latino. Las metrópolis de la Etruria meridional se disputan el dominio de la vecina región al sur del Tíber, y puede decirse que la cultura del Lacio a partir de la segunda mitad del siglo VII se encuentra en un difícil equilibrio entre Veyes y Caere.

Paralelamente a este fenómeno de desarrollo cultural y eco-

nómico, se producen otros dos de no menos importancia e íntimamente ligados entre sí. Estos dos nuevos aspectos de la civilización latina son la formación de núcleos proto-urbanos y el "nacimiento" de la aristocracia.

Con cierto retraso sobre sus vecinos de la otra orilla del Tíber, a finales de la fase II de la cultura lacial comienza a producirse un fenómeno de sinecismo que lleva a las aldeas latinas, hasta entonces dispersas y autónomas, a integrarse en un sistema de poblamiento mucho más unido que bien podemos definir como proto-urbano (583).

Este proceso de concentración del hábitat no se produjo con idéntica intensidad en todas las regiones del Lacio, sino que aquí nuevamente volvemos a encontrarnos con la contraposición entre las zonas de llanura y las zonas de montaña. En los montes Albanos, aquejados desde hacía tiempo de un paulatino empobrecimiento demográfico, el sistema de pequeñas aldeas autónomas pervive. Por el contrario, en aquellas zonas más integradas en las grandes corrientes comerciales se abandonan las antiguas estructuras pre-urbanas adoptando una forma proto-urbana caracterizada por una unión entre las diversas aldeas, que a finales del siglo VII y comienzos del siguiente llegarán a convertirse, por efecto sobre todo de la creciente influencia etrusca, en verdaderas ciudades (584).

Una manifestación de este proceso se aprecia perfectamente en la existencia de los primeros "santuarios" comunales, en los cuales se rebasan las inquietudes religiosas de los clanes para dar lugar a una comunidad de culto mucho más amplia, como lo

atestiguan las grandes favissae encontradas en Roma, Ardea, Satricum y Lavinium (585).

Por otra parte, ya muy avanzado el siglo VII se producen grandes novedades en las técnicas de construcción, abandonándose las cabañas por casas construidas con adobe, con aparejo de opus quadratus y cubiertas con tejas de arcilla (586).

En el último cuarto del siglo VIII comienza a notarse un cambio en el panorama arqueológico del Lacio, en el sentido de que en las tumbas se observan diferencias en cuanto a la riqueza de los ajuares y en la estructura arquitectónica de la propia sepultura, contrastando con la uniformidad prácticamente existente en los períodos anteriores.

La sociedad del período pre-urbano se caracterizaba, como hemos podido comprobar, por la igualdad que existía entre los miembros de la comunidad, respondiendo pues a un tipo de sociedad denominado "sociedad sin clases" o "sociedad de autosubsistencia" (587), que se basa principalmente en la gran importancia de los vínculos de parentela y en la propiedad colectiva de la tierra (588).

Los grandes cambios que se realizan a lo largo del siglo VIII y que alcanzan su cénit en el siguiente, llevan a trastocar la estructura social anterior introduciendo notables diferencias en cuanto a la distribución de la riqueza y una división en clases sociales. No se trata del nacimiento de las gentes, como se ha llegado a pensar, puesto que el ordenamiento gentilicio es muy anterior a este proceso, sino más bien del triunfo de estas

gentes, que se constituyen como clase aristocrática sobre una población nueva.

La influencia del comercio griego como factor determinante de este proceso social (590) es decisiva, pero no única (591). Las migraciones hacia zonas de llanura debieron ser de dos tipos: por un lado, gentes enteras o grandes partes de ellas, al estilo de las gentes albanas emigradas a Roma (592); y por otro pequeños grupos familiares que ya no pueden sostenerse en su lugar de origen y emigran rompiendo la estructura gentilicia en la que estaban inmersos (593).

Este fenómeno de emigración significa también el reconocimiento de la mayor importancia económica que la agricultura ha adquirido sobre el pastoreo, y los poseedores de la tierra asumen un papel dirigente sobre el resto de la población, que se ve en parte obligada a integrarse nuevamente en el sistema gentilicio, aunque ya no como gentiles, sino en una situación inferior: es el nacimiento de la clientela, que viene a reforzar la función política de las gentes. Luego hablaremos más extensamente de esta institución.

Por el contrario, otro sector de la población prefiere dedicarse a las nuevas actividades surgidas del desarrollo cultural y técnico, creando así una clase de artesanos. Se pasa entonces de una economía autárquica a una incipiente economía de mercado, proceso en el que juega un papel muy principal la constitución de los núcleos proto-urbanos y el desarrollo del comercio griego y etrusco.

Los grandes beneficiados por las nuevas condiciones econó-

micas son las antiguas gentes, únicas poseedoras de la tierra y del material metálico atesorado que podría servir como objeto de cambio válido en las relaciones comerciales (594).

El triunfo de las gentes se aprecia perfectamente en las necrópolis, donde surgen tumbas principescas por su estructura y por la riqueza de sus ajuares, contrastando con la pobreza de las circundantes (595). A partir del período orientalizante esta diferencia se acentúa enormemente al aparecer las grandes tumbas de túmulo, verdaderos panteones familiares que expresan la pertenencia de sus moradores a un estamento gentilicio que ya ha dejado de ser la práctica general. Las tumbas de Praeneste y Lavinium destacan sobre todas por las riquezas que contienen, revelando además el espíritu etrusquizante de la aristocracia latina.

Las zonas de llanura son las que nuevamente muestran esta nueva situación social. En los montes Albanos apenas se percibe un incremento notable de riqueza y las tumbas siguen normalmente presentándonos esa uniformidad que caracterizaba a los períodos iniciales del hierro lacial (596).

En resumen, podemos decir que en el siglo VII el Lacio se integra definitivamente en las grandes corrientes internacionales, con todas las concomitancias que esto lleva consigo. El pueblo latino se configura así como un privilegiado entre los restantes itálicos, preparando su espectacular despegue posterior llevado de la mano de Roma.

Muy significativo nos parece que en estos momentos (fina-

les del siglo VII) aparezcan las primeras manifestaciones escritas del étnico latinus. En los últimos versos de la Teogonía de Hesíodo se menciona al "intachable y poderoso Latino", concebido por Odiseo en la diosa Circe (597); el pasaje es considerado generalmente como un agregado al poema datable en torno al año 600 a.C. (598). En el mundo etrusco, la primera mención conocida de este término también aparece a finales del siglo VII, en una inscripción sobre vaso que dice: "mi tites latines", esto es, "yo (soy) de Tito el latino" (599), palabra que a partir de este momento se documenta cada vez más con mayor frecuencia (600).

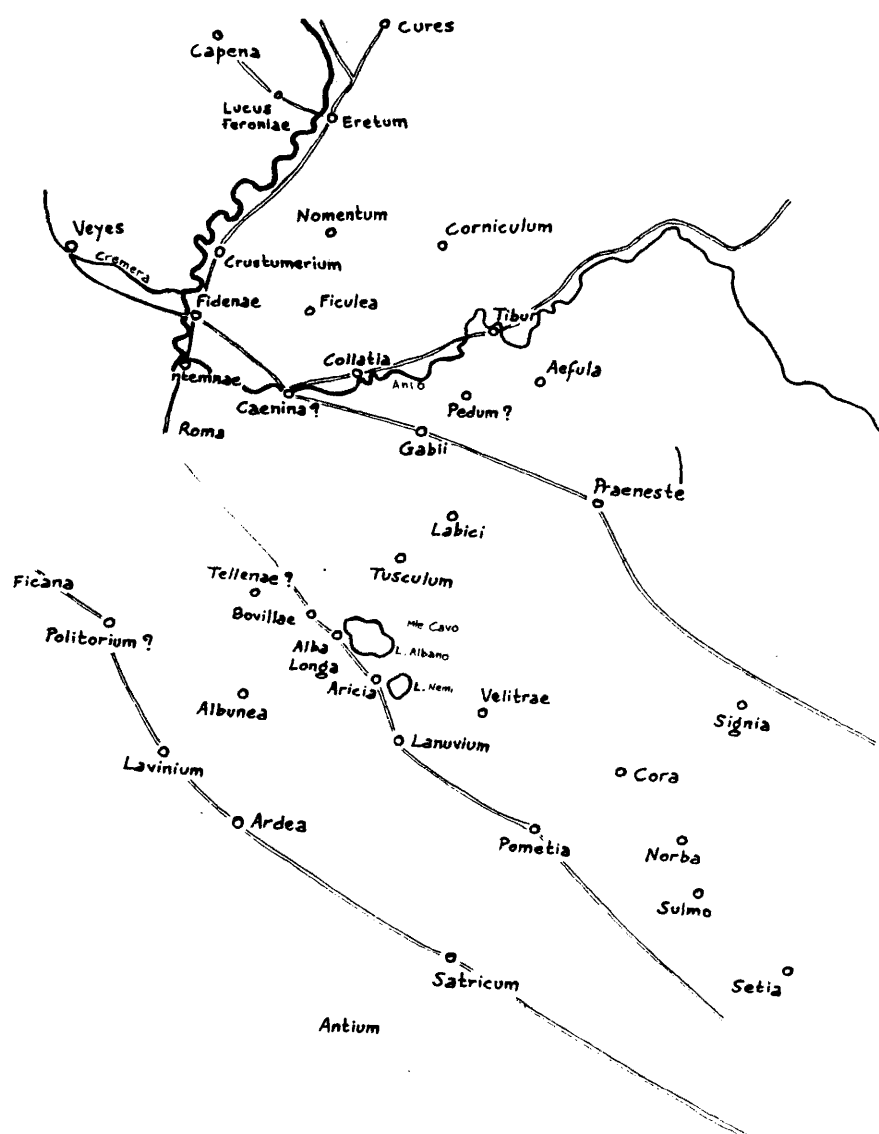


Fig. 16.- Mapa del Lacio protohistórico.

2. ROMA EN EL LACIO.

La nueva situación creada en el Lacio en los siglos VIII y VII afectó a Roma de manera muy singular, pues fue a partir de este momento cuando la ciudad del Tíber se levantó por encima de sus compañeras estableciendo una hegemonía, aunque ciertamente compartida, que ya no dejaría de tener hasta el total dominio del territorio bien entrada ya la República.

Veamos ahora cómo se cumplen en Roma todos los aspectos estudiados en el contexto general latino, pudiendo decir de antemano que, por la naturaleza de los testimonios, en el caso de Roma casi todos ellos se aprecian mucho mejor.

Sin duda alguna, el solar de la futura Roma fue una de las zonas que más se benefició de los movimientos de población. La tradición nos ha conservado recuerdo de estos fenómenos en las migraciones a Roma. Los traslados forzosos de población son citados por las fuentes en diferentes ocasiones, principalmente a raíz de la destrucción de Alba. En efecto, Livio nos cuenta que tras la ruina de Alba Longa, Roma dobló su población, incluyendo a las gentes albanas entre los patres y admitiendo al resto de sus habitantes como simples ciudadanos (601). Los Julios, los Servilios, los Quinctios, los Geganios, los Curiacios, los Clelios, siempre pregonaron su origen albano (602). El rey Anco Marcio siguió la política de su predecesor Tulo Hostilio, el destructor de Alba, y trasladó a Roma las poblaciones de dife-

rentes ciudades conquistadas, como Politorium, Ficana, Tellenae y Medullia (603).

Pero junto a estos desplazamientos forzosos tenemos en las fuentes noticias de otros voluntarios. Así, por ejemplo, el establecimiento del asylum romúleo, que atrajo a gran cantidad de gente marginada (604), y la llegada a Roma de la gens sabina de los Claudios, que una parte de la tradición remonta a los tiempos del mismo Rómulo (605).

Un capítulo importante del crecimiento demográfico de Roma toca con el problema de la presencia sabina en la Roma primitiva (606). Nosotros no vamos a tratar la cuestión, pero sería impropio no reconocer que con toda probabilidad, aunque no se tengan pruebas evidentes, gentes sabinas se desplazaron por la orilla izquierda del Tíber y que algunas de ellas se establecieron en la propia Roma. El auge económico alcanzado hizo de Roma un foco de indudable atracción y no tendría nada de extraño que elementos sabinos se infiltraran en la ciudad, como piensa Pallottino (607); por el contrario, Müller-Karpe, que niega enteramente toda huella sabina en Roma, relaciona directamente el crecimiento demográfico de esta ciudad con el despoblamiento de las colinas Albanas (608). Ambas opiniones creemos que son en principio válidas y en ningún momento excluyentes, aunque ninguna de ellas pueda basarse en documentos decisivos.

Desde el punto de vista arqueológico también se puede apreciar el crecimiento de Roma. En el valle del Foro, las viviendas de los vivos desplazan a las tumbas, como lo prueba el hallazgo

de fondos de cabañas en esta zona en estratos más recientes que los de las tumbas (609). Por su parte, la necrópolis del Esquilino, único testimonio de habitación en esta zona romana, experimenta un notable incremento, documentándose doble número de tumbas pertenecientes al tercer período con respecto a la fase anterior (610); asimismo, las sepulturas rebasan los límites de la ciudad arcaica, mostrando así el problema de espacio existente en la zona de la antigua necrópolis esquilina (611).

En resumen, vemos pues cómo las zonas habitadas se desplazan por los valles (Foro, Subura) abandonando su tradicional carácter de altura. Los adelantos técnicos de desecación de las aguas estancadas y la importancia del comercio griego, firmemente establecido en el Foro Boario, fueron los determinantes de esta nueva situación que dará pie a la formación de la comunidad unida.

La privilegiada situación de Roma en la ruta del comercio de los metales etruscos propició extraordinariamente el desarrollo económico de la región, destacándose Roma sobre el resto de las ciudades del Lacio por la cantidad y calidad de su cerámica euboica, tanto original como de imitación (612). A esto contribuyó también, y en no escasa medida, el establecimiento de una pequeña colonia de comerciantes griegos en el Foro Boario (613), que controlaría la producción de la cerámica de imitación de los talleres locales.

Las importaciones griegas continuaron invadiendo Roma en el siglo VII con cerámicas de estilo protocorintio y corintio, mien-

tras que el bucchero negro etrusco sólo logró imponerse en el último tercio del siglo. Arqueológicamente se documenta pues en Roma una helenización anterior en casi un siglo a su etrusquización (614), hecho singular que caracteriza a esta comunidad sobre el resto del Lacio y deja abierta una puerta nueva a investigaciones que en un futuro no muy lejano podrán mostrar resultados espectaculares y no carentes de sorpresas.

Como ya es sabido, Roma no permaneció ajena a los fenómenos de sinecismo que se registran en otras comunidades latinas, sino que experimentó diversos procesos de unificación que finalmente la condujeron, gracias en última instancia al genio urbanístico de los etruscos, a gozar de las características de "ciudad". Y por ello no comprendemos cómo algunos autores, que defienden las teorías sinecistas referidas a las otras ciudades latinas, pretenden que Roma ya era una ciudad, la "ciudad del Palatino", en el primer cuarto del siglo VIII, como si Roma, y esto es completamente falso, se hubiese separado culturalmente del Lacio en época tan temprana.

El sinecismo romano no se produjo de golpe, sino que pasó por dos etapas, como ya tuvimos ocasión de ver. El espectacular crecimiento demográfico que acabamos de reseñar fue un factor decisivo al ocupar las nuevas gentes áreas hasta entonces despobladas y aproximar de este modo las zonas de habitación.

Cuando más adelante hablemos de las curias veremos cómo la dilatación del poblamiento no se produjo solamente en las zonas bajas, como normalmente se admite, sino que previamente las cum-

bres se saturaron hasta llegar a formar prácticamente un poblamiento continuo dentro de cada una de ellas. Así, el Palatino, el Celio y el Esquilino se constituyeron como tres grandes núcleos, cada uno con sus ramificaciones hacia las zonas bajas. Las curiae veteres nos ilustran precisamente la unión de uno de estos grupos, el del Palatino (615). Respecto al Celio, una prueba de su indivisibilidad política la tenemos en la perdurabilidad de su nombre en toda la tradición antigua: el Celio siempre constituyó una unidad, incluso cuando la ciudad de las catorce regiones.

El siguiente paso hacia la unidad se dió con la fusión de estos tres grandes grupos a través de sus principales aldeas: es la federación conocida con el nombre de Septimontium, en la que conviven la antigua estructura aldeana con la primera unificación, representada esta última por las tres tribus primitivas de los Ramnes, los Titios y los Luceres, que se corresponden - citadas sin ningún orden - a las federaciones del Palatino, del Esquilino y del Celio. Muy significativo nos parece al respecto que la sede de las curias de la nueva unificación, las llamadas curiae novae, no se localicen en el centro neurálgico de la ciudad, el valle del Foro, sino en el valle del Coliseo, punto de unión de las tres tribus.

A pesar de todo, el desarrollo urbanístico de Roma fue pobre hasta el último cuarto del siglo VII. La arquitectura doméstica apenas se modificó y la planificación del espacio era prácticamente inexistente (616). Hacia el año 630 la situación comenzó a cambiar a gran velocidad. Unos años antes se había pro-

ducido ya una primera pavimentación de tierra en la zona del Foro ocupada posteriormente por el Equus Domitiani y una regularización del suelo del Comitium (617). Pero fue a partir del último cuarto del siglo cuando estas obras se aceleraron y ampliaron, derribándose cabañas según un plan previsto: el Foro, que recibe un segundo pavimento, se constituye definitivamente en el centro de Roma y se ordena urbanísticamente delimitándose las zonas habitadas (con un sustancial cambio en la arquitectura), las áreas sagradas (Regia) y políticas (Comitium) y las zonas de paso (via Sacra) (618).

Todo este desarrollo debe atribuirse a los etruscos, pues es sintomático que su comienzo coincida con la aparición de la cerámica de bucchero. El papel civilizador del pueblo etrusco sobre la Roma primitiva fue definitivo (619), sobre todo en el aspecto urbanístico, puesto que hasta el momento en que este pueblo se posesionó de Roma, ésta no se convirtió en una verdadera ciudad (620).

Como resultado inmediato de la formación de la comunidad romana se produce un hecho de singular importancia: la constitución del territorio soberano, del ager romanus (621). Este territorio reunía los de las gentes y aldeas constitutivas de la federación, comprendiendo el ámbito en que se desarrollaba la vida económica y social de la población.

La fijación del territorio viene determinada por la celebración en sus límites de ciertos ritos de purificación (Ambarvalia) y por otras festividades religiosas. Ciertos elementos de

carácter topográfico ayudan a establecer con probabilidad de éxito los límites del territorio, que viene a estar determinado en torno al quinto miliario de las vías que parten de la ciudad (Fig. 17).

La datación de este primer ager romanus puede fijarse hacia finales del siglo VIII o principios del siguiente (622), en el momento mismo en que nace la comunidad unificada, significando una toma de conciencia territorial por parte de los primitivos romanos.

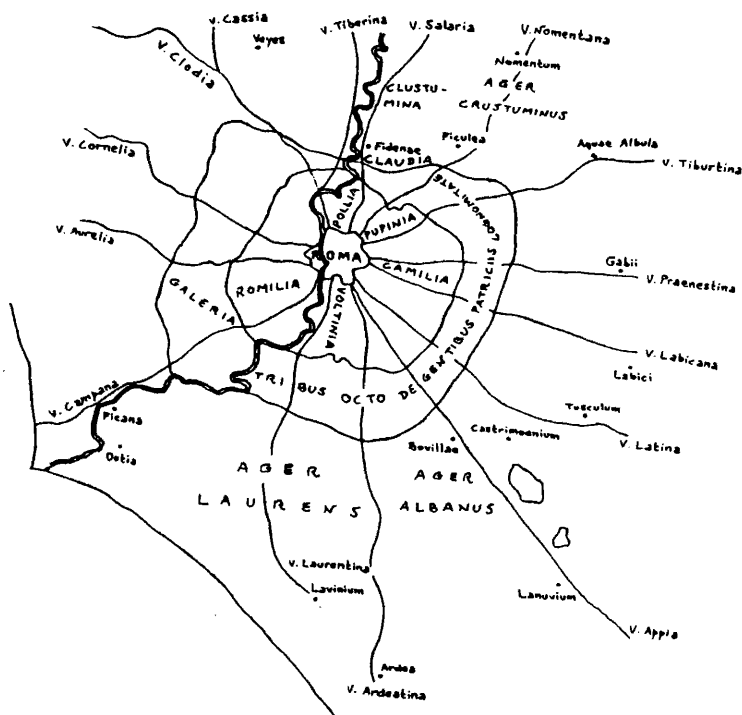


Fig. 17.- Ager Romanus Antiquus (según G. Lugli, "I confini del pomerio suburbano di Roma primitiva", en Mélanges d'archéologie, d'épigraphie et d'histoire offerts à Jérôme Carcopino, Paris, 1966, pág. 649).

3. CAMBIOS SOCIALES EN ROMA.

La general uniformidad existente entre los ajuares funerarios de las primeras fases del poblamiento romano se rompe a partir de la segunda mitad del siglo VIII, según el proceso común a todo el Lacio que acabamos de ver. Sólo durante el período III se hace manifiesta una diferencia de riqueza en las tumbas, testimoniando una posición de prestigio social basado en la riqueza personal. Conforme avanza el período, el proceso de diferenciación se acentúa. Finalmente, la aparición de la tumba de cámara en el siglo VII viene a significar un nuevo paso, en el que la riqueza se manifiesta como un hecho común a todo un grupo familiar (623).

Esta evidencia arqueológica nos documenta la aparición de una clase dominante que concentra en sus manos la riqueza y que participa de las culturas griega y etrusca. El poder de esta clase dominante, constituida por las gentes, se basa en la posesión exclusiva de la tierra y en la función militar, viéndose ambos aspectos reforzados con la institución de la clientela, de la que hablaremos a continuación.

Por otra parte, en este período se observan dentro de la gens unas tendencias disgregadoras que llevan a exaltar el valor del individuo en sí, aunque sin romperse el ordenamiento gentilicio, sino que, por el contrario, la gens aparece más unida que nunca por el mayor interés económico y social que guía ahora sus pasos.

La base de la estructura social prácticamente no cambió, ya que continuó siendo la gentilicia. Los nuevos pobladores que continuamente llegaban a Roma se encontraban con la alternativa reintegrarse en las gentes o permanecer al margen de ellas. Si se trataba de gentes enteras las que emigraban el problema no existía, pues al encontrarse dentro del sistema, rápidamente eran admitidas en las aldeas (624). Si por el contrario eran grupos aislados los que pretendían establecerse en Roma, parte se integraba en las gentes, aunque en una situación de inferioridad (los clientes), mientras que otros preferían vivir más libremente. A estos últimos hay que identificarlos con la "plebe", es decir, con los que gentes non habent.

A. La clientela.

Con distintas particularidades específicas para cada caso, la clientela es en general un fenómeno común a casi todos los pueblos de la antigüedad (625) y se caracteriza allí donde aparece, aparte por la oscuridad de su origen (626), por un vínculo establecido por dos personas, llamadas patrono y cliente, que conlleva un conjunto de derechos y obligaciones por las dos partes.

El fundamento de esta relación se encuentra en la fides, esto es, un fundamento de carácter más religioso y social que meramente jurídico (627), de ahí la obligación de observar lo prescrito bajo graves penas a su incumplimiento: la ley de las XII Tablas castiga severamente la violación de la fides por parte del patrono, declarándole sacer (628), disposición que con toda seguridad recoge una norma muy antigua (629). La relación entre patrono y cliente viene a ocupar en importancia el tercer lugar, tras la obligación del patrono hacia el pupilo y hacia el huésped, pero se considera por delante de la de los cognati (630).

Las formas de adopción de la clientela que se puedan referir a una época primitiva son dos: la deditio y la applicatio. La primera se define como la "sumisión de un grupo al poder de la gens" y la segunda como la "sujeción de un extranjero al poder protector del grupo" (631). El primero de estos casos refleja, como ya se ha mencionado, las expediciones militares de la

propia gens, que acogía a los vencidos bajo una relación de patronazgo. Aunque el vínculo de la clientela es personal, sin embargo los clientes pertenecen a la gens (632).

Los deberes a que se obligan ambas partes se resumen en protección por parte del patrono y obediencia por parte del cliente. La palabra patronus deriva de pater, y en efecto, el patrono ha de comportarse con su cliente como un padre con su hijo: el término empleado para denominar a este último, liber, se extendía al cliente (633).

Por su parte, la obligación del cliente parece también reflejarse en su nombre, si es que cliens, antiguamente cluens, se relaciona con un verbo cluo, obedecer (en griego κλύω) (634). Las obligaciones del cliente hacia el patrono se sintetizan en ciertas prestaciones (obsequia) principalmente de naturaleza militar y económica.

Para su propio mantenimiento y el de su familia, el cliente recibía del patrono una parcela de tierra en precario (635). Este hecho nos evidencia un notable cambio en la estructura de la propiedad gentilicia, pues refleja un desmembramiento de la tierra comunal hacia la constitución de la propiedad privada, todavía no alcanzada plenamente. Se trata por lo tanto de un estadio intermedio que puede definirse como propiedad familiar (636).

La institución de la clientela favoreció extraordinariamente el poder de la gens, realizando esta función en el doble plano económico y militar, con la consiguiente influencia en el aspecto político.

La entrega de una tierra al cliente liberaba en parte al

patrono del trabajo de cultivarla, pudiendo aplicarse entonces con más dedicación a otras actividades. Esto, sin embargo, no debe llevarnos a concebir a la antigua sociedad romana como un antecedente de la feudal, compuesta por una clase de señores, los gentiles, y por otra de vasallos, los clientes, opinión no infrecuente en la literatura científica moderna (637). Al hablar de la primitiva gens romana nunca debemos olvidar a aquel Cincinato, recordado siempre en la tradición posterior como un exemplum maiorum, a quien hubo de arrancársele el arado para que aceptara la dictadura, para luego, una vez cumplida su misión, volver a su antigua y normal ocupación agrícola (638).

En cuanto a los deberes militares del cliente, estos deberían constituir su obligación principal hacia el patrono. Por una parte, el bellum privatum no estaba todavía desterrado de las prácticas comunes a la vida normal de las gentes latinas, pues la inexistencia de un fuerte poder central y de una clara idea de Estado permitía a las gentes defender por sí solas sus propios intereses. Pero por otra parte, el deber de acudir a la convocatoria militar de la comunidad, hacía que las gentes se presentaran con sus clientes. El mayor número de estos aseguraba pues a las gentes una participación más activa en el ejército, con el consiguiente predominio político que esto lleva consigo.

B. La "plebe".

No vamos a entrar aquí en el controvertido tema de los orígenes de la plebe romana (639), sino tan sólo de aquellos grupos humanos que sin encuadrarse en un ordenamiento gentilicio vivieron en la Roma proto-urbana en pie de igualdad con las gentes ya establecidas (640). Nosotros no creemos que el dualismo plebeyo-patricio se constituyera ya desde los orígenes, por lo que habría que hablar mejor de aquellos que gentes non habent que de "plebe". Por comodidad en la exposición escogemos sin embargo este último término, pero teniendo en cuenta las particularidades mencionadas.

Durante la época monárquica la plebe habitaba en la ciudad, como bien ha demostrado Magdelain (641), en esas nuevas aldeas que se formaban continuamente en las partes bajas. Las actividades que ejercía son aquellas propias de un medio urbano o proto-urbano, como son todas aquellas vinculadas a la industria y al comercio. Sus zonas de habitación eran entonces aquellas más aptas para el desarrollo de sus quehaceres, es decir las más próximas a las zonas de comunicación, que es lo mismo que las partes bajas, por donde entraban las materias primas que necesitaban y las ideas que ellos luego desarrollaban y por donde sacaban al exterior sus productos elaborados.

Una muestra de esta situación puede quizás encontrarse en la ordenación de las corporaciones laborales atribuida por Plutarco a Numa (642), aunque la mayoría de los autores modernos la

fechan, quizás con razón, en la época etrusca (643), según parece desprenderse de un pasaje de Floro (644). Aun así, no sería del todo extraño elevarla al reinado de Numa; las fuentes posteriores reconocen de todas maneras la gran antigüedad de la institución (645).

Toda esta población indeferenciada tenía en consecuencia los mismos derechos y deberes que las tradicionales gentes, todavía sin ninguna prerrogativa reconocida por la ley. Entre los deberes se encontraba lógicamente la obligación de servir en el ejército; como luego tendremos ocasión de comprobar, los "plebeyos" no permanecieron ajenos a la organización curiada.

La única distinción posible sólo cabe aplicarla en razón a los medios económicos de cada individuo, ya que la riqueza de cada uno condiciona su capacidad en cuanto a la calidad del armamento poseído, que es lo que determina a la larga su situación en el combate, pudiéndose dar el caso de superioridad de un "plebeyo" sobre un gentil.

4. DEL REX-SACERDOTE AL REX-GUERRERO.

El nacimiento de la realeza romana, tal como aparece documentada en las fuentes y generalmente admitida por la investigación moderna (646), es consecuencia directa del desarrollo económico y social que acabamos de reseñar. Su constitución hay que situarla por lo tanto a caballo de los siglos VIII y VII, momento en que las distintas comunidades romanas se funden en la federación septimontial. Se abre así el período conocido como de la monarquía latina, que un siglo después vendrá a ser sustituido por la fase real etrusca.

La época en que nos situamos es coincidente con las fechas que la tradición atribuye al reinado de Numa Pompilio (715-673). No vamos a tratar aquí sobre la historicidad o formación de la leyenda de este rey romano (647), pero sí es conveniente señalar un aspecto fundamental: La formación de una comunidad unida exige como base la existencia de una organización que sirva de apoyo a la vida pública de la comunidad, que sistematice todas las normas e instituciones anteriores adaptándolas a la nueva situación. Por otra parte, la tradición atribuye, y creemos que no sin fundamento, al rey Numa una reforma que rebasa el ámbito religioso que tradicionalmente se le concede para constituirse en una clara normativa política (648). Nosotros creemos que la reforma de Numa debe identificarse a la primera organización político-religiosa romana.

En los colegios sacerdotales incluidos en la *νομοθεσία* de Nu-

ma (649) se encuentran instituciones de diferente carácter, todas ellas marcadas con un tinte religioso muy acentuado. De su análisis resulta un hecho muy importante para nuestro estudio, que es la explicación del paso del rex exclusivamente sacerdote de las primeras aldeas romanas al rex tradicional que mencionan las fuentes.

Según la relación de Dionisio ocho son los colegios instituidos por Numa: curiones, flamines, tribuni celerum, augures, vestales, salii, fetiales y pontifices. No vamos a hacer aquí un estudio pormenorizado de estos sacerdocios, pues autores más competentes ya lo han hecho (650), sino tan sólo ver aquellos aspectos que puedan servir a nuestros fines.

El paso del rex-sacerdote al rex-guerrero se llevó a cabo mediante una fusión entre ambas funciones, la militar y la sacerdotal, documentándose huellas de la misma en las estructuras religiosas de la reforma numaica, principalmente en los flámenes y en los pontífices.

Una tradición recogida por Ennio (651) atribuía a Numa la creación de nueve flámenes, a los que posteriormente se añadieron seis más (652). Los más antiguos son los llamados flamines mayores: Dialis, Martialis y Quirinalis (653), y entre estos últimos destaca por su mayor importancia el primero de ellos, sacerdote provisto de unas prerrogativas de las que carecían los otros dos (654).

El flamen Dialis presenta en sus símbolos y en sus costumbres ciertas contradicciones que nos llevan a pensar en funcio-

nes ajenas a las meramente religiosas. Así, tenía derecho a una silla curul (655), a sentarse en el Senado (656) y a ser precedido por un lictor (657), símbolos todos de poder y de mando (658). Pero por otra parte, entre las prohibiciones a las que se veía sometido, un grupo de ellas le separaban de toda actividad guerrera, ya que no le estaba permitido ni prestar juramento y ni siquiera ver al ejército dispuesto en orden de combate, y como el dictador, tampoco podía montar a caballo (659), lo que en parte choca con el distintivo más claro de su indumentaria: el gorro de piel con el apex (660), deformación ritual del yelmo de la época pre-urbana. El eminente carácter sagrado del flamen Dialis queda bien reflejado en un pasaje de Livio, quien hablando de la reforma religiosa del rey Numa, dice que este rey subrogó en el flamen Dialis las principales funciones religiosas que él mismo realizaba (661).

Los otros dos flámenes mayores no se veían constreñidos por tantas prescripciones, y esto no debe tomarse como signo de una menor antigüedad, sino más bien por necesidades del culto: como dice Dumézil, no es por efecto de un relajamiento, sino que es así constitucionalmente (662). Parece ser incluso que el flamen de Marte sacrificaba en la festividad militar del Equus October (663).

El proceso de unión entre la función religiosa y la político militar se observa mejor en la figura del pontífice. Veamos cuáles son los elementos que detectan esta fusión.

En primer lugar tenemos la etimología (664), ya discutida

desde la antigüedad (665), y que la gran mayoría de los investigadores actuales admite a partir de una construcción de pons y facere (666). El problema se encuentra en determinar cuál es el significado profundo de pons, pues a pesar de las relaciones religiosas entre los pontífices y el pons Sublicius (667) no parece que esta correspondencia sea verdadera. Aunque se han propuesto diversas interpretaciones para la palabra pons (668), la opinión más dominante es la que admite para este término el antiguo valor indoeuropeo de "camino", "vía" (669).

El pontífice de época republicana representa un caso límite entre magistraturas y sacerdocios (670), ya que detentaba ciertas facultades que sólo competían a los magistrados. La mayor parte de estas facultades se eleva a la época de su creación, que fueron desvirtuándose paulatinamente conforme avanzaba el proceso institucional republicano. Así, las funciones que ejercía de tipo jurídico le vienen de la época en que todavía no se había producido la laicización del derecho, en que éste se identificaba con lo sacro.

Entre los poderes que se atribuían al pontifex maximus hay uno de singular importancia y que entra de lleno en el ámbito militar: nos referimos al imperium. El imperium del pontífice ha sido un tema muy debatido al que se le ha intentado dar diversas soluciones, sin que falte la opinión de negarle tal poder (671). Realmente pocos son los testimonios al respecto (672), pero la razón que se da para desecharlos, a saber que el imperium es un poder genuinamente militar que resulta extraño a la figura del pontífice republicano, no tiene suficiente base. Si partimos del

hecho de que el pontífice se rodeó de sus facultades cuando su creación, heredando incluso algunas de ellas de un período anterior, el que el pontífice, o su anónimo inmediato antecesor, detentara un imperium militar no puede resultarnos extraño (673). El colegio de los pontífices no fue una creación de la reforma religiosa de Numa, sino que arranca de tiempos anteriores, como lo muestra su modo de elección -se hacía por cooptatio (674) - y su existencia muy antigua en otras ciudades latinas (675).

Otros elementos de la figura del pontífice nos conducen también hacia la esfera militar: tales son las insignias de su poder (676). De dos pasajes de Festo (677) se desprende que el principal atributo del pontífice era la dolabra, tipo especial de hacha; también tenían los pontífices entre sus atributos el apex (678). Además, se hacían acompañar por lictors (679).

Por otra parte tenemos a los augures. La antigüedad de estos sacerdotes está fuera de dudas, elevándose, según la mayoría de los investigadores, a un lejano pasado prehistórico.

Etimológicamente augur se relaciona con augere, aumentar, por lo que viene a significar el que procura el aumento, esto es, el que confiere mediante un acto ritual un poder místico a aquel que es objeto del rito, predisponiendo de esta manera a la divinidad a favor del que es objeto de la inauguratio (680).

La tradición atribuye la creación del colegio de los augures a Numa, pero Rómulo y Remo pasaban ya por augures, y el mismo Numa había sido "inaugurado" rey (681). Numa sería por lo tanto el sistematizador de la doctrina augural así como funda-

dor de los Augures publici populi Romani Quiritium.

¿Qué conclusiones podemos sacar de este breve análisis de estos tres sacerdocios "numaicos"? En primer lugar, nos parece muy significativo el que todos ellos se compusieran originariamente de tres miembros. Respecto a los flámines y a los augures es algo universalmente reconocido. En cuanto a los pontífices, una cita de Cicerón menciona a cinco pontífices originales (683) y algún autor moderno parece admitirlo (684). Sin embargo, por otros indicios parte de la crítica moderna lo reduce a tres (685), número que también se encuentra en las colonias (686).

¿Existe alguna relación entre estos sacerdocios y las tres tribus primitivas? Para los augures hay dos testimonios directos, uno de Cicerón (687) y otro de Livio (688), que señalan que cada tribu debía tener igual número de augures. Bouché-Leclercq mantiene esta misma idea para los pontífices (689), aunque sin justificarla, mientras que De Francisci niega todo valor a esta correspondencia (690). Algo similar ocurre con los flámines, de los que tampoco existen testimonios referidos a su posible relación con las tres tribus romúleas. En seguida volveremos sobre el tema.

Por otra parte, hemos visto cómo en los sacerdocios de los flámines y de los pontífices existen elementos propios de la esfera político-militar que alternan con otros exclusivamente religiosos. ¿Qué significado se le puede dar? La respuesta es, en nuestra opinión, la siguiente: a la dicotomía existente en las primeras aldeas con un rex exclusivamente sacerdote y un jefe

militar, sucedió en el período siguiente una fusión de ambas figuras cuyo recuerdo se perpetuó en estos sacerdocios.

El significado profundo de pontifex se aproxima bastante al del primitivo rex, en el sentido de que ambos marcan el camino a seguir. La hipótesis de que el pontífice fuera la autoridad más alta dentro de las primitivas comunidades latinas ha sido ya percibida por algunos autores (691). La existencia de elementos militares entre las atribuciones del pontífice se elevan a esta época anterior a la reforma numaica y marcan ese momento en que la función guerrera y la función sacerdotal se identificaron en una misma persona.

Algo similar ocurre con los flámines, aunque la tradición es menos evidente al respecto. El proceso no fue lógicamente el mismo en todas las comunidades romanas, y allí donde no había pontífice era el flamen quien desempeñaba las mismas funciones. Los tabúes a que se veía sometido el flamen de Júpiter han de ser necesariamente de creación más reciente.

Los augures reflejan quizás la función primigenia del antiguo rex. Al rey Rómulo le define Cicerón como augur por excelencia: optimus augur (692). Ya vimos cómo el ἐῤῥῶς sículo tenía como función principal la de augur, y Mazzarino aproxima al primitivo rex romano a este mismo papel (693).

La monarquía latina nace pues de una aproximación entre las funciones militar y religiosa, que acabaron por fundirse en una única institución en sus cargos más altos. Las nuevas condiciones económicas y sociales imponían asimismo esta unificación de

de las dos principales funciones rectoras de la comunidad en una misma persona y cargo.

El rey aparece más que nada como intérprete de la voluntad de los dioses (694), asumiendo plenamente su antiguo carácter de la época pre-urbana, y es en virtud de esta situación donde encuentra el poder necesario para ejercer con eficacia el resto de sus funciones.

Junto a este calificativo de sacerdote, se encuentra en la figura del rey otro aspecto no menos importante, ya que fue cofundador de la institución: nos referimos lógicamente a la función guerrera (696), cuya dirección pasó a corresponder por naturaleza al poder real.

Otras instituciones de la reforma religiosa de Numa obedecen a distintas consideraciones.

Respecto a las vestales, es problemático determinar su antecesor inmediato, pues el primer sacerdocio femenino conocido en Roma. Su origen es muy antiguo (697), documentándose en diversas ciudades del Lacio (698). Las vestales se encontraban muy vinculadas al pontifex maximus y sorprende el hecho de que tuvieran entre su aparato externo a un lictor (699), símbolo de mando (700). Acaso tenían relación con aquellas mujeres de los tiempos pre-urbanos que realizaban ciertos ceremoniales de pro-

piciación bélica en los que utilizaban vestiduras militares y ejecutaban movimientos análogos a los del combate (701): en Roma existían unas saliae virgenes (702) y en Tusculum una praesula (703). Finalmente en este colegio encontramos nuevamente una organización ternaria (704) y en íntima relación con las tres tribus primitivas, según nos lo certifica Festo (705).

Tres de los colegios numaicos se vinculan directamente a la función militar: curiones, tribuni celerum y salios, y de ellos tendremos ocasión de hablar más adelante.

Finalmente el octavo sacerdocio incluido en la *komotegia* de Numa, el de los feciales, se vincula muy estrechamente con las relaciones internacionales de la comunidad romana, conservando y aplicando el ius fetiale (706).

La tradición antigua no concuerda en cuanto a qué rey debe atribuirse la instauración de la fetialis religio: Dionisio y Plutarco la elevan al reinado de Numa (707), Cicerón al de Tulo Hostilio (708) y Livio al de Anco Marcio (709). Los feciales es una institución que se documenta no sólo en el Lacio (710), sino también en diversos pueblos itálicos (711), y aunque algunas fuentes digan que los romanos la copiaron de sus vecinos montañeses (712), no es razón suficiente para pensar que no se diera originariamente en Roma (713). A favor de la antigüedad de los feciales hablan los instrumentos con que cumplían sus ritos: con una piedra se sacrificaba a un cerdo cuando la conclusión de un tratado (714) y con una jabalina de madera (hasta praeusta), sin la menor inclusión del metal, se procedía a la declaración de la guerra (715).

De los tres miembros que con toda seguridad componían primitivamente el colegio de los feciales (716), sólo se conoce el nombre de dos de ellos: el pater patratus y el verbenarius (717). El primero de ellos era el que presidía el colegio y el que cumplía todos los ritos (718). Su propia denominación de pater nos lleva a vincularlo con los padres, esto es, con el primitivo Senado que ya vimos existía en la época pre-urbana. El otro término, patratus, hay que relacionarlo con el verbo patro, de etimología dudosa, que significa "ejecutar", "realizar". El pater patratus es por lo tanto el "ejecutor de la voluntad de los padres" y también es al mismo tiempo uno de los padres.

El colegio de los feciales viene a ser, pues, la representación religiosa del Senado, en cuyo interior se reclutaban estos sacerdotes en la época que tratamos. Junto a ellos aparecen representantes del ejército en los colegios de los salios, tribunos de los celeres y curiones. En los augures se perpetúan a los antiguos reges pre-urbanos, mientras que pontífices y flámines vienen a significar ese estadio intermedio de la primitiva realeza. Finalmente el colegio de las vestales representaría a lo mejor al hogar, a la familia, célula de la organización social romana.

La reforma atribuida a Numa es como se puede ver un cúmulo de antiguas instituciones - tan sólo el colegio de los tribuni celerum es de creación contemporánea - adaptadas, reformándolas y reglamentándolas, a la nueva situación de una comunidad unida, cuya figura principal es el propio creador de esta organización.

El número "tres" que domina estos colegios se encuentra en íntima correspondencia con las tres federaciones anteriores, que al unirse en una única institución pasaron a ser las tres tribus primitivas de los Ramnes, Tities y Luceres.

De este cuerpo legislativo, que puede considerarse como la primera carta constitucional que tuvieron los romanos, emergió la figura clásica del rex, con todas sus características y funciones. No en vano la más antigua lista real consideraba a Numa como el primer rey de Roma (719).

5. EL "RITMO SACRAL DE LA GUERRA".

Otra importante innovación que la tradición antigua atribuía al rey Numa es la reforma del calendario (720). Hasta la reforma llevada a cabo por César en el año 46 a.C. (calendario juliano), los romanos se regían por un calendario lunisolar sin duda alguna de gran antigüedad. La época de su introducción era ya desconocida para los propios romanos, quienes, conscientes sin embargo de su remoto origen, lo elevaban al reinado del buen rey Numa.

Las investigaciones modernas niegan lógicamente tal atribución, ya que ven en él elementos extraños al antiguo fondo latino (721): así, figuran en él ciertas divinidades etruscas y también etruscos parecen ser determinados términos, tales como Idus y Aprilis (722). Las fechas propuestas lo sitúan en el siglo VI (723) o bien, con mayor probabilidad, en tiempos de los decenviros a mediados del siglo V (724).

En un reciente estudio sobre el primitivo calendario romano, el francés Ch. Guittard (725) establece tres fases hasta llegar al calendario republicano, también llamado pre-juliano y "numaico". La primera de ellas está constituida por un calendario de diez meses cuya creación era vinculada por la tradición a Rómulo (726). A continuación viene la fase caracterizada por un calendario lunar de doce meses cuya introducción se produjo con la monarquía etrusca. El tercer y último período es el propio ca-

lendarario republicano lunisolar, que se instituyó a instancias de los decenviros en el año 450a.C.

El calendario en uso en la época que tratamos es por consiguiente el de "Rómulo", cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. El hecho de que carezcamos de pruebas concretas sobre su existencia ha llevado a algunos autores a negarle toda historicidad (727); pero justo es reconocer que estos son los menos, ya que casi la generalidad de los autores antiguos y modernos admite que en un determinado momento estuvo en vigor (728).

El calendario de diez meses ha dividido a los cronologistas en dos escuelas. La primera de ellas defiende la teoría del "calendario corto" (729), en el sentido de que en los meses más duros del invierno, cuando las actividades agrícolas y militares se suspenden, se sufre un período de hibernación que el calendario, cuyo fin primordial es reglamentar las actividades de una comunidad, no toma en consideración puesto que es un período de inactividad. A esta opinión se le han hecho fuertes críticas (730), ya que se sabe que en invierno no se detienen los trabajos agrícolas y menos en un país mediterráneo (731).

La segunda escuela cuenta con más seguidores (732) y ha encontrado en A.K. Michels una puesta a punto definitiva (733) que a continuación resumimos.

Se inspira esta opinión en un sistema de división del tiempo, adoptado por algunos pueblos primitivos, que se apoya no en los movimientos del sol o en las fases de la luna, sino en fenómenos estacionales característicos, como son la aparición de los primeros brotes vegetales, de las hojas, la observación de las

migraciones de las aves, de las lluvias, de los vientos, etc. Mediante la contemplación de este tipo de fenómenos, que lógicamente no se escapan a un pueblo eminentemente agrícola, se puede confeccionar un calendario empírico. En consecuencia, es muy difícil dar de antemano a cada mes un número determinado de días, por lo que la longitud de los meses se apoyaba más que nada en determinadas actividades propias de tal o cual época del año. Así, se trae a colación un pasaje de Censorino en el que se subraya la longitud variable de los meses en la Italia primitiva (734). Según Plutarco, en el reinado de Rómulo la duración de los meses variaba entre veinte y treinta y seis días (735). En los escritos de los agrónomos latinos los trabajos agrícolas se localizan a base de observar los fenómenos naturales. En cuanto al número total de días de este año decamensual, debía ser similar al de un año solar normal: Plutarco dice que el año de Rómulo constaba de 360 días (736).

Un calendario como éste regía la vida de los primitivos romanos en los siglos VIII y VII y en él tenían cabida las más antiguas festividades agrícolas y militares.

Obedeciendo a una distribución lógica, las fiestas de naturaleza militar se reparten en dos grupos, correspondientes uno al comienzo de la campaña (marzo) y el otro al final de la misma (octubre). Con esto no se quiere decir que el ejército estuviese ausente los meses comprendidos entre marzo y octubre, sino que debía estar preparado desde los inicios del año y no purificarse hasta el final, estando así constantemente dispuesto para cual-

quier eventualidad.

El calendario "numaico" contiene diferentes festividades de carácter militar: Equirria, Quinquatrus, Tubilustrium, Equus October y Armilustrium. Todas ellas, salvo el Tubilustrium, pertenecen al viejo fondo latino, más alguna otra que no aparece en el calendario, como el tigillum sororium. Hablemos entonces de ellas.

Las Equirria constituía la primera fiesta militar del año. En el calendario figura los días 27 de febrero y 14 de marzo, lo que indica que en origen, y de acuerdo con el primitivo calendario de diez meses que acabamos de exponer, era una festividad móvil, propia de la estación pero sin un día fijo para su celebración.

Las fuentes antiguas atribuyen su instauración a Rómulo como una fiesta en honor de Marte (737). Originariamente consistía en una carrera de caballos (738), que posteriormente se convirtió en carreras de carros (739). Su celebración se llevaba a cabo en el Campo de Marte (740), en el lugar que luego se denominó Trigarium (741), y cuando éste se inundaba por las crecidas del Tíber - pues no debemos olvidar que el río baja con aguas altas en los meses de marzo y abril (742) - la ceremonia se trasladaba al Martialis Campus in Caelio (743).

El Quinquatrus se celebraba el día 19 de marzo y en un principio estuvo dedicado a Marte, antes de que Minerva, al igual que hizo Juno con la festividad del primero de marzo, le arrebatase la fiesta.

Todas estas celebraciones marciales se caracterizan por la participación de los salios, que como vimos representan a la más antigua formación militar que hubo en Roma. Los días 1, 9 y 23 de marzo los salios procedían a ancilia mouere, como ya se ha visto anteriormente, y el día 19, festividad del Quinquatrus, se realizaba la lustratio de las armas: una parte del rito consistía en una danza saliar en el Comitium en presencia de los pontífices y de los tribunos de los celeres (744). La aparición de estos últimos, jefes de la caballería, en un ritual que a primera vista parece como propio de la infantería es algo que no debe extrañarnos, ya que ambas armas no son excluyentes entre sí. Y así no en vano vemos cómo los salios participaban también en las Equirria del 14 de marzo, fiesta que también recibía el nombre de Mamuralia (745).

Respecto a la otra fiesta de carácter tradicionalmente militar, el Tubilustrium, se celebraba los días 23 de marzo y 23 de mayo, el primero de ellos dedicado a Marte (746) y el segundo a Vulcano (747).

En el Tubilustrium del 23 de marzo los salios realizaban un ritual que no tenía nada que ver con la purificación de las tubae, rito de donde toma nombre la fiesta. Por otra parte, el carácter militar de la tuba ha de vincularse al ejército hoplítico, cuyas formaciones iban precedidas por grupos de músicos, como se puede observar en las representaciones del conocido vaso Chigi (748). Además es sintomático que mientras las otras dos fiestas de comienzo de la campaña militar, las Equirria y el Quinquatrus,

tienen sus correspondientes en las celebraciones de regreso de la misma (Equus October y Armilustrum, respectivamente), no sucede lo mismo con el Tubilustrum. Latte trata de explicar este fenómeno considerando que la primitiva campaña duraba los dos meses que separan ambas celebraciones; las siglas Q.R.C.F., que aparecen en ambas ocasiones inmediatamente a esta fiesta, señalarían respectivamente el llamamiento y el licenciamiento del ejército (749). Pero como el mismo Latte añade, esta suposición sería correcta si se prueba que los días señalados con tales siglas se encuentran al comienzo y final de la campaña, y no hay indicios de ninguna convocatoria en el mes de octubre.

Así pues, todo parece indicar que el Tubilustrum como fiesta de purificación de las trompetas fue introducido en época de la monarquía etrusca, aunque ocupando un día - 23 de marzo - tradicionalmente dedicado a rituales militares. En favor de esta hipótesis está el hecho de que la tuba era normalmente reconocida en Roma como innovación etrusca (750), además de que si tal instrumento ha de vincularse al ejército hoplítico de ciudadanos, esto sólo pudo tener lugar con la monarquía etrusca, a uno de cuyos reyes, Servio Tulio, le atribuye la tradición la introducción de este ejército, en el que precisamente aparecen centurias de músicos compuestas una de cornicines y otra de tubicines, según el instrumento que llevaban (751).

Cerrando el período bélico del año nos encontramos con dos fiestas simétricas a las que dan comienzo al mismo: el Equus October y el Armilustrum.

Como en las Equirria de febrero y marzo, también el 15 de octubre comenzaba la celebración del Equus October con una carrera que nuestras fuentes nos dicen que era de bigas (752) pero que originariamente debió ser de caballos solos - "caballos de guerra", nos especifica Polibio (753) -, al igual que sucedió con la citada carrera de las Equirria. El Campo de Marte era de nuevo el escenario de la carrera.

Al finalizar la competición el animal vencedor era muerto con una jabalina, sacrificio que se dedicaba a Marte. Cuando eran carros los que corrían, el caballo sacrificado era el que estaba situado a la derecha del tiro del carro vencedor. Al animal se le cortaba la cola (754) y la cabeza. La primera era llevada inmediatamente a la Regia, de manera que todavía pudiesen caer unas gotas de sangre en el hogar. Por la posesión de la cabeza luchaban a continuación los habitantes de la vía Sacra y los de la Subura: si vencían los primeros, la fijaban en la Regia; si por el contrario eran los de la Subura los que conseguían la cabeza, la colgaban en la turris Mamilia (755). El sacrificio del caballo con fines militares está atestiguado en otros pueblos de la antigüedad (756).

El Armilustrum se celebraba el día 19 del mismo mes de octubre en el Aventino y consistía, como su correspondiente en marzo, en una purificación de las armas, manchadas de sangre en la campaña recién terminada (757). Nuevamente, y por última vez en el año, aparecen los salios llevando a cabo la lustratio, que se realizaba fuera de los límites del poblamiento para evitar que la sangre enemiga contaminase a la ciudad (758). Idéntica

finalidad tenían el ritual del Equus October y el del tigillum sororium, costumbre ésta de una gens particular que luego fue absorbida por toda la comunidad, como ya vimos: se celebraba el 1 de octubre y trataba de purificar a los guerreros de la sangre que habían derramado.

Cuando hace un momento hablábamos de los colegios sacerdotales atribuidos a Numa, dejábamos al margen a tres de ellos caracterizados todos por su vinculación al mundo militar: los salios, los tribunos de los celeres y los curiones. Veamos ahora lo relativo a los salios y dejemos para más adelante a las otras dos instituciones.

Al igual que los feciales significan la representación religiosa del Senado, lo mismo ocurre con los salios respecto al ejército (759). En su afán por ritualizar las instituciones públicas existentes, Numa separó una parte del ejército y la elevó al rango sacerdotal y sus ritos al de ceremonias estatales.

Este proceso de cambio, de paso de los salios como verdaderos soldados a sacerdotes, se ve perfectamente a través del armamento. Como a continuación tendremos ocasión de comprobar, los dos elementos más representativos del armamento saliar, el ancile o escudo en forma de ocho y el yelmo con apex, desaparecieron en el siglo VIII: el primero fue sustituido por el escudo redondo, mientras que el yelmo perdió el apex y adoptó una forma semiesférica, aunque con distintas variantes (760). Ambos permanecieron como simples objetos rituales, perdiendo todo su antiguo valor guerrero. Respecto al yelmo, es significativo como paula-

tinamente se va complicando el adorno en torno al apex, apareciendo los cascos de cresta y peine que poco a poco se alejan cada vez más de la función para la que fueron concebidos.

El armamento de los salios, al constituirse estos en sacerdocio, ya no evolucionó a la par de los soldados contemporáneos, sino que se paralizó allí donde se quedaron, dando así prueba de la antigua edad de la institución. Por el contrario, los jinetes del lusus troiae llevaban una lanza con punta de hierro, como expresamente dice Virgilio (761); es decir, que la creación de la caballería se produjo en un momento posterior, cuando este nuevo metal se utilizaba más frecuentemente.

6. LA ORGANIZACION MILITAR.

A. El armamento.

Tras el período "pacífico" de las primeras fases de la cultura lacial, el siglo VIII se destaca por la gran cantidad de armas que aparecen en sus tumbas. Diversos factores contribuyen a este fenómeno. Así, la abundancia cada vez mayor de metales hacía menos necesaria su reutilización, mientras que, por otra parte, el intenso comercio que se inició en este siglo VIII favorecía lógicamente el intercambio de conocimientos y medios bélicos. Muchos centros se constituyeron en núcleos artesanales con una especial dedicación a la industria de armas, como fue el caso de Ardea (762).

En otro orden de cosas, es también de destacar una notable mejora en la calidad y características del armamento merced a la utilización del hierro, que a lo largo del siglo VIII va sustituyendo paulatinamente al bronce en las armas ofensivas hasta conseguir desplazarlo en el siglo siguiente (763).

Veamos en primer lugar los tipos de armas para luego considerar sus consecuencias en el campo social.

En Roma todo el armamento ha sido hallado en las tumbas del Esquilino, excepto algunas espadas de las que se sospecha su proveniencia romana pero cuyo contexto arqueológico se desconoce. En líneas generales, las armas encontradas en Roma (764) se

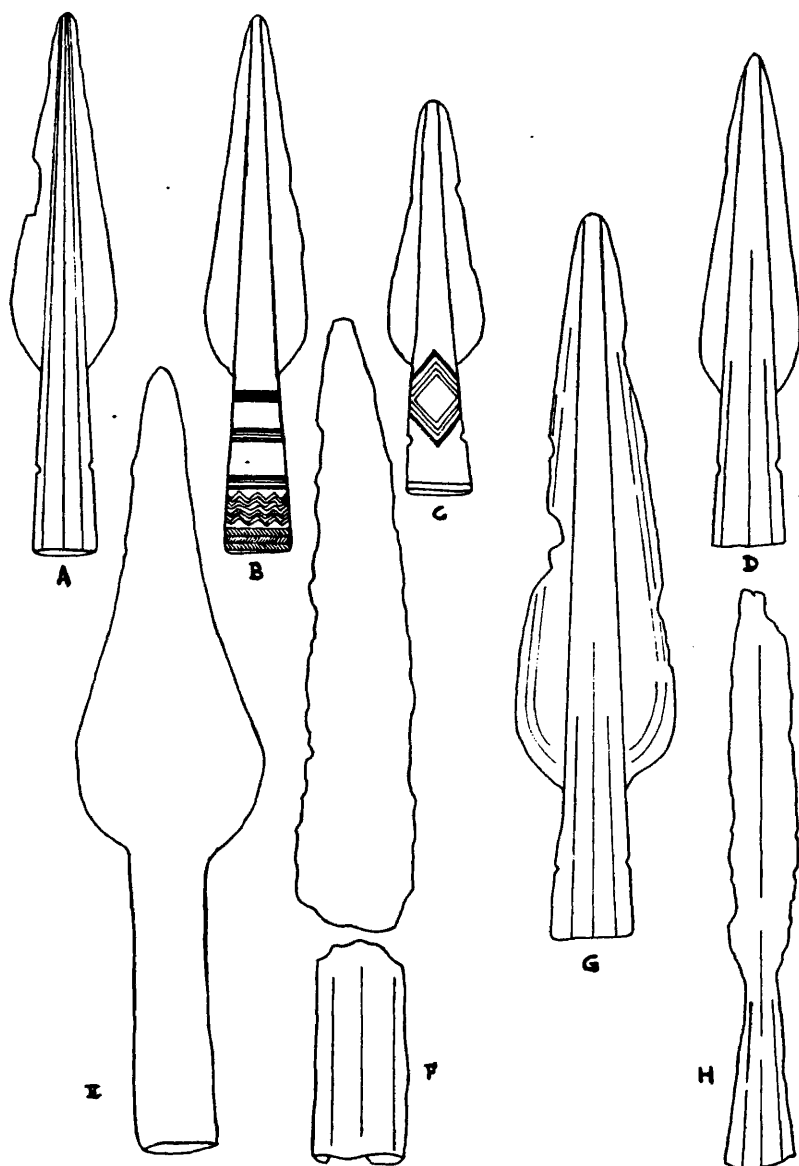


Fig. 18.- Puntas de lanza halladas en Roma (según H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, MDAI(R), 8, 1962, láms. 17 (A y B), 18 (C, D y G), 19 (F y H) y 30 (E).

componen de puntas de lanza, espadas, hachas, pectorales, un yelmo y un escudo.

En cuanto por el número de objetos, las puntas de lanza (765) son las que se documentan con mayor frecuencia, habiendo aparecido en las tumbas del Esquilino unas dos docenas. Normalmente son de bronce (Fig. 18, A, B, C, D y G), macizas, respondiendo a un tipo común entre los itálicos. Algunos ejemplares llevan la boquilla adornada con dibujos incisos (Fig. 18, B y C). El hierro es empleado con menos frecuencia y contemporáneamente a su utilización en otros centros latinos (766) (Fig. 18, E, F y H).

Por lo que respecta a las espadas (767), constituye un valioso ejemplo de las relaciones comerciales en la Italia del siglo VIII. De los siete ejemplares atribuidos a Roma, tres de ellos se encuadran en un claro contexto arqueológico. Por sus características destaca entre todas la espada de bronce del Palazzo Brancaccio (768) (Fig. 19, B). Es una espada de antenas clasificada por Bianco Peroni dentro del tipo Rocca di Morro, variante local del tipo más extendido denominado "Tarquinia", con claras concomitancias con el mundo centroeuropeo (769). Otra variante del mismo tipo "Tarquinia" es la espada con empuñadura de volutas encontrada en la tumba XCVIII del Esquilino (770) (Fig. 19, A); por lo contrario, este último ejemplar es de hierro, pero ambos datan de la misma época: siglo VIII ; asimismo, el área de distribución de estas espadas es muy similar, constituyendo el Lacio su extremo sur (771).

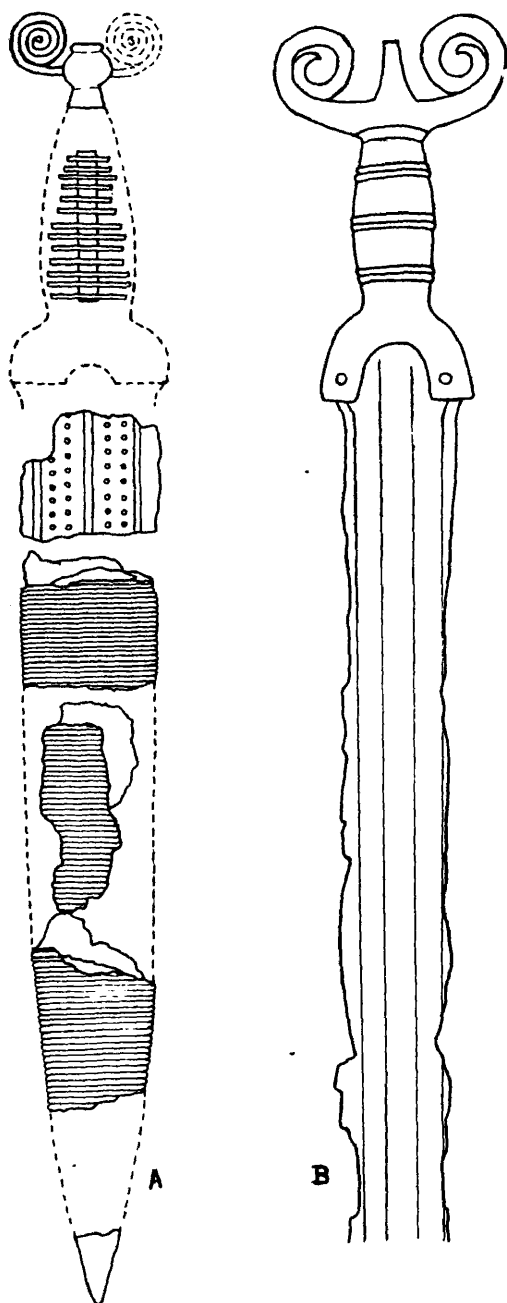


Fig. 19

Espadas de bronce procedentes de Roma según H. Müller-Karpe, Zur Stadwerdung Roms, MDAI(R), 8, 1962, lám. 16.

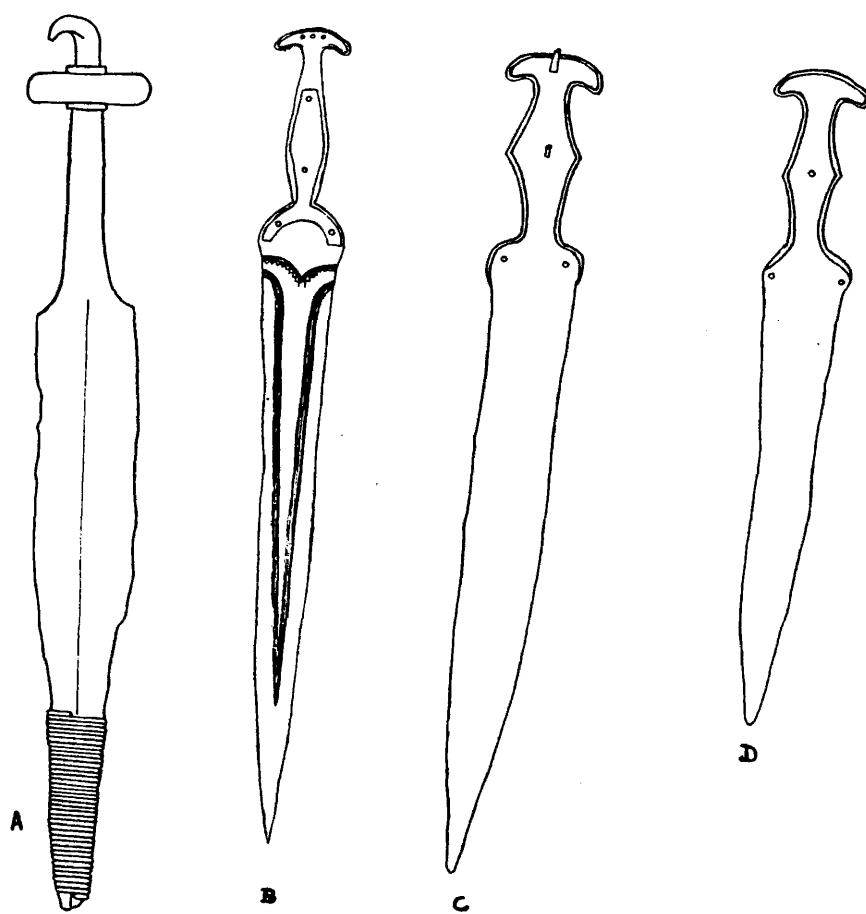


Fig. 20.- Espadas procedentes de Roma, según H. Müller-Karpe, Zur Stadwerdung Roms, MDAI(R), 8, 1962, lám. 19 (A), y V. Bianco Peroni, Die Schwerter in Italien, FBf, IV,1, München, 1970, láms. 35 (B y C) y 37 (D).

También del siglo VIII son tres espadas "itálicas" procedentes de Roma cuyo contexto arqueológico se desconoce: dos de ellas son encuadradas por Bianco Peroni dentro del tipo Terni (Fig. 20, C y D) y la tercera en el tipo Cumas (Fig. 20, B) (772). A caballo entre los siglos VIII y VII pertenecen dos espadas de hierro encontradas en las tumbas XII y CXXVII del Esquilino - esta última no está muy clara por su carácter fragmentario (773) - de menor longitud que las anteriores y clasificadas dentro del tipo "lengua de carpa", con amplios paralelos en todo el Lacio (Caracupa, Ardea, Praeneste - la célebre espada de la tumba Bernardini) y en el sur de Etruria (Fig. 20, A) (774).

La última representación de armas ofensivas la tenemos en dos hachas de bronce halladas en el Esquilino, la primera como hallazgo único en la plaza de Santa Maria Maggiore y la segunda en una tumba de la plaza de San Antonio, y actualmente conservadas en el Museo Preistorico Pigorini (Fig. 21) (775).

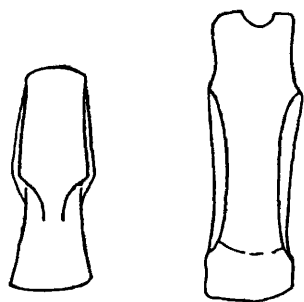


Fig. 21.- Hachas de bronce encontradas en Roma, según H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, MDAI(R), 8, 1962, lám. 43.

Las armas defensivas encontradas en el solar de Roma se reducen a un escudo, un yelmo y tres pectorales. Respecto al primero sólo se conservan unos fragmentos recogidos en la tumba XCIV del Esquilino pero que permiten reconstruir el objeto (776). Es un escudo redondo, de bronce, de aproximadamente un metro de diámetro; es característico un colgante de bronce, afianzado a la parte inferior del mengo, que representa una figura humana esquemática con dos cabezas de ave en los lados; este motivo desempeñó tanto en la Europa central como en la península Itálica un papel de protección mágica contra la desgracia (777). Por este motivo, la pieza se vincula al mundo villanoviano meridional (778), aunque el escudo redondo puede considerarse como de invención universal (779). El Ineditum Vaticanum recuerda que los romanos adoptaron este tipo de escudo de sus vecinos etruscos (780).

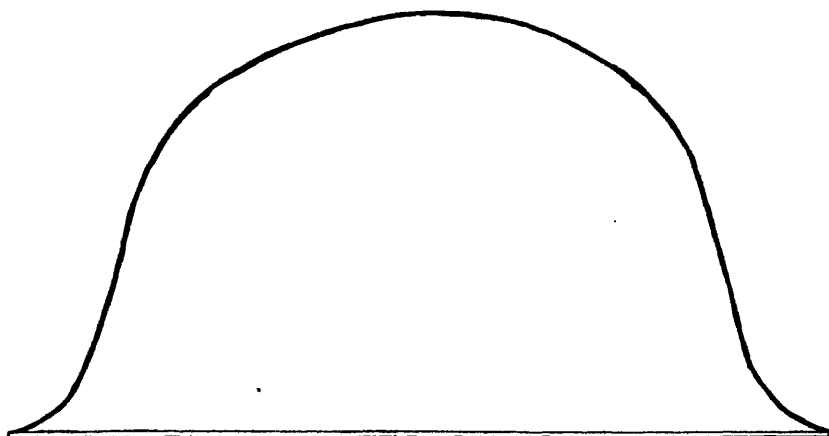


Fig. 22.- Yelmo de bronce procedente de la tumba XCIV del Esquilino, Roma (según H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, MDAI(R), 8, 1962, lám 20).

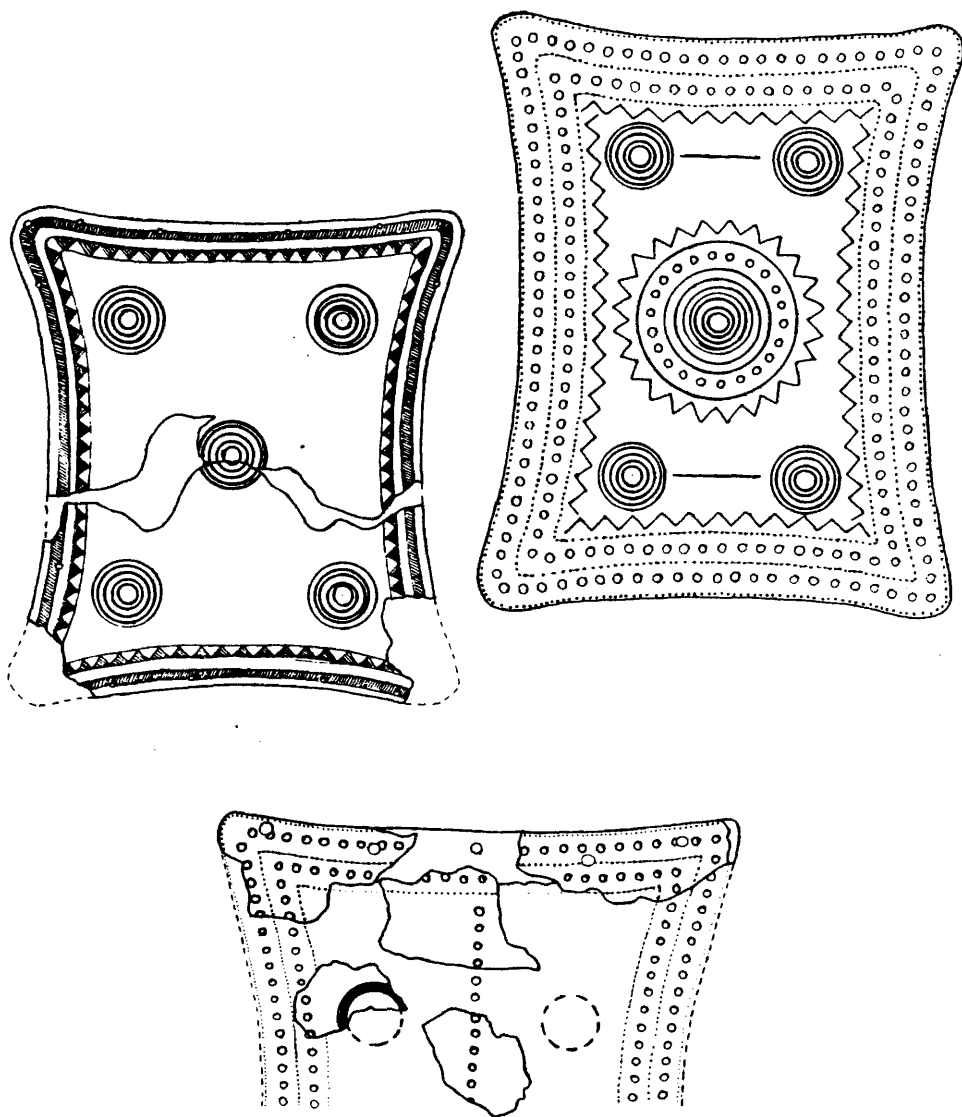


Fig. 23.- Pectorales de bronce hallados en Roma, según H. Müller-Karpe, *Zur Stadtwerdung Roms*, *MDAI(R)*, 8, 1962, láms. 15 (A y B) y 16 (C).

De la misma tumba XCIV del Esquilino proviene el único yelmo hallado hasta ahora en Roma (781). Es un casco hemiesférico de bronce, con amplio reborde curvado. El tipo aparece muy documentado en dos áreas principales: en torno a la etrusca Vetulonia y en el Piceno (782). Algunos lo consideran de origen etrusco (783), pero también se conocen ejemplares en ambiente hallstático centroeuropeo (784). El hallado en Roma constituye el ejemplo más meridional, conociéndose otro en Veyes (785) (Fig. 22).

Provenientes asimismo del Esquilino (tumbas XIV, LXXXVI y XCVIII) son tres pectorales de bronce (786), de forma rectangular con los lados curvos y decorados con cinco relieves circulares en punta dispuestos en forma de X. Estos pectorales se colocaban en el centro de una casaca de cuero a modo de kardiophylax. Estos objetos son muy corrientes en el mundo etrusco meridional (787), destacando entre todos el ejemplar de la Tomba del Guerrero, en Tarquinia, hecho de bronce y oro (788) (Fig. 23).

Por las áreas de distribución geográfica de los distintos objetos reseñados, vemos cómo Roma, y en general todo el Lacio, participa, en cuanto a las armas se refiere, del mismo ambiente cultural que la Etruria meridional.

Asimismo se pone claramente de manifiesto la privilegiada situación de Roma en el comercio de los metales, constituyendo en algunos casos la extremidad sur del área de distribución de algunas de estas armas. En este sentido, es perfectamente posible que el yelmo de la tumba XCIV del Esquilino, así como el de

la Tomba Campana de Veyes, provengan de un taller de Vetulonia, donde se sabe que existía una importante producción de este tipo de yelmos (789).

En la época pre-urbana los latinos no se enterraban con sus armas y de ahí esa calificación de "pacífico" que se le da al período. La escasez de metal probablemente les obligaría a ello, y en su lugar optaban por unas representaciones miniaturísticas de las mismas (790). Con la época proto-urbana el panorama cambia y el guerrero se hace enterrar con su panoplia para testificar su prestigiosa posición social (791).

La riqueza de determinadas armas del Esquilino hablan de los individuos que las poseían. Esto es especialmente claro para algunas espadas, como las del tipo Terni, atribuibles a elementos socialmente importantes (792). Muchas armas llegaron a Roma por el comercio y sólo los individuos de cierta riqueza podían adquirirlas. La tumba XCIV del Esquilino es representativa del rango social de su poseedor, ya que fue sepultado con escudo, yelmo e incluso un carro de dos ruedas (793).

Una última cuestión se impone a este análisis: ¿es posible hablar a la vista de estos hallazgos, de una especialización en la función militar en la capa superior de la sociedad? En otro lugar ya hemos expuesto nuestra opinión negativa al presunto carácter feudal que tendría la primitiva sociedad romana, con los señores-guerreros a la cabeza. Por otra parte, no se observa en nuestras fuentes ningún indicio que permita suponer, a ejemplo de la India védica, la existencia de una casta de guerreros.

B. Las curias. La infantería.

La curia del período proto-urbano es consecuencia inmediata de la curia de la época anterior. En esencia sigue siendo una reunión de soldados, aunque el elemento religioso comienza a tomar fuerza, y continúa presentándose como la expresión de la comunidad de aldea, forma que en definitiva adoptaba el proceso de poblamiento de Roma.

La opinión que ve en las curias de la fase proto-urbana una creación artificial destinada principalmente a establecer un cuadro de leva fijo para la infantería (794), carece, a nuestro parecer, de todo sentido. La relación 1/10 entre tribus y curias (referida a la organización militar) la consideramos como anacrónica, ya que sólo pudo ser establecida en un momento de centralización de poder. En los tiempos que tratamos la independencia de ambas instituciones es manifiesta.

El número de curias existente en el período proto-urbano no puede establecerse con seguridad. La cifra de treinta y uno que da Palmer como colofón de su estudio sobre las curias (795) no puede aceptarse en su totalidad, ya que adopta criterios que rebasan cronológicamente el marco propuesto.

Como primera condición se puede establecer un límite territorial que vendría determinado por la extensión de las tres tribus primitivas, aproximadamente coincidentes con las tribus servianas Palatina, Esquilina y Suburana, ya que el resto del territorio romano no fue ocupado "oficialmente" hasta los tiempos de

la monarquía etrusca.

El primer criterio a tener en cuenta a la vista de establecer la localización de las curias proto-urbanas es lógicamente los nombres de aquellas que conocemos. Estas son ocho: Foriensis, Rapta, Veliensis, Velitia, Titia, Faucia, Acculeia y Tifata (796).

Un primer problema que plantea el nombre de estas curias es su procedencia. Es opinión general que unas tienen nombre gentilicio y otras son designadas con adjetivos toponímicos, observación que no faltó en los autores antiguos (797), aunque parte de la tradición recuerda que las curias recibieron su nombre de las sabinas raptadas por Rómulo (798).

Actualmente se admite que las curias con denominación gentilicia son cuatro: Acculeia, Faucia, Velitia y Titia. Sin embargo, gentes con este nombre sólo se documentan en Roma a partir del siglo I a. C. Los Acculeii se conocen como magistrados monetales en un denario de hacia el 37 a.C. en cuyo anverso figura la leyenda P. ACCOLEIVS LARISCOLVS (799); la gens parece proceder de Aricia (800). Por lo que respecta a Faucia, tan sólo se conoce un personaje con este nombre, citado por Cicerón como natural de Arpino (801); la derivación que hace Schulze a partir del etrusco vauxa no nos parece convincente, lo mismo que Velitia del etrusco velitha (802). El gentilicio Titius es el que tiene mayor extensión, pero ninguno de los conocidos en Roma es anterior al año 44 a.C. (803); entre las poblaciones sabélicas no parece que haya sido usual (804), pero sí entre los etruscos, donde se documenta desde finales del siglo VII (805).

Como podemos observar, para las tres primeras curias los testimonios aportados no son suficientes, y ni siquiera válidos, para poder hacer derivar su denominación de nombres gentilicios. Todo parece por el contrario que haya que invertir los términos de la afirmación y pensar con mayor probabilidad que en todo caso fueron estas gentes, por lo demás plebeyas (806), las que tomaron sus nombres de las curias. A la vista de todo esto, creemos que el nombre de las curias tiene un origen topográfico muy marcado (807).

Según cuenta la tradición (808), como la sede de las curias en el ángulo nordeste del Palatino (809) se hubiera quedado demasiado pequeña, Rómulo las trasladó a un nuevo edificio cerca del Compitum Fabricium, en las faldas del Celio (810); pero por razones religiosas siete curias no pudieron moverse, teniendo que permanecer en la antigua sede de las curiae veteres.

Sin duda alguna, las curiae veteres eran originariamente un lugar de reunión de los pobladores del conjunto Palatino, donde se juntaban tanto con fines religiosos como políticos. El traslado de las curias a su nuevo emplazamiento significa el momento de la unión entre las aldeas romanas canalizada a través de las tres federaciones que darían lugar a las tres tribus: el punto elegido se sitúa en la confluencia de estas tres comunidades y nos habla de ese momento en que todavía el Foro no desempeñaba el papel tan destacado que inmediatamente después tuvo como centro político de la ciudad (811). La permanencia de esas siete curias palatinas en su primitiva sede se explica exclusivamente

a efectos religiosos, nunca políticos.

Hasta nosotros ha llegado el nombre de cuatro de esas siete curiae veteres: Foriensis, Rapta, Veliensis y Velitia (812), y a la vista de lo expuesto su localización ha de buscarse en el ámbito Palatino-valle del Foro, territorio de una de las federaciones y de una de las tribus. Respecto a la Veliensis, su correspondencia con la Velia y con la aldea situada en su cumbre no ofrece ninguna duda. Etimológicamente, Foriensis se relaciona con Forum, por lo que esta curia debía estar en un lugar del valle del Foro, con toda seguridad no lejos de la falda del Palatino. La palabra Velitia lleva la misma raíz que Veliensis y que Velia y parece un diminutivo de esta última: la "pequeña Velia"; sería pues un núcleo de población desgajado de la propia Velia y situado evidentemente en sus proximidades por la vertiente del Foro. Finalmente sobre la curia Rapta creemos que por el momento no existe la más mínima posibilidad de precisar sobre su ubicación.

De las cuatro restantes curias de nombre conocido poco se conoce, excepto de la curia Acculeia, cuya situación se puede precisar. Apoyándose en sendos textos de Varrón (813) y de Macrobio (814), Palmer ha situado acertadamente a la curia Acculeia en la Nova via, cerca de la puerta Romana o Romanula, esto es, a los pies del Palatino, en el Velabro, en dirección al Capitolio (815). Esta curia se vincula pues al grupo de las anteriores al pertenecer como ellas al conjunto denominado Palatino-valle del Foro.

De la Titia, la Faucia y la Tifata nada hay excepto sus nom-

bres. La palabra Tifata parece relacionarse con un bosque de encinas: Tifata illiceta, dice el epítome de Festo (816). La opinión que defiende la localización de la curia Tifata en el Quirinal en razón a un extraño juego de palabras que hace derivar tifa de un término mediterráneo teba, que significa colina (817), no nos parece que tenga muchas probabilidades de acierto. La mayor parte de los bosques de encinas que había en Roma se encontraban en el Esquilino y en el Celio, como ya se dijo anteriormente, por lo que la curia Tifata ha de buscarse en estas regiones.

Respecto a la curia Fautia, su nombre ha de relacionarse etimológicamente con faux, usado siempre en plural fauces, y que viene a significar puerta, garganta, paso estrecho en general. Por Marcial (818) conocemos la existencia en Roma de un lugar denominado primae Fauces, que unía el Argileto con la Subura. En el estado actual de la investigación no es permisible sin embargo identificar la curia Fautia a las primae Fauces, pero sí establecer por esta comparación una firme base topográfica para esta curia.

Finalmente la curia Titia encuentra paralelos en otras dos antiguas instituciones de la Roma primitiva: los sodales Titii y la tribu de los Tities o Titienses. Respecto a los sodales Titii escasísimas son las noticias en torno a este sacerdocio. Tácito los relaciona con el rey Tito Tacio, aunque se contradice cuando habla de su fundador: en un pasaje de su obra dice que fueron creados por el propio Tito Tacio para perpetuar los cultos sabios en Roma (819), mientras que en otro lugar es Rómulo quien

instituyó dicho colegio en dedicación al rey Tito Tacio (820). Por su parte, Varrón relaciona a los sodales Titii con ciertas prácticas augurales (821). De su historia sólo se sabe que habiendo decaído durante la República, en su afán por devolver a la vida ciertas instituciones religiosas que con el paso del tiempo habían sido olvidadas, Augusto resucitó el colegio (822). La curia Titia parece haber gozado de gran predominancia, ya que impuso un sacerdocio exclusivo de ella a toda la comunidad e incluso dio nombre a su tribu. Su localización tiene por lo tanto que comprenderse en un lugar indeterminado dentro del territorio de la tribu de los Tities.

La tradición de la época pre-urbana nos proporciona un segundo elemento de apoyo para la ubicación de las curias. En efecto, con toda seguridad se puede afirmar que las ocho aldeas que celebraban la festividad del Septimontium se constituyeron en sede de sendas curias (823).

La existencia atestiguada de la curia Veliensis nos autoriza con toda probabilidad a extender esta misma característica a las restantes aldeas septimontiales: un texto de Dionisio parece confirmarlo al decir que las curias romúleas tomaron su nombre bien de sus jefes o bien de los νάγωι (824), entendiendo este último término como colina (825). Así pues, junto a la auténtica Veliensis, habría que admitir como curias la Cermalensis, la Palatina, la Facutalis, la Oppia, la Cespia, la Suburana y la Caelia (826).

En tercer lugar tenemos el antiguo itinerario de los Argei, extraño ritual cuyo exacto significado no alcanza a comprenderse (827). En la relación que nos ha llegado la ceremonia parece elevarse a la época de la monarquía etrusca, al reinado de Servio Tulio (828), pues el itinerario comprende capillas situadas en el Quirinal (829). Sin embargo, la existencia de estos enigmáticos lugares de culto se eleva a tiempos muy anteriores: Livio atribuye la consagración de estas capillas a Numa (830).

La relación entre curias y Argei es clara, y así ha sido ya observado por cualificados autores (831). Algunos de los Argei coinciden con aldeas pre-urbanas y por lo tanto con curias (832). El dato más interesante nos lo proporciona Dionisio, quien habla de treinta Argei en vez de los veintisiete establecidos (833); es claro que el historiador griego estaba pensando en las curias cuando escribía este párrafo, ya que ambas cosas estaban estrechamente relacionadas. El número de Argei nos puede proporcionar por otra parte un indicio para averiguar el número de curias existente en el período proto-urbano: en efecto, si descontamos las seis capillas situadas en la región Colina, nos quedan veintiuna para las tres restantes.

De estos últimos Argei conocemos la ubicación de diez, pertenecientes tres a la región Suburana, cinco a la Esquilina y dos a la Palatina. Estos últimos se sitúan uno sobre el Germal y otro en la Velia (834). De los cinco del Esquilino, tres se encuentran en el Oppio y los dos restantes en el Cispio (835). Los otros tres Argei son localizados por Varrón (836), nuestra fuente principal, uno en el mons Caelius, es decir en el promontorio

occidental del Celio; el segundo en la cumbre oriental de este mismo monte, esto es en el Caeliolus, y el último sub muro terreo Carinarum, es decir, en el valle del Coliseo próximo a las faldas del Oppio.

Algunas otras tradiciones y rituales también pueden ser indicativos de antiguas curias. Así, en el rito ya mencionado del Equus October vimos como la cabeza del caballo sacrificado era disputada por las gentes de dos zonas de Roma próximas entre sí: los habitantes de la Subura y los de la Sacra via, teniendo los primeros su centro en la turris Mamilia y los segundos en la Regia (837).

Sin duda alguna, este ritual nos ha conservado el recuerdo de una antigua lucha entre dos poblamientos de Roma independientes entre sí, que luego se perpetuó en el ámbito religioso. Nos encontramos entonces ante dos núcleos antiguos de población, que a los efectos es lo mismo que dos curias, situados cada uno en grupos diferentes: la Subura pertenece al ámbito general del Esquilino y la Sacra via al del Palatino.

Hasta ahora nos hemos preocupado exclusivamente de las fuentes escritas, pero indudablemente también la arqueología puede aportar alguna luz al problema: nos referimos en concreto al hallazgo de restos de cabañas atribuibles al siglo VII en el valle del Foro.

En sus excavaciones bajo los cimientos del Equus Domitiani, E. Gjerstad encontró huellas de un poblamiento cuyos momentos iniciales se sitúan en el siglo VII (838) y que es contemporáneo

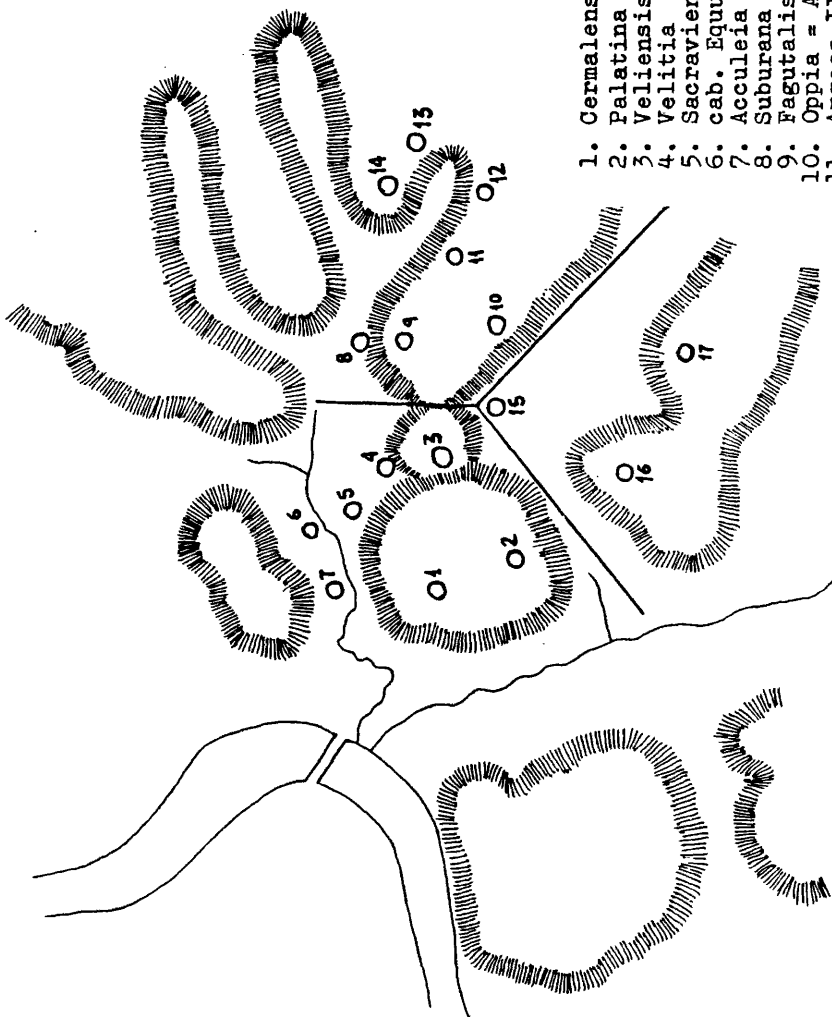
a otro ubicado en torno al templo de César y al arco de Augusto (839).

Los últimos años del siglo VIII, o quizás los primeros del siguiente, vieron aparecer el primer establecimiento humano estable sobre el solar de la futura Regia en forma de un agregado de cabañas que pudo alcanzar hasta un total de veinte unidades, como lo prueban las excavaciones llevadas a cabo en ese lugar (840).

La proximidad entre el grupo de cabañas de la Regia y el del templo de César-arco de Augusto hace pensar que se trate de un mismo poblamiento; las cabañas del Equus Domitiani se encuentran un poco alejadas y separadas por el arroyo del Foro, por lo que sería un núcleo de poblamiento distinto. Nos encontramos entonces ante dos nuevas curias.

Una singular coincidencia nos la proporciona la confrontación entre el poblamiento de la Regia y la tradición del Equus October: los habitantes de la Sacra vía tenían su centro en la Regia, por lo que serían precisamente los moradores de las cabañas encontradas en este último lugar. Por otra parte, entra dentro de lo posible identificar las cabañas del Equus Domitiani con la curia Foriensis, aunque hasta el momento no deja de ser una hipótesis sugestiva pero carente de toda confirmación.

Si sobreponemos el mapa de la época pre-urbana a éste de la proto-urbana (fig. 24), observamos cómo el panorama cambia por completo. Hasta entonces limitado a las alturas, el poblamiento desciende y ocupa las partes bajas. La aldea continúa siendo la



1. Cermalensis = Argeos IV5
2. Palatina
3. Veliensis = Argeos IV6
4. Velitia
5. Sacrauiensis = cab. Regia
6. cab. Equus Dom. = Foriensis?
7. Acculeia
8. Suburana
9. Fagutalis
10. Oppia = Argeos III?
11. Argeos II3
12. Argeos II4
13. Argeos II5
14. Cispia = Argeos II6?
15. Argeos I6
16. Caelia = Argeos I1
17. Caeliolensis = Argeos I4

Fig. 24.- La Roma proto-urbana: curias y tribus.

forma característica de habitación, constituyendo en su conjunto a lo largo tanto de las crestas como de las laderas y valles un rosario prácticamente ininterrumpido de zonas habitadas.

Como se ha venido diciendo repetidamente, la curia constituye la expresión más palpable de la comunidad de aldea, y con razón se ha dicho que Roma se formó mediante una agregación de curias (841). Como unidad religiosa, política y sobre todo militar, la curia se convierte en la piedra angular de la vida pública romana.

En los escritos de Mommsen se mantenía que en su origen las curias constituían un monopolio exclusivo de los patricios, ya que la plebe no pertenecía al orden ciudadano (842). Algún autor más moderno sigue esta opinión (843), pero puede decirse que en general ha sido rechazada (844), basándose sobre todo en que tal distinción no existió sino hasta un período avanzado, mientras que por otra parte parece que los plebeyos nunca fueron excluidos de las curias: el conjunto de estas es denominado en las fuentes populus, término que siempre ha designado a todos los ciudadanos y no solamente a los patricios (845).

Como habitantes de las aldeas, tanto las gentes como aquellos que gentes no habent participan de los mismos derechos y deberes que la comunidad exige a todos sus miembros, y la pertenencia a la curia es el único medio existente para ello.

Ni los extranjeros, ni las mujeres, ni los niños tenían capacidad para estar en las curias (846). Es decir, que el significado de curia como co-uiria, como reunión de hombres armados,

permaneció intacta en toda la historia romana primitiva. Y nuevamente hemos de hacer hincapié, por lo tanto, en su genuino carácter militar.

El paso de la adolescencia a la virilidad viene marcado en la Roma primitiva por la entrada en la curia: el muchacho deja de serlo para pasar a ser considerado como hombre, sirviendo de criterio su capacidad para el servicio de las armas. En consecuencia se hace entonces necesaria la existencia de un rito de entrada, característico en cada curia, en el que los aspirantes a soldados sufrían unas pruebas de aptitud en las que se mezclaban elementos religiosos con otros de naturaleza militar. En el capítulo anterior ya tuvimos ocasión de hablar de este tema y remitimos a lo allí expuesto.

La curia se constituye entonces más que como una circunscripción de reclutamiento, en una unidad militar con personalidad propia. Al igual que en el período anterior, la curia seguía significando al conjunto de soldados, de hombres capaces de llevar las armas, que la aldea podía proporcionar al ejército de la comunidad.

Es opinión generalizada entre la investigación moderna que el primitivo ejército romano constaba de tres mil infantes, reclutados a razón de mil por tribu y cien por curia, llegándose incluso al extremo de admitir una tercera división de diez hombres por gens (847).

Sin embargo, estas afirmaciones no encuentran un apoyo amplio en los datos transmitidos, pues solamente Varrón (848) dice

que cada tribu proporcionaba mil soldados de a pie (849), y de la relación de cien infantes por curia no existe ningún testimonio explícito (850), siendo el más próximo un texto de Dionisio (851) que transcribe la curia en griego por λόχος, término militar que designa a un cuerpo de soldados de magnitud variable (852) que en algunos casos puede alcanzar el número de cien (853).

Otro argumento en favor de la organización decimal - en cuanto a las unidades superiores se refiere - es la etimología de miles (854), que ya los antiguos hacían derivar de mille, mil (855): así, el nombre del comandante del contingente proporcionado por cada tribu, el tribunus militum, significa que tiene mando sobre mil soldados, opinión que se ve avalada por la transcripción griega, que utiliza el término χίλιαρχος. Aunque parece que la etimología de miles propuesta es la más admitida, y quizás sea la correcta, es obligado decir que no deja de ser discutida, habiéndose propuesto otros orígenes y derivaciones (856).

Sin embargo, la rigidez de este esquema no responde a la flexibilidad de las estructuras socio-políticas de la Roma proto-urbana. Se ha intentado explicar que las cifras no son exactas, sino que tienen solamente un mero valor esquemático y que representan "l'ordine di grandezza" de las diferentes unidades (857). No obstante, el sistema sigue siendo muy rígido y en ningún momento se pueden asignar cifras, aunque estas sean aproximadas (858). La cualidad de soldado es idéntica a la de hombre,

siempre que se hayan superado los ritos correspondientes y probablemente hasta que se hubiera alcanzado una determinada edad o causa física mayor lo impidiera (859), y si admitimos cifras similares o iguales de soldados por cada curia, forzosamente hemos también de admitir, como dice Palmer (860), que cada curia disponía de recursos muy parecidos, y esto es inaceptable en la Roma proto-urbana partiendo de la ecuación curia = aldea: unas aldeas tenían más fuerza que otras, y así se puede explicar cómo, por ejemplo, el Palatino impuso un dominio cultural al resto de las comunidades.

Probablemente los armados de este período seguían recibiendo el nombre de quirites, como pertenecientes a la curia. La unidad de combate, si es que verdaderamente existía, era la curia, dentro de la cual los guerreros combatían por grupos parentales (861). Los clientes, como miembros de las gentes, eran admitidos en las curias (862), pues no debemos olvidar que una de las principales obligaciones, si no la primitiva, de los clientes era servir a los intereses militares de su patrono y de su gens (863).

Con esto no pretendemos negar la existencia en un determinado momento del ejército curiado-centuriado compuesto por tres mil infantes. En un estudio memorable, P. Fraccaro ha mostrado cómo el "ordinamento militare serviano colle sue 60 centurie di linea rappresenta un raddoppiamento dell'esercito primitivo colle sue tre migliaia e le 30 centurie di fanti" (864). Es decir,

que el ejército hoplítico cuya creación se atribuye acertadamente a Servio Tulio no nació de la nada, sino de la situación inmediatamente anterior.

El documento más antiguo conocido de utilización de armamento hoplítico en Etruria se encuentra en la Tomba del Guerriero, en Tarquinia, datable hacia en año 730 aproximadamente (865). A partir de aquí la panoplia hoplítica se extendió rápidamente, alcanzando ya el Lacio en la primera mitad del siglo VII (866). Sin embargo, la táctica bélica que acompaña a este tipo de armamento se instauró más tarde, y puede decirse que hasta mediado el siglo VII no se encontraba extendida por la Etruria meridional (867). Al igual que sucedió con el armamento, la táctica hoplítica también llegó al Lacio procedente de Etruria. En el caso de Roma, este nuevo sistema bélico alcanzó su pleno desarrollo merced a la reforma serviana, pero los etruscos ya llevaban una treintena de años de dominio político en Roma. La tradición coloca en este período en el trono romano al primer rey etrusco, Tarquino Prisco. Este monarca es presentado con un afán reformista de las instituciones militares, lo que le llevó a enfrentarse a la clase sacerdotal romana, representada por el augur Attus Navius, a propósito de ciertas innovaciones que pretendía introducir en la caballería tradicional (868). Nuestra opinión es que estas reformas no sólo las quiso llevar a cabo en la caballería, sino que también la infantería experimentó, y en mayor grado, su espíritu innovador: Tarquino Prisco sería en definitiva quien estableció el número fijo de las treinta curias, estipulando que cada una de ellas proporcionaría una centuria al

ejército. El establecimiento del ejército hoplítico en Roma se llevó a cabo entonces en dos momentos, el primero que podríamos llamar de introducción y que se representa por Tarquino Prisco y el segundo, de fortalecimiento, cuya figura es Servio Tulio, quien al doblar los efectivos y suprimir a las curias como cuadros de leva, proporcionó al sistema de las curias el golpe definitivo que iba a transformarlas en poco más que un mero símbolo.

El ordenamiento militar de la Roma pre-etrusca se caracteriza entonces por la inexistencia de un número fijo de combatientes y de cuadros rígidos para su reclutamiento. La capacidad del soldado se clasifica según el armamento que pueda aportar: en cabeza marchaban aquellos con un armamento superior, seguidos de una turba de guerreros armados a la ligera que en el momento del combate se mezclaban con los primeros, ya que la existencia de tácticas bélicas en esta época es poco menos que impensable. La curia, mediante su propio rito de iniciación militar, garantizaba la presencia de los armados a la convocatòria del jefe.

C. Las tribus. La caballería.

Al igual que sucede respecto a las curias con la infantería, idéntica función de distrito de reclutamiento concede la tradición a las tribus con la caballería, que constaba originariamente de tres centurias, sacadas a razón de una centuria por cada tribu.

El primitivo carácter de las tribus ha sido durante mucho tiempo objeto de controversia en los escritos de los autores modernos y puede decirse que todavía no se ha adoptado una postura uniforme (869). Las opiniones manifestadas en los últimos cien años han sido diversas y sólo reseñaremos las más características.

La tesis étnica es sin duda la más antigua, ya que encuentra sus primeros defensores en la tradición greco-latina (870). Para los seguidores de esta opinión los Ramnes serían los latinos compañeros de Rómulo, los Tities los sabinos de Tito Tacio y los Luceres generalmente los etruscos de Lucumón (871). Basándose en datos lingüísticos, G. Devoto ha dado un nuevo enfoque al problema, pero sin salirse de la línea étnica, y así identifica a los Ramnes con los "protolatinos", a los Tities con los "protosabinos" y a los Luceres con los "protoitálicos" (872).

Una segunda opinión es la territorial, que a menudo se mezcla con la anterior: los Ramnes son los habitantes del Palatino, los Tities los del Capitolio y Quirinal y los Luceres los del Celio (873). Aun manteniendo esta tesis territorial, otros in-

vestigadores desechan toda vinculación con un origen étnico, variando según los autores el territorio asignado a cada tribu (874).

Un tercer grupo de opinión lo encontramos en la llamada tesis gentilicia, según la cual las tres tribus primitivas no serían sino distribuciones gentilicias (875); esta idea tampoco está exenta en algunos de sus defensores de una unión con la tesis territorial (876).

Otros autores, siguiendo las tendencias hipercríticas del siglo XIX, han optado por negar la existencia de tales tribus. Estas no son en definitiva sino una invención de Varrón, ya que lo único que se conoce son las tres centurias de caballería denominadas Ramnes, Tities y Luceres (877).

Mención aparte merece lo que podríamos llamar la tesis funcional, expuesta por G. Dumézil en la línea de sus estudios comparatistas indoeuropeos. Para Dumézil las tres tribus son en definitiva el reflejo de la tripartición funcional indoeuropea: los Ramnes representan a la primera función (gobierno y culto), los Luceres la segunda (guerreros) y los Tities la tercera (productores) (878).

De todas las opiniones mencionadas, puede decirse que actualmente la tesis nihilista ha caído en el más profundo olvido (879), mientras que la funcional, que en su tiempo no llegó a tener mucha audiencia (880), parece que ha sido abandonada incluso por el propio Dumézil (881). Las opciones gentilicia y territorial son las que cuentan con mayor predicación, apareciendo

muy a menudo combinadas, sin que por ello se desprecie la tesis étnica: como muy gráficamente dice Pallottino a propósito del artículo de Devoto citado, "la tripartizione etnica cacciata dalla porta rientra dalla finestra" (882).

Nuestra opinión sobre el origen de las tribus romúleas ha sido repetidamente expuesta a lo largo del trabajo. Nosotros nos adherimos a la tesis territorial en base sobre todo a dos argumentos. El primero está en las tribus servianas, verdaderos distritos territoriales, que no son sino las tres tribus primitivas a las que se ha añadido la nueva zona de poblamiento, las colles, con la que se formó la cuarta tribu, la Colina. En segundo lugar tenemos la correspondencia entre la tribus romana y la trifu umbra, ya percibida desde hace mucho tiempo (883); según el testimonio de las tablas de Gubbio, en la antigua Iguvium había una única trifu y con una clara significación territorial (884), lo que nos lleva por otra parte a rechazar la etimología tradicional de tribus (885), que ya los antiguos hacían derivar de tres (886). Además, las fuentes antiguas corroboran el carácter territorial de las primitivas tribus romanas (887).

Esto naturalmente no nos impide reconocer cierta base gentilicia a las tribus, en el sentido de que siendo la esencia de las tribus anterior a la época de la monarquía latina (888), las gentes se encontraban, por la misma naturaleza de las cosas, adscritas a tribus concretas; pero lo que no se puede aceptar es que, como pretende Alföldi (889), la división de las gentes en las tres tribus se eleva a la época de la migración, y ni mucho menos que las tres tribus tomen el nombre de otras tantas gentes.

como se ha llegado a decir (890).

Igualmente creemos que hay que rechazar la opinión que ve en las tres tribus primitivas divisiones artificiales tanto del territorio como de la población (891), como ocurría con las cuatro tribus de la ciudad arcaica. Estas últimas se designaban mediante un topónimo, mientras que las primeras eran denominadas con un término que indica una colectividad, por lo que se refieren más que al propio territorio a sus habitantes, aunque determinados estos últimos por un condicionante geográfico. Las tres tribus primitivas arrancan de la tradición de poblamiento anterior y se enmarcan dentro del desarrollo natural de la comunidad, como ya hemos señalado con anterioridad.

Otro importante aspecto relativo a las tribus rómuleas es el del pretendido origen etrusco de su nombre, opinión que contaba ya con la autoridad de Varrón y del tragediógrafo etrusco Volnio (892). Sin embargo, no parece que la investigación moderna haya encontrado suficiente apoyo para mantener esta tesis (893).

En este sentido hay que destacar los intentos realizados por el filólogo alemán W. Schulze (894), quien hace derivar los nombres de las tribus de formas etruscas: Ramnes de un hipotético ramne, Tities de titie y Luceres de luxre. Los documentos que aporta no son sin embargo decisivos, a juicio de diversos autores (895). En efecto, respecto a *ramne trae a colación diversos derivados, tales como Ramnius (896) y Ramennia (897); estas inscripciones se refieren la primera a Capua (año 94a.C.) y a Min-

turno (año 65 a.C.), mientras que la última es de Ostia y pertenece al Principado. En cuanto a los Tities, aunque Schulze encuentra este nombre en numerosos documentos etruscos (898), no es de ninguna manera extraño a una amplia zona de la Italia central (899). Finalmente del etrusco luxre apenas hay testimonios (900) y son además recientes.

Otras directrices de la investigación, quizás más acertadas, conducen a la consideración de las tribus romúleas como pertenecientes, en cuanto a sus nombres se refiere, a un antiguo fondo indoeuropeo (901), pero reconociendo la influencia etrusca, por lo que serían términos latinos que fueron etrusquizados en el momento de la reforma serviana (902).

Aunque se han propuesto diversas localizaciones de las tribus primitivas, la verdad es que no son más que hipótesis sin ningún fundamento, ya que no existe testimonio sobre el caso. El único camino que se puede adoptar es el que viene señalado por sus propios nombres, y poco es en realidad lo que se puede decir al respecto.

Hace ya tiempo se pensó que el término Luceres se deriva del sustantivo lucus, bosque, por lo que los Luceres no serían otros sino los "habitantes del(os) bosque(s)". Pero ¿de qué zona se trata? Como hemos tenido ocasión de comprobar, las áreas más boscosas de Roma se localizan en el Celio y en el Esquilino, lugares donde la toponimia es especialmente rica al respecto. Mommsen hace equivaler la tribu primitiva de los Luceres a la serviana Esquilina (903); para Niebuhr, por el contrario, los

Luceres tienen como origen la ciudad de Lucerum, fundada sobre el Celio por Tulo Hostilio (904); finalmente, tampoco falta quien extienda la tribu de los Luceres a estas dos zonas conjuntamente (905); recientemente incluso se ha pensado en un bosque sagrado del ager Solonius, en territorio lavinense (906), como origen de la tribu de los Luceres (907).

La tribu de los Titienses es la que menos fortuna ha alcanzado, pues anda vagando de una parte a otra de Roma según las opiniones un tanto veleidosas de los investigadores modernos, que piensan tanto en el Quirinal (908), como en el Celio (909). Por lo que respecta a los Ramnes, sin decir por qué, hay un general acuerdo en situarlos en el Palatino.

Según el testimonio unánime de la tradición (910), las tres tribus primitivas fueron creadas por Rómulo, quien asimismo instituyó las tres primeras centurias de caballería reclutadas en las tribus.

La primitiva denominación de los jinetes romanos era celeres y sobre su carácter las fuentes se dividen en dos grandes grupos. Por un lado están aquellos que ven en los celeres una guardia instituida por Rómulo para la protección de la persona del rey (911); por otro, quienes consideran a los celeres como los antecesores de los equites (912).

La etimología de la palabra es también objeto de discrepancia en nuestras fuentes, distinguiéndose tres versiones (913): la primera mantiene que los celeres tomaron este nombre a partir

de su primer jefe, llamado Celer, quien según la leyenda asesinó a Remo (914); la segunda la hace derivar del adjetivo celer, rápido (915); la última relaciona el término con la palabra griega κέλης (916).

Antiguamente también se designaban a los primitivos jinetes romanos con otros nombres, flexuntes (917) y trossuli (918), explicado este último por la fortaleza etrusca de Trossulum, conquistada exclusivamente por equites, sin ninguna participación de la infantería.

La denominación "oficial" y más antigua es la de celereres, según el testimonio explícito de Plinio (919), mientras que estas últimas no parecen ser sino nombres populares que en tiempos posteriores se referían a los equites. Según V. Ilari, el término de flexuntes deriva de flexo-are, es decir, que con esta denominación se aludiría probablemente a una táctica usada por la caballería en época histórica (920). Por lo que respecta a trossuli, la fortaleza de Trossulum, origen de su nombre, se encontraba próxima a Volsinia (921) y los romanos no alcanzaron esta zona en plan de conquista hasta finales del siglo III o principios del siguiente (922).

Respecto al origen etrusco de todos estos términos (celereres, trossuli, flexuntes), es una cuestión que ha sido defendida por diversos autores (923), llegando incluso a afirmar a partir de aquí que los romanos conocieron la equitación por enseñanza directa de los etruscos (924). Tales afirmaciones se quedan sin embargo en puras hipótesis, ya que no existen pruebas (925).

Tras esta pequeña digresión, fijémonos de nuevo en la etimología de la palabra celeres. Si prescindimos de la primera de las tres presentadas, ya que entra en el campo de la leyenda, las otras dos en definitiva expresan conceptos muy similares, siempre relativos a la velocidad. El término griego κέλης precisa todavía más, puesto que significa caballo de silla o de carreras, lo cual nos lleva a desechar la tesis de una raíz indoeuropea kar o kal que indica el hecho de ser transportado, con lo cual los celeres serían entonces "los que son transportados velozmente" (926), y no, como es su significado exacto, "los que se desplazan a caballo rápidamente" (927).

La dicotomía entre guardia de corps y antecesores de los equites que ya planteaba la tradición antigua, también ha surgido en la moderna investigación (928). Pero verdaderamente ambas concepciones no se excluyen en el fondo (929). En el período republicano, al menos en sus orígenes, existía un cuerpo militar de estas características que servía en la guerra como una especie de guardia personal de los magistrados superiores (cónsul y dictador); esta fuerza constituía un cuerpo elegido que entraba en combate en los momentos decisivos y que, según Dionisio (930), estaba formado por jinetes. Es sintomático que en la batalla del lago Régilo, cuando los Tarquinos, que militaban en las filas del ejército latino, intentaron recuperar el trono perdido, el jefe de las fuerzas romanas, el dictador Aulo Postumio, disponía de una cohorte ecuestre personal (931).

El carácter de los celeres como guardia de corps del rey

encuentra su mejor y más completa exposición en la obra de Dionisio de Halicarnaso (932). Para este historiador, los celeres no son sino la expresión del carácter tiránico del gobierno de Rómulo, que culminaría con el asesinato del propio rey (933): como el mismo Dionisio dice, para inspirar temor al pueblo, Rómulo siempre comparecía en público con los soldados que le atendían (934). Idéntica idea domina el pensamiento de Plutarco, quien en la vida de Numa menciona como primer acto de este rey la disolución del cuerpo de guardias que Rómulo tenía siempre alrededor de su persona, puesto que él no podía desconfiar de aquellos mismos que le habían elegido (935).

En el relato de Dionisio se observa - y es algo que podemos extender a Livio y a Plutarco - que a pesar de la distinción terminológica que se hace entre celeres y equites, existen entre ellos puntos de contacto. Así, el número de trescientos miembros que originariamente componía ambos cuerpos; también la forma de reclutamiento, a razón de diez jinetes por curia y cien por tribu, sistema que Dionisio hace coincidir al de elección de los senadores (936).

Si suprimimos en los celeres los rasgos "tiránicos", nos encontramos con que aparecen como un cuerpo militar especialmente ligado a la institución monárquica. Esta relación se nos muestra de una manera clara en el hecho de que las tres centurias ecuestres eran inauguratae (937), como lo declara Livio, rito al que fueron sometidas por el mismo rey, Rómulo (938). Tras esta inauguratio los celeres se conforman como una fuerza especial dentro del conjunto del ejército, con una dedicación exclusiva y

permanente al servicio de las armas (939).

Muy significativo nos parece que la caballería primitiva se ordenase según las tribus y no según las curias, como hubiera sido lógico ya que la organización política de Roma se articulaba en ellas. Por el contrario, las tribus primitivas nunca desempeñaron una función política, sino que tan sólo servían para el reclutamiento de determinados sacerdocios - reducto de su antigua importancia - y de las centurias ecuestres. Estas se presentan entonces como una institución suprafederal, característica que comparte con el rex, que se convierte en su comandante natural.

El reclutamiento de la caballería se hacía por tribus y de ahí que cada centuria ecuestre tomase el nombre de su tribu. Sin embargo, ciertas fuentes nos informan que cada curia proporcionaba diez jinetes a su tribu (940). Aunque desechada en alguna ocasión (941), esta noticia nos atestigua que la base del reclutamiento se encontraba en las curias, esto es, que la caballería se surtía de los viri que previamente habían sido aceptados por las curias.

El paso de la curia a la tribu, del infante al jinete, debía verificarse según determinadas pruebas y ritos encaminados a comprobar la eficacia de los neófitos. De tales rituales nada nos dicen las fuentes, sino que tan sólo en el momento de la fundación de los celeres Rómulo eligió trescientos fornidos jóvenes entre las familias más nobles (942), pero aparte estos tres criterios - juventud, fuerza y nobleza - nada mencionan que sirvie-

se como guía para tal elección.

De las festividades militares pertenecientes al antiguo calendario hay dos, Equirria y Equus October, en las que se celebraban carreras de caballos: pero ambas pruebas eran meros rituales ofrecidos a Marte. Sin embargo, se tiene conocimiento de una ceremonia ecuestre que aunque no aparece en el calendario es de reconocida antigüedad (943): nos referimos al lusus troiae.

Las fuentes escritas nos proporcionan datos del lusus troiae desde la época de Sila hasta finales del siglo II d.C. (944). Consistía en un ejercicio ecuestre ejecutado por muchachos - lusus puerorum equestris, dice Festo (945) -, pertenecientes a las familias más nobles, divididos en dos escuadrones o turmae según la edad (946). Este juego no tenía una fecha fija, sino que se celebraba en circunstancias extraordinarias, como la dedicación de un importante edificio público, en ocasión de un triunfo, la celebración de grandes juegos, etc.

La antigüedad del lusus troiae es sin embargo reconocida por la generalidad de las fuentes antiguas (947): Virgilio, que lo describe con cierta minuciosidad, atribuía su introducción en Italia al hijo de Eneas, Ascanio (948), y hacía derivar el nombre del juego del de la ciudad de Troya (949).

Para los autores modernos esta etimología carece de todo valor, como a continuación veremos. No obstante, la antigüedad de la institución viene a ser confirmada por las representaciones que aparecen en un oinochoe de factura etrusca pero con influencia protocorintia encontrado en Tragiatella, cerca de la

antigua Caere, en 1877 y datable en el último cuarto del siglo VII a.C. (950). De las varias escenas que en él figuran hay dos que nos interesan más directamente: una de ellas representa una danza realizada por siete guerreros y en la otra aparecen dos jinetes armados saliendo de un laberinto en donde está inscrita la palabra truia (Fig. 25) (951).

Sobre la interpretación de esta palabra truia se siguen dos tendencias. Una de ellas, más reciente, intenta explicarla a través del etrusco (952), pero sin aportar ninguna prueba concluyente. Por el contrario, otros lo relacionan con una expresión indoeuropea que vendría a significar "movimiento" (953) o bien el lugar donde se desarrollaban estos "movimientos" (954). Muy interesante es la representación del laberinto, clasificado por Monteagudo dentro del tipo "con cruz cerca de la entrada" (955), que presenta un área de difusión extensísima (desde Siria a América del Norte) y una cronología que abarca desde la edad del bronce hasta la Edad Media europea (956). La inclusión del



Fig. 25.- Jinetes y laberinto representados en un oinochoe procedente de Tragiatella (Cerveteri). Último cuarto del siglo VII a.C. (según A. Alföldi, Early Rome and the Latins, Ann Arbor, 1963, lám. XX).

término truia dentro del laberinto indica que así se le designaba; pero más que un recinto (957), parece determinar un movimiento cuyo recorrido más o menos coincide con el dibujo (958), y en esta línea toma pleno sentido la relación con el término empleado para designar los movimientos de la danza de los salios: truare.

El investigador alemán H. von Petrikovits interpreta el laberinto de Tragiatella a partir del recorrido de los dos escudrones de caballería que realizaban el lusus troiae: partiendo de dos puntos próximos (señalados en la Fig. 26 con la letra A) iniciaban un recorrido en el que se simulaban choques, cruces,

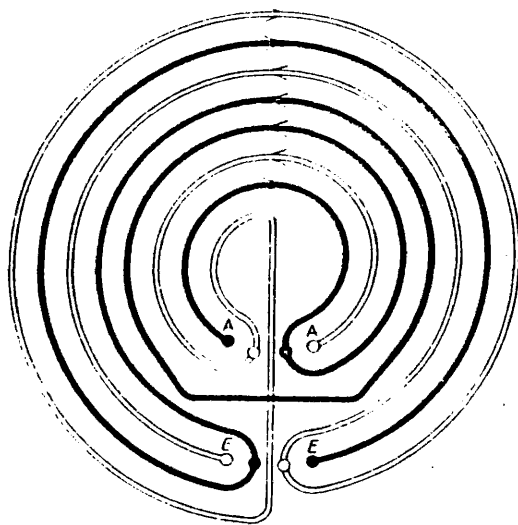


Fig. 26.- Evolución de los jinetes en el lusus troiae según H. von Petrikovits, "Troiaritt und Geranostanz", en Petschrift für Rudolf Egger, Klagenfurt, 1952, vol. I, pág. 127.

movimientos envolventes, etc, hasta finalmente reunirse de nuevo en otros dos puntos (letra E) (959). La descripción que hace Virgilio del lusus troiae también refleja esta impresión de una batalla simulada y por lo complicado de los movimientos recuerda el poeta el famoso laberinto de Creta (960). Idénticas líneas dibujaban los bailarines griegos de Delos en la denominada "danza de las grullas", que recordaba la salida de Teseo del Laberinto de Minos (961).

Así pues, todo parece indicar que nos encontramos ante una antigua tradición indoeuropea: a este mundo pertenecen tanto el significado de este laberinto como la palabra que designa el movimiento. El lusus troiae no parece entonces una creación de los etruscos, sino más bien un préstamo, que no es único, que este pueblo tomó de sus vecinos indoeuropeos. El lusus troiae era ya conocido por los romanos antes de su plena inclusión en el ámbito cultural etrusco y su significado como danza guerrera es el mismo que veíamos cuando las primitivas danzas saliares: tanto un rito de propiciación guerrera como un ejercicio de equitación militar ante la campaña que se avecina.

A propósito de esto último, existen diversos puntos de contacto entre el lusus troiae y las danzas de los salios: así, ambas son danzas guerreras (962) - curiosamente el vaso de Tragia-tella nos proporciona dos ejemplos de danza guerrera, una a caballo y otra a pie -; los participantes son jóvenes (963); cada compañía está compuesta por doce miembros (964) pertenecientes a las familias más nobles (965).

En la época pre-urbana, el jefe militar, el praesul, guiaba

la danza de los iniciados a las armas. ¿Existe algún testimonio que amplíe este hecho a la caballería?, es decir, ¿participaban los tribuni celerum, comandantes de la primitiva caballería, en el lusus troiae? Dando una interpretación muy particular a unos versos de Séneca (966), A. von Premerstein cree en efecto que así sucedía, que los tribunos de los celereres dirigían los movimientos de los jóvenes en este juego ecuestre (967), opinión que ha tenido los parabienes de toda la crítica posterior (968).

Hemos de reconocer sin embargo que los testimonios aportados no son muy convincentes, aunque entra dentro de lo posible que así sucediera. Es interesante señalar que el número de escuadrones que originariamente participaban en el lusus troiae es tres, según nos lo testifica Virgilio (969), autor cuyo prestigio como anticuario e investigador histórico está universalmente reconocido (970). Las tres turmae de la descripción virgiliana tendrían entonces cierta relación con las tres centurias ecuestres de la primitiva caballería romana, cuyos jefes eran los tribuni celerum (971).

En sus orígenes el lusus troiae se presenta en definitiva como un ritual ecuestre (972), que al mismo tiempo es un ejercicio de equitación y una prueba de aptitud bélica. El juego consistía en un simulacro de combate en el que los jinetes evolucionaban siguiendo las directrices de sus jefes (tribuni celerum?) en orden a obtener una preparación militar adecuada y que al mismo tiempo sirve como criterio de selección de los guerreros que han de combatir a caballo.

Por sus mismas características, la caballería se presenta entonces como un cuerpo especial dentro del conjunto del ejército. Esta prioridad militar tiene su correspondencia en la escala social (973). En efecto, Dionisio nos dice que Rómulo eligió a los celeres entre las familias más nobles (974).

La posesión de un caballo entrenado para la guerra y su mantenimiento, así como la preparación del jinete, exigían que los caballeros dispusieran de cierta riqueza, y una situación de holgura económica sólo podía darse entre las capas sociales más favorecidas, esto es, entre las gentes, ya que en estos momentos no existía una caja pública que subvencionase los gastos derivados de esta actividad militar.

A principios del presente siglo W. Helbig presentaba en sus escritos (975) la idea de que Roma no tuvo una verdadera caballería hasta el momento de las guerras samnitas; lo que hasta entonces aparece en las fuentes como caballería no lo es tal, sino hoplitas montados, esto es, guerreros con armadura pesada que utilizaban el caballo para desplazarse rápidamente al campo de batalla, donde una vez llegados descabalgaban y combatían a pie. Así se admite la etimología de celeres como los que son llevados rápidamente. Aunque modificada en algunos aspectos, la tesis de Helbig tuvo y sigue teniendo buena acogida (976).

Pero tampoco faltan las reacciones en contra, y entre estas destaca por ocupar el polo opuesto aquella que considera que el más antiguo ejército romano se componía, a semejanza de las huestes feudales del Medievo, de una caballería aristocrática segui-

da por un tropel desordenado de clientes y allegados cuya participación en el combate era secundaria (977). Para dar mayor fuerza al argumento, se llegan a evocar las luchas heoricas que llenan los libros de los poemas homéricos (978).

Ambas posturas pecan de radicales y son por ello igualmente inadmisibles en su totalidad. La infantería siempre constituyó la base del ejército y por su mayor antigüedad y desarrollo se sitúa en importancia por delante de la caballería, arma que todavía se encontraba en sus comienzos.

Por otra parte, la interpretación de los celeres como hoplitas montados hay que rechazarla por ser esta institución anterior a la introducción del armamento hoplítico en el Lacio. En la descripción que Dionisio hace de los celeres, este historiador dice que si el terreno no se prestaba, descabalgaban y combatían a pie (980). Este mismo hecho se documenta ampliamente a lo largo de la República en las descripciones de batallas que las fuentes nos proporcionan (981). Esta costumbre fue siempre un grave defecto de la caballería romana hasta los últimos siglos de la República (982): en Cannas, por ejemplo, los jinetes romanos descabalgaron en un momento crítico de la batalla haciendo caso omiso a las tácticas bélicas imperantes (983).

El armamento de los primitivos jinetes romanos se prestaba poco para la lucha cuerpo a cuerpo. Por un pasaje de Polibio (984) conocemos el equipo más antiguo de la caballería romana: como armas defensivas solamente tenían un escudo redondo de piel de buey que se reblandecía con la lluvia; carecían de cualquier tipo de coraza, pues vestían sólo una túnica; la lanza era del-

gada y flexible y con una sola punta (985).

Hallándose desde el punto de vista tan principal del armamento en una clarísima inferioridad respecto a los infantes, los jinetes únicamente sacaban ventaja de la posición dominante que les proporcionaba su cabalgadura. El modo de lucha empleado se realizaba montados a caballos, aunque a veces desmontasen, y servían como fuerza de choque y de contención, basando además su poder en la rapidez de sus desplazamientos, lo que les permitía acudir allí donde se les necesitase antes que el grueso de las fuerzas formado por la infantería (986).

APENDICE: Sobre el carro de guerra.

Es opinión muy generalizada que desde tiempos muy antiguos, herencia directa del pasado indoeuropeo, los latinos, al menos en sus clases superiores, utilizaban el carro como arma bélica (987): el rex hacía su presencia en el campo de batalla como un ναεαράης, pero antes incluso los "jinetes" deberían considerarse como guerreros montados en carro (988).

Las pruebas en que se basan los defensores del carro de guerra son sin embargo muy frágiles. En esencia se reducen a dos: el hallazgo del carro en la tumba XCIV del Esquilino (989) y las carreras de carros en las festividades dedicadas al dios Marte (990).

Las representaciones de desfiles militares con carros de guerra seguidos de guerreros a pie, no se documentan en el Lacio hasta el siglo VI, como consecuencia de la influencia etrusca (991). A ésta se debe igualmente la penetración en el Lacio de las carreras de carros, que a su vez recibieron los etruscos del mundo griego: en este último no se conocen antes del siglo VII y en Etruria antes del siguiente (992).

Por lo que respecta al hallazgo del Esquilino, éste es comparable a otros similares acaecidos en la necrópolis arcaica de Castel di Decima, la antigua Politorium, donde han aparecido en cinco de sus tumbas sendos ejemplares (993). En una de ellas, la tumba 101, se da sin embargo la peculiaridad de que la persona allí enterrada es una mujer. Tenemos aquí una prueba del uso del

carro no con fines bélicos, sino como muestra de distinción social, como objeto destinado a fines rituales propios de una determinada clase social.

A esto se debe añadir un dato muy significativo, como es el silencio de las fuentes sobre la utilización del carro como instrumento bélico (994), lo que nos lleva a considerar estos hallazgos de carros en las tumbas como los más antiguos testimonios que tenemos.

Por lo que respecta a Etruria, en esta región se conocen diversos ejemplares de carros datables en el siglo VII (995). Sin embargo es muy poco probable que tales carros hayan servido para finalidades bélicas: su rica decoración y factura revelan carros rituales utilizados por las clases superiores para distintos usos, entre ellos el funerario. Esta riqueza y ostentación se hará todavía más señalada en el siguiente siglo VI, como lo muestran los magníficos carros de Monteleone y de Castel San Marzano.

La táctica bélica apoyada en el carro necesita basarse en unas condiciones políticas muy especiales, como sucedía en las monarquías orientales y en la Grecia micénica, donde el palacio controlaba y dirigía la especialización técnica de los aurigas y la fabricación del propio carro (996). Según el testimonio de las tablillas micénicas, los conductores de carros aparecen como una clase privilegiada dentro del ejército (997). A la caída del mundo micénico desaparece con él el carro de guerra y a partir de entonces sólo se utiliza como lo menciona Homero, es decir,

como medio de transporte rápido para acudir al campo de batalla. Con el armamento hoplítico el carro de guerra pasa a tener una importancia muy secundaria en el ordenamiento táctico (998), perdiendo a pasos agigantados su función guerrera en favor de su utilización, cada vez más frecuente, como distintivo de prestigio social.

Este último estadio es precisamente el único que se documenta en Italia a partir de la segunda mitad del siglo VIII. De los otros dos no existe el menor rastro.

Nuestra opinión es que el "carro de guerra", la biga, llegó a Italia procedente de Grecia en un momento en que en este último país ya había perdido su función originaria. Las placas de revestimiento etruscas y latinas de la edad arcaica en que se representan, entre otras cosas, desfiles militares con aparición de carros, creemos que no tienen ningún valor documental al respecto. Los siglos VII y VI conocen en Italia una fuerte influencia artística griega de la cual no se ven exentas estas placas (999): en ellas no se representan escenas etruscas o latinas, sino griegas.

Concluyendo, podemos decir que el carro de guerra fue totalmente desconocido a los antiguos itálicos y que tan sólo se documenta como distintivo de una prestigiosa situación social y con fines primero rituales y luego también lúdicos.

D. La jefatura militar.

a. El rey.

A la cabeza del primitivo Estado romano se encontraba el rex y entre sus funciones destacaba la guerrera. Al rey correspondía en consecuencia el mando supremo de las fuerzas militares y su dirección en la guerra.

Como vimos anteriormente, en los tiempos más primitivos el rex "huía" de las festividades militares. Este mismo fenómeno se constata en el rex de la época proto-urbana, quizás por herencia directa de su antecesor pre-urbano. Pero si en el primer caso se podía explicar en cierta manera, respecto al segundo ya no es tan evidente, puesto que ahora el rey sí desempeña un efectivo papel militar.

La desaparición del rey en las celebraciones militares de los meses de marzo y octubre ha de considerarse como la ausencia del rex-sacerdote exclusivamente, no de todo el conjunto de la función real. La persona del rey, como comandante en jefe del ejército, no puede permanecer ajena a estos acontecimientos.

Para la solución de este problema no existen datos directos, por lo que toda opinión no deja de ser mera hipótesis. Ya dijimos que algunos autores tratan de identificar al rex en su función militar con el praesul de las danzas saliares. La opinión es muy sugestiva y se adapta perfectamente a nuestros pre-

supuestos, pero a pesar de todo no podemos aceptarla a ciegas, pues no existen pruebas suficientes.

La vinculación de los guerreros al rey tiene lugar en un acto en el que interviene el conjunto de los armados. La asamblea popular se identifica a la asamblea militar. En esta asamblea en todos los asuntos referidos a la comunidad ni se votaba ni se deliberaba, sino que tan sólo mediante la aclamación o el silencio se contestaba a la consulta que le proponían (1000). Esta misma organización se documenta en la edad oscura griega, tanto en los poemas homéricos (1001) como en la *poá* espartana (1002). El término latino que designa al voto, suffragium, se deriva de fragor, bullicio, estrépito. Como dice Coli, el "consensus populi precedette storicamente il iussum populi" (1003).

Es generalmente admitido que cuando se elegía un nuevo rey, éste tenía que ser presentado ante la asamblea popular para que le aclamase como tal (1004). El acto mediante el cual la asamblea aprobaba tal decisión se conoce con el nombre de lex curiata de imperio. Aparte los problemas que presenta esta última, es indudable que el hecho en sí sucedía. A través de esta aclamación, los armados, los virí, reconocían su supeditación, principalmente militar, al rey, comprometiéndose a seguirle en campaña y a no desobedecer sus mandatos: en definitiva, le concedían el mendo militar, el imperium (1005), y esta concesión era de por vida, no renovable cada año, como sucedía con el jefe de la época pre-urbana.

Sobre la posibilidad de que el rey delegase, por distintas razones, el mando militar en una persona nombrada directamente por él, ha sido una opinión defendida por diversos autores (1006). El título de este comandante sería el de magister populi, que luego se perpetuaría en época republicana con el de dictador.

Las características de esta institución se extraen de ciertas particularidades de la dictadura, principalmente por lo que se refiere a su creación por los cónsules. La parte más comprometida de la comparación cónsul-dictador/rey-magister populi es la explicación de la lex curiata de imperio aplicada la magister populi, pues se sabe que el dictador necesitaba la aprobación de las curias, así como la del ejército, para la legalidad de su magistratura (1007). P. De Francisci soluciona el problema atribuyendo la creación de la lex curiata precisamente para servir a la propia creación del magister populi (1008).

Realmente la comparación entre el hipotético magister populi de época real y el dictador no es tarea difícil, ya que ambos son cargos extraordinarios con una función bélica muy destacada. Pero la explicación dada por De Francisci a la lex curiata, punto álgido del asunto, no nos parece satisfactoria por no aducir pruebas a su favor. Las fuentes antiguas comparan la dictadura no a una delegación del poder real, sino al propio rey (1009), opinión que goza de defensores (1010) y de detractores (1011).

Las relaciones entre instituciones republicanas y monárquicas primitivas, sin tener en cuenta la fase etrusca y los propios orígenes de la República, períodos ambos de grandes cambios

constitucionales, nos parecen un tanto vagas.

Teniendo en cuenta que el nacimiento de la clásica monarquía romana tuvo entre sus objetivos principales la dirección única y eficaz de la guerra, no parece lógico que tal fin se prostituya por un acto unilateral del rey y máxime si no puede explicarse de manera satisfactoria la aprobación de los guerreros a esta jefatura artificial.

b. Los tribuni celerum.

A la cabeza de los tres cuerpos de los celeres había otros tantos tribuni celerum. De sus funciones y características nada dicen las fuentes, que tan sólo hablan de su aspecto religioso: Dionisio los incorpora, como ya hemos mencionado, a la *νομοθεσία* de Numa, diciendo que a ellos este rey también les confió el cumplimiento de determinados ritos, que por otra parte no especifica (1012). En los Fasti Praenestini también se menciona la actividad religiosa de los tribuni celerum en relación al 19 de mar-

zo: "Salii faciunt in comitio saltu adstantibus pontificibus et tribunis celerum" (1013).

Los tribunos de los celeres quizás eran designados por el rey directamente. En los dos ejemplos que nos han transmitido las fuentes así parece suceder: en el primero, Celer, muy ligado a Rómulo personalmente (hasta el punto de matar a Remo por no desobedecer una orden de su rey (1014)), recibió el cargo del propio Rómulo (1015); el segundo ejemplo lo tenemos en la legendaria figura de M. Junio Bruto, el fundador de la República, a quien el mismo rey Tarquino le invistió de la magistratura (1016).

Durante la República sucedía también así respecto al magister equitum, que era nombrado directamente por el dictador, y quizás los autores antiguos pensaban en esto último cuando se referían a los casos que hemos expuesto de la época real (1017). De todos modos, parece lógico que así sucediera: los tribuni celerum no tenían imperium y por lo tanto no necesitaban el refrendo de la asamblea popular, sobre la cual, por otra parte, ellos no tenían ningún poder.

A propósito de esto último se ha llegado a suponer que, por el contrario, los tribunos de los celeres sí podían presidir la asamblea curiada (1018). El apoyo de esta opinión se encuentra en dos textos, uno de Livio (1019) y otro de Dionisio (1020), que se refieren ambos a L. Junio Bruto y a la expulsión de los reyes: a la sazón tribunus celerum, Bruto convoca al pueblo para pedirle la destitución del tirano Tarquino el Soberbio.

El caso reviste sin embargo ciertas peculiaridades. En pri-

mer lugar, los celeres ya han perdido su antiguo carácter de fuerza de caballería - sustituidos por los equites (1021) - para ligarse cada vez más a la persona del rey (1022), situación que se hace más extrema en sus jefes, que con el advenimiento de la República fueron prácticamente eliminados, permaneciendo exclusivamente, como le sucedió a la propia realeza, en un grado secundario entre las instituciones religiosas (1023).

Por otra parte, esta última fase de la monarquía etrusca se caracteriza, como las mismas fuentes se esfuerzan por presentarlo, por una evolución apresurada hacia la "tiranía" y las prácticas ilegales (1024). En consecuencia, es posible que el monarca confiriese al tribunus celerum ciertos poderes delegados sin refrendo de ningún otro organismo, y entre estos se encontraría la facultad de convocar al pueblo. Así se explica que el gran Valerio Públicola, compañero de Bruto en la lucha contra los reyes, pusiera dudas sobre la legalidad de tal convocatoria, a lo que Bruto respondió, según palabras de Dionisio (1025), que a él, como comandante de los celeres, se le ha conferido (ἀποδέδοται) tal poder.

Durante la fase real latina las cosas tendrían que ser de otra manera, ya que la autoridad del rey se encontraba mucho más limitada y la organización gentilicia estaba en toda su pujanza. Los días comiciales estaban ya establecidos y a ellos tendría el rey la obligación de asistir y presidir la asamblea, asesorándose todo lo más en el colegio de los pontífices (1026).

Respecto a la posibilidad de que el mando de la caballería

estuviese unificado, los testimonios que tenemos son contradictorios. La tradición pone a un jefe único al frente de la caballería desde la época de Rómulo: el mítico Celer, presunto epónimo de los celeres, cuya figura ha sido con razón tachada de legendaria (1027); este personaje es calificado en algunas fuentes como comandante general de la caballería (1028) y en otras como jefe tan sólo de una sección (1029).

También referidos a otros personajes, estos ya históricos, las fuentes les mencionan como comandantes en jefe de las fuerzas de caballería (1030). Sin embargo, el dato más importante para admitir la existencia de un mando único se encuentra en Dionisio, quien hablando de los celeres menciona como oficiales a tres centuriones y a un comandante por encima de ellos (1031). Esta noticia ha llevado a muchos historiadores modernos a dar una respuesta positiva al problema (1032).

No obstante existen otros indicios que conducen a reconsiderar la cuestión. En primer lugar está la ausencia en las fuentes de una noticia directa, salvo la indicación de Dionisio, sobre las características de esta institución, ya que las noticias se refieren a personas concretas, que por lo demás - y en segundo lugar - se documentan en época etrusca, cuyas características constitucionales ya hemos mencionado. Bien pudo haberse fijado Dionisio en una práctica quizás existente en la realeza etrusca y encuadrarla dentro de su excursus sobre la constitución de Rómulo, pues cuando se refiere a los tribuni celerum como uno de los sacerdocios numaicos no menciona para nada al supuesto jefe superior de la caballería (1033).

Durante toda la República no se conoce un grado permanente de caballería superior a los jefes de turma, que ejercían el comando único alternativamente por rotación (1034). Pudiera ser entonces que al igual que estos últimos, también los tribuni celerum se repartieran el mando por turno (1035).

Realmente no existe una evidencia clara que asegure la veracidad de cualquiera de las posturas; pero ante el silencio de las fuentes preferimos inclinarnos ante la segunda opción, esto es, la inexistencia de un jefe único de los celeres.

c. Los curiones.

Siendo la curia la unidad tanto táctica como de reclutamiento del primitivo ejército romano, es lógico suponer que sus jefes se extraían de la propia curia. La tradición nos ha conservado el título de diversos magistrados curiales, pero en la época en que los conocemos todos ellos cumplen funciones exclusivamente religiosas. Tales magistrados son el curio, el flamen curialis y

el lictor curialis (1036).

Del flamen curialis sólo se tiene una frase de Festo que dice: "curiales flamines curiarum sacerdotes" (1037). Otras noticias se refieren a municipios africanos (1038). Debía ser el sacerdote sacrificador de la curia (1039).

El lictor curialis aparece en época imperial como un "pregonero" (1040), pero en tiempos más primitivos actuaba como calator, esto es, convocando al pueblo a la asamblea (1041): ésta sería entonces la función que desempeñaba en las primitivas curias, obedeciendo las órdenes del jefe de la curia.

El tercer magistrado curial, el curión, aparece como el jefe de la curia. Según el testimonio de Dionisio (1042), el curión tenía que ser un hombre de edad superior a los cincuenta años, de distinguido nacimiento, excepcionales méritos, con determinada fortuna personal y sin defectos físicos; desempeñaba el cargo de por vida y estaba exento de cualquier deber civil y militar. Sus funciones se concretaban en cumplir los sacra de la curia que dirigía. Cada curia elegía además dos curiones.

Esta descripción de Dionisio se enmarca dentro de la exposición que hace de la constitución de Rómulo, documento cuya fiabilidad es escasa, ya que no hace sino copiar un panfleto político de la época de Sila bastante tendencioso (1043), por lo cual no nos parece oportuno, pese a los deseos de Palmer (1044), aceptarlo como válido para las curias primitivas. Además, Dionisio se contradice en su testimonio, como en seguida comprobaremos más detenidamente.

No hay ninguna duda de que en época histórica el curión se

transformó en un sacerdote: los títulos que se le dan durante el Imperio son terminantes al respecto (1045). Pero originariamente la situación debía ser distinta. En su favor abogan diversas consideraciones.

La atribución tradicional de cien soldados a la curia ha provocado la identificación del término de curio con el de centurio en diversas fuentes (1046). El propio Dionisio, al traducir al griego las diversas instituciones romanas, traduce curiones por ῥατρίαρχοι καὶ λοχαγοί (1047). Este último término designa en el lenguaje militar griego al jefe de una banda armada en general y más concretamente al capitán de una compañía cuyos efectivos variaban según los lugares y las épocas (1048); Plutarco lo traduce por centurio (1049).

La función militar que nos presentan estas fuentes nos parece innegable y en total disconformidad con lo expuesto por Dionisio. Cuando este historiador, en el párrafo arriba resumido de la constitución de Rómulo, dice que el curión está exento del servicio militar, la razón que da está exclusivamente en función de la edad - cincuenta años -, criterio que toda probabilidad no existía en una sociedad primitiva.

El único aspecto religioso del curión en los tiempos de la monarquía latina se encuentra en la inclusión de los curiones en la organización religiosa de Numa que nos ha transmitido Dionisio (1050); en ella los curiones, en número de treinta - contradicción de Dionisio, que antes contaba sesenta, dos por curia -, ocupan en el primer lugar en el orden de los sacerdocios. La significación de los curiones en esta organización es la misma

que la de los tribunos de los celeres, es decir, la ritualización de la jefatura de la infantería como institución comunal. Todas las instituciones militares se encuentran pues representadas en la organización religiosa de Numa: los salios, como representantes de todo el conjunto del ejército, y las jefaturas, en forma de colegios, de las dos armas, la infantería y la caballería (curiones y tribuni celerum, respectivamente).

NOTAS al Capítulo IV

- (563). G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", págs. 292 y sigs.
- (564). T. Ashby, "Alba Longa", JPh, XXVII, 1901, 37-50; G. Lugli, "Dove sorgeva Alba Longa?", Nant, LXIV, 1929, 522-528; P.G. Gierow, The Iron Age Culture of Latium, vol. II,1, pág. 274. La existencia de Alba es sin embargo puesta en duda por J. Poucet, "Archéologie, tradition et histoire: les origines et les premiers siècles de Rome", pág. 210.
- (565). G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 304.
- (566). G. Devoto, Gli antichi Italici, págs. 83 y sigs.
- (567). A. Bernardi, "Dai populi Albenses ai Prisci Latini nel Lazio arcaico", pág. 247; E. Hermon, "Réflexions sur la propriété à l'époque royale", pág. 8.
- (568). M. Pallottino, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 51.
- (569). G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 316.
- (570). E. Hermon, "Réflexions sur la propriété à l'époque royale", pág. 8.
- (571). L. Quilici, en Civiltà del Lazio primitivo, págs. 10-11; G. Vallet, "L'introduction de l'olivier en Italie centrale d'après les données de la céramique", en Hommages à

Albert Grenier, vol. III, Coll. Lat., LVIII, Bruxelles, 1962, 1554-1563.

- (572). G. Colonna, en Civiltà del Lazio primitivo, págs. 28-29; sobre la cerámica pintada, H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, pág. 58.
- (573). A. Blakeway, "Prolegomena to the Study of Greek Commerce with Italy, Sicily and France in the Eight and Seventh Centuries B.C.", ABSA, XXXIII, 1933, pág. 202.
- (574). D. Ridgway, "Coppe cicladiche da Veio", SE, XXXV, 1967, 311-321.
- (575). G. Pugliese-Carratelli, "Achei nell'Etruria e nel Lazio?", PP, XVII, 1962, 5-25; L. Vagnetti, "I Micenei in Italia: la documentazione archeologica", PP, XXV, 1970, 359-380.
- (576). J. Bérard, La colonisation grecque de l'Italie méridionale et de la Sicile dans l'antiquité, 2ª ed., Paris, 1957, págs. 303 y sigs.
- (577). T.J. Dunbabin, The Western Greeks, Oxford, 1948, págs. 3 y sigs.; J. Boardman, Los griegos en ultramar, pág. 171; S.C. Humphreys, "Il commercio in quanto motivo della colonizzazione greca dell'Italia e della Sicilia", RSI, LXXVII, 1965, págs. 421 y sigs. En contra, R.M. Cook, "Reasons for the Foundation of Ischia and Cumae", Historia, XI, 1962, 113-114.
- (578). W. Taylour, The Mycenaeans, London, 1964, pág. 152.
- (579). T.J. Dunbabin, The Western Greeks, pág. 3.
- (580). D. Ridgway, "Coppe cicladiche da Veio", pág. 318; G. Co-

lonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 310; idem, en Civiltà del Lazio primitivo, págs. 29-30; E. La Rocca, "Crateri in argilla figulina del Geometrico Recente a Vulci. Aspetti della produzione ceramica d'imitazione euboica nel Villanoviano avanzato", MEFR, XC, 1978, págs. 507 y sigs. Para las afinidades culturales entre Roma y Veyes, J. Waerd-Perkins, "Veii. The Historical Topography of the Ancient City", PBSR, XXIX, 1961 pág. 23; idem, "The Problem of Etruscans Origins", HSCPh, LXIV, 1959, págs. 14 y 25; H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, págs. 47 y sigs.

- (581). E. La Rocca, "Due tombe dell'Esquilino. Alcune novità sul commercio euboico in Italia centrale nell'VIII sec. a.C.", Dd'A, VIII, 1974/1975, 86-103.
- (582). G. Colonna, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 33.
- (583). J. Poucet, "Le Latium protohistorique et archaïque à la lumière des découvertes archéologiques récentes", pág. 576.
- (584). Véase M. Guaitoli, "Considerazioni su alcune città ed insediamenti del Lazio in età protostorica e arcaica", MDAI(R), LXXXIV, 1977, 5-25.
- (585). M. Pallottino, en Civiltà del Lazio primitivo, págs. 51-52.
- (586). G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 315.
- (587). Véanse C. Ampolo, "Su alcuni mutamenti sociali nel Lazio tra l'VIII e il V secolo", págs. 62 y sigs.; J. Suret-Canale, "Structuralisme et anthropologie économique", La

Pensée, CXXXV, 1967, 94-106; C. Meillassoux, "Essai d'interprétation du phénomène économique dans les sociétés traditionnelles d'autosubsistence", CEA, IV, 1960, 38-67.

- (588). J. Suret-Canale, art. cit.; G. Dupré y P.-Ph. Rey, "Réflexions sur la pertinence d'une théorie de l'histoire des échanges", CIS, XLVI, 1969, págs. 133 y sigs.
- (589). C. Ampolo, "Su alcuni mutamenti sociali nel Lazio tra l'VIII e il V secolo", pág. 66; M. Torelli, "Tre studi di storia etrusca", págs. 33 y sigs.; E. Hermon, "Réflexions sur la propriété à l'époque royale", pág. 9.
- (590). Así lo expone C. Ampolo, art. cit.
- (591). Véanse las objeciones puestas a C. Ampolo por W. Johannowsky y R. Peroni en la "Discussione sull'articolo di C. Ampolo 'Su alcuni mutamenti sociali nel Lazio tra l'VIII e il V secolo'", Dd'A, IV/V, 1970/1971, págs. 69 y sigs.; A. Bedini y F. Cordano, "L'ottavo secolo nel Lazio e l'inizio dell'orientalizzante antico alla luce di recenti scoperte nelle necropoli di Castel di Decima", PP, XXXII, 1977, pág. 311, n.84, no admiten que la influencia económica griega en la evolución social del Lazio sea anterior al último cuarto del siglo VIII.
- (592). Liv., I,30,1.
- (593). La institución de la ver sacrum es precisamente una ruptura del lazo gentilicio propugnada por la propia comunidad. Véanse sobre esta institución, J. Heurgon, Trois études sur le "Ver Sacrum", Coll. Lat., XXVI, Bruxelles, 1957; W. Eisenhut, "Ver Sacrum", RE, 2 R., XV,2, 1955, col. 911-923.

- (594). R. Peroni, "Considerazioni e ipotesi sul ripostiglio di Ardea", BPI, LXXV, 1966, 175-191; idem, en "Discussione sull'articolo di C. Ampolo 'Su alcuni mutamenti sociali nel Lazio tra l'VIII e il V secolo'", pág. 72.
- (595). Por ejemplo, en Castel di Decima a finales del siglo VIII (cf. J. Heurgon, "Le Latium protohistorique et archaïque à la lumière des découvertes archéologiques récentes", págs. 578-579).
- (596). C. Ampolo, "Su alcuni mutamenti sociali nel Lazio tra l'VIII e il V secolo", pág. 50.
- (597). Hes., Teog., 1053.
- (598). A. Alföldi, Early Rome and the Latins, págs. 238 y sigs.; H.H. Scullard, The Etruscan Cities and Rome, London, 1967, pág. 287, n.14; G.K. Galinsky, "Troiae qui primus ab oris... (Aen., I,1)", Latomus, XXVIII, 1969, 6-18.
- (599). J. Palm, "Veian Tomb Groups in the Museo Preistorico, Rome", OArch, VII, 1952, pág. 57, n.8; G. Colonna, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 376.
- (600). En inscripciones del siglo VI: CIE, 4937, 4988, 5631, 5639, 5969; de época posterior: TLE², 515, 516, 547 (= CIE, 886, 707, 2635).
- (601). Liv., I,30,2.
- (602). Liv., I,30,2; Dion., I,70; II,79; Tac., Ann., II,41; CIL, XIV, 2387.
- (603). Liv., I,33,1-2; 4-5.

- (604). Liv., I, 8, 5-6.
- (605). Suet. Tib., 1, 1. A favor de esta leyenda sobre el origen de los Claudios está Th. Mommsen, "Die patricischen Claudier", en Römische Forschungen, vol. I, págs. 290-291.
- (606). Véase una reciente exposición de la cuestión en L. Causo, "Il problema dei rapporti tra i Sabini e Roma primitiva", en Civiltà arcaica dei Sabini nella valle del Tevere, Roma, 1973, 15-22.
- (607). M. Pallottino, "Le origini di Roma", págs. 28 y sigs.; E. La Rocca, "Due tombe dell'Esquilino. Alcune novità sul commercio euboico nell'Italia centrale nell'VIII sec. a.C.", pág. 101.
- (608). H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, págs. 41 y sigs.
- (609). E. Gjerstad, Early Rome, vol. IV, 1, pág. 41; F.E. Brown, "La protostoria della Regia", EPAA, XLVII, 1974/1975, pág. 19.
- (610). E. Gjertsad, Early Rome, vol. II, págs. 162 y sigs.
- (611). E. Gjerstad, Early Rome, vol. II, pág. 165.
- (612). E. La Rocca, "Crateri in argilla figulina del Geometrico Recente a Vulci", pág. 153.
- (613). E. La Rocca, "Due tombe dell'Esquilino. Alcune novità sul commercio ruboico nell'Italia centrale nell'VIII sec. a. C.", pág. 94.
- (614). Cf. J. Poucet, Archéologie, tradition et histoire: les origines et les premiers siècles de Rome, pág. 212.

- (615). R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, pág. 83. Por el contrario, la idea más generalizada es aquella que considera a las curiae veteres como la agrupación de todas las curias romanas: S.B. Platner, A Topographical Dictionary of Ancient Rome, pág. 147; J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, págs. 141; E. Gjerstad, "Innenpolitische und militärische Organisation in frühromischer Zeit", pág. 148.
- (616). E. Gjerstad, Legends and Facts of Early Roman History, págs. 20-21.
- (617). J. Poucet, "Archéologie, tradition et histoire: les origines et les premiers siècles de Rome", pág. 208.
- (618). J. Poucet, "Archéologie, tradition et histoire: les origines et les premiers siècles de Rome", pág. 348; G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 315.
- (619). M. Pallottino, "Le origini di Roma", pág. 35.
- (620). Véase F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, págs. 58 y sigs.
- (621). Sobre este aspecto de la historia romana primitiva véase A. Alföldi, "Ager Romanus Antiquus", Hermes, XC, 1962, 187-213; idem, Early Rome and the Latins, págs. 296 y sigs.; A. Momigliano, "An Interim Report on the Origins of Rome", págs. 556 y sigs.; G. Lugli, "I confini del pomerio suburbano di Roma primitiva", en Mélanges d'archéologie, d'épigraphie et d'histoire offerts à Jérôme Carcopino, Paris, 1966, 641-650; S. Quilici Gigli, "Considerazioni sui confini del territorio di Roma primitiva", MEFR XC, 1978, 567-575.

- (622). S. Quilici Gigli, "Considerazioni sui confini del territorio di Roma primitiva", pág. 574. Por el contrario, A. Alföldi lo fecha en la época etrusca: Early Rome and the Latins, pág. 296.
- (623). Véase C. Ampolo, "Sui alcuni mutamenti sociali nel Lazio tra l'VIII e il V secolo", págs. 46 y sigs.
- (624). Recuérdesse que tras la destrucción de Alba Longa, las gentes albanas fueron admitidas en pie de igualdad entre las romanas (cf. Liv., I,30,2).
- (625). Existencia de la clientela se documenta en Grecia, en Etruria, entre los pueblos itálicos, entre los celtas, entre los germanos y entre los pueblos eslavos: cf. C.W. Westrup, "Sur les gentes et les curiae de la royauté primitive de Rome", pág. 452.
- (626). A. von Premerstein, "Clientes", RE, IV,1, 1900, col. 24 y sigs.
- (627). Véanse sobre la fides los artículos de P. Boyancé, "Fides et le serment", en Hommages à Albert Grenier, vol I, Coll. Lat., LXVIII, Bruxelles, 1962, 329-341; "La main de fides", en Hommages à Jean Bayet, Coll. Lat., LXX, Bruxelles, 1964, 101-113; "Les Romains, peuple de la fides", LH, XXIII, 1964, 419-435; "Fides Romana et la vie internationale", en Etudes sur la religion romaine, Roma, 1972, 105-119. También, L. Lombardi, Dalla 'fides' alla 'bona fides', Milano, 1961.
- (628). Tab. VIII,21, en Serv., Ad Aen., VI,609; cf. Gell., Noct. At., XX,1,40; Plut., Rom., 13.

- (629). Dionisio (II,10,3) y Plutarco (Rom, 13,8) la refieren a Rómulo.
- (630). Gell., Noct.At., V,13,4-5, que recoge testimonios de Catón el Antiguo y del jurista Masurio Sabino.
- (631). F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, pág. 38. Sobre la applicatio, G. Crifó, Ricerche sull' 'exilium' nel periodo repubblicano, Milano, 1961, págs. 83 y sigs.
- (632). G. Bloch, Les origines du Sénat romain, BEFAR, fasc. 29, Paris, 1883, págs. 107 y sigs.
- (633). Véase E. Benveniste, "Liber et liberi", REL, XIV, 1936, 51-58.
- (634). U. Coli, "Regnum", pág. 75; F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, pág. 39 y n.65.
- (635). Fest., 288L; cf. A. Magdelain, "Remarques sur la société romaine archaïque", REL, XLIX, 1971, pág. 106 y sigs.
- (636). Véase G. Diódsi, Ownership in Ancient and Preclassical Roman Law, págs. 44 y sigs.
- (637). Por ejemplo, P. De Francisci, Síntesis histórica del derecho romano, pág. 31; Primordia Civitatis, pág. 188.
- (638). Liv., III,26,7-12; Plin., Nat. Hist., XVIII,20-21; Cic., De senect., 56; De fin., 2,12; Colum., I,praef.13; Val. Max., IV,4,7.
- (639). Véanse exposiciones de las diferentes exposiciones en G. Bloch, "La plèbe romaine", RH, CVI, 1911, 241-275; CVII,

1911, 1-42; F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, págs. 64 y sigs.; J.-C. Richard, Les origines de la plèbe romaine, BEFAR, fasc. 232, Paris, 1978.

(640). Cf. C. Huelsen, "I veri 'fondatori di Roma'", RPAA, II, 1924, pág. 85.

(641). Cf. A. Magdelain, "Remarques sur la société romaine archaïque", REL, XLIX, 1971, 103-127.

(642). Plut. Num., 17,3. Cf. Plin., Nat. Hist., XXXIV,1; XXXV, 159.

(643). E. Pas, Storia critica di Roma durante i primi cinque secoli, vol. I, pág. 778; Gummerus, "Industrie und Handel", RE, IX,2, 1916, col. 1442; A. De Robertis, "Contributi alla storia delle corporazioni in Roma", AB, 1934, págs. 208 y sigs.; F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, pág. 87.

(644). Flor. I,6,3.

(645). Cas. Dio, XXXVIII,13,2; Suet., Caes., 42,3.

(646). Véase en general J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, págs. 130 y sigs.

(647). Cf. J. Gagé, Apollon romain, BEFAR, fasc. 182, Paris, 1955, págs. 297 y sigs.; E. Gabba, "Considerazioni sulla tradizione letteraria sulle origini della Repubblica", EAC, III, 1966, págs. 154 y sigs.; J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 153; I. Last, "The Kings of Rome", en CAH, vol. VII, Cambridge, 1964, págs. 374 y sigs.; G. De Sanctis, Storia dei Romani, vol. I, págs. 363 y sigs. Observaciones muy

interesantes en E. Gjerstad, "Innenpolitische und militärische Organisation in frühromischer Zeit", pág. 154.

- (648). Sobre la reforma de Numa, E.M. Hooker, "The Significance of Numa's Religious Reforms", Numen, X, 1963, 87-132; L. R. Ménager, "Les collèges sacerdotaux, les tribus et la formation primordiale de Rome", págs. 457 y sigs.
- (649). Dion., II,64-72; Enn., Ann., 125-129; Var., De l.l., VII, 45; Cic., De r.p., II,14,26; Liv., I,20; Plut., Num., 7 y sigs.
- (650). Véanse E. Norden, Aus altrömischen Priesterbüchern, Lund, 1939; G. Wissowa, Religion und Kultus der Römer, págs. 479 y sigs.; K. Latte, Römische Religionsgeschichte, págs. 394 y sigs.; G. Dumézil, La religion romaine archaïque, págs. 550 y sigs; J. Bayet, Histoire politique et psychologique de la religion romaine, págs. 98 y sigs.; P. De Francisci, Primordia Civitatis, págs. 431 y sigs.
- (651). Enn., Ann., II,127-129.
- (652). Fest., 144L.
- (653). G. Dumézil, La religion romaine archaïque, págs. 110 y sigs.
- (654). Cf. L.-R. Ménager, "Les collèges sacerdotaux, les tribus et la formation primordiale de Rome", pág. 457 y n.3.
- (655). Liv., I,20,2.
- (656). Liv., XXVII,8,8.
- (657). Plut., Q.Rom., 113.

- (658). Cf. G. Dumézil, La religion romaine archaïque, pág. 158.
- (659). Las prohibiciones del flamen Dialis son recogidas por Gellio, Noct. At., X, 15.
- (660). Véase E. Peruzzi, Aspetti culturali del Lazio primitivo, págs. 60 y sigs.
- (661). Liv., I, 20, 1.
- (662). G. Dumézil, La religion romaine archaïque, pág. 159.
- (663). Cf. Cas. Dio, XLIII, 24, 4.
- (664). Una actitud muy escéptica al respecto es la que mantiene C. Koch, Der römische Jupiter, Frankfurt am Main, 1937, págs. 67 y sigs.
- (665). Recuértese la falsa derivación de posse y facere defendida por el jurisconsulto Q. Mucio Scevola, en Var., De l. l., V, 83.
- (666). Véase en último lugar G.J. Szemler, "Pontifex", RE, Supl. IV, 1978, col. 334. Esta etimología era ya aceptada por escritores antiguos: Var., De l. l., V, 33; Dion., II, 73, 1; Plut., Num., 9, 4; Serv., Ad Aen., II, 166.
- (667). Sobre estas relaciones J. Le Gall, Recherches sur le culte du Tibre, Paris, 1953, págs. 79 y sigs.
- (668). Una exposición sumaria de estas opiniones aparece en P. De Francisci, Primordia Civitatis, págs. 442 y sigs.; G. Dumézil, La religion romaine archaïque, pág. 557; G.J. Szemler, "Pontifex", col. 334 y sigs.

- (669). A. Piganiol, Essai sur les origines de Rome, págs. 136-137; G. Bonfante, "Trace di terminologia palafitticola nel vocabolario latino?", ARIV, XCVII, 1938, págs. 57 y sigs.; A. Carnoy, "Les noms de prêtres en indo-européen", NC, V, 1953, págs. 205-206; G. Devoto, Storia della lingua di Roma, Firenze, 1940, pág. 11; P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 443; J. Bayet, Histoire politique et psychologique de la religion romaine, pág. 101; G.J. Szemler, "Pontifex", col. 336.
- (670). Véase el artículo de A. Calonge, "El pontifex maximus y el problema de la distinción entre magistraturas y sacerdocios", AHDE, XXXVIII, 1968, 5-29.
- (671). Véase un estado de la cuestión en A. Calonge, "El pontifex maximus y el problema de la distinción entre magistraturas y sacerdocios", págs. 12 y sigs.
- (672). Sólo un texto de Livio (XXXVII, 51, 4) hace mención expresa del imperium del pontífice.
- (673). Defensores de un auténtico poder de mando en el pontífice son E. Pais, "Le relazioni fra i sacerdozi e le magistrature civili nella repubblica romana", en Ricerche sulla storia e sul diritto pubblico di Roma, Roma, vol. I, 1915, págs. 284-285; P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 447; G. Wissowa, Religion und Kultus der Römer, pág. 502; J. Bayet, Histoire politique et psychologique de la religion romaine, pág. 101.
- (674). P. De Francisci, Primordia Civitatis, págs. 445 y sigs.
- (675). En Alba (CIL, VI, 1460, 2161, 2168), en Lanuvium (CIL, IX, 4206-4208, 4399), en Praeneste (Serv., Ad Aen., VII, 678), en Tibur (CIL, XIV, 3650, 3674, 4258). Cf. G.J. Szemler,

"Pontifex", col. 340.

- (676). A. Bouché-Leclercq, "Pontifices", DA, IV,1, (s.a.), pág. 568.
- (677). Fest., 422L; 444L.
- (678). E.A. Sydenham, The Coinage of the Roman Republic, London, 1952, pág. 167 y lám. 27, nº 1006 (denario de César del año 54 a.C.).
- (679). M. Vogel, "Imperium und Fasces", pág. 65; N. Turchi, La religione di Roma antica, Bologna, 1939, pág. 42.
- (680). Véanse por todos, P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 431; J. Bayet, Histoire politique et psychologique de la religion romaine, pág. 103.
- (681). Cf. J. Bayet, Histoire politique et psychologique de la religion romaine, pág. 102.
- (682). Cic., De r.p., II,9,16.
- (683). Cic., De r.p., II,14,26.
- (684). Por ejemplo, G. Dumézil, La religion romaine archaïque, pág. 556, n.1; K. Latte, Römische Religionsgeschichte, pág. 197.
- (685). F. Leifer, Studien zum antiken Anterwesen, pág. 305; K. Hanell, Das altrömische eponyme Amt, pág. 188; P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 444; L.-R. Ménager, "Les collèges sacerdotaux, les tribus et la formation primordiale de Rome", pág. 464.

- (686). Lex Ursonensis, LXVII, línea 18 (cf. A. D'Ors, Epigrafía jurídica de la España romana, Madrid, 1953, págs. 190-191).
- (687). Cic., De r.p., II,9,16.
- (688). Liv., X,6,7-8.
- (689). A. Bouché-Eclercq, "Pontifices", pág. 567; A. D'Ors, Epigrafía jurídica de la España romana, pág. 191.
- (690). P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 444.
- (691). F. Ribezzo, "I Pontifici nell'organizzazione e nella struttura della città italiana", RIGI, I, 1931, págs. 171 y sigs.; F. Leifer, Studien zum antiken Amterwesen, págs. 120 y sigs.; P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 441; J. Marquardt, Römische Staatsverwaltung, Leipzig, 1885, vol. III, págs. 303 y sigs.
- (692). Cic., De diu., I,1,3; cf. 40,89.
- (693). S. Mazzarino, Dalla monarchia allo stato repubblicano, págs. 27 y sigs.
- (694). Serv., Ad Aen., III,80: "ut rex esset etiam sacerdos et pontifex".
- (695). Véase P. De Francisci, Síntesis histórica del derecho romano, págs. 43 y sigs.
- (696). G. De Sanctis, Storia dei Romani, vol. I, pág. 345; F. Leifer, Studien zum antiken Amterwesen, págs. 92-93.
- (697). Cf. J. Marquardt, Römische Staatsverwaltung, pág. 336.

- (698). En Lavinium (Serv., Ad Aen., II,296; III,12; Macr., Sat., III,4,11); en Alba (Iuu., IV,61; CIL, VI,2172).
- (699). Plut., Num., 10,6; Cas. Dio, XLVII,19.
- (700). Cf. Ch. Lécirvain, "Lictor", DA, III, 1904, pág. 1239.
- (701). K. Latte, Römische Religionsgeschichte, pág. 115; L. Deubner, "Zur römischen Religionsgeschichte", MDAI(R), XXXVI/XXXVII, 1921/1922, pág. 22.
- (702). Fest., 419L.
- (703). CIL, VI,2177.
- (704). L.-R. Ménager, "Les collèges sacerdotaux, les tribus et la formation primordiale de Rome", pág. 461.
- (705). Fest., 468L.
- (706). Sobre este particular véanse G. Dumézil, "Remarques sur le ius fetiale", REL, XXXIV, 1956, 93-108, y sobre todo P. Catalano, Linee del sistema sovranazionale romano, Torino, 1965, especialmente págs. 8 y sigs.
- (707). Dion., II,72,1; Plut., Num., 12,4-8; Cam., 18,2.
- (708). Cic., De r.p., II,17,31.
- (709). Liv., I,32,5-14. Este autor, sin embargo, se contradice al hacer intervenir al fecial a propósito del tratado entre Roma y Alba en el reinado de Tulo Hostilio (I,24,4-9). Algo semejante le ocurre a Servio, Ad Aen., X,14.
- (710). En Alba (Liv., I,24,4), en Lavinium (CIL, X,797), en Ar-

- dea (Dion., II,72,1); en el Lacio en general, Dion., I, 21,1.
- (711). Entre los ecuos (Liv., I,32,5; Dion., II,72,1), los samnitas (Liv., VIII,39,14; IX,1,3; App., Bell. Sam., fr. 4,1).
- (712). Según Servio de los faliscos (Ad Aen., VII,695); según Livio de los ecuos (I,32,5).
- (713). Así lo hace J. Bayet, Histoire politique et psychologique de la religion romaine, pág. 105.
- (714). Liv., I,24,9; Verg., Aen., XII,170; Var., De r.r., II,4, 9; Cic., De invent., II,30,91; Suet., Claud., 25; Fest., 266L.
- (715). Liv., I,33,12. Sobre el valor mágico-religioso de esta arma, pueden verse Fr. Schwenn, "Der heilige Speer", ARw, XX, 1920, págs. 300 y sigs.; M. Cary y A.D. Nock, "Magic Spears", CQ, XXI, 1927, págs. 122 y sigs.; J. Bayet, "Le rite du fécial et le cornouiller magique", en Croyances et rites dans la Rome antique, Paris, 1971, págs. 22 y sigs.
- (716). L.-R. Ménager, "Les collèges sacerdotaux, les tribus et la formation primordiale de Rome", pág. 463.
- (717). Liv., I,24,6; Plin., Nat. Hist., XXII,5.
- (718). Servio (Ad Aen., X,52) le denomina princeps fetialium.
- (719). E. Gjerstad, "Innenpolitische und militärische Organisation in frühromischer Zeit", pág. 154.

- (720). Liv., I,19,6-7.
- (721). Véase J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, págs. 135-136.
- (722). Respecto a este último término, no todos los autores concuerdan en concederle un origen etrusco: así, A. Walde y J.B. Hoffman, Lateinisches Etymologisches Wörterbuch, vol. I, pág. 672; J. Whatmough, "The Calendar of Ancient Italy outside Rome", HSCPh, XLII, 1931, pág. 162; J. Bayet, Histoire politique et psychologique de la religion romaine, pág. 89.
- (723). H.J. Rose, "The Pre-Caesarian Calendar", pág. 76; F. Altheim, Römische Religionsgeschichte, vol. I, pág. 86.
- (724). A.K. Michels, The Calendar of the Roman Republic, págs. 216 y sigs.
- (725). Ch. Gittard, "Le calendrier romain des origines au milieu du V^e siècle avant J.-C.", BAGB, 1973, 203-219.
- (726). Ovid., Fast., I,27; III,99; III,119; Gell., Noct. At., III,16;16; Serv., Ad Georg., I,43; Cens., De die nat., 20,2-3; Solin., I,35-36; Macr., Sat., I,12; Plut., Num., 18,2; Q.Rom., 19; Lyd., Mens., I,16.
- (727). Así, G. De Sanctis, Storia dei Romani, vol. II, pág.517; E. Pais, Storia critica di Roma durante i primi cinque secoli, vol. I,1, pág. 393.
- (728). Además de los autores arriba citados (n. 726), por Censorino sabemos que el año de diez meses contaba con los votos de Varrón, Fulvio Nobilior, Junio Gracano y Suetonio (Cens., De die nat., 20,2).

- (729). O.E. Hartmann, Der römische Kalendar, Leipzig, 1882; H.J. Rose, "The Pre-Caesarian Calendar", cit.
- (730). Cf. B. Melzar Allen, "The Early Roman Calendar", CJ, XLIII, 1947, págs. 163 y sigs.
- (731). Véase Var., De r.r., I, 29; 36.
- (732). Iniciadores de esta escuela fueron W. Soltau, Römische Chronologie, Freiburg, 1889, págs. 72 y sigs.; H. Ginzler, Handbuch der mathematischen und technischen Chronologie, Leipzig, vol. II, 1908, págs. 221 y sigs.
- (733). A.K. Michels, "The Calendar of Numa and the Pre-Julian Year", TAPhA, LXXX, 1949, 320-346.
- (734). Cens., De die nat., 22,5-6.
- (735). Plut., Num., 18,2.
- (736). Plut., Num., 18,2.
- (737). Tert., De spect., 5; Fest., 71L.
- (738). "Ecurria ab equorum cursu", dice Varrón (De l.l., VI,13).
- (739). Ovid., Fast., II,858: "iunctis curribus". Cf. G. Bloch, "Equirria", DA, II, 1892, pág. 745. J. Loicq expresa justamente la opinión contraria defendiendo la prioridad de los carros sobre los caballos solos ("Le témoignage de Varron sur les 'Ecurria'", Latomus, XXIII, 1964, pág.491).
- (740). Ovid., Fast., II,859-860; Var., De l.l., VI,13.
- (741). F. Coarelli, "Il Campo Marzio occidentale. Storia e topo-

grafia", pág. 839; A. Piganiol, "L'ara Martis et les Equirria", MEFR, LI, 1934, págs. 22 y sigs.

(742). J. Le Gall, Le Tibre, fleuve de Rome, dans l'Antiquité, pág.11; véase lo ya dicho anteriormente, págs. 13-14.

(743). Ovid., Fast., III,519-523; Fest., 117L.

(744). Fasti Praenestini: CIL, I², pág. 312.

(745). Cf. J. Marquardt, Römische Staatsverwaltung, vol. III, pág. 434; P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág.326.

(746). Ovid., Fast., III,849; Lyd., Mens., IV,60.

(747). Ovid., Fast., V,725.

(748). CVA, Italia, fasc. III, lám. 1.

(749). K. Latte, Römische Religionsgeschichte, pág. 118.

(750). Plin., Nat. Hist., VII,56; Sil. Ital., VIII,488. En general, sobre el origen etrusco de la música romana: Ath., IV,25; Str., V,2,2 (= C.220); Clem. Alex., Paedag., II,4. Estacio, por el contrario, lo refiere a Tusculum (Stat., Theb., IV,224). Véase E. McCartney, "The Military Indebtedness of Early Rome to Etruria", MAAR, I, 1917, pág. 158.

(751). Liv., I,43,7; Dion., IV,17,3; Cic., De r.p., II,22,40.

(752). Fest., 295L; Plut., Q.Rom., 97.

(753). Pol., XII,4b.

- (754). H. Wagenvoort cree equivocadamente que la cola representa el pene ("Zur magischen Bedeutung des Schwanzes", en Serta Philologica Aenipontana, Innsbruck, 1962, 273-287.
- (755). Fest., 295-296L; Plut., Q.Rom., 97.
- (756). P.-E. Dumont, L'aśvamedha. Description du sacrifice solennel du cheval dans le culte védique d'après les textes du Yajurveda blanc, Paris, 1927; J. Puhvel, "Vedic aśvamedha and gaulish iipOMiDVOS", Language, XXXI, 1955, 123-135; M. Capozza, "Spartaco e il sacrificio del cavallo (Plut., Crass., 11,8-9)", CrSt, II, 1963, 251-293; G. Dumézil, La religion romaine archaïque, págs. 225 y sigs.
- (757). Var., De l.l., V,153; Fest., 17L.
- (758). P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 348; J. Bayet, Histoire politique et psychologique de la religion romaine, pág. 87; K. Latte, Römische Religionsgeschichte, pág. 120.
- (759). H. Delbrück, Geschichte des Kriegskunst im Rahmen der politischen Geschichte, Berlin, 1964, vol. I, pág. 255; A. Alföldi, "Die Herrschaft der Reiterei in Griechenland und Rom nach dem Sturz des Königtums", pág. 38. Son partidarios por el contrario de que los ritos saliares representan exclusivamente a la infantería: W. Helbig, "Sur les attributs des Saliens", pág. 265; idem, "Zur Geschichte der römischen Equitatus", ABAW, XXIII, 1905, pág. 310; G. Wissowa, Religion und Kultus der Römer, pág. 555; Ed. Meyer, "Das römische Manipularheer, seine Entwicklung und seine Vorstufen", en Kleine Schriften, Halle, 1924, vol. II, pág. 275; F. Altheim, Epochen der römischen Geschichte, Frankfurt am Main, 1934, vol. I, pág. 147; A. Küsters, Cuneus, Phalanx und Legio, Würzburg, 1939, pág. 64; J.

Wiesner, "Reiter und Ritter im Ältesten Rom", Klio, XXXVI, 1944, pág. 64.

- (760). Véanse diferentes ejemplos en H. Hencken, Tarquinia, Villanovans and Early Etruscans, ASPR, 26, Cambridge (Mass.) 1968, vol. I, figs. 158f, 159, 176h. Aquí no concordamos con E. Gjerstad, para quien el yelmo de la tumba XCIV del Esquilino debía haber llevado un apex, aunque no se observe la menor traza de ello (Early Rome, vol. IV,1, págs. 170 y 293).
- (761). Verg., Aen., V,557.
- (762). V. Bianco Peroni, Die Schwerter in Italien, págs. 95-97.
- (763). H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, pág. 53.
- (764). Sobre las armas encontradas en Roma, H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, págs. 53 y sigs.; E. Gjerstad, Early Rome, vol. IV,1, pág. 289 y sigs.; G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", págs. 306-307.
- (765). H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, pág. 53; E. Gjerstad, Early Rome, vol. IV,1, pág. 292.
- (766). Por ejemplo, en la necrópolis de Castel di Decima las puntas de lanza de hierro son abundantes a finales del siglo VIII: cf. Civiltà del Lazio primitivo, págs. 260 y sigs.
- (767). H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, págs. 53 y sigs.; E. Gjerstad, Early Rome, vol. IV,1, págs. 289 y sigs.
- (768). G. Pinza, "Monumenti primitivi di Roma e del Lazio antico", col. 246; O. Montelius, La civilisation primitive en

- Italie, vol. I,2, col. 645-646; H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, pág. 87; E. Gjerstad, Early Rome, vol. IV,1, pág. 290; V. Bianco Peroni, Die Schwerter in Italien, pág. 117, nº 318.
- (769). H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, págs. 33-35; G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 306.
- (770). H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, págs. 86-87; E. Gjerstad, Early Rome, vol. II, pág. 234, y vol. IV,1, pág. 290; K. Killian, en Beiträge zu italienischen und griechischen Bronzefunden, pág. 43. Según este mismo autor, unos fragmentos de la tumba CXXVII del Esquilino pertenecen a una espada del mismo tipo.
- (771). Una espada de antenas ha aparecido no hace mucho en Lavinium (G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 335). Ejemplares con empuñaduras de volutas se conocen en Caracupa (L. Savignoni y R. Mengarelli, "La necropoli arcaica di Caracupa tra Norba e Sermoneta", NS, 1903, pág. 344), en Satricum (E. Gjerstad, Early Rome, vol. IV,1, pág. 290) y en Castel di Decima (F. Zevi, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 273).
- (772). V. Bianco Peroni, Die Schwerter in Italien, pág. 89, nº 236 (tipo Cumas); págs. 90 y 91, nº 240 y 247 (tipo Termini).
- (773). Así la clasifica E. Gjerstad, Early Rome, vol. II, pág. 256, fig. 227,2, y vol. IV,1, págs. 291-292.
- (774). Cf. H. Hencken, "Carp's Tongue Swords in Spain, France and Italy", Zephyrus, VII, 1956, págs. 169 y sigs.

- (775). G. Pinza, "Monumenti primitivi di Roma e del Lazio antico", col. 296; H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, pág. 100.
- (776). H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, pág. 55; E. Gjerstad, Early Rome, vol. IV,1, págs. 293-294; I. Ström, Problems Concerning the Origin and Early Development of the Etruscan Orientalizing Style, Odense, 1971, pág. 141.
- (777). G. Kossack, Studien zum Symbolgut der Urnenfelder- und Hallstattzeit Mitteleuropas, Berlin, 1954, págs. 58 y sigs.
- (778). G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 306. Una relación de este tipo de escudo en Etruria puede verse en A. Akerström, Der geometrische Stil in Italien, Lund, 1943, págs. 119-120; G. Camporeale, La Tomba del Duce, Firenze, 1967, págs. 32 y sigs.
- (779). E. Gjerstad, Early Rome, vol. IV,1, pág. 294.
- (780). Ineditum Vaticanum, en Hermes, XXVII, 1892, pág. 121.
- (781). H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, pág. 55; E. Gjerstad, Early Rome, vol. IV,1, págs. 292-293. Sobre este tipo de yelmo en Italia, G. von Merhart, "Zu den ersten Metallhelmen Europas", BRGK, XXX, 1940, (1941), págs 5 y sigs.
- (782). Véase G. Camporeale, La Tomba del Duce, págs. 48 y sigs.
- (783). Por ejemplo, P. Ducati, La situla della Certosa, Roma, 1970, pág. 24.

- (784). K. Kromer, Das Gräberfeld von Hallstatt, Firenze, 1959, lám. 199,3.
- (785). M. Cristofani y F. Zevi, "La Tomba Campana di Veio. Il corredo", ArCl, XVII, 1965, pág. 5, nº 10, y lám. I,10.
- (786). H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, pág. 56; G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 306.
- (787). En Veyes (P. Passarello, "Continuazione degli scavi nella necropoli 'Quattro Fontanili'", NS, XIX, 1965, pág. 175, fig. 81), en Tarquinia (H. Hencken, Tarquīnia, Villanovans and Early Etruscans, vol. I, pág. 198 y fig. 178b), en Bisenzio (G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 335). Se conoce también un ejemplar en la tumba 87 de la necrópolis de Fermo: G. Annibaldi, Il Museo Nazionale delle Marche in Ancona, Ancona, 1958, pág. 15.
- (788). H. Hencken, Tarquinia, Villanovans and Early Etruscans, vol. I, pág. 211 y fig. 187; I. Ström, Problems Concerning the Origin and Early Development of the Etruscan Orientalizing Style, fig. 84.
- (789). G. Camporeale, La Tomba del Duce, pág. 49.
- (790). H. Müller-Karpe, Vom Anfang Roms, págs. 64-65.
- (791). H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, pág. 57.
- (792). V. Bianco Peroni, Die Schwerter in Italien, pág. 93.
- (793). H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, págs. 55 y sigs; C. Ampolo, "Su alcuni mutamenti sociali nel Lazio tra l'

VIII e il V secolo", pág. 47; G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 306; E. La Rocca, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 136.

- (794). F. Cornelius, Untersuchungen zur frühen römischen Geschichte, pág. 89; P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 572.
- (795). R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, págs. 172-173.
- (796). Fest., 43L; 182L; 503L; Var., De l.l., VI,23; Liv., IX, 38,15.
- (797). Var., apud Dion., II,47,4; Plut., Rom., 20,3.
- (798). Cic., De r.p., II,8,14; Liv., I,13,6; Fest., 42L.
- (799). E. Sydenham, The Coinage of the Roman Republic, pág. 187.
- (800). A. Alföldi, "Diana Nemorensis", pág. 139.
- (801). Cic., Ad fam., 13,11.
- (802). W. Schulze, Zur Geschichte lateinischer Eigennamen, AKGWG, V,5, Berlin, 1933, págs. 150, n.4, y 260, n.1.
- (803). F. Münzer, "Titius", RE, 2ª R., VI,2, 1937.
- (804). J. Poucet, Recherches sur la légende sabine des origines de Rome, pág. 397.
- (804). M. Pallottino, Elementi di lingua etrusca, Firenze, 1936, pág. 108; H. Rix, Die etruskische Cognomen, Wiesbaden, 1963, pág. 50; W. Schulze, Zur Geschichte lateinischer

Eigennamen; pág. 93.

- (806). R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, pág. 292.
- (807). En el mismo sentido, L. Homo, Les institutions politiques romaines, pág. 20.
- (808). Fest., 182L.
- (809). Sobre la localización de las curiae veteres, véase Tac., Ann., XII,24; CIL, VI,975; S.B. Platner, A Topographical Dictionary of Ancient Rome, pág. 147; G. Lugli, Roma antica, pág. 400.
- (810). Para la ubicación de las curiae novae pueden consultarse S.B. Platner, A Topographical Dictionary of Ancient Rome, pág. 146; A.M. Colini, "Storia e topografia del Celio nell'antichità", págs. 72 y 440.
- (811). Cf. sobre estos problemas R.E.A. Palmer The Archaic Community of the Romans, págs. 82 y sigs; E. Gjerstad, "Innenpolitische und militärische Organisation in frühromischer Zeit" pág. 148.
- (812). Fest., 182L.
- (813). Var., De l.l., VI,23-24.
- (814). Macr., Sat., I,10,7-17.
- (815). R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, págs. 106 y sigs. (especialmente pág. 108).
- (816). Fest., 503L. Cf. R.E.A. Palmer, The Archaic Community of

the Romans, pág. 78.

- (817). P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 177, n. 394;
cf. G. Devoto, Storia della lingua di Roma, pág. 57.
- (818). Mart., II,17,1.
- (819). Tac., Ann., I,54,1.
- (820). Tac., Hist., II,95,3.
- (821). Var., De l.l., V,85.
- (822). J. Bayet, Histoire politique et psychologique de la religion romaine, pág. 174; J. Gagé, "Les sacerdoces d'Auguste et ses réformes religieuses", MEFR, XLVIII, 1931, págs. 98-99.
- (823). Véase R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, págs. 122 y sigs.
- (824). Dion., II,47,4.
- (825). Cf. Dion., IV,15,2.
- (826). Así lo acepta Palmer, The Archaic Community of the Romans, págs. 172-173, pero quien, por razones no explicables, no concede este honor al Fagutal y a la Subura, como ya hemos tenido ocasión de señalar.
- (827). Liv., I,21,5; Dion., I,38; Var., De l.l., V,45-54; VII, 44; Plut., Q.Rom., 86; Fest., 14L; Ovid., Fast., III,791; V,621; Gell., Noct. At., X,15,30. Han tratado el tema G. Wissowa, "Argei", RE, II,1, 1895, col. 689-700; L. Clerici, "Die Argei", Hermes, LXXVII, 1942, 89-100; J.G. Fra-

- zer, Ovid. Fasti, 1976, págs. 425 y sigs.; G. Dumézil, La religion romaine archaïque, págs. 436 y sigs.; J. Bayet, Histoire politique et psychologique de la religion romaine, págs. 31 y sigs.; K. Latte, Römische Religionsgeschichte, págs. 412 y sigs.; R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, págs. 84 y sigs.
- (828). Cf. A. Momigliano, "An Interim Report on the Origins of Rome", pág. 555, n.22.
- (829). Por esta misma razón topográfica. E. Gjerstad, que como vimos admite un poblamiento primitivo en lo que luego sería la regio Collina, data el ritual de los Argei en la primera fase pre-urbana: Legends and Facts of Early Roman History, págs. 21-22.
- (830). Liv., I,21,5.
- (831). R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, págs. 92 y sigs.
- (832). Esto es especialmente claro en los dos Argei conocidos de la región Palatina: Germalense y Veliense (Var., De l.l., V,54). También el mons Caelius parece coincidir con la aldea.
- (833). Dion., I,38,3.
- (834). Var., De l.l., V,54.
- (835). Var., De l.l., V,50.
- (836). Var., De l.l., V,46-48.
- (837). Fest., 295-296L; Plut., Q.Rom., 97.

- (838). E. Gjerstad, Early Rome, vol. I, págs. 72 y sigs.; vol. IV,1, pág. 41.
- (839). E. Gjerstad, Early Rome, vol. I, págs. 127 y sigs.; vol. IV,1, pág. 41.
- (840). F.E. Brown, "New Soundings in the Regia: the Evidence for the Early Republic", págs. 51 y sigs.; *idem*, "La protostoria della Regia", pág. 19.
- (841). L. Deroy, "Le combat légendaire des Horaces et des Curia-ces", LEC, XLI, 1973, pág. 203. Esta es por otra parte la idea general que domina la obra de R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, cit.
- (842). Th. Mommsen, Le droit public romain, vol. VI,1, págs. 101 y sigs.
- (843). Así, P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 588.
- (844). Cf. W. Soltau, Ueber Entstehung und Zusammensetzung der altrömischen Volksversammlungen, Berlin, 1880, págs. 69 y sigs.; G.W. Botsford, "The Social Composition of the Primitive Roman Populus", PSQ, XXI, 1906, págs. 498 y sigs.; *idem*, The Roman Assemblies from their Origin to the End of the Republic, New York, 1909, págs. 16 y sigs.; H. Last, "The Servian Reforms", JRS, XXXV, 1945, págs. 30 y sigs.; A. Momigliano, "An Interim Report on the Origins of Rome", págs. 579-580; F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, págs. 149 y sigs.
- (845). Cic., Planc., 3,8; De domo, 14,38; cf. Th. Mommsen, "Die patricischen und plebejischen Sonderrechte in den Bürger- und Rathversammlungen", en Römische Forschungen, vol. I, pág. 147.

- (846). Th. Mommsen, "Die patricischen und plebejischen Sonderrechte in den Bürger- und den Rathsversammlungen", pág. 148; W. Soltau, Ueber Entstehung und Zusammensetzung der altrömischen Volksversammlungen, pág. 69.
- (847). Véase este último extremo en F. Rodríguez Adrados, El sistema gentilicio decimal, pág. 31.
- (848). Var., De l.l., V, 89.
- (849). Cf. A. Momigliano, "An Interim Report on the Origins of Rome", pág. 573.
- (850). G. Kübler, "Curia", col. 1817.
- (851). Dion., II, 7, 3.
- (852). Véase E. Lammert, "Λοχαγός ", RE, XIII, 1, 1926, col. 943-946.
- (853). Jen., An., III, 4, 21; IV, 8, 15.
- (854). F. Rodríguez Adrados, El sistema gentilicio decimal, pág. 27.
- (855). Var., De l.l., V, 89.
- (856). A. Walde y J.B. Hoffmann, Lateinisches Etymologisches Wörterbuch, vol. II, pág. 87, relacionan miles con la palabra sánscrita milati, "reunirse". Por su parte, A. Ernout y A. Meillet, Dictionnaire étymologique de la langue latine, pág. 402, proponen un origen etrusco.
- (857). P. Fraccaro, "La storia dell'antichissimo esercito romano

e l'età dell'ordinamento centuriato", Opuscula, Pavia, vol. II, 1957, pág. 287; P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 575.

- (858). Véase E. Pais-J. Bayet, Histoire romaine. T. I: Des origines à l'achèvement de la conquête, pág. 69.
- (859). Cf. L.-R. Ménager, "Les collèges sacerdotaux, les tribus et la formation primordiale de Rome", págs. 472-473.
- (860). R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, pág. 153.
- (861). Véase G. De Sanctis, Storia dei Romani, vol. I, pág. 243.
- (862). G. De Sanctis, Storia dei Romani, vol. I, pág. 228.
- (863). P. De Francisci, Primordia Civitatis, págs. 185 y 186, n. 467.
- (864). P. Fraccaro, "La storia dell'antichissimo esercito romano e l'età dell'ordinamento centuriato", pág. 288. Véase sobre la cuestión, J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, págs. 167 y sigs.
- (865). H. Hencken, Tarquinia, Villanovans and Early Etruscans, vol. I, págs. 201 y sigs.
- (866). M. Torelli, "Tre studi di storia etrusca", pág. 14.
- (867). A.M. Snodgrass, "The Hoplite Reform and History", JHS, LXXXV, 1965, págs. 116 y sigs.; M. Torelli, "Tre studi di storia etrusca", pág. 16.
- (868). Liv., I, 36, 2; Cic., De r.p., II, 20, 36.

- (869). Véase J. Poucet, Recherches sur la légende sabine des origines de Rome, págs. 333 y sigs.; M. Pallottino, "Le origini di Roma: considerazioni critiche", págs. 38 y sigs.
- (870). Liv., I,13,8; Plut., Rom., 20,2.
- (871). P. Willems, Le sénat de la République romaine, Louvain, 1885, vol. I, pág. 22.
- (872). G. Devoto, "Le origini tripartite di Roma", Athenaeum, XXXI, 1953, 335-343.
- (873). B.G.M. Niebuhr, Histoire romaine, vol. I, págs. 264 y sigs.; A. Schwegler, Römische Geschichte, Tübingen, vol. I, 1853, págs. 497 y sigs.; A. Piganiol, Essai sur les origines de Rome, págs. 245-246; E. Pais, Storia di Roma, Torino, 1926, vol. II, págs. 298-299.
- (874). Por ejemplo, J. Beloch, Römische Geschichte bis zum Beginn der punischen Kriege, págs. 268 y sigs.; F. Cornelius, Untersuchungen zur frühen römischen Geschichte, pág. 90; L. Pareti, Storia di Roma e del mondo romano, vol. I, pág. 273; G. Giannelli, La repubblica romana, 2ª ed., Milano, 1955, págs. 52-53; L. Homo, Les institutions politiques romaines, pág. 20; Th. Mommsen, Le droit public romain, vol. VI,1, págs. 105-106.
- (875). W. Peremans, "Notes sur les tribus et les curies de la Rome primitive", AC, V, 1936, 443-447; A. Alföldi, Der früh-römische Reiteradel und seine Ehrenabzeichen, pág. 88; idem, Die Struktur des vorestruskischen Römerstaates, págs. 58 y sigs.; F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, pág. 115.

- (876). S. Accame, Le origini di Roma, Napoli, 1957, págs. 342-343; P. De Francisci, Primordia Civitatis, págs. 536 y sigs.
- (877). C. Volquardsen, "Die drei Ältesten römischen Tribus", RhM, XXXIII, 1878, pág. 553; E. Bormann, "Die älteste Gliederung Roms", en Eranos Vindobonensis, Wien, 1893, 345-358; B. Niese, Grundriss der römischen Geschichte, München, 1910, pág. 34; O. Hirschfeld, "Zur Geschichte der römischen Tribus", en Kleine Schriften, Berlin, 1913, pág. 248.
- (878). Jupiter, Mars, Quirinus. Essai sur la conception indo-européenne de la société et sur les origines de Rome, Paris, 1941, págs. 129 y sigs.; L'héritage indo-européen à Rome, Paris, 1949, págs. 185 y sigs.; L'idéologie tripartite des Indo-Européens, Coll. Lat., XXXI, Bruxelles, 1958, págs. 7 y sigs.
- (879). Cf. L. Holzapfel, "Die drei Ältesten römischen Tribus", Klio, I, 1901, 228-255; A. Piganiol, Essai sur les origines de Rome, pág. 246, n.4; G. De Sanctis, Storia dei Romani, vol. I, pág. 247; G. Giannelli, La repubblica romana, pág. 52.
- (880). Véase A. Momigliano, "An Interim Report on the Origins of Rome", pág. 583, n. 78.
- (881). G. Dumézil, La religion romaine archaïque, págs. 169-170; Mito y epopeya. I, trad. esp., Barcelona, 1977, pág. 313, n. 17.
- (882). M. Pallottino, "Le origini di Roma", pág. 18.
- (883). A. Rosenberg, Der Staat der alten Italiker, págs. 118 y

- sigs.; E. Thübler, Die umbrisch-sabellische und die römische Tribus, SHAW, IV, 1929-1930; U. Coli, "Tribù e centurie dell'antica Repubblica romana", SDHI, XXI, 1955, pág. 195; idem, Il diritto pubblico degli Umbri, Milano, 1958, págs. 81 y sigs.
- (884). J.W. Poultney, The Bronze Tables of Iguvium, pág. 274; G. Devoto, Gli antichi Italici, pág. 224.
- (885). Dudas a la tesis tradicional han sido expuestas entre otros por G. De Sanctis, Storia dei Romani, vol. I, pág. 249; F. Cornelius, Untersuchungen zur frühen römischen Geschichte, pág. 89.
- (886). Var., De l.l., V,55; Colum., V,1,7; Cas. Dio, fr. 5,8. Son partidarios de esta opinión S. Schlossmann, "Tributum, tribuere, tribus", ALL, XIV, 1906, pág. 39; P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 537.
- (887). Var., De l.l., V,55; Gell., Noct. At., XVIII,7,5; Dion., IV,14,1.
- (888). Cf. H.H. Scullard, A History of the Roman World from 753 to 146 B.B., pág. 43.
- (889). A. Alföldi, Die Struktur des voretruskischen Römerstaates, págs. 58 y sigs.; cf. J. Poucet, "Un héritage eurasien dans la Rome préétrusque?", AC, XLIV, 1975, 646-651.
- (890). F. Schachermeyr, "Titius", RE, VI,2, 1937, col. 1537.
- (891). L. Holzapfel, "Die drei ältesten römischen Tribus", págs. 244 y sigs.; K.J. Neumann, Die Grundherrschaft der römischen Republik, die Bauernbefreiung und die Entstehung der Servianischen Verfassung, Strassburg, 1900, pág. 14;

P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 538.

- (892). Var., De l.l., V,55: "... sed omnia haec vocabula Tusca, ut Volnius, qui tragoedias Tuscas scripsit, dicebat."
- (893). Seguidores de un origen etrusco de las tribus son L. Holzapfel, "Die drei Ältesten römischen Tribus", pág. 246; F. Schachermeyr, "Titules", col. 1537; A. Momigliano, "Ricerche sulle magistrature romane. V. Tribù umbrosabelle e tribù romane", BCAR, LX, 1933, 228-232; L. Pareti, Storia di Roma e del mondo romano, vol. I, págs. 273 y sigs.; S. Mazzarino, "Sociologia del mondo etrusco e problemi della tarda etruscità", pág. 100.
- (894). W. Schulze, Zur Geschichte lateinische Eigennamen, págs. 218 y 581; véase A. Montenegro Duque, La onomástica de Virgilio y la antigüedad preitalica, pág. 64.
- (895). J. Binder, Die Plebs, pág. 273; A. Rosenberg, Der Staat der alten Italiker, págs. 127 y sigs.; J. Beloch, Römische Geschichte bis zum Beginn der punischen Kriege, pág. 228; P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 539; R. E.A. Palmer, The King and the Comitium, págs. 29-30.
- (896). CIL, I,571; X,3772 (= ILLRP, 719); también, ILLRP, 735.
- (897). CIL, XIV, 1542.
- (898). W. Schulze, Zur Geschichte lateinische Eigennamen, pág. 263. También J. Poucet piensa en un origen etrusco para este nombre: Recherches sur la légende sabine des origines de Rome, págs. 399 y sigs.
- (899). H. Rix, Das etruskische Cognomen, pág. 348; idem, "Zum Ursprung des römisch-mittelitalischen Gentilnamensystems",

- ANRW, I,2, 1972, págs. 706, 723-724, 739.
- (900). CIE, 2106 (= TLE², 563); 2659, 4738; CIL, VI,215.
- (901). P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 539; H. Rix, Das etruskische Cognomen, pág. 351.
- (902). J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 139; A. Alföldi, Die Struktur des voretruskischen Römerstaates, pág. 60.
- (903). Th. Mommsen, Le droit public romain, vol. VI,1,pág.109.
- (904). B.G.M. Niebuhr, Histoire romaine, vol. I, pág. 267. En sus rasgos esenciales, esta misma opinión la comparte A. Piganiol, Essai sur les origines de Rome, págs. 245-246.
- (905). G. Pinza, "Monumenti primitivi di Roma e del Lazio antico", col. 767, para quien los Luceres son los habitantes del Celio y del Oppio. Mucho más extensa es la zona que les atribuye P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 539.
- (906). Cic., De diu., I,36,79.
- (907). R.E.A. Palmer, The King and the Comitium, págs.29 y sigs.
- (908). En último lugar, J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 139.
- (909). Th. Mommsen, Le droit public romain, vol. VI,1, pág. 109; J. Beloch, Römische Geschichte bis zum Beginn der punische Kriege, págs. 268 y sigs.
- (910). Liv., I,36,3; 43,9; Dion., II,7,3; Cas. Dio, fr. 5,8.

- (911). Liv., I,15,8; Dion., II,13,1-4; 29,1; 64,3; Plut., Rom., 26,2; Num., 7,8; Zon., VII,4; 5; 10.
- (912). Fest., 48L; Serv., Ad Aen., XI,603; Plin., Nat. Hist., XXXIII,35; Pomp., Dig., I,2,2,15; Lyd., De mag., I,9.
- (913). Servio menciona las tres opciones: Ad Aen., XI,603.
- (914). Dion., II,13,2; Fest., 48L; Lyd., De mag., I,9; Plut., Rom., 10,3.
- (915). Dion., II,13,2; Plut., Rom., 26,2; Num., 7,8.
- (916). Serv., Ad Aen., XI,603.
- (917). Plin., Nat. Hist., XXXIII,35; Licinian., 4 (ed. Bonn).
- (918). Fest., 505L; Plin., Nat. Hist., XXXIII,35-36.
- (919). Plin., Nat. Hist., XXXIII,35: "... celeres sub Romulo regibusque sunt appellati, deinde flexuntes, postea trossulli".
- (920). V. Ilari, "I celeres e il problema dell'equitatus nell'età arcaica", RISG, XCVIII, pág. 125.
- (921). Plin., Nat. Hist., XXXIII,35: "oppidum in Tuscis citra Volsinios".
- (922). J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, págs. 234 y sigs.
- (923). Así, A. Lengle, "Trossuli", RE, 2ª R., VII,1, 1937, col. 698-699; A. Alföldi, Der frühromische Reiteradel und seine Ehrenabzeichen, pág. 89.

- (924). A. Alföldi, "Die Herrschaft der Reiterei in Griechenland und Rom nach dem Sturz des Königtums", pág. 39.
- (925). Véanse las opiniones de A. Ernout y A. Meillet, Dictionnaire étymologique de la langue latine, pág. 110; J. Wiesner, "Reiter und Ritter im Ältesten Rom", pág. 45; P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 539.
- Sin embargo, A. Ernout sí defiende un origen etrusco para trossuli y flexuntēs, como lo expone en "Les éléments étrusques du vocabulaire latin", BSL, XXX, 1930, págs. 104-105.
- (926). Cf. J. Wiesner, "Reiter und Ritter im Ältesten Rom", pág. 69.
- (927). Véase V. Ilari, "I celeres e il problema dell'equitatus nell'età arcaica", págs. 123 y sigs.
- (928). H. Hill, Equites and Celeres", CPh, XXXIII, 1938, 283-290; E. Bélot, Histoire des chevaliers romains, Paris, 1886, vol. I, págs. 136 y sigs.
- (929). Cf. A. Momigliano, "Osservazioni sulla distinzione fra patrizi e plebei", EAC, XIII, 1966, pág. 214; A. Alföldi, Der frühromische Reiteradel und seine Ehrenabzeichen, pág. 90.
- (930). Dion., IX, 57,5; 65,4.
- (931). Liv., II, 20,5-6; Dion., VI, 11,1; 12,3.
- (932). Dion., II, 13; también II, 29,1, y 64,3.
- (933). Dion., II, 56,4. Esta variante de la muerte de Rómulo es también conocida por Livio (I, 16,4), Plutarco (Rom, 27,6),

Cicerón (De f.p., II,10,20) y Valerio Máximo (V,3,1).

(934). Dion., II,29,1.

(935). Plut., Num., 7,8.

(936). Dion., II,13,1.

(937). P. De Francisci ha tenido el mérito de fijarse por vez primera en la gran importancia de este hecho (Primordia Civitatis, pág. 541).

(938). Liv., I,36,3; 43,9.

(939). En diversas ocasiones remarcen las fuentes la permanencia de los celerēs bajo las armas, tanto en guerra como en paz (Liv., I,15,8; Plut., Rom., 26,2; Dion., II,13,3.

(940). Dion., II,13,1; Fest., 48L; Serv., Ad Aen., IX,368.

(941). P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 541 y n.147.

(942). Dion., II,13,1; Plut., Rom., 26,2.

(943). En un estudio reciente, K.W. Weeber defiende un origen tardío del lusus troiaē, por lo que la palabra truia del vaso de Tragiattella no se refiere al lusus, sino a la ciudad de Troya ("Troiae Lusus", AS, V, 1974, págs. 171 y sigs.).

(944). Véase J. Toutain, "Trojae ludus", DA, V, (s.a.), pág.495.

(945). Fest., 504L.

(946). Plut., Cat. minor, 3,1; Suet., Caes., 39,3.

- (947). Dion Casio (XLIII,23,6): κατά τὸ ἀρχαῖον ; Suetonio (Aug., 43,2): priscus mos.
- (948). Verg., Aen., V,596.
- (949). También Fest.,504L, y Sen., Troad., 778.
- (950). G.Q. Giglioli, "L'oinochoe di Tragiatella", SE, III, 1929 págs. 111 y sigs; idem, "Osservazioni e monumenti relativi alla leggenda delle origini di Roma", BMIR, XII, 1941, págs. 4 y sigs.
- (951). Inscripción completa en TLE², 74.
- (952). J. Heurgon, Vita quotidiana degli Etruschi, pág.274; A. Alföldi, Early Rome and the Latins, pág. 281.
- (953). K. Kerényi, Labyrinth-Studien, Zürich, 1950, pág. 41; R. Sobrino, "Petróglifos e labirintos", RevGuim, LXI, 1951, pág. 484; J. Toutain, "Trojae lusus", pág. 496.
- (954). A. von Premerstein, "Das Troiaspiel und die tribuni celerum", en Festschrift fuer Otto Benndorf, Wien, 1898, pág. 291 y sigs.; F. Bömer, Rom und Troia, Baden-Baden, 1951, pág. 18; G.Q. Giglioli, "Osservazioni e monumenti relativi alla leggenda delle origini di Roma", págs. 6-7.
- (955). L. Monteagudo, "Sistematización de los laberintos prehistóricos", CEG, VII, 1952, pág. 302.
- (956). Véase A. de la Peña Santos y J.M. Vázquez Varela, Los petroglifos gallegos, La Coruña, 1979, págs. 36 y sigs.
- (957). Laberintos construidos sólo se conocen en el norte de Europa: islas Británicas y Escandinavia, y rarísima vez

coinciden con dibujos conocidos (cf. L. Monteagudo, "Sistematización de los laberintos prehistóricos", pág. 305).

- (958). Cf. A. Blanco Freijeiro, "Petroglifos de Pontevedra", BA, VII, nº 42, 1975, págs. 5 y sigs.
- (959). H. von Petrikovits, "Troiaritt und Geranostanz", en Festschrift für Rudolf Egger, Klagenfurt, 1952, vol. I, págs. 126 y sigs.; A. Blanco Freijeiro, "El laberinto de Mogor", AEArq, XXXI, 1958, págs. 170 y sigs.
- (960). Verg., Aen., V, 578 y sigs.
- (961). Luc., Danz., 34; Plut., Thes., 21, 1-2; cf. O. Rubensohn, "H. Ἰεαδός", EphArch, C, 1937, págs. 590 y sigs.; H. von Petrikovits, "Troiaritt und Geranostanz", págs. 140 y sigs.
- (962). Suetonio (en Serv., Ad Aen., V, 602) equipara el lulus troiae con una danza pírrica.
- (963). Se conocen miembros desde los seis años (Tac., Ann., XI, 11, 2) hasta los diecisiete, previamente a la adopción de la toga virilis (Gell., Noct. At., X, 28, 1).
- (964). Verg., Aen., V, 561.
- (965). Plut., Cat. minor, 3, 1.
- (966). Sen., Troad., 777.
- (967). A. von Premerstein, "Das Troiaspiel und die tribuni caerum", págs. 261 y sigs.
- (968). W. Helbig, "Die Castores als Schutzgötter des römischen

- Equitatus", Hermes, XL, 1905, pág. 108; Ed. Meyer, "Das römische Manipularheer, seine Entwicklung und seine Vorstufen", pág. 278; G. Wissowa, Religion und Kultus der Römer, pág. 450; A. Alföldi, Der frühromische Reiteradel und seine Ehrenabzeichen, pág. 90; P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 542; K. Latte, Römische Religionsgeschichte, págs. 115-116; G. Dumézil, La religion romaine archaïque, pág. 545; V. Ilari, "I celeres e il problema dell'equitatus nell'età arcaica", pág. 140.
- (969). Verg., Aen., V, 561: "tres equitum numero turmae". Posteriormente la cifra se redujo a dos (cf. Plut., Cat. minor, 3,1; Suet., Caes., 39,3).
- (970). Véase A. Montenegro Duque, La onomástica de Virgilio y la antigüedad preitalica, págs. 11 y sigs.
- (971). Cf. J. Wiesner, "Reiter und Ritter im ältesten Rom", pág. 77.
- (972). ισὸν ἰννοδομίαν, dice Plutarco (Cat. minor, 3,1).
- (973). A las etimologías de celeres ya expuestas se puede añadir otra que relaciona la raíz cel- con la misma que encontramos en celsus, celeber (F. Leifer, Studien zum antiken Amterwesen, pág. 259; P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 543): esto es, que los celeres son así llamados por pertenecer a las familias más notables.
- (974). Dion., II, 13, 1.
- (975). W. Helbig, "Zur Geschichte des römischen Equitatus", ABAW, XXIII, 1909, 267-317; "Die Castores als Schutzgötter des römischen Equitatus", Hermes, XL, 1905, 101-111; "Contribution à l'histoire de l'Equitatus romain", CRAI, 1904,

178-179; 190-201.

- (976). E. Lammert, en su reseña a Helbig, en NJb, XIX, 1907, 610-616; B. Kübler, "Equites romani", RE, XI, 1907, col. 272 y sigs.; Ed. Meyer, "Das Manipularheer, seine Entwicklung und seine Vorstufen", págs. 266 y sigs.; F. Altheim, Epochen der römischen Geschichte, vol. I, pág. 148; A. Küsters, Cuneus, Phalanx und Legio, págs. 64 y sigs.; M. P. Nilsson, "The Introduction of the Hoplite Tactics at Rome: its Date and its Consequences", JRS, XIX, 1929, págs. 3 y sigs.; F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, pág. 123; J. Wiesner, "Reiter und Ritter im Ältesten Rom", pág. 62.
- (977). H. Delbrück, Geschichte der Kriegskunst, vol. I, págs. 255 y sigs. Más actualmente, P. De Francisci, Primordia Civitatis, págs. 544 y 573.
- (978). W. Schur, "Zwei Fragen der Älteren römischen Verfassungsgeschichte", NJb, LI, 1923, pág. 195.
- (979). Véase J. Wiesner, "Reiter und Ritter im ältesten Rom", págs. 89 y sigs.
- (980). Dion., II,13,3; 64,3.
- (981). Las referencias a los textos se encuentran recogidas en W. Helbig, "Zur Geschichte des römischen Equitatus", págs. 272 y sigs.
- (982). César lo relata como una costumbre de los germanos (Bell. Gall., IV,2,3).
- (983). Liv., XXII,49,1-5.

- (984). Pol., VI,25, 3-11.
- (985). Véase A. Alföldi, Der frühromische Reiteradel und seine Ehrenabzeichen, págs. 48-49.
- (986). Cf. P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 543.
- (987). J. Wiesner, "Reiter und Ritter im Ältesten Rom", págs. 78 y sigs.; F. Altheim, Epochen der römischen Geschichte, vol. I, págs. 68-69; P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 543; V. Ilari, "I celereres e il problema dell' equitatus nell'età arcaica", págs. 130 y sigs.; E.H. Richardson, The Etruscans, Chicago, 1976, pág. 30.
- (988). J. Wiesner, "Reiter und Ritter im Ältesten Rom", pág.89: "der Reiterkrieger war ebensowenig bekannt wie der Wagenkämpfer".
- (989). F. von Duhn, Italische Gräberkunde, vol. I, pág. 473; G. Pinza, "Monumenti primitivi di Roma e del Lazio antico", col. 144 y sigs.; E. Gjerstad, Early Rome, vol. II, págs. 232 y sigs.; H. Müller-Karpe, Zur Stadtwerdung Roms, págs. 55 y sigs.; G. Colonna, "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", pág. 306; E. La Rocca, en Civiltà del Lazio primitivo, pág. 136.
- (990). Véase J. Wiesner, "Reiter und Ritter im Ältesten Rom", pág. 76.
- (991). E. Douglas van Buren, Figurative terracotta Revetments in Etruria and Latium, London, 1921, págs. 63 y sigs.
- (992). R.C. Bronson, "Chariot Racing in Etruria", en Studi in onore di Luisa Banti, Roma, 1965, 89-106.

- (993). F. Zevi, "Castel di Decima. La necropoli arcaica", NS, XXIX, 1975, pág. 241.
- (994). Véase A. Küsters, Cuneus, Phalanx und Legio, pág. 68.
- (995). J. Heurgon, Vita quotidiana degli Etruschi, pág. 178.
- (996). M. Detienne, "Remarques sur le char en Grèce", en Problemes de la guerre en Grèce ancienne, Paris, 1968, págs. 313-318.
- (997). T.B.L. Webster, La Grèce de Mycènes à Homère, trad. fr., Paris, 1962, pág. 21.
- (998). Cf. Her., V,113; Str., X,1,10 (C.448).
- (999). Véase G.A. Mansuelli, Etruria and Early Rome, London, 1966, pág. 84.
- (1000). U. Coli, "Regnum", págs. 65-66.
- (1001). G. Glotz, La cité grecque, págs. 61 y sigs.; P. De Francisci, Arcana Imperii, vol. I, pág. 335.
- (1002). Tuc., I,87,2; Plut., Lyc., 26,4.
- (1003). U. Coli, "Regnum", pág. 66. Sobre la diferencia entre ambos términos véase Th. Mommsen, Le droit public romain, vol. VI,1, pág. 347.
- (1004). Véanse J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 132 y 143; S. Mazzarino, Dalla monarchia allo stato repubblicano, pág. 218.
- (1005). Cf. Cic., Leg. agr., 2,30: "consuli, si legem curiatam non habet, attingere rem militarem non licet".

- (1006). F. Leifer, Studien zum antiken Amterwesen, pág. 93; P. De Francisci, Primordia Civitatis, págs. 598 y sigs.
- (1007). Véase F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, pág. 283.
- (1008). P. De Francisci, Primordia Civitatis, pág. 581: "Qualunque sia, del resto, il valore della tradizione romana, io ritengo che la lex curiata sia sorta nell'ultima fase della monarchia latina, dopo la creazione dell'esercito di pedoni levato per curiae: e che essa sia da porre in relazione con la creatio da parte del rex di un comandante delle truppe e cioè con la creatio del magister populi".
- (1009). Cf., por ejemplo, Liv., VIII,32,3; Cic., De r.p., II,32, 56.
- (1010). Th. Mommsen, Historia de Roma, vol. I, págs. 319 y sigs.
- (1011). F. De Martino, Storia della costituzione romana, vol. I, págs. 237 y sigs.
- (1012). Dion., II,64,3.
- (1013). CIL, I², pág. 234.
- (1014). Fest., 48L; Dion., I,87,4; Plut., Rom., 10,2; Ovid., Fast., IV,837-844.
- (1015). Lyd., De mag., I,37.
- (1016). Dion., IV,71,6.
- (1017). Pomponio (Dig., I,2,2,15) y Lido (De mag., I,14; 37) ven

en el tribunus celerum el prototipo del magister equitum de la República (cf. Th. Mommsen, Le droit public romain, vol. III, 1893, pág. 204).

- (1018). R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, pág. 286.
- (1019). Liv., I, 59.
- (1020). Dion., IV, 71.
- (1021). Según V. Ilari, fue en época etrusca cuando se verificó el paso de los celeres a los equites en la organización de la caballería ("I celeres e il problema dell'equitatus nell'età arcaica", pág. 149).
- (1022). Livio (I, 49, 2) dice que el último Tarquino se rodeó de una guardia armada.
- (1023). Cf. Th. Mommsen, Le droit public romain, vol. III, pág. 203.
- (1024). Liv., I, 49, 1-7; cf. L. Homo, Les institutions politiques romaines, pág. 33; M. Pallottino, "Lo sviluppo istituzionale di Roma arcaica alla luce di nuovi documenti epigrafici", pág. 9.
- (1025). Dion., IV, 71, 6.
- (1026). Véase J. Heurgon, Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas, pág. 142.
- (1027). Ed. Meyer, "Das römische Manipularheer, seine Entwicklung und seine Vorstufen", pág. 280; A. Alföldi, Der

frührömische Reiteradel und seine Ehrenabzeichen, pág. 90.

- (1028). Dion., II,13,3, y Lyd., De mag., I,14: ἡγεμῶν.
- (1029). Lyd., De mag., I,37: τεταυρωτοὶ τῶν ἰππέων ; Auct. de vir. ill., 1: centurio; Serv., Ad Aen., XI,603: tribunus equitum.
- (1030). Así, Tarquino Prisco (Dion., III,39,2; 40,4; 41,4); Servio Tulio (Dion., IV,3,2); L. Junio Bruto, ya mencionado.
- (1031). Dion., II,13,3.
- (1032). A. Alföldi, Der frührömische Reiteradel und seine Ehrenabzeichen, pág. 90; J. Wiesner, "Reiter und Ritter im ältesten Rom", págs. 70-71; P. De Francisci, Primordia Civitatis, págs. 544-545; V. Ilari, "I celerēs e il problema dell'equitatus nell'età arcaica", págs. 137 y sigs.
- (1033). Cf. Dion., II,64,2. Véase sobre la "constitución de Rómulo" transmitida por Dionisio, E. Gabba, "Studi su Dionigi da Alicarnasso. I. La costituzione di Romolo", Athenaeum, XXXVIII, 1960, 175-225.
- (1034). Pol., VI,25,1; livio le denomina praefectus turmae: VIII, 7,1.
- (1035). Th. Mommsen, Le droit public romain, vol. III, pág. 203.
- (1036). Véase C.W. Westrup, "Sur les gentes et les curiae de la royauté primitive de Rome", pág. 466.
- (1037). Fest., 169L.

- (1038). Lambaesi (Numidia): CIL, VIII, 2596 = IIS, 6846; Simitthu Thabracam (Africa): CIL, VIII, 14683 = IIS, 6842.
- (1039). Cf. K. Latte, Römische Religionsgeschichte, pág. 399.
- (1040). Mart., II, praef.; SHA, Treb., Gall., 12, 4.
- (1041). Gell., Noct. At., XV, 27, 2.
- (1042). Dion., II, 21, 3.
- (1043). Véase E. Gabba, "Studi su Dionigi di Alicarnasso. I. La costituzione di Romolo", pág. 224.
- (1044). R.E.A. Palmer, The Archaic Community of the Romans, pág. 82.
- (1045). "sacerdos curio": CIL, VIII, 1174; "curio p.R. sacris faciundis": CIL, VIII, 1174; XI, 1351; Eph.Ep., IX, 897.
- (1046). Lyd., De mag., I, 9; Fest., 154L.
- (1047). Dion., II, 7, 3.
- (1048). Cf. Theoph., fr. 3 (CAF, ed. de T. Kock, vol. II, pág. 473); Jen., An., III, 1, 32; Cyr., VI, 3, 21; Lac., 11, 4; Tuc., V, 66.
- (1049). Plut., Cam., 37, 2.
- (1050). Dion., II, 64, 1.

CONCLUSIONES.

Como hemos podido observar a lo largo de todo el trabajo, la instauración de la realeza etrusca en Roma significó un cambio profundo en todos los aspectos de la vida. Pero todas las reformas llevadas a cabo no se realizaron de golpe, sino en diferentes etapas, por lo que cabe hablar mejor de "evolución" que de "revolución".

Por lo que se refiere a la función militar, aspecto que más nos interesa destacar, todas las fuentes remarcan el espíritu creador de uno de los monarcas etruscos en Roma, Servio Tulio, verdadero fundador del ejército romano e introductor definitivo de la táctica hoplítica en Roma.

Sin embargo, la reforma serviana no surgió de la nada, como hace tiempo demostró el gran historiador italiano Plinio Fracaro. Su antecedente inmediato hay que situarlo por lo tanto en el reinado de su antecesor en el trono, el también etrusco Tarquino Prisco, figura oscura a la que la investigación moderna ha marginado injustamente.

La realeza etrusca en Roma tuvo un marcado carácter militar, como acertadamente mostró León Homo, y en consecuencia las primeras reformas etruscas se desarrollaron en este campo. Tarquino el Antiguo fue el primero que dio un paso en este sentido y su gran acierto consistió en destruir el ejército gentilicio anterior creando unos cuadros fijos de reclutamiento a base de

los ya existentes: es a Tarquino Prisco a quien se debe atribuir el establecimiento definitivo de las treinta curias y del ejército basado en ellas de los tres mil infantes y los trescientos jinetes.

Con esta reforma, el primer rey etrusco propició extraordinariamente las medidas llevadas a cabo por su sucesor, pues destruyendo la base del poder de las gentes dio pie para que Servio Tulio les arrebatase ese poder destruyendo a su vez las curias. Una nueva sociedad se dibuja a partir de entonces apoyada en consideraciones nuevas y con una nueva organización de poder político.

Nuestro estudio se ha centrado entonces en el análisis de ese ejército pre-etrusco, así como en la base social y política en que se apoyó.

La gens aparece desde el momento de los primeros establecimientos latinos como la piedra angular sobre la que se construyó el armazón social y político de las comunidades latinas. La evolución institucional de estas comunidades atraviesa por cuatro fases basada cada una de ellas en la anterior: gens, aldea, proto-ciudad y ciudad.

La gens llena por sí sola la primera fase por su carácter originariamente soberano. El segundo período nace como consecuencia de una federación de gentes, que renuncian a parte de su autonomía en aras de una unión que les impone el desarrollo. En un tercer momento, unas aldeas se federan constituyendo una unidad mayor, pero que admite, junto a las gentes privilegiadas y diri-

gentes, nuevos elementos al margen de ellas. La cuarta fase significa el triunfo de estos últimos y el paso del ordenamiento de la gens, estructura fundamental en las sociedades anteriores, a un segundo plano no oficial: es el nacimiento de la civitas.

Las formaciones militares siguen una evolución paralela, respondiendo a cada fase un tipo distinto y lógicamente más evolucionado de organización guerrera. Nosotros hemos estudiado, como ya se ha dicho, las tres primeras de estas fases, en las que domina como célula militar la gens.

Nadie duda que originariamente la gens disponía de una organización guerrera característica suya, que disponía de una jefatura natural personificada en el jefe de la gens, el princeps gentis, y que incluso incorporaba rituales bélicos propios. Tal organización pervivió en el siguiente estadio al margen, pero dentro, de la comunidad de aldea.

El primer ejército comunal encuentra su expresión política en la curia, entendida ésta en su sentido originario de conjunto de los viri, de los armados. La curia se presenta como la institución típica militar de las primitivas aldeas latinas; la entrada en ella requería unos ritos de iniciación guerrera, parte de cuyo recuerdo se perpetuó en los rituales de los salios romanos, mediante los cuales el muchacho de la víspera pasaba a ser considerado socialmente como hombre.

La jefatura militar se encuentra no en manos del rex vitalicio, pues éste es todavía un sacerdote solamente, sino en las de un magistrado especialmente designado para el caso al que

probablemente hay que identificar, salvando las lógicas distancias, con el praesul del colegio de los salios. El papel desempeñado por la gens se desdobra en dos aspectos principales: por un lado asegura la leva, y por otro proporciona la unidad táctica más elemental.

En la última fase que estudiamos se produce en el Lacio un gran desarrollo en todos los órdenes de la vida. El progreso económico, determinado en parte por el comercio griego, provocó un crecimiento demográfico, creando una nueva situación que se manifiesta en la constitución de una federación, recordada posteriormente por la festividad del Septimontium, que aglutinó a las diversas aldeas, dispersas y autónomas hasta entonces.

Las pervivencias de la fase anterior son sin embargo muy claras. La unidad de poblamiento sigue siendo la aldea, caracterizada políticamente por la curia. La otra división de la comunidad, las tres tribus romúleas de los Ramnes, los Tities y los Luceres, herederas directas de tres grupos políticamente unidos en el primer período de esta última fase, no tienen ni mucho menos la importancia de las curias, pudiendo decir que no desempeñaron ningún papel político, reduciéndose sus funciones al ámbito religioso y al militar.

Junto a las gentes aparecen los primeros elementos que gentes non habent. Estos últimos se dedican a actividades ligadas a las nuevas fuerzas económicas (artesanía y comercio) y son admitidos, como habitantes de las aldeas, en las curias respectivas. El poder y la riqueza son sin embargo monopolio casi exclusivo

de las gentes, pero no por mandato de la ley, sino por la fuerza misma de las cosas. La institución de la clientela vino a reforzar extraordinariamente este poder de las gentes.

El ejército se destaca entonces con un marcado carácter federal, reflejo en definitiva de la constitución estatal, y a cuya cabeza aparece ya el jefe supremo de la comunidad, el rex, figura que se forma mediante la fusión, conservada en determinados sacerdocios de la reforma numaica, de las dos funciones principales de la vida pública del Estado: la sacerdotal y la guerrera.

El desarrollo cultural y económico, en cuanto a las consecuencias militares se refiere, se manifiesta también en el armamento, como lo muestran los hallazgos efectuados en el Esquilino romano y en otros lugares del Lacio. Merced a esta mejora en las armas, la maquinaria guerrera se perfecciona, aunque sólo en los individuos considerados aisladamente.

En efecto, el ejército proto-urbano sigue caracterizándose por la carencia de una organización propiamente militar. La unidad permanece siendo la curia, y dentro de ella la gens y la familia. Cada curia representa los guerreros que cada aldea puede proporcionar al ejército federal y se rige por principios muy similares a los de la curia pre-urbana. A su frente se sitúa el curión, miembro de la curia, y por encima de él ya no hay nadie en el ejército sino el mismo rex.

Como novedad de esta fase hay que destacar el nacimiento de una nueva arma que refleja, en oposición a las curias y a la infantería en ellas representada, las nuevas tendencias de unión

que se observan en otros campos. La caballería de los celeres surge como un nuevo aspecto dentro de la organización militar con especiales características de orden político: se reclutan por tribus, son centurias inauguratae, se vinculan especialmente al rey y se constituyen en servicio permanente y como fuerza especial dentro del ejército. Sus jefes, los tribuni celerum, también aparecen bajo la especial supervisión real.

Este es, a grandes rasgos, la situación que se encontraron los etruscos cuando dominaron sobre Roma. Las tareas de reforma no se hicieron esperar y fue el primero de los nuevos reyes, Tarquino Prisco, quien organizó, en base a una política general basada en el centralismo real, la situación social y militar.

A pesar de la oposición de la clase sacerdotal romana, representada en la tradición por el augur Attus Navius, Tarquino logró llevar a cabo su reforma estableciendo lo que con razón se denomina el primer ejército romano, compuesto por tres mil infantes y trescientos jinetes reclutados, según la nueva organización ternaria de las treinta curias, en base a cuadros fijos de leva.

BIBLIOGRAFIA.

- ALFÖLDI, A. Der frühromische Reiteradel und seine Ehrenabzeichen, DBAW, 2, Baden-Baden, Verlag für Kunst und Wissenschaft, 1952.
- Early Rome and the Latins, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1963.
- "Die Herrschaft der Reiterei in Griechenland und Rom nach dem Sturz des Königtums", en Gestalt und Geschichte. Festschrift Karl Schefold, AK, 4 Beiheft, 1967, 13-47.
- "La struttura politica di Roma nei suoi primordi", RAL, XXVII, 1972, 307-333.
- Die Struktur des voretruskischen Römerstaates, Heidelberg, C. Winter, 1974.
- Römische Frühgeschichte. Kritik und Forschung seit 1964, Heidelberg, C. Winter, 1976.
- ALTHEIM, F. Epochen der römische Geschichte. I. Von dem Anfängen bis zum Beginn der Weltherrschaft, Fankfurt am Main, Vittorio Klostermann, 1934.
- Lex sacrata, Amsterdam, Pantheon Akademische, 1940.

- ALTHEIM, F. Italien und Rom, Leipzig, Pantheon Akademische, 1941.
- Römische Religionsgeschichte, Baden-Baden, Verlag für Kunst und Wissenschaft, 1951.
- AMPOLO, C. "Su alcuni mutamenti sociali nel Lazio tra l'VIII e il V secolo", Dd'A, IV/V, 1970/1971, 37-99.
- "Fertor Resius Rex Aequicolus", PP, XXVII, 1972, 409-412.
- ARANGIO-RUIZ, V. Historia del derecho romano, trad. esp., 3ªed. Madrid, Instituto Ed. Reus, 1974.
- BAYET, J. Histoire politique et psychologique de la religion romaine, 2ª ed., Paris, Payot, 1969.
- BELOCH, J. Römische Geschichte bis zum Beginn des punischen Kriege, Berlin, Walter de Gruyter, 1926.
- BERNARDI, A. "Dagli auxiliari del rex ai magistrati della Res-publica", Athenaeum, XXX, 1952, 3-58.
- "L'interesse di Caligola per la successione del rex Nemorensis e l'arcaica regalità nel Lazio", Athenaeum, XXXI, 1953, 273-287.
- "Periodo sabino e periodo etrusco nella monarchia romana", RSI, LXVI, 1954, 5-20.
- "Dai populi Albenses ai Prisci Latini nel Lazio arcaico", Athenaeum, XLII, 1964, 223-260.

- BLOCH, G. Les origines du Sénat romain. Recherches sur la formation et la dissolution du Sénat patricien, BEFAR, fasc., 29, Paris, Ernest Thorin, 1883.
- BLOCH, R. "Une tombe villanovienne près de Bolsena et la danse guerrière dans l'Italie primitive", MEFR, LXX, 1958, 7-37.
- "Sur les danses armées des Saliens", AESC, XIII, 1958, 706-715.
- "La danse guerrière dans l'Italie primitive", BSER, VI, 1957, 20-22 (en RHR, CLIII, 1958, 138-140).
- Tite-Live et les premiers siècles de Rome, Paris, Les Belles Lettres, 1965.
- Les origines de Rome, 5^e ed., Paris, P.U.F., 1967.
- BONFANTE, P. Storia del diritto romano, 4^a ed., Roma, Istituto di Diritto Romano, 1934.
- BOTSFORD, G.W. "The Social Composition of the Primitive Roman Populus", PSQ, XXI, 1906, 498-526.
- "Some problems connected with the roman gens", PSQ, XXII, 1907, 663-692.
- BOYANCÉ, P. "Un rite de purification dans les Argonautiques de Valerius Flaccus", REL, XIII, 1935, 107-136.
- BRIQUEL, D. "Sur les aspects militaires du dieu ombrien Fesus Sancius", MEFR, XC, 1978, 133-152.
- BRISSON, J.P. Problèmes de la guerre à Rome, Paris, Mouton, 1969.

BROWN, F.E. "La protostoria della Regia", RPAA, XLVII, 1974/
1975, 15-36.

The CAMBRIDGE Ancient History. Volume VII: The Hellenistic Monarchies and the Rise of Rome. Edited by S.A. Cook, F.E. Adcock and M.P. Charlesworth, Cambridge, University Press, 1964.

CASTAGNOLI, F. Topografie e urbanistica di Roma, Bologna, Cappelli, 1958.

----- "Note sulla topografia del Palatino e del Foro Romano", ArCl, XVI, 1964, 173-199.

CASTELLO, C. Studi sul diritto familiare e gentilizio romano, Milano, A. Giuffrè, 1942.

CATALANO, P. Contrinuti allo studio del diritto augurale. I, Torino, G. Giappichelli, 1960.

CAUSO, L. "Il problema dei repporti tra i Sabini e Roma primitiva", in Civiltà arcaica dei Sabini, Roma, Palazzo delle Scienze, 1973, 15-21.

CIACERI, E. Le origini di Roma. La monarchia e la prima fase dell'età repubblicana, Milano, Ed. "Dante Alighieri", 1937.

CIVILTÀ del Lazio primitivo, Roma, Multigrafica Editrice, 1976.

COLI, U. "Regnum", SDHI, XVII, 1951, 1-168.

----- "Le origini de la 'civitas' romana secondo De Francisci", SSen, LXXI, 1959, 375-423.

- COLI, U. "Sur la notion d'imperium en droit public romain", RIDA, VII, 1960, 361-387.
- COLINI, A.M. Storia e topografia del Celio nell'antichità, MPAA, VII, Roma, Tipografia Poliglota Vaticana, 1944.
- COLONNA, G. "Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", en Popoli e civiltà dell'Italia antica. II, Roma, Biblioteca di Storia Patria, 1974, 273-346.
- CORNELIUS, F. Untersuchungen zur frühen römischen Geschichte, München, Ernst Reinhardt, 1940.
- COSENTINI, C. "Origini di Roma. Indagini archeologiche e dati storico-tradizionali", en Studi in memoria di Orazio Condorelli, Milano, A. Giuffrè, 1974, I, 349-366.
- COUISSIN, P. Les armes romaines. Essai sur les origines et l'évolution des armes individuelles du légionnaire romain, Paris, Libr. Honoré Champion, 1926.
- DE ANGELIS D'OSSAT, G. "L'antica topografia del colle Quirinale", BCAR, LXVI, 1938 (1939), 5-17.
- "Storia geologica della regione dei Fori Romani sino all'insediamento dei primitivi", SR, II, 1954, 625-648.
- DECLAREUIL, J. Roma y la organización del derecho, trad. esp., 2ª ed., México, U.T.E.H.A., 1958
- DE FRANCISCI, P. Storia del diritto romano, Milano, A. Giuffrè, 1943-1944.

- DE FRANCISCI, P. "La formazione della comunità politica romana primitiva", AT, XXI, 1951, 5-36.
- Síntesis histórica del derecho romano, trad. esp., Madrid, Editorial Revista de Derecho Privado, 1954.
- "La comunità sociale e politica romana primitiva", en Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche, Firenze, G.C.San-soni, vol. II, 1955, 61-166 (= SDHI, XXII, 1956, 1-86).
- Primordia Civitatis, Roma, Apollinaris, 1959.
- Arcana Imperii, Roma, Mario Bulzoni, 1970.
- DE LBRÜCK, H. Geschichte des Kriegskunst im Rahmen der politischen Geschichte. I: Das Altertum, 3^a ed., Berlin, Walter de Gruyter, 1964.
- DE MARTINO, F. Storia della costituzione romana, 2^a ed., Napoli, Eugenio Jovene, 1972-1975.
- DEROY, L. "Le combat légendaire des Horaces et des Curiaces", LEC, XLI, 1973, 197-206.
- DE SANCTIS, G. Storia dei Romani, Torino, Fratelli Bocca, 1907.
- "La légende historique des premiers siècles de Rome", JS, VII, 1909, 126-132; 205-214.
- DEVOTO, G. "Le origine tripartite di Roma", Athenaeum, XXXI, 1953, 335-343.

- DEVOTO, G. Gli antichi Italici, 4^a ed., Firenze, Vallecchi, 1969.
- DIÓSDI, G. Ownership in ancient and preclassical Roman law, Budapest, Akadémiai Kiadó, 1970.
- DOERN, T., "Des Romulus Gründung Roms", MDAI(R), LXXI, 1964, 1-18.
- DUCATI, P. Come nacque Roma, Roma, Ed. Cremonese, 1939.
- DUMÉZIL, G. "ner- et uirc- dans les langues italiques", REL, XXI, 1953, 175-189.
- La religion romaine archaïque, Paris, Payot, 1966.
- Mito y epopeya. I. La ideología de las tres funciones en las epopeyas de los pueblos indoeuropeos, trad. esp., Barcelona, Seix Barral, 1977.
- EHLERS, W. "Praesul", RE, XXII, 2, 1954, 1568-1569.
- ELLUL, J. Historia de las instituciones de la Antigüedad, trad. esp., Madrid, Aguilar, 1970.
- FRACCARO, P. "La storia dell'antichissimo esercito romano e l'età dell'ordinamento centuriato", Opuscula, Pavia, II, 1957, 287-306.
- Dalla guerra presso i Romani, Pavia, Athenaeum, 1975.
- FREZZA, P. "Intorno alla leggenda dei Fabi al Cremera", en Scritti di diritto romano in onore di Contardo Ferrini, Milano, Ulrico Hoepli, 1946, 295-306.

- FREZZA, P. "La costituzione cittadina di Roma ed il problema degli ordinamenti giuridici preesistenti", en Scritti in onore di Contardo Ferrini pubblicati in occasione della sua beatificazione", Milano, Vita e Pensiero, 1947, vol. I, 275-298.
- GAGE, J. "Les traditions des Papirii et quelques unes des origines de l'"*equitatus*" romain et latin", RHD, XXXIII, 1955, 20-50; 165-194.
- "Mettius Fufetius: un nom ou un double titre? Remarques sur les structures de l'ancienne société albain", RHD, LIII, 1975, 201-224.
- "Les autels de Titus Tatius. Une variante sabine des rites d'intégration dans les curies?", en Mélanges offerts à Jacques Heurgon, Roma, Ecole Française de Rome, 1976, vol. I, 309-322.
- GEIGER "Salii", RE, 2^a R., I, 2, 1920, 1874-1894.
- GERSCHÉL, L. "Saliens de Mars et Saliens de Quirinus", RHR, CXXXVIII, 1950, 145-151.
- GIEROW, P.G. The Iron Age Culture of Latium, Lund, C.W.K. Gleerup, 1964-1966.
- GJERSTAD, E. Early Rome, Lund, C.W.K. Gleerup, 1953-1974.
- "Discussions concerning Early Rome", ORom, III, 1960, 69-102.
- Legend and Facts of Early Roman History, Lund, C.W.K. Gleerup, 1962.

- GJERSTAD, E. "Discussions concerning Early Rome, 2", *Orom*, V, 1965, 1-74.
- "Cultural History of Early Rome. Summary of Archeological Evidence", *AArch*, XXXVI, 1965, 1-41.
- "Innenpolitische und militärische Organisation in früh-römischer Zeit", *ANRW*, I,1, 1972, 136-188.
- GRENIER, A. "L'armement des populations villanoviennes au nord de l'Apennin", *RA*, IX, 1907, 1-17.
- HELBIG, W. "Attributs des Saliens", *CRAI*, 1904, 202-203; 206-212.
- "Contribution à l'histoire de l'Equitatus romain", *CRAI*, 1904, 178-179; 190-201.
- "Sur les attributs des Saliens", *MAI*, XXXVII, 1906, 205-276.
- "Zur Geschichte des römischen Equitatus", *ABAW*, XXIII, 1909, 267-317.
- HERMON, E. "Réflexions sur la propriété à l'époque royale", *MEFR*, XC, 1978, 7-31.
- HEURGON, J. *Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas*, trad. esp., Barcelona, Labor, 1971.
- *Vita quotidiana degli Etruschi*, trad. ital., 3ª ed., Milano, Il Saggiatore, 1974.
- HEUSS, A. "Zur Entwicklung des Imperiums des römischen Oberbeamten", *ZSS*, LXIV, 1949, 57-133.

- HILL, H. "Equites and Celeres", CPh, XXXIII, 1938, 283-290.
- HOLLAND, L.A. "Septimontium or Saeptimontium?", TAPhA, LXXXIV, 1953, 16-34.
- Janus and the Bridge, PMAAR, XXI, Roma, American Academy in Rome, 1961.
- HOLZAPFEL, L. "Die drei ältesten römischen Tribus", Klio, I, 1901, 228-255.
- HOMO, L. La Italia primitiva y los comienzos del imperialismo romano, trad. esp., 2ª ed., México, U.T.E.H.A., 1960.
- Les institutions politiques romaines. De la Cité à l'État, Paris, Albin Michel, 1970.
- HÜLSEN, Ch. "I veri 'fondatori di Roma'", RPAA, II, 1924, 83-86.
- HUMBERT, G. "Curia", DA, I,2, 1887, 1627-1632.
- ILARI, V. "I celeres e il problema dell'equitatus nell'età arcaica", RISG, LXXVIII, 1971, 117-163.
- JANSSEN, L.F. "The Chronology of Early Rome", Mnemosyne, XXIII, 1970, 68-81.
- KIENAST, D. "Die politische Emanzipation der Plebs und die Entwicklung der Heerwesens im frühen Roms", BJb, CLXXV, 1975, 83-112.
- KRETSCHMER, P. "Lat. quirites und quiritare", Glotta, X, 1919, 147-157.

- KROMAYER, J., y VEITH, G. Heerwesen und Kriegführung der Griechen und Römer, München, C.H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 1928.
- KÜBLER, B. "Equites romani", RE, XI, 1907, 272-312.
- "Gens", RE, XII, 1910, 1176-1198.
- KÜSTERS, A. Cuneus, Phalanx und Legio. Untersuchungen zur Wehrvassung, Kampfweise und Kriegführung der Germanen, Griechen und Römer, Würzburg, Konrad Triltsch Verlag, 1939.
- LABRUNA, L. "Quirites", Labeo, VIII, 1962, 340-348.
- LAMBRECHTS, P. "Mars et les Saliens", Latomus, V, 1946, 111-119.
- LAMMERT, E. "Die Entwicklung der römischen Taktik", NJb, IX, 1902, 100-128; 169-187.
- LAST, H. "The Servian Reforms", JRS, XXXV, 1945, 30-48.
- LATTE, K. "Zwei Exkurse zum römischen Staatsrecht", NGWG, I, 1934/1936, 59-77.
- Römische Religionsgeschichte, München, C.H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 1967.
- LAZIO arcaico e mondo greco, PP, XXXII, 1977.
- LÉCRIVAIN, Ch. "Gens", DA, II,2, 1896, 1504-1516.
- LEIFER, F. Studien zum antiken Amterwesen, Klio, Beiheft XXIII, Leipzig, Dieterich'sche Verlagsbuchhandlung, 1931.

- LOICQ, J. "Mamurius Veturius et l'ancienne représentation italique de l'année", en Hommages à Jean Bayet, Coll. Lat., LXX, Bruxelles, 1964, 401-426.
- "Les origines de Rome. Découvertes et perspectives nouvelles", CC, n° 57, 1979, 35-48.
- LUGLI, G. Roma antica. Il centro monumentale, Roma, G. Bardi, 1946.
- Fontes ad topographiam veteris Urbis Romae pertinentes, Roma, Istituto di Topografia Antica, 1952-1965.
- LUZZATTO, G.I. Le organizzazioni preciviche e lo stato, Modena, Università, 1948.
- "Il passaggio dell'ordinamento gentilizio alla monarchia in Roma e l'influenza dell'ordinamento delle gentes nella costituzione romana durante la monarchia e la prima repubblica", en Atti del Convegno Internazionale sul tema 'Dalle tribù allo Stato', Roma, Accademia Nazionale dei Lincei, 1962, 193-234.
- MAGDELAIN, A. "Remarques sur la société romaine archaïque", REL, XLIX, 1971, 103-127.
- MARIN Y PEÑA, M. Instituciones militares romanas, Madrid, CSIC, 1956.
- MARQUARDT, J. De l'organisation militaire chez les Romains, trad. franc., Paris, Ernest Thorin, 1891.
- MCCARTNEY, E. "The Military Indebtedness of Early Rome to Etruria", MAAR, I, 1917, 121-167.

- MÉNAGER, L.R. "Les collèges sacerdotaux, les tribus et la formation primordiale de Rome", MEFR, LXXXVIII, 1976, 455-543.
- MEYER, Ed. "Das römische Manipularheer, seine Entwicklung und seine Vorstufen", en *Kleine Schriften*, Halle, Verlag von Max Niemeyer, 1924, vol. II, 193-329 (= APAW, 3, 1923).
- MEYER, E. "Zur Frühgeschichte Roms", MH, IX, 1952, 176-181.
- MILLAN MENDEZ, A. "Organización primitiva de los pueblos indoeuropeos y la política socio-religiosa de Roma", AHAM, XVII, 1972, 148-209.
- "Sacramentum militiae", HAnt, VI, 1976, 27-42.
- MOMIGLIANO, A. "Ricerche sulle magistrature romane. V. Tribù umbro-sabellae e tribù romane", BCAR, LX, 1933, 228-232.
- "La questione delle origini di Roma", en *Terzo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1966, vol. II, 599-608 (= CS, II, 1962, 68-74).
- "An Interim Report on the Origins of Rome", en *Terzo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1966, vol. II, 545-598 (= JRS, LIII, 1963, 95-121).
- MOMMSEN, Th. *Historia de Roma*, trad. esp., Madrid, Aguilar, 1965.

- MOMMSEN, Th. Le droit public romain. Traduit par F. Girard, Paris, Ernest Thorin, 1887-1896
- "Fabius und Diodor", en Römische Forschungen, Hildesheim, Georg Olms Verlagsbuchhandlung, 1962, vol. II, 221-290.
- MÜLLER-KARPE, H. Vom Anfang Roms. Studien zu den prähistorischen Forums- und Palatingräbern, MDAI(R), Erg. Heft 5, Heidelberg, F.H. Kerle Verlag, 1959.
- Zur Stadtwerdung Roms, MDAI(R), Erg. Heft 8, Heidelberg, F.H. Kerle Verlag, 1962.
- NILSSON, M.P. "The Introduction of the Hoplite Tactics at Rome: its Date and its Consequences", JRS, XIX, 1929, 1-11.
- OGILVIE, R.M. Early Rome and the Etruscans, London, Fontana, 1976
- PAIS, E. Storia critica di Roma durante i primi cinque secoli, Roma, Ermanno Loescher, 1913-1920.
- Storia di Roma. Dalle origini all'inizio delle guerre puniche, Roma, Optima Editrice, 1923-1928.
- y BAYET, J. Histoire de Rome. I: Des origines à l'achèvement de la conquête (133 av. J.-C.), Paris, P.U.F., 1940.
- PALLOTTINO, M. "La prima Roma, SR, V, 1957, 256-268.
- "Le origini di Roma", ArCl, XII, 1960, 1-36.

- PALLOTTINO, M. "Fatti e leggende (moderne) sulla più antica storia di Roma", SE, XXXI, 1963, 3-37.
- "Le origini di Roma: considerazioni critiche sulle scoperte e sulle discussioni più recenti", ANRW, I,1, 1972, 22-47.
- Etruscologia, 6ª ed., Milano, Ulrico Hoepli, 1975.
- PALMER, R.E.A. The King and the Comitium. A study of Rome's oldest public document, Historia, Einzelschriften Heft 11, Wiesbaden, Franz Steiner Verlag, 1969.
- The Archaic Community of the Romans, Cambridge, University Press, 1970.
- PARETI, L. Storia di Roma e del mondo romano. I: L'Italia e Roma avanti il conflitto con Taranto (1000c.-281 av. Cr.), Torino, Unione Tipografico-Editrice, 1952.
- PARIBENI, R. Storia di Roma. I: Le origini e il periodo regio, la Repubblica fino alla conquista del primato in Italia, Bologna, Cappelli, 1954.
- PEREMANS, W. "Note sur les tribus et les curies de la Rome primitive", AC, V, 1936, 443-447.
- PERONI, R. "Per una nuova cronologia del sepolcreto arcaico del Foro. Sequenze culturale e significato storico", in Civiltà del Ferro, Bologna, Arnaldo Forni, 1960, 461-499.
- PERUZZI, E. Origini di Roma, Firenze, Valmartina Editore, 1970.

- PERUZZI, E. Aspetti culturali del Lazio primitivo, Firenze, Leo S. Olschki, 1978.
- PETRUSEVSKI, M.D. "L'évolution du Mars italique d'une divinité de la nature à un dieu de la guerre", AAnt, XV, 1967, 417-422.
- PIGANIOL, A. Essai sur les origines de Rome, BEFAR, fasc. 117, Paris, E. de Boccard, 1917.
- Histoire de Rome, 3^a ed., Paris, P.U.F., 1949.
- La conquête romaine, 5^a ed., Paris, P.U.F., 1967.
- PINZA, G. "Monumenti primitivi di Roma e del Lazio antico", MAL, XV, 1905, 5-844.
- PHILIPP, G.B. "Politische Wortstudien", Gymnasium, LXVI, 1959, 97-127.
- PALTNER, S.B. A Topographical Dictionary of Ancient Rome, London, Humphrey Milford, 1929.
- "Mons and Collis", CPh, II, 1907, 463-464.
- POUCET, J. "Le Septimontium et la Sucusa chez Festus et Varron. Un problème d'histoire et de topographie romaines", BIER, XXXII, 1960, 25-73.
- "L'importance du terme "collis" pour l'étude du développement urbain de la Rome archaïque", AC, XXXVI, 1967, 99-115.
- Recherches sur la légende sabine des origines de Rome, Kinshasa, Editions de l'Université de Louvain, 1967.

- POUCET, J. "Les Sabines aux origines de Rome", ANRW, I,1, 1972, 48-135.
- "Le premier livre de Tite-Live et l'histoire", LEC, XLIII, 1975, 327-349.
- "Le Latium protohistorique et archaïque à la lumière des découvertes archéologiques récentes", AC, XLVII, 1978, 566-601; XLVIII, 1979, 277-320.
- "Archéologie, tradition et histoire: les origines et les premiers siècles de Rome", LEC, XLVII, 1979, 201-214; 347-363.
- PUGLISI, S.M. "Gli abitatori primitivi del Palatino attraverso le testimonianze archeologiche e le nuove indagini stratifiche sul Germalo", MAL, XLI, 1951, 1-146.
- RICHARD, J.C. Les origines de la plèbe romaine. Essai sur la formation du dualisme patricio-plébéen, BEFAR, fasc. 232, Paris, E. de Boccard, 1978.
- RICHTER, O. Topographie der Stadt Rom, München, C.H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 1901.
- RODRIGUEZ ADRADOS, F. El sistema gentilicio decimal de los indoeuropeos occidentales y los orígenes de Roma, Madrid, C.S.I.C., 1948.
- ROMANELLI, P. "Certezze e ipotesi sulle origini di Roma", SR, XIII, 1965, 156-169.
- ROSENBERG, A. "rex. 2", RE, 2^a R., I, 1914, 703-721.

- SAULNIER, C. "L'histoire militaire de la Rome archaïque chez Denys d'Halicarnasse", BAGB, 1972, 283-295.
- SCARDIGLI, G. "Le origini linguistiche di Roma", PP, XVI, 1961, 181-189.
- SCHLOSSMAN, S. "Tributum, tribuere, tribus", ALL, XIV, 1906, 25-40.
- SCHULZE, W. Zur Geschichte lateinischer Eigennamen, AKGWG, V, 5, Berlin, Weidmannsche Buchhandlung, 1933.
- SCHUR, W. "Zwei Fragmente für die römische Verfassungsgeschichte", NJb, LI, 1923, 193-209.
- SCOTT, I.G. "Early Roman Traditions in the Light of Archaeology", MAAR, VII, 1929, 7-118.
- SCULLARD, H.H. A History of the Roman World from 753 to 146 B.C., 3rd ed., London, Methuen, 1975.
- SERENI, E. Comunità rurali nell'Italia antica, Roma, L'Erma di Bretschneider, 1971.
- SNODGRASS, A.M. "The Hoplite Reform and History", JHS, LXXXV, 1965, 110-122.
- Arms and Armour of the Greeks, London, Thames and Hudson, 1967.
- STAVELEY, E.S. "The Constitution of the Roman Republic. I: The Origin and Early Development of the Centuriate Organization", Historia, V, 1956, 74-119.

- STRONG, A. "A note on two Roman sepulchral reliefs. 1. Antistius and the college of the Alban Salii", JRS, IV, 1914, 147-152.
- TÄUBLER, E. Die umbrisch-sabellische und die römische Tribus, SHAW, IV, 1930.
- TONDO, S. "Il 'sacramentum militiae' nell'ambiente culturale romano-italico", SDHI, XXIX, 1963, 1-123.
- TORELLI, M. "Tre studi di storia etrusca", Dd'A, VIII, 1974/1975, 3-78.
- VAN DEN BRUWAENE, M. "Curies et tribus", AC, XXI, 1952, 74-83.
- VAN HECK, A. Breviarium Vrbis Romae Antiquae, Leiden, E.J. Brill, 1977.
- VERSNEL, H.S. Triumphus. An inquiry into the origin, development and meaning of the roman triumph, Leiden, E.J. Brill, 1970.
- VOCI, P. "Per la definizione dell'imperium", in Studi in memoria di Emilio Albertario, Milano, A. Giuffrè, 1953, vol. II, 65-102.
- VOLQUARDSEN, C.A. "Die drei ältesten römischen Tribus", RhM, XXXIII, 1878, 538-574.
- VON GERKAN, A. "Zum Suburaproblem", RhM, XCVI, 1953, 20-30.
- "Zur Frühgeschichte Roms", RhM, C, 1957, 82-97.

- VON FRITZ, K. "Leges sacratae and plebei scita", en Schriften zur griechischen und römischen Verfassungsgeschichte und Verfassungs theorie, Berlin, Walter de Gruyter, 1976, 374-387.
- VON LÜBTOW, U. Das römische Volk. Sein Staat und sein Recht, Frankfurt am Main, Vittorio Klostermann, 1955.
- VON PETREKOVITS, H. "Troiaritt und Geranostanz", en Beiträge zur Älteren europäischen Kultur Geschichte. Festschrift für Rudolf Egger, Klagenfurt, Verlag des Geschichtsvereines für Kärnten, 1952, vol. I, 126-143.
- WESTRUP, C.W. "Sur la royauté primitive de Rome", AHDO, IV, 1949, 85-118.
- "Sur les gentes et les curiae de la royauté primitive de Rome", RIDA, I, 1954, 435-473.
- WIESNER, J. "Reiter und Ritter im Ältesten Rom. Ein Beitrag zur Frühzeit Roms", Klio, XXXVI, 1944, 45-100.
- WISSOWA, G. Religion und Kultus der Römer, 2^a ed., München C.H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung.

INDICE DE FIGURAS.

1. Mapa paleogeográfico de la región romana durante el plioceno y el postplioceno.	4
2. Partes de Roma alcanzadas por las inundaciones del Tíber en la antigüedad.	14
3. Mapa geológico del núcleo de Roma.	17
4. Mapa hidrográfico de Roma.	23
5. Mapa de las zonas boscosas de Roma.	26
6. Mapa de los hallazgos protohistóricos de Roma.	42
7. Fases del desarrollo de Roma.	64
8. Escudo de bronce procedente de la necrópolis villanoviana de La Capriola (Bolsena).	129
9. Figura incrustada en un puñal de bronce hallado en la tumba IV del Círculo A de Micenas.	130
10. Guerreros pintados en una cratera geométrica ateniense.	130
11. Guerreros hititas representados en unos relieves egipcios.	130
12. Gema romana representando la procesión de los salios.	132

13. Yelmo de bronce procedente de Tarquinia.	136
14. Yelmo de bronce procedente de Tarquinia.	136
15. Yelmo de bronce procedente de la necrópolis de Grotta Gramiccia (Veyes).	137
16. Mapa del Lacio protohistórico.	218
17. Ager Romanus Antiquus.	226
18. Puntas de lanza halladas en Roma.	255
19. Espadas de bronce procedentes de Roma.	257
20. Espadas procedentes de Roma.	258
21. Hachas de bronce encontradas en Roma.	259
22. Yelmo de bronce procedente del Esquilino.	260
23. Pectorales de bronce hallados en Roma.	261
24. La Roma proto-urbana: curias y tribus.	273
25. Jinetes y laberinto representados en un oinochoe procedente de Tragliatella (Cerveteri).	291
26. Evolución de los jinetes del <u>lusus troiae</u> .	292

INDICE ANALITICO.

Acculeia (curia): 265,267.
 ----- (gens): 265.
 adrogatio: 94.
 ager romanus: 224s.
 agricultura: 63,97s,210,215.
 Agro Pontino: 2.
 Alba Longa: 3,29 (n.4),61,70s.,131,208,219,312 (n.564),319
 (n.624),324 (n.675),327 (n.698,709,710).
 Albanos (montes): 2s.,6,17,47,208s.,213,216,220.
 aldea: 66,102ss.,110,124ss.,146,213.
 Almo (río): 21.
 Ambarvalia: 224.
 Anagnia: 131.
 Anio (río): 8,11,60,209.
 Anticum: 211.
 Apeninos (montes): 2s.,6,8,11,209.
 Apolodoro de Damasco: 19.
 applicatio: 229.
 Aqua Appia: 23.
 Arcadia / arcadios: 58.
 arco de Augusto: 55,272.
 ---- de Jano Cuadrifonte: 21.
 ---- de Tito: 18.
 Arconide: 114.
 Ardea: 6,15,71,86 (n.186),209,214,254,259,327 (n.710).
 Argei: 270.
 Argileto: 20s.,24,268.
 Aricia: 115,117,131,265.
 armas: 53,252ss.,278,296.
 Armilustrium: 62,120,133,140,248,250s..

Arpino: 265.
 arsfertur: 118.
 Artemis Taurópola: 116.
 Arx: 19,60.
 Ascanio: 290.
 Asylum: 19,59,220.
 Atenas: 46.
 augures: 140,235,238ss.,243.
 Augusto: 269.
 Aurelio, Marco: 195 (n.478).
 auruncos: 2.
 Aventino: 18,21s.,25,27,60ss.,117,133,251.

Belverde di Cetona: 123.
 Bisenzio: 336 (n.787).
 Boá: 302.
 Bokhchoris: 46.

cabañas: 102ss.,271.
 cabiros: 131.
 Caco: 62.
 Caeliolus: 21,271.
 Caere: 9,15,212,291.
 Caile Vipinas = Celio Vibenna.
 Calabria: 10.
 Calendario: 119,245ss.
 Camenae (vallis, fons): 2Ps.,27.
 Campagna di Roma: 2,6,11.
 Campania: 6,8s.,15,72.
 Campi Flegrei: 6.
 Campo de Marte: 13,22ss.,248,251.
 Campus Flaminius: 22.
 Campus Martialis in Caelio: 248.

Cannas: 296.
 Capitolio: 18 ss., 25, 27, 41, 49, 58ss., 68s., 152, 267.
 Capua: 8, 263.
 Caracupa: 259, 334 (n. 771).
 Carinae: 271.
 carro: 248, 251, 298ss.
 Casa de Livia: 54.
 casci: 62.
 Castel di Decima = Politorium.
 Castelgandolfo = Alba Longa.
 Castel San Marzano: 299.
 Cavo (monte): 3.
 Celer: 286, 305, 307.
 celeres: 285ss., 304, 306s.
 Celio: 18ss., 49, 55, 60s., 65ss., 125, 223, 266, 268, 270s., 280, 284s.,
 348 (n. 905).
 Celio Vibenna: 61.
 celtas: 108, 113, 319 (n. 625).
 Cerámico: 46.
 Cerotia: 21.
 Cimini (montes): 6.
 Circe: 217.
 Circeo (promontorio): 2s., 31 (n. 15).
 Circo Máximo: 24, 55.
 Cispio: 20, 24, 51, 54, 65, 69, 125, 270.
 Claudia (gens): 153, 220.
 Claudio: 12, 84 (n. 173).
 Clausus, Atta: 100, 152, 186 (n. 266).
 Clelia (gens): 219.
 clientela: 157, 159, 215, 228ss., 277, 319 (n. 625).
 clivus Capitolinus: 19, 59.
 ----- Suburanus: 20, 28.
 Cloaca Máxima: 21.
 Coliseo: 22, 24s., 223, 271.
 comercio: 8ss., 15, 71, 210ss., 215s., 221, 262s.

Comitium: 68,119,133,224,249.
 Compitum Fabricium: 266.
 coniuratio: 145ss.,156ss.
 cónsul: 140,144,287,303.
 cooptatio: 94,238.
 coribantes: 131.
 Cornelio Sila, L.: 309.
 Cornicolani (montes): 3.
 Cremera (río): 100,155,158.
 Crescensio: 208.
 Creta: 131.
 Cristo: 148.
 Cumas: 9,46,212.
 curetes: 131.
 curia: 121ss.,145ss.,264ss.,288s.,308.
 ----- Hostilia: 102,123.
 ----- Saliorum: 128.
 curiae novae: 223,266.
 ----- veteres: 183 (n.385),223,266s.,318 (n.615).
 Curiacia (gens): 127,197 (n.502),219.
 curiones: 235,242s.,252,308ss.

dáctilos: 131.
 decenviros: 245s.
 deditio: 229.
 Delos: 293.
 devotio: 128,141,147,158s.
 Diana: 3,62,115,117.
 dictador: 236.
 dolabra: 238.
 domus = cabañas.
 Domus Augustana: 102.
 Ducetio: 114.
 ductor: 109s.,120,142s.

dux: 143.

ecufcolas: 118.

ecuos: 3,209,328 (n.711,712).

Emilia: 11.

Eneas: 45,129,290.

enotrios: 170 (n.289).

Equirria: 119,248s.,251,290.

Equus Domitiani: 224,271s.

----- October: 120,140,236,248,250ss.,271,290.

Eretum: 8.

esclavitud: 157,159.

Esparta: 139,191 (n.451),302.

Espíritu Santo: 148.

Esquilino: 18ss.,25ss.,41,49ss.,65ss.,78 (n.129),221,223,254,
256,259s.,260,262s.,268,271,284,298.

Etruria / etruscos: 2,6,8ss.,15,47ss.,60s.,71s.,108s.,116,124,
131,198 (n.510),200 (n.519),211s.,222,224,
233,245,250,259s.,262,278,280,286,299,319
(n.625).

Evandro: 37 (n.94),45,58.

Fabia (curia): 156.

----- (gens): 100,106,146,152,155ss.

Fabio, Kaesón: 100,156.

Fagutal: 20,51,54,65,69,125.

faliscos: 328 (n.712).

Faucia (curia): 265,267s.

----- (gens): 265.

favissae: 59,67s.,214.

feciales: 118,135,235,242s.,252.

Fermo: 336 (n.787).

Fertor Resius: 118.

Ficana: 9,220.
 Fidenas: 8,158,206 (n.559).
 fides: 229.
 flamen curialis: 308s.
 flámines: 140,235s.,239s.,243.
 flexuntes: 286.
 fons Cati: 34.
 Foreti: 70.
 Foriensis (curia): 265,267,272.
 Fornacalia: 123s.
 Foro: 13,18ss.,24ss.,36 (n.75),38 (n.94),41,50ss.,65ss.,102,
 220ss.,266s.,271.
 ---- Boario: 18,21,24,41,59,63,68,221.
 ---- de Augusto: 56.
 ---- de Trajano: 19.
 Geareia: 127.
 Fumaiolo (monte): 11.
 Furio Camilo, M.: 126.

 galos: 145,186 (n.410).
 ganadería: 8,63,97s.
 Garigliano (río): 2.
 Gegania (gens): 219.
 gens: 68,70,93ss.,105ss.,107,110,121,124ss.,142ss.,151ss.,210,
 214ss.,219,227ss.,263,274,282,295.
 Germal: 18,54s.,63,69,102,125,270.
 germanos: 151,186 (n.410),319 (n.625),355 (n.982).
 Grecia / griegos: 11,52,67,71,129,131,139,151,210ss.,221s.,298ss
 315 (n.591),319 (n.625).

 hasta: 135,242.
 Hércules: 58,62.
 Herdonio, Apio: 152.

hérnicos: 2s.
 hititas: 131.
 Horacia (gens): 154,197 (n.502).
 Hostilio, Hostio: 181 (n.372).
 -----, Tulo: 71,128,174 (n.323,325),178 (n.351),181 (n.372),
 219,242,285,327 (n.709).

Ibérica (península): 58.
 iberos: 186 (n.410).
 Iguvium: 282.
 imperium: 110,148,154,199 (n.519),237s.,302,305.
 India: 108,113,151,263.
 industria: 210,215,232.
 interregnum: 107.
 Irlanda: 108,113.
 Ischia: 46.
 iusiurandum: 149.
 Iuventas: 59.

Jano: 128,134.
 Janículo: 18.
 Julia (gens): 219.
 Julio César, C.: 245.
 Junio Bruto, L.: 305s.
 Juno: 141,248.
 Júpiter: 3,59,134.

laberinto: 291ss.
 Laberinto de Creta: 293.
 Lacus Caprae: 25.
 Lanuvium: 141,177 (n.343),184 (n.391),324 (n.675).

Latiaris: 20,56.
 Latinienses: 70.
 Latino: 217.
 Lavinium: 71,131,209,214,216,285,327 (n.698,710),334 (n.771).
 legio linteata: 157s.
 leva: 107,145s.
 lex curiata: 148,302s.
 --- Icilia de Aventino publicando: 62.
 --- sacrata: 147s.
 --- XII Tabulae: 54,96,229.
 lictor: 236,238,241.
 ----- curialis: 309.
 Liga Latina: 60,70s.,117,201 (n.519).
 ligures: 62,198 (n.510).
 Lipari (islas): 6.
 Liri (río): 2,5.
 lucanos: 145.
 Luceres = tribus romúleas.
 Lucerum: 285.
 Lucoris: 83 (n.159).
 Lucumón: 280.
 lucumones: 108.
 lupercos: 100.
 lusus troiae: 253,290ss.

 magister equitum: 305.
 ----- populi: 303.
 Mamuralia: 249.
 Mamurio Veturio: 134.
 Mantinea: 129.
 Marcio, Anco: 181 (n.372),219,242.
 -----, Numa: 181 (n.372).
 Marrana (río): 21,24.
 marsos: 170 (n.289).

Marte: 119,128,134,141,193. (n.462),248s.,251,290,298.

Mecenas: 78 (n.129).

Medullia: 174 (n.323),220.

Metio Fufetio: 127.

Micenas / micénicos: 45,211,299.

Minerva: 248.

Minos: 293.

Minturno: 283.

Monteleone: 299.

Mucialis: 20,57.

Murcia (vallis): 13,18,21,24,27,52.

música: 249s.

Navius, Attus: 278,367.

Nemi: 3,115ss.

Nera (río): 11.

Nilo (río): 11.

Numa Pompilio: 128,132,134,138,174 (n.323),181 (n.372),232s.,
234ss.,241ss.,245,252,270,288,304,310s.

Odiseo: 217.

Oppio: 20,24,51,54,65,69,125,270s.,348 (n.905).

Ostia: 284.

pagus: 104.

Palantea: 37 (n.94).

Palatino: 18ss.,24ss.,33 (n.36),37 (n.94),41,49ss.,63ss.,102,
117,128,141,222s.,266s.,271,277,280,285.

Palatium: 18,37 (n.94),54s.,69,80 (n.136),102,125.

Palestrina (montes): 2.

Palombara (montes): 2.

Pater / patres: 96,101,104,107s.,110ss.,121,145ss.,230,243.

pelignos: 170 (n.289).
 Perugia: 123.
 Petronia amnis: 22,24.
 Piceno: 262.
 Pincio: 18,22.
 Pithekoussai: 52,211.
 "plebe": 228,232ss.,274.
 Po (río): 11.
 poblamiento: 63,95ss.,208ss.,213,215,219ss.,264ss.
 Politorium: 9,220,298,333 (n.766),334 (n.771).
 pons Sublicius: 237.
 pontífices: 140,235ss.,249,306.
 porta Metrovia: 25.
 ----- Romana o Romanula: 267.
 Postumio, Aulo: 287.
 Praeneste: 71,209,216,259,324 (n.675).
 praesul: 132,138s.,143s.,293,301.
 praesula: 242.
 pretor: 140,143s.
 primae fauces: 20,268.
 princeps gentis: 99s.,153s.
 προδρχετης: 144.
 propiedad de la tierra: 96ss.,230.

 Q.R.C.F.: 119,250.
 Querquetulani: 60s.,70.
 Querquetulanus: 20,60.
 Querquetulum: 60.
 Quinctia (gens): 100,219.
 Quinctio Cincinnato, L.: 231.
 Quinquatrus: 119,140,248s.
 Quirinal: 18ss.,27s.,38 (n.94),41,49ss.,65,67,81 (n.141),128,
 268,270,280,285.
 Quirinalis: 20.

Quirino: 128.
 quirites: 125s., 277.

Ramnes = tribus romúleas.

Rapta (curia): 265, 267.

Regia: 38 (n.94), 41, 55, 224, 251, 271s.

Regifugium: 119.

Régilo (lago): 61s., 287.

Remo: 33 (n.36), 238, 286, 305.

ῥησός: 114s., 118, 240.

rex: 108ss., 133, 143s., 234ss.

--- Nemorensis: 111, 115ss.

--- sacrorum: 115, 117, 119.

Romagna: 10.

Rómulo: 16, 33 (n.36), 37 (n.94), 59, 61, 74 (n.95), 102, 123, 128, 174
 (n.325), 178 (n.351), 181 (n.372), 220, 238, 240, 245ss., 265s.
 268, 280, 285, 288s., 295, 305, 307, 309s.

Sabatini (montes): 6.

Sabina / sabinos: 2s. 3, 8, 11, 55s., 61, 80 (n.138), 81 (n.140), 97,
 128, 152, 170 (n.289), 209, 220, 280.

Sacco (río): 2, 5, 8.

sacer: 147, 229.

sacramentum: 147s., 159, 199 (n.512).

Sagunto: 131.

saliae virgenes: 242.

salios: 128ss., 235, 242s., 249, 251s., 293, 311.

Salutaris: 20, 57.

samnitas: 147, 157s., 170 (n.289), 191 (n.451), 328 (n.711).

Samotracia: 129, 131.

Satricum: 209, 211, 214, 334 (n.771).

scalae Caci: 55, 102.

Senado: 102, 108, 121, 236, 243, 252.

Septimontium: 61ss., 68s., 87 (n.194), 223.
 Servilia (gens): 219.
 Sicilia: 6.
 sículos: 108, 114s., 143.
 Siena: 123.
 sodales Titii: 268s.
 Solonius (ager): 285.
 Soratte (monte): 3.
 Subura: 20, 67s., 69, 87 (n.194), 125, 221, 251, 268, 271.
 Sucusa: 20, 61, 66.

Tacio, Tito: 38 (n.94), 127, 268s., 280.
 Tarquinia: 15, 72, 174 (n.323), 262, 278, 336 (n.787).
 Tarquino Prisco: 72, 174 (n.323), 278s., 360 (n.1030), 363s., 368.
 ----- el Soberbio: 72s., 305.
 Tellenae: 220.
 templo de Antonino y Faustina: 55.
 ----- de César: 38 (n.94), 272.
 ----- de la tríada capitolina: 59.
 ----- de Vesta: 68.
 termas de Caracalla: 22.
 Terminalia: 119.
 Terminus: 59.
 Terracina: 9.
 Teseo: 293.
 Testaccio: 22.
 Tíber (río): 2, 5s., 8s., 11s., 15s., 19ss., 52, 67, 158, 209, 211, 220, 248.
 Tiberina (isla): 22, 24.
 Tibur: 131, 184 (n.391), 190 (n.441), 209, 324 (n.675).
 Tifata (curia): 265, 267s.
 tigillum sororium: 120, 140, 154, 248, 252.
 Timia (río): 11.
 Titia (curia): 265, 267s.
 ----- (gens): 265.

Titles = tribus romúleas.

Tivoli (montes): 2.

Tolfa (montes): 47.

Tragliatella: 290,292s.

Trajano, M. Ulpio: 19.

tribuni celerum: 235,242s.,249,252,294,304ss.,311.

----- militum: 276.

tribus romúleas: 67,69,223,239,242,264,275,280ss.

----- servianas: 264,270,282.

----- Fabia: 156.

trifu: 282.

Trigarium: 248.

trossuli: 286.

Trossulum: 286.

Troya: 290.

Tubilustrum: 119,248ss.

Tulio, Servio: 61s.,72,78 (n.129),91 (n.218),116,174 (n.323,325)
250,270,278s.,360 (n.1030),363s.

tumultuarii milites: 149.

tumultus: 149.

turris Mamilia: 251,271.

Tusculum: 71,117,131,177 (n.343),242,331 (n.750).

Tutienses: 70.

Umbria / umbros: 11,118.

Valerio Publícola, P.: 306.

vegetación: 7,25.

Velabro: 19,21,24,267.

Velia: 18,24,49,54s.,69s.,125,267,270.

Velienses: 70.

Veliensis (curia): 265,267,269.

Velitia (curia): 265,267.

Velitia (gens): 265.
 Velitrae: 177 (n.343).
 vénetos: 108.
 ver sacrum: 315 (n.593).
 Verona: 133.
 vestales: 235,241,243.
 Vesuvio (monte): 6.
 Vetulonia: 262s.
 Veyes: 8,15,100,129,146,152,155ss.,211s.,262s.,314 (n.580),336
 (n.787).
 via Appia: 9,21.
 --- Latina: 8,158.
 --- Nova: 267.
 --- Sacra: 21,224,251,271s.
 --- Salaria: 8,15,27s.,58.
 --- Valeria: 8.
 vicus = aldea.
 ----- Capitis: 20.
 ----- Iugarius: 170 (n.290).
 ----- Patricius: 20.
 ----- Portae Collinae: 170 (n.291).
 ----- Portae Naeviae: 170 (n.291).
 ----- Portae Raudusculanae: 21,170 (n.291).
 ----- Tuscus: 170 (n.290).
 Villa Cavalletti: 208.
 Viminal: 18ss.,24,27,49,57s.,65.
 Vimitellari: 70.
 volscos: 2,209.
 Volsini (montes): 6.
 Volsinia: 286.
 Vulcano: 249.

